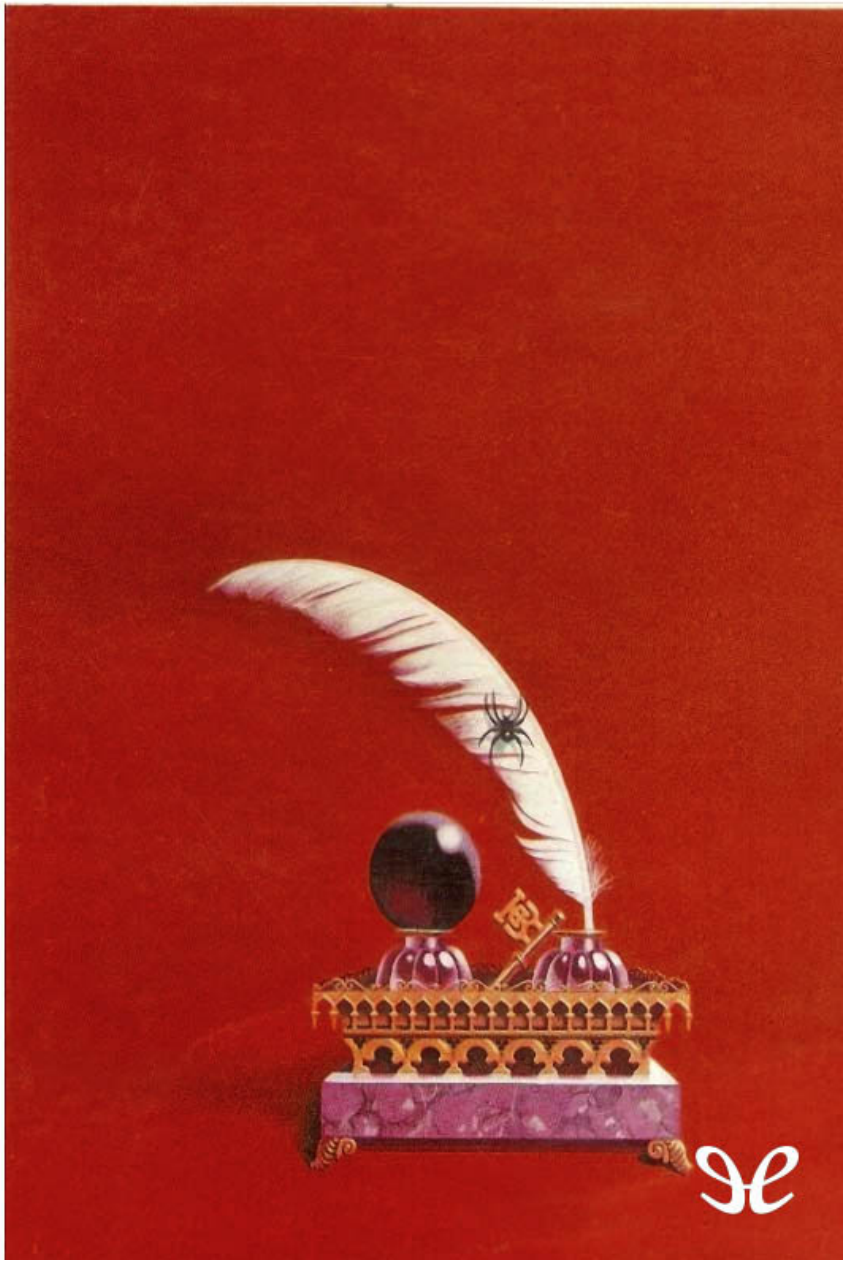
AGATHA CHRISTIE

EL TESTIGO MUDO



Selecciones de Biblioteca Oro

Tras sufrir un accidente en su propia casa, Emily Arundell redacta un nuevo testamento desheredando a sus sobrinos y escribe una carta a Hércules Poirot. El detective la recibirá dos meses después de la muerte, aparentemente natural, de la anciana e inmediatamente empieza a investigar. Poco a poco se irán revelando las intrigas que rodean el misterioso caso.

Agatha Christie

El testigo mudo

Hércules Poirot 17

ePub r1.3
Titivillus 05.05.16

Título original: *Dumb Witnees*
Agatha Christie, 1937
Traducción: A. Soler Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ANGUS: Viejo jardinero de Emily Arundell.

ANNIE: Cocinera de la citada señorita.

ARUNDELL (Charles): Joven abogado y poco escrupuloso; sobrino de la señorita Emily Arundell.

ARUNDELL (Emily): Vieja solterona y con una cuantiosa fortuna.

ARUNDELL (Theresa): Sobrina de la anterior y hermana de Charles. Muchacha joven, bella y muy moderna.

CARRUTHERS: Mujer de mediana edad, enfermera de Emily en su última dolencia.

DONALDSON (Rex): Joven médico, novio de Theresa Arundell.

ELLEN: Antigua doncella de Emily.

GABLER: De la firma Gabler y Strecher, corredores de fincas.

GEORGE: Criado inglés de Hércules Poirot.

GRAINGER: Médico de cabecera de Emily Arundell.

HASTINGS: Antiguo amigo y colaborador de Poirot.

JENKINS: Empleada de Gabler y Strecher.

JONES: Tendero en el pueblo de Market Basing, lugar de la acción de esta novela.

LAMPHEREY: Encargada de una estafeta de correos, del citado pueblo.

LAWSON (Wilhelmina): Señora de compañía de Emily Arundell.

PEABODY (Carolina): Vieja solterona, amiga y vecina de la repetida Emily.

POIROT (Hércules): Célebre detective belga, protagonista de esta novela.

PURVIS (William): Abogado de Emily.

TANIOS (Bella): Sobrina carnal de Emily.

TANIOS (Jacob): Médico griego, esposo de Bella.

TRIPP (Isabel y Julia): Hermanas, ambas espiritistas, solteronas, vegetarianas y amigas de Wilhelmina Lawson.

Capítulo I

LA DUEÑA DE LITTLEGREEN HOUSE

La señorita Arundell murió el día primero de mayo. Aunque la enfermedad fue corta, su muerte no causó mucha sorpresa en la pequeña ciudad de Market Basing, donde había vivido desde que era una muchacha de dieciséis años. Porque, de una parte, Emily Arundell, la única sobreviviente de cinco hermanos, había rebasado ya los setenta, y, de otra, había disfrutado de poca salud durante muchos años. Además, unos dieciocho meses antes estuvo a punto de morir a causa de un ataque similar al que acabó con su existencia.

Pero si la muerte de la señorita Arundell no extrañó a muchos, ocurrió algo relacionado con ella que causó sensación. Las disposiciones de su testamento levantaron las más variadas emociones: asombro, cólera, profundo disgusto, rabia, enojo, indignación y comentarios para todos los gustos. Durante semanas y tal vez meses, no se habló de otra cosa en Market Basing. Cada cual aportó su opinión al asunto, desde el señor Jones, el tendero, quien sostenía que «la sangre es más espesa que el agua», hasta la señora Lampherey, de la estafeta de Correos, quien repetía *ad nauseam* que «había algo detrás de todo aquello, ¡estaba segura! Que recordaran el día en que lo decía».

Y añadió sabor a las especulaciones sobre el caso, la circunstancia de que el testamento había sido otorgado el día 2 de abril último. Sumando a esto el que los parientes más próximos de Emily Arundell habían pasado con ella la Pascua de Resurrección, pocos días antes, puede suponerse con qué facilidad tomaron cuerpo las más escandalosas suposiciones, rompiendo la monotonía

de la vida diaria de Market Basing.

Existía una persona de quien con fundamento se sospechaba que conocía mucho más el asunto de lo que ella misma admitía. Era la señorita Wilhelmina Lawson, señora de compañía de Emily. Pero insistía en que sabía tanto como cualquier otro sobre el caso y añadía que se quedó muda de estupor cuando se hizo público el contenido del testamento.

Mucha gente no lo creyó, desde luego. No obstante, tanto si la señorita Lawson estaba enterada como si no, lo cierto era que solamente una persona conocía la verdad. Y ésta era la difunta señorita Arundell. Pero incluso ni a su propio abogado dijo una sola palabra acerca de los motivos que originaron su acción. Se limitó a dejar bien sentados sus deseos.

En esta discreción podía encontrarse la clave del carácter de Emily Arundell. En todos los aspectos, era un producto típico de su generación. Tenía sus virtudes y sus vicios. Era autocrática y a menudo despótica y, sin embargo, afectuosa. Tenía lengua dura, pero modales amables. Exteriormente parecía sentimental, aunque en su fuero interno anidaba la sagacidad. Tuvo gran cantidad de señoras de compañía a quienes trató despiadadamente, si bien las gratificó luego con esplendidez. Poseía, en fin, un gran sentido de las obligaciones familiares.

* * *

El viernes antes de Pascua, Emily Arundell se encontraba en el vestíbulo de Littlegreen House, dando varias órdenes a la señorita Lawson.

Emily había sido una muchacha agraciada y ahora era una señora bien conservada, de espalda erguida y ademanes vivos. El ligero tinte amarillento de su tez constituía un aviso sobre el peligro que representaba para ella el comer según qué manjares.

—Vamos a ver, Minnie —dijo la señorita Arundell—. ¿Dónde ha colocado a los invitados?

—Pues, espero…, creo haberlo hecho bien. Al doctor Tanios y su señora en el dormitorio de roble y a Theresa en el cuarto azul. Al señorito Charles en la antigua habitación de los niños…

Su señora la interrumpió.

—Theresa puede dormir en el cuarto de los chicos y el señorito Charles que se quede en la habitación azul.

—Oh, sí… lo siento. Creí que el cuarto de los chicos sería algo inconveniente para…

—A Theresa le gustará.

En los tiempos de la señorita Arundell las mujeres ocupaban siempre el segundo lugar. Los hombres eran los más importantes.

—No sabe cuánto siento que no vengan los niños —murmuró la señorita Lawson sentimentalmente.

Le gustaban los niños, aunque era incapaz de manejarlos.

—Cuatro huéspedes son más que suficientes —dijo la señorita Arundell—. Además, Bella está malcriando demasiado a los pequeños. Nunca hacen lo que se les manda; ni soñarlo.

Minnie Lawson opinó:

—La señora Tanios es una madre cariñosa.

—Bella es una buena mujer —añadió Emily como aprobando tal afirmación.

—Debe ser muy duro para ella vivir en una ciudad tan remota como Esmirna —contestó la señora Lawson dando un suspiro.

—Puesto que ha escogido la cama, que duerma en ella —replicó la señora.

Y una vez pronunciada esta vieja sentencia de la época victoriana, añadió:

—Me voy al pueblo. Tengo que hacer varios encargos para este fin de semana.

—Oh, señorita Arundell, deje que vaya yo. Quiero decir…

—¡Tonterías! Prefiero ir yo. Rogers necesita que le diga algo fuerte. Lo malo de usted, Minnie, es que no resulta bastante enérgica. *¡Bob!* ¿Dónde está el perro?

Un terrier de pelo duro bajó corriendo la escalera y empezó a dar vueltas alrededor de su ama, mientras lanzaba cortos y agudos ladridos de alegría, como si esperara algo.

La mujer y el perro salieron juntos por la puerta principal y siguieron la pequeña senda hasta la cancela.

Minnie Lawson se quedó observándolos, sonriendo vagamente con la boca un poco entreabierta. Detrás de ella sonó una voz agria:

—Las fundas de almohada que me dio usted no pertenecen al mismo par.

—¿Qué? Pero qué tonta soy…

Volvió a enfrascarse en la rutina de los trabajos domésticos.

Entretanto, Emily Arundell, acompañada de *Bob*, avanzaba con el aire de una reina por la calle principal de Market Basing.

Era innegable que tenía un porte señorial. En todas las tiendas donde entraba, el dueño salía a su encuentro precipitadamente para servirla.

No en balde era la señorita Arundell de Littlegreen House. «Una de nuestras más antiguas clientes.» «Una señora educada a la vieja usanza; de las pocas que quedan hoy.»

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo tener el placer de servirla? ¿Que no estaba tierno? No sabe cuánto siento oírle decir eso. Creí que estaba muy bien aquel solomillo. Sí; desde luego, señorita Arundell. Si usted lo dice, así será… No; le aseguro que no pensaba despacharle ningún género de calidad inferior, señorita Arundell… Sí; ya me doy cuenta, señorita Arundell.

Bob y *Spot*, el perro propiedad del carnicero, estaban entretanto dando vueltas uno alrededor del otro, con los pelos tiesos y profiriendo gruñidos en voz baja. *Spot* era un perro corpulento de raza indefinida. Sabía que no debía pelearse con los perros que acompañaban a los clientes; pero se permitía darles a conocer, con sutiles indirectas, la clase de picadillo en que exactamente los convertiría si lo dejaran.

Bob, que se preciaba de valiente, contestaba con determinación.

Emily Arundell lanzó un seco *¡Bob!* y salió de la tienda.

En la verdulería encontró una reunión de voluminosas damas. Una señora de contornos esféricos, pero de porte distinguido y majestuoso, la saludó:

—Buenos días, Emily.

—Buenos días, Carolina.

—¿Esperas a los chicos? —preguntó Carolina Peabody.

—Sí; a todos ellos. Theresa, Charles y Bella.

—Entonces, Bella está aquí, ¿verdad? ¿Su marido también está?

—Sí.

Fue un simple monosílabo; pero en el fondo las dos se comprendieron perfectamente.

Porque Bella Winter, la sobrina de Emily, estaba casada con un griego y la familia Arundell, conocida como «toda al servicio del

pueblo», nunca había admitido a ningún griego en su seno.

A manera de consuelo, porque desde luego, la cosa no podía ser tratada abiertamente, dijo la señorita Peabody:

—El marido de Bella es inteligente. Y tiene unos modales encantadores.

—En efecto —convino la señorita Arundell.

Cuando salían a la calle preguntó Carolina:

—¿Qué es lo que hay sobre el noviazgo de Theresa con el joven Donaldson?

Emily se encogió de hombros.

—En la actualidad los jóvenes son muy especiales. Me temo que va a ser un noviazgo largo… es decir, si no surge algo. El muchacho no tiene ni un penique.

—Pero Theresa dispone de su propio dinero.

—Un hombre puede muy bien desear que no lo mantenga su mujer —replicó Emily con sequedad.

La señorita Peabody emitió un suave cloqueo gutural.

—Me parece que ahora eso no importa mucho a nadie. Tú y yo estamos anticuadas. Aunque no llego a comprender qué es lo que ha visto esa niña en él. ¡Son tan insípidos esos jóvenes!

—Según tengo entendido, es un médico bastante bueno.

—Pero con esos lentes de pinza… y esa forma tan seca de hablar. En mis buenos tiempos lo hubiéramos llamado un zoquete engreído.

Hubo una pausa, mientras la memoria de la señorita Peabody, retrocediendo al pasado, conjuraba la visión de hombres arrogantes y barbudos.

Al cabo de un rato prosiguió:

—Si viene, envíame a ese perdido de Charles para que lo vea.

—Pierde cuidado. Se lo diré.

Las dos damas se separaron.

Hacía más de cincuenta años que se conocían. La señorita Peabody estaba enterada de ciertos episodios no muy eficientes de la vida del general Arundell, padre de Emily. Sabía también el disgusto que el matrimonio de Thomas Arundell produjo a sus hermanas, y tenía formada una idea bastante acertada sobre algunas incidencias relacionadas con la nueva generación de los Arundell.

Pero ni una palabra se había cruzado entre ellas respecto a estas cuestiones. Eran las representantes de la dignidad, solidaridad y orgullo de sus familias.

La señorita Arundell se dirigió a su casa, llevando a *Bob* trotando formalmente detrás de ella. Emily admitía consigo misma lo que nunca hubiera admitido con otro ser humano. El descontento que le producían sus parientes jóvenes.

Theresa, por ejemplo. No hubo forma de controlar a Theresa desde que pudo disponer de su propio dinero cuando cumplió los veintiún años. Desde entonces, la muchacha había conseguido cierta notoriedad. Su fotografía aparecía a menudo en los periódicos. Pertenecía a una joven, brillante y atrevida pandilla de Londres. Organizaba extravagantes diversiones que, en más de una ocasión, terminaban en alguna Comisaría de Policía. No era ésta la clase de popularidad que Emily aprobaba para un Arundell. De hecho le disgustaba, casi en forma general, la manera de vivir de Theresa. Por lo que se refería al noviazgo de la muchacha, estaba verdaderamente confusa. Por una parte, no podía considerar a un médico principiante, como Donaldson, bastante buen partido para una Arundell. Y de otra, estaba segura de que Theresa era la esposa menos indicada para un apacible doctor pueblerino.

Sin darse cuenta, sus pensamientos se dirigieron a Bella. A ésta sí que era difícil encontrarle una falta. Era una mujer íntegra; altamente ejemplar en su conducta… y ¡extremadamente tonta! A pesar de todo ello no podía aprobar por completo su forma de ser, porque se había casado con un extranjero y no tan sólo extranjero, sino griego. En la mente llena de prejuicios de la señorita Arundell, un griego era casi como un turco. El hecho de que el doctor Tanios tuviera un trato agradable y fama de entender a fondo su profesión, hacía que se sintiera todavía más predispuesta contra él. No le gustaba ni las maneras afectuosas ni los cumplidos, pues desconfiaba de ellos. Por esta razón, también, le fue muy difícil llegar a querer a los niños. Ambos se parecían físicamente a su padre y en ellos no podía encontrarse nada inglés.

Y luego Charles.

Sí. Charles.

No había por qué cerrar los ojos a la realidad; a pesar de ser encantador, no se podía confiar en él…

Emily parpadeó. Se sintió súbitamente cansada, vieja, deprimida…

Supuso que su vida no podía durar ya mucho más…

Recordó el testamento que otorgara hacía muchos años.

Legados a los supervivientes; mandas para obras de caridad y el grueso de su fortuna, bastante considerable, para ser repartido equitativamente entre ellos, sus tres parientes más próximos.

Seguía opinando que había obrado de la forma más justa y razonable. De pronto, una pregunta cruzó por su mente. ¿Habría alguna manera de asegurar la parte que correspondiera a Bella, para que su marido no pudiera aprovecharse…? Consultaría al señor Purvis.

Volvió en sí cuando llegó a la cancela de Littlegreen House.

Charles y Theresa vendrían en automóvil. Los Tanios en tren.

Los hermanos llegaron primero. Charles, alto y de buen aspecto, dijo con su habitual tono burlón:

—¡Hola, tía Emily! ¿Cómo se encuentra? ¡Parece que está usted muy bien!

Y la besó:

Theresa oprimió su joven e indiferente mejilla contra la marchita de Emily.

—¿Cómo está, tía?

Theresa no tenía buen aspecto, ni mucho menos, pensó Emily. La cara, bajo el copioso maquillaje, aparecía macilenta y un círculo oscuro rodeaba sus ojos.

El té estaba servido en el salón. Bella Tanios, con el pelo desparramado en mechones bajo su bonito sombrero, puesto con más buena intención que acierto, miraba fijamente a su prima. Theresa, esforzándose patéticamente en asimilar, para acordarse luego, los detalles de la ropa que usaba la muchacha. En esta vida, el destino de la pobre Bella era estar intensamente apasionada por todo lo que se refería a la moda; pero sin poseer el gusto necesario para saber distinguir. Los vestidos que llevaba Theresa eran de los más caros; un poco atrevidos, pero tenía una figura exquisita.

Cuando Bella llegó a Inglaterra desde Esmirna, trató a toda costa de imitar la elegancia de Theresa.

El doctor Tanios, alto, barbudo y bien parecido, estaba hablando con la señorita Arundell. Tenía la voz cálida y llena de sonoridad;

una voz atractiva que encantaba a todos los que la escuchaban. A pesar de sus prejuicios, casi le gustaba a Emily.

Minnie Lawson, entretanto, estaba atareadísima. Iba de aquí para allá; llevaba platos y removía las tazas en la mesilla de té. Charles, que poseía una excelente educación, se levantó más de una vez para ayudarla, pero ella no pareció quedar muy agradecida por este gesto.

Cuando, después del té, salieron todos a dar una vuelta por el jardín. Charles murmuró por lo bajo al oído de su hermana:

—¿No le gusto a la señorita Lawson? Es extraño, ¿no te parece?

—Muy extraño —replicó Theresa burlonamente—. ¿De modo que existe una persona que no se deja dominar por tu fatal fascinación?

Charles hizo una mueca picaresca.

—Suerte que se trata sólo de la señorita Lawson.

La aludida paseaba entonces con la señora Tanios y le estaba formulando algunas preguntas acerca de los niños. La macilenta cara de Bella se animó. Olvidó observar a Theresa y empezó a hablar con volubilidad. Mary había dicho una cosa sumamente graciosa cuando venían en el barco…

Encontró en Minnie Lawson una oyente que simpatizaba con cuanto decía.

Poco rato después, un joven de cabellos rubios y cara solemne, en la que destacaban unos lentes de pinza, salió de la casa y avanzó por el jardín. Parecía algo embarazado. La señorita Arundell le dio la bienvenida cortésmente.

—¡Hola, Rex! —exclamó Theresa.

Y apoyando su brazo en el de él, se alejaron ambos del grupo.

Charles hizo un gesto y desapareció en busca del jardinero, su viejo aliado desde que era un chiquillo.

Cuando la señorita Arundell volvió a entrar en la casa, su sobrino estaba jugando con *Bob*. En lo alto de la escalera, el perro tenía una pelota en la boca y movía alegremente la cola.

—Vamos, chicos —dijo Charles.

Bob se sentó sobre sus patas traseras y empujó la pelota con la nariz, muy despacio, hasta el borde del primer peldaño. Cuando, por fin, la hizo saltar, se levantó dando muestras de gran regocijo, mientras la pelota rebotaba de un peldaño en otro. Charles la

recogió y volvió a lanzarla hacia arriba. Después, la maniobra se repitió una vez más.

—No está mal el jueguecito —comentó Charles, complacido.

Emily Arundell sonrió.

—Así se estaría durante horas —dijo.

Dio la vuelta y se dirigió al salón, seguida por Charles. *Bob* lanzó un ladrido de disgusto.

Mirando por la ventana, el joven indicó:

—Mire a Theresa y a su novio. ¡Hacen una pareja muy rara!

—¿Crees que Theresa ha tomado lo suficientemente en serio la cosa?

—¡Está loca por él! —contestó Charles en tono confidencial—. Un gusto bastante raro… pero qué le vamos a hacer. Creo que debe ser por la forma como él la mira, como si fuera algo maravilloso y no una mujer. Eso es una novedad para Theresa. Lástima que el chico no tenga dónde caerse muerto. Theresa tiene unos gastos demasiado costosos.

Su tía comentó con gravedad:

—No me cabe la menor duda de que ella puede cambiar su modo de vivir… si lo desea. Y, después de todo, Theresa tiene sus propios ingresos.

—¿Cómo? ¡Oh, sí, sí! Desde luego.

Charles dirigió una tímida mirada a su tía.

Por la noche, cuando todos estaban reunidos en el salón esperando a que se sirviera la cena, se oyó un gran estrépito en la escalera. Charles entró al cabo de un momento con la cara sofocada.

—Lo siento, tía Emily. ¿Llego tarde? Ese perro casi me hace dar el más espantoso de los batacazos. Se ha dejado la pelota en lo alto de la escalera.

—¡Qué perrito más descuidado! —exclamó la señorita Lawson inclinándose hacia *Bob*.

El perro la miró con desdén y volvió la cabeza hacia otro lado.

—Ya sabe que lo hizo otras veces —dijo la señorita Arundell—. Es verdaderamente peligroso. Minnie, vaya a buscar la pelota y guárdesela bien.

La señorita Lawson se apresuró a cumplir la orden.

El doctor Tanios monopolizó la conversación durante casi todo el tiempo que duró la cena. Contó divertidas anécdotas de su vida

en Esmirna.

Era todavía muy temprano cuando se disolvió la reunión y cada uno se dirigió a su dormitorio. La señorita Lawson, cargada con un ovillo de lana, un par de gafas, una gran bolsa de terciopelo y un libro, acompañó a Emily hasta su habitación, sin dejar de charlar volublemente ni un solo momento.

—El doctor Tanios es muy divertido. Una de esas compañías que no cansan. No es que me preocupe gran cosa por ese modo de vivir… Supongo que cada uno se arregla como puede… Pero la leche de cabra tiene un sabor tan desagradable…

—No sea tonta, Minnie —interrumpió su señora—. Dígale a Ellen que me llame a las seis y media.

—Desde luego, señorita Arundell. Le dije que no preparara té; aunque no creo que eso sea aconsejable. Como usted ya sabe, el vicario de Southbridge, que es uno de los hombres más escrupulosos que conozco, me dijo claramente que no había necesidad de ayunar.

Una vez más, Emily la interrumpió con notoria sequedad.

—Nunca he tomado nada antes del servicio matutino y no voy a empezar ahora. Usted puede hacer lo que le parezca.

—¡Oh, no…! No quise decir… Estoy segura.

La señora Lawson se aturdió.

—Quítele el collar a *Bob* —dijo la señora.

La mujer se apresuró a obedecerle, y tratando de congraciarse, dijo:

—¡Qué velada tan agradable! Parecen todos tan contentos de encontrarse aquí…

—¡Hum! —refunfuñó Emily—. Están aquí para ver lo que pueden sacarme.

—Oh; no diga eso, señorita Arundell…

—Mire, Minnie; sepa usted que no soy tonta. Sólo me pregunto quién de ellos empezará a pedir primero.

No tuvo que esperar mucho para salir de dudas. Ella y la señorita Lawson volvieron del servicio matutino poco después de las nueve de la mañana. El doctor Tanios y su esposa estaban en el comedor; pero no había trazas de los hermanos Arundell. Después de desayunar, cuando el matrimonio se retiró, Emily se ocupó de anotar varias cuentas en una libreta.

Cerca de las diez entró Charles.

—Siento haber llegado tarde, tía Emily. Theresa no se encuentra bien. No ha podido pegar un ojo en toda la noche.

—A las nueve y media se quita la mesa del desayuno —replicó la señorita Arundell—. Ya sé que es moda no tener ninguna consideración con los sirvientes; pero en mi casa no ocurre eso.

—¡Bravo! ¡Ése es el verdadero espíritu señorial!

Charles procuró atemperarse al humor de su tía y tomó asiento a su lado.

Como de costumbre, tenía expresión afable. Casi sin darse cuenta, Emily se encontró de pronto dirigiéndole una indulgente sonrisa. Alentado por este signo de confianza, Charles se lanzó.

—Oiga, tía Emily. Siento mucho tener que molestarla; pero estoy en un endiablado callejón sin salida. ¿Podría usted ayudarme? Cien libras bastarían.

La cara de Emily no era precisamente alentadora. Su expresión denotaba el disgusto que le causaba aquello.

No tenía empacho de decir lo que sentía. Y lo dijo.

Minnie Lawson, que andaba trajinando por el vestíbulo, casi tropezó con Charles, cuando éste salió del comedor. Lo miró con curiosidad y luego entró en la habitación, donde encontró a su ama, sentada y con la cara arrebolada.

Capítulo II

LA FAMILIA

Charles subió con ligereza la escalera y llamó a la puerta de la habitación de su hermana. La invitación para que pasara adelante no se hizo esperar y el joven entró en el dormitorio.

Theresa estaba sentada en la cama, bostezando.

El muchacho tomó asiento a los pies de ella.

—Eres una chica muy decorativa, Theresa —observó con tono apreciativo.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella bruscamente.

Charles hizo un gesto vago.

—De mal humor, ¿eh? Bueno, te he ganado por la mano, chica. Quiero decir que di el golpe antes de que lo intentaras tú.

—Está bien, ¿y qué?

Su hermano extendió las manos con elocuente ademán.

—¡No hay nada que hacer! Tía Emily me despachó pronto y bien. Insinuó que no se había hecho ninguna ilusión sobre las causas por las cuales su amantísima familia se había reunido a su alrededor. Y también dejó entrever que sus queridísimos parientes se verían chasqueados. No sacaremos nada, a no ser buenas palabras… y no muchas.

—Debías haber esperado un poco —comentó Theresa con acidez.

Charles volvió a gesticular.

—Temía que tú o Tanios os adelantaseis. Estoy convencido, querida Theresa, de que esta vez no vamos a conseguir nada. La vieja Emily no es tonta.

—Nunca creí que lo fuera.

—Mas traté de intimidarla un poco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su hermana con interés.

—Le dije que estaba siguiendo el camino más seguro para que alguien la eliminara. Después de todo, no puede llevarse los billetes al cielo. ¿Por qué no reparte unos pocos?

—¡Eres un loco, Charles!

—No lo creas. Tengo algo de psicólogo. No es conveniente irle con lloros a la vieja. Prefiere que vayas derecho al grano. Al fin y al cabo le hablé con sentido común. Conseguiremos el dinero cuando se muera, ¿no es eso…?, pues entonces, podría repartir un poco por adelantado. De otra forma, la tentación de quitarla de en medio puede hacerse irresistible.

—¿Comprendió ella lo que querías decir? —pregunto Theresa mientras sus bien dibujados labios se plegaban desdeñosamente.

—No estoy seguro. No quiso admitir mi punto de vista. Se limitó, un tanto despreciativamente, a darme las gracias por mi aviso, indicándome que sabría cuidar de sí misma. «Bueno —le dije yo—. Ya la avisé.» «Lo tendré en cuenta», contestó.

—En realidad, Charles, eres un loco rematado —dijo Theresa con voz colérica.

—¡Maldita sea, Theresa! Estoy un poco apurado. La vieja se limitó simplemente a darle vueltas al asunto. Apuesto cualquier cosa a que no gasta ni la décima parte de sus rentas… y, de todas formas, ¿en qué iba a gastarlas? Y aquí nos tienes; jóvenes y capaces de gozar de la vida, lo cual no impide que tía Emily sea capaz de vivir cien años. Yo necesito divertirme ahora… y tú también.

Theresa asintió, mientras comentaba en voz baja:

—No pueden comprender… Los viejos no… no pueden… no saben lo que es vivir.

Ambos hermanos guardaron silencio durante unos minutos.

Charles se levantó.

—Bueno, querida. Te deseo más suerte que la que he tenido yo. Aunque dudo que la tengas.

—Cuento con Rex para que me ayude. Si consigo que tía Emily se dé cuenta de lo mucho que vale y de lo importantísimo que es el proporcionarle una ocasión para que evite convertirse en un rutinario médico rural… ¡Oh, Charles! Unos pocos miles,

justamente ahora, significarían tanto para nuestras vidas…

—Espero que lo consigas; pero no creo que tengas éxito. Has dilapidado un considerable capital en poco tiempo, gracias a la vida tan divertida que has llevado. Oye, Theresa, ¿crees que Bella o su marido lograrán algo?

—No creo que el dinero le proporcionase nada bueno a Bella. Parece siempre un saco de andrajos y sus gustos son puramente domésticos.

—Está bien —dijo Charles—. Pero supongo que necesitará algunas cosas para sus antipáticos hijos. Colegios, lecciones de música, etc. Y parte de ello, no es Bella… es Tanios. Apuesto a que mete la nariz en el dinero. ¡Fíate de un griego! ¿Sabías que gastó casi todo el dinero de Bella? Especuló con él y lo perdió.

—¿Supones que conseguirá algo de la vieja?

—No, si puedo evitarlo —replicó el joven.

Salió de la habitación y descendió la escalera. *Bob* estaba en el vestíbulo y se dirigió alegremente hacia Charles. El muchacho se hacía simpático a los perros.

El terrier corrió hacia la puerta del salón, se volvió y miró al recién llegado.

—¿Qué quieres? —dijo Charles.

Bob movió la cola y miró fijamente los cajones del escritorio mientras profería un gruñido de súplica.

—¿Quieres algo de ahí dentro?

Charles abrió el cajón superior y levantó expresivamente las cejas.

—¡Vaya, vaya! —exclamó.

En un rincón se veía un pequeño montón de billetes. Los cogió y contó por encima su total. Haciendo un leve gesto sacó tres billetes de una libra y dos de diez chelines, guardándoselos en el bolsillo. Luego dejó cuidadosamente el resto donde lo había encontrado.

—Ésta ha sido una buena idea, *Bob* —dijo—. Tu tío Charles ya tiene con qué cubrir los gastos. Un poco de dinero nunca viene mal.

Bob lanzó un ladrido cuando Charles cerró el cajón.

—Lo siento, chico —se excusó, abriendo el siguiente.

La pelota del perro estaba allí y la sacó.

—Aquí la tienes. Juega tú solo con ella.

Bob cogió su juguete, corrió fuera del salón y poco después se

oyó el ruido de la pelota al rebotar en los peldaños de la escalera.

Charles salió del jardín. Hacía una agradable y soleada mañana, percibiéndose el ligero perfume de las lilas.

La señorita Arundell y el doctor Tanios estaban sentados, hablando. El médico disertaba sobre las ventajas de una buena educación para los niños, como la inglesa, y de lo que él lamentaba no poder disponer de este lujo para sus propios hijos.

Charles sonrió maliciosamente. Tomó animada parte en la conversación, procurando intentar desviarla hacia otros temas.

Emily le dirigió una cariñosa sonrisa, lo cual hizo pensar al joven que a ella le divertía su táctica y que sutilmente le estaba incitando a que la prosiguiera.

El ánimo de Charles tomó de nuevo aliento. Tal vez, después de todo, antes de irse…

Charles era un incurable optimista.

El doctor Donaldson llegó aquella tarde en su coche y se llevó a Theresa con objeto de dar un paseo hasta Worthen Abbey, uno de los lugares más pintorescos de la localidad. Una vez allí se adentraron en el bosque.

Rex Donaldson relató a su novia, con todo detalle, las teorías sobre las que estaba trabajando y algunos de sus recientes experimentos. Ella entendía muy poco de todo aquello; pero sabía escuchar con naturalidad.

«¡Qué inteligente es Rex… y qué adorable resulta!», pensaba.

Su novio se detuvo y dijo con aire de duda:

—Me temo que todo esto sea música celestial para ti, Theresa.

—Es muy interesante lo que dices, querido —replicó ella—. Sigue. Tomas sangre de unos cobayas infectados y…

Donaldson prosiguió.

Poco después Theresa mirándolo dijo:

—Tu trabajo representa mucho para ti, ¿verdad?

—Naturalmente —contestó él.

Esto no le parecía muy natural a Theresa. Pocos de sus amigos trabajaban y cuando lo hacían se quejaban amargamente de ello.

Como hizo ya en varias ocasiones, pensó en lo impropio que resultaba el haberse enamorado de Rex Donaldson. ¿Por qué tenían que ocurrirle a una estas cosas, estas divertidas y extrañas locuras? Era una pregunta sin respuesta. Le había ocurrido y eso era todo.

Frunció el ceño, extrañándose de sí misma. Los componentes de su pandilla eran alegres y cínicos. Las aventuras amorosas eran necesarias en la vida, desde luego. Pero, ¿por qué tomarlas en serio? Se podía amar y dejarlo correr luego.

Sin embargo, sus sentimientos por Rex Donaldson eran diferentes; eran demasiado profundos. Comprendió instintivamente que esto no podía dejarlo correr. Tenía necesidad de él; simple y hondamente. Todo lo de Rex le fascinaba. Su calma y reserva, tan diferente de su propia vida, estéril y egoísta. La clara y lógica frialdad de su cerebro científico y, algo más, imperfectamente comprendido… Una fuerza secreta, enmascarada en el muchacho por sus maneras modestas y ligeramente pedantes; pero que ella no obstante percibía de un modo puramente instintivo, pero con absoluta claridad.

En Rex Donaldson había genio y el hecho de que su profesión fuera la más grande preocupación de su vida y de que la joven fuera sólo una parte, aunque necesaria, de su existencia, hacía que aumentara la atracción que ejercía sobre Theresa. La muchacha se dio cuenta, por primera vez en su vida egoísta y placentera, de que estaba contenta de ocupar el segundo puesto. Este descubrimiento le encantó. ¡Por Rex haría cualquier cosa… cualquier cosa!

—¡Qué complicación más molesta es el dinero! —exclamó impetuosamente—. Sólo con que tía Emily hubiera muerto ya, nos hubiéramos casado en seguida y tú podrías haberte trasladado a Londres para montar un laboratorio con muchos tubos de ensayo y conejillos de India. No te hubieras molestado más haciendo visitas a niños con paperas y a viejas enfermas del hígado.

—Pues no hay ninguna razón que impida a tu tía vivir todavía muchos años… si se cuida un poco —replicó Donaldson.

Theresa contestó desoladamente:

—Ya sé que…

Entretanto, en el gran dormitorio de dos camas y viejo mobiliario de roble, el doctor Tanios decía convencido a su esposa:

—Creo que he preparado bastante bien el terreno. Ahora te toca a ti, querida.

Estaba vertiendo agua con un antiguo jarro de porcelana en la palangana de porcelana china.

Bella, sentada frente al tocador, se maravillaba de que, a pesar

de haberse peinado como Theresa, no tuviera su mismo aspecto.

Pasó un momento antes de que contestara.

—No creo que deba pedir dinero a tía Emily —dijo al fin.

—No es sólo por ti, Bella. Es por los niños. Ya sabes que las cosas no nos han ido bien.

Estaba vuelto de espaldas y no pudo ver la rápida mirada que ella le dirigió. Una mirada furtiva, encogida.

Con suave obstinación Bella continuó:

—Es igual. Creo que no… Tía Emily no es nada fácil de convencer. Puede ser generosa, pero no le gusta que le pidan nada.

Tanios se acercó a su esposa mientras se secaba las manos.

—Realmente, Bella, parece mentira que seas tan obstinada. Después de todo, ¿para qué hemos venido aquí?

—Yo no… —murmuró ella—. Nunca supuse que… fuera para pedir dinero.

—Sin embargo, estás de acuerdo conmigo en que la única esperanza, si queremos educar adecuadamente a los niños, es que tu tía nos ayude.

Bella no contestó. Se movió, intranquila.

Su cara mostraba la dulce y terca mirada que muchos y buenos maridos de mujeres estúpidas han conocido a su costa.

—Tal vez tía Emily sugiera… —dijo Bella.

—Es posible. Pero, por ahora no veo señales de tal cosa.

—Si hubiéramos traído con nosotros a los niños… —comentó la mujer—. Tía Emily no hubiera dejado de ayudar a Mary, con lo cariñosa que es. Y Edward es tan inteligente… y tan zalamero…

—No creo que a tu tía le gusten mucho los niños —replicó Tanios con sequedad—. Probablemente, lo más acertado ha sido no traerlos.

—Oh, Jacob; pero…

—Sí, sí, querida. Ya conozco tus sentimientos. Pero estas viejas solteronas inglesas… ¡Bah! No tienen nada de humano. Necesitamos actuar de la mejor forma posible, por Mary y por Edward, ¿no es eso? No creo que le resultase muy duro a la señorita Arundell ayudarnos un poco.

—Oh, por favor. Por favor, Jacob; ahora no. Estoy segura de que no sería oportuno. No quiero; ya te lo dije.

Tanios se detuvo a su lado y le pasó el brazo sobre los hombros.

La mujer se estremeció y luego quedó quieta, casi rígida junto a su marido.

La voz del médico era amable cuando habló.

—De todas formas, Bella, creo… que harás lo que he dicho… Siempre lo has hecho, ya sabes… Al fin y al cabo… Sí; creo que harás lo que te he dicho…

Capítulo III

EL ACCIDENTE

Era el martes por la tarde. La puerta lateral que daba al jardín estaba abierta y la señorita Arundell, desde el umbral, lanzaba la pelota a *Bob a* lo largo del sendero. El terrier corría detrás de ella.

—Una carrera más, *Bob* —dijo Emily—. Pero buena…

La pelota rodó otra vez por el jardín, con *Bob* trotando a toda velocidad en su persecución.

La señorita Arundell se inclinó, recogió la pelota, que el perro había dejado a sus pies, y entró en la casa llevando a *Bob* pegado a los talones. Cerró la puerta y penetró en el salón, seguida todavía del perro. Abrió el cajón del escritorio y dejó en él la pelota.

En el reloj de la repisa de la chimenea eran las seis y media.

—No vendrá mal un poco de descanso antes de la cena, *Bob*.

Subió la escalera y se dirigió a su habitación. El perro la acompañó. Reposando en el gran canapé forrado de cretona floreada y con *Bob a* sus pies, la señorita Arundell suspiró.

Se alegraba de que fuera martes y de que al día siguiente se marcharan los invitados. No era que este fin de semana le hubiera descubierto ninguna cosa que ella no supiera antes. Pero lo había aprovechado para no olvidar lo que ya sabía.

—Supongo que me voy volviendo vieja… —pensó.

Y luego, con un pequeño estremecimiento de sorpresa:

—Soy una vieja…

Reposó con los ojos cerrados por espacio de media hora hasta que Ellen, la doncella más antigua de la casa, trajo agua caliente. Se levantó e hizo sus preparativos para la cena.

El doctor Donaldson tenía que cenar con ellos esa noche. Emily

Arundell deseaba tener una oportunidad para estudiar al joven de cerca. Todavía le parecía un poco increíble que la exótica Theresa quisiera casarse con aquel tieso y pedante muchacho. Asimismo, se le antojaba extraño que él, siendo como era, deseara casarse con Theresa.

Notó, a medida que avanzaba la velada, que no conseguiría conocer mejor a Donaldson. Era muy cortés, muy formal y, según pensó Emily, intensamente obstinado. En su interior reconoció que el juicio de la señorita Peabody era acertado. El pensamiento cruzó rápido por su cerebro. «Había cosas mejores en nuestra juventud.»

Donaldson no tardó mucho en marcharse. A las diez se levantó para despedirse. Emily Arundell anunció poco después que se iba a la cama. Subió a su habitación y los demás no tardaron en imitar su ejemplo. Aquella noche parecían todos cansados. La señorita Lawson se quedó abajo para llevar a cabo las últimas tareas del día. Abrió la puerta para que *Bob* diera su acostumbrado paseo nocturno; esparció el fuego de la chimenea; puso delante de ella el biombo protector y apartó la alfombra por si saltaba alguna chispa.

Unos minutos después llegó casi sin aliento a la habitación de su señora.

—Creo que no he olvidado nada —dijo mientras dejaba el ovillo de lana, la bolsa de labor y un libro—. Espero que este libro le guste. La muchacha de la librería no tenía ninguno de los títulos que puso usted en la lista; pero me dijo que éste le gustará.

—Esa chica es una tonta —comentó la señorita Arundell—. Sus gustos literarios son de los peores con que jamás tropecé.

—Qué lástima. No sabe cuánto lo siento. Quizá debí…

—No diga tonterías. La culpa no es suya —dijo Emily.

Luego añadió con amabilidad:

—Supongo que se habrá divertido esta tarde.

La cara de Minnie Lawson se iluminó. Parecía mucho más joven.

—¡Oh, sí! Ha sido usted tan amable al darme permiso… he pasado un rato muy entretenido. Hemos hecho funcionar el grafómetro y ha escrito cosas muy interesantes. Hubo varios mensajes… Desde luego, no es lo mismo que las sesiones de velador… Julia Tripp ha tenido grandes éxitos con la escritura automática. Varios mensajes de los que se fueron. Esto… produce un sentimiento de gratitud… Que estas cosas las consienta…

Su señora la interrumpió con una ligera sonrisa.

—Será mejor que no la oiga el vicario.

—Pero en realidad, señorita Arundell, yo estoy convencida de que en eso no puede haber equivocación. Me gustaría que el señor Lonsdale investigara el asunto. Me parece que es muy estrecho de conciencia quien condena una cosa antes de haberla visto. Tanto Julia como Isabel Tripp son dos mujeres muy espirituales.

—Casi demasiado espirituales para estar vivas —comentó Emily irónicamente.

No se preocupaba gran cosa de las hermanas Tripp. Siempre opinó que usaban unas ropas ridículas. El régimen vegetariano y los frutos crudos que comían le parecían absurdos, así como sus maneras afectadas. Eran mujeres sin tradición, sin raíces… en una palabra, sin educación. Pero le proporcionaban cierta diversión con su buena fe y en el fondo les tenía algo de aprecio, aunque no tanto como para envidiar la satisfacción que su amistad proporcionaba, por lo visto, a la pobre Minnie.

¡Pobre Minnie! Emily Arundell miró a su compañera con afecto mezclado de desprecio. Había tenido tantas de aquellas mujeres tontas a su servicio… y todas ellas más o menos semejantes; amables, minuciosas, serviles y, por lo general, sin pizca de sentido común.

Aquella noche Minnie parecía estar completamente fuera de sí. Tenía los ojos brillantes. Deambulaba por la habitación tocando varios objetos aquí y allá, sin tener la menor idea de lo que estaba haciendo. Pero su mirada relucía.

—Yo… hubiera deseado que usted estuviera allí… Ya sé que todavía no es una creyente. Esta tarde hubo un mensaje… para E. A. Las iniciales se definieron con claridad Era de un hombre que murió hace muchos años… un militar de buena presencia. Isabel lo vio… Debía ser el general Arundell. Qué mensaje tan magnífico… tan lleno de amor y consuelo… con cuánta paciencia lo transmitió… ¡Cuánto afecto puso en ello!

—Esos sentimientos no me recuerdan los de papá —dijo la señorita Arundell.

—Pero en el otro lado… nuestros difuntos cambian de esa forma. Allí todo es amor y comprensión. Y luego el grafómetro escribió algo referente a una llave. Creo que se refería a la llave del

bargueño indio. ¿Pudo ser eso?

—¿La llave del bargueño indio?

La voz de Emily Arundell tenía un tono agudo y lleno de interés.

—Creo que dijo eso. Supongo que quizá guarde algunos papeles de importancia o cualquier cosa por el estilo. En cierta ocasión hubo un mensaje en el que se ordenaba registraran determinado mueble y poco después se encontró un testamento que había sido escondido allí.

—No había ningún testamento en el bargueño indio —aseguró Emily.

Luego agregó con aspereza:

—Váyase usted a la cama, Minnie. Está usted cansada y yo también lo estoy. Rogaremos a las Tripp que vengan cualquier día y organicen una velada.

—¡Oh, eso estará muy bien! Buenas noches. ¿No desea nada más? Espero que no estará usted fatigada. Con tantos invitados… Le diré a Ellen que ventile bien el salón mañana y que sacuda los cortinajes. El humo deja tan mal olor… ¡Ha sido usted muy condescendiente dejando que todos fumaran en el salón!

—Debo hacer algunas concesiones a los gustos modernos —replicó Emily—. Buenas noches, Minnie.

Cuando la mujer salió de la habitación, la señorita Arundell se quedó pensando, si realmente aquellos asuntos del espiritismo serían convenientes para Minnie. Porque tenía los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas y su aspecto daba a entender inquietud y la excitación que la dominaban.

Era extraño aquello del bargueño indio, pensó Emily cuando se metía en la cama. Sonrió con el ceño fruncido al recordar la escena, ocurrida hacía muchos años. La llave, que apareció después de morir papá, y la cascada de botellas de coñac vacías que salió del bargueño indio cuando lo abrió. Eran cosas pequeñas como éstas; hechos que seguramente ni Minnie Lawson ni las hermanas Tripp podían conocer, los que hacían pensar si, después de todo, no habría algo de cierto en aquellos cuentos espiritistas…

Se encontró dando vueltas en la cama, sin poder dormir. Cada día encontraba más dificultad en conciliar el sueño. Pero rechazó la tentadora sugestión del doctor Grainger respecto al empleo de alguna droga. Los somníferos eran para los debiluchos; para la

gente que no puede soportar un dolor de dedo, un ligero dolor de muelas o el tedio de una noche sin dormir.

A menudo se levantaba y daba silenciosos paseos por la casa, cogiendo un libro de aquí; palpando un adorno allá; arreglando un jarro de flores o escribiendo cartas. En estas horas de la medianoche se daba cuenta de que la casa tenía vida propia. No eran desagradables estos paseos nocturnos. Parecía como si los fantasmas caminaran a su lado. Los espectros de sus hermanas Arabella, Matilda y Agnes; el fantasma de su hermano Thomas; su mejor compañero, ¡hasta que Aquella Mujer se lo llevó! El fantasma del general Arundell; aquel tirano doméstico de encantadores modales, cuyos gritos amedrentaban a sus hijas, aunque fue un motivo de orgullo para ellas, a causa de la notoriedad conseguida en el motín de la India y su conocimiento del mundo. ¿Qué importaba si algunos días «no se encontraba bien», como decían sus hijas evasivamente a quien preguntara por él?

Dirigió el pensamiento al novio de su sobrina.

«Supongo que nunca habrá tomado una bebida fuerte —pensó—. Se cree todo un hombre y esta noche bebió agua de cebada. ¡Agua de cebada! ¡Y para eso descorché una botella de oporto que tanto gustaba a papá!»

Charles, sin embargo, había hecho cumplida justicia al vino. Si pudiera confiar en Charles… si uno no supiera que con él…

Sus pensamientos tomaron otros derroteros… Su mente pasó revista a los sucesos de aquel fin de semana.

Algo le parecía vagamente molesto.

Trató de alejar de sí las preocupaciones. No eran convenientes.

Se incorporó sobre un codo y a la luz de la lamparilla que siempre ardía en la mesilla de noche, miró la hora.

La una de la madrugada y nunca se había sentido más despierta que entonces.

Saltó decidida de la cama y se puso las zapatillas y el batín.

Bajaría al salón y comprobaría los libros de cuentas de la semana, para tenerlos listos a la mañana siguiente, en que tendría que pagar a los proveedores.

Salió de su habitación como una sombra y se deslizó por el pasillo, donde una pequeña bombilla eléctrica estaba encendida durante toda la noche.

Llegó a la escalera y tendió una mano para asirse a la barandilla; pero de pronto, inexplicablemente, dio un traspiés, trató de recobrar el equilibrio y cayó de cabeza por la escalera.

El estrépito de la caída y el grito que dio Emily conmovieron el silencio en que estaba sumida la casa, despertando a sus ocupantes. Se oyó el ruido de las puertas al abrirse y fueron encendiéndose las luces…

La señorita Lawson se precipitó fuera de su habitación, situada precisamente junto al comienzo de la escalera.

Bajó corriendo y lanzando pequeños gritos de angustia. Uno a uno llegaron los demás. Charles, bostezando, envuelto en un esplendoroso batín. Theresa luciendo una bata de seda oscura. Bella, con un quimono azul marino y el pelo recogido en mechones con varios peines, «para conservar la ondulación».

Aturdida y casi sin aliento, Emily Arundell parecía un confuso montón de ropa. Le dolían los hombros y un tobillo… Todo su cuerpo era una revuelta masa de dolor. Se daba cuenta de la gente que la rodeaba; de la tonta de Minnie Lawson, que lloraba y hacía gestos ineficaces con las manos; de Bella, que con la boca abierta, miraba expectante; de la voz de Charles, que desde algún sitio… muy lejos, según le parecía a ella, decía a gritos:

—¡Ha sido esa maldita pelota del perro! Debió dejarla ahí y la pobre ha tropezado con ella. ¿La ven? ¡Aquí está!

Luego se dio cuenta de que alguien, con autoridad, hizo que todos se apartaran y se arrodilló a su lado. Las manos que la tocaron no titubearon; sabían lo que hacían.

Un sentimiento de alivio descendió sobre ella. Ahora todo iría bien.

El doctor Tanios estaba diciendo en tono firme y tranquilizador:

—Nada; no hay por qué preocuparse. No tiene ningún hueso roto… Sólo la sacudida, y el consiguiente magullamiento… Y, desde luego, la impresión. Pero ha tenido suerte de que no haya sido peor.

Luego el médico apartó un poco a los demás, la cogió en brazos sin ninguna dificultad y la llevó a su habitación. Una vez allí le tomó el pulso, movió afirmativamente la cabeza y envió a Minnie, que todavía seguía llorando y constituía más bien una molestia, a que buscara coñac y calentara agua para llenar unas cuantas botellas.

Aturdida y atormentada por el dolor, Emily sintió en aquel momento un profundo agradecimiento hacia Jacob Tanios. La seguridad de sentirse en buenas manos es la que da la sensación de confianza que un médico debe proporcionar siempre.

Había algo… algo que no podía concretar… algo seguramente molesto… pero no podía pensar en ello ahora. Bebería lo que le daban y se dormiría, como todos le aconsejaban.

Pero era seguro que había algo que no recordaba… alguien…

Bueno; no debía pensar… Le dolía la espalda. Bebió lo que le ofrecieron.

Oyó a Tanios que decía con voz que a ella le sonaba a consuelo y seguridad:

—Ahora ya está mucho mejor.

Un sonido que conocía muy bien la despertó. Un suave y apagado ladrido.

¡*Bob*… pícaro *Bob*! Estaba ladrando en la calle, frente a la puerta. Era un ladrido especial, en el que parecía decir: «He pasado la noche fuera. Estoy avergonzado de mí mismo.» Todo ello con tono bajo, pero repetido una y otra vez con esperanza.

La señorita Arundell aguzó el oído. ¡Ah, bien! Eso estaba mejor. Oyó que Minnie bajaba a abrir la puerta. Percibió el ruido del cerrojo y el confuso murmullo de los reproches que la mujer dirigía el perro: «Eres un perrito travieso y desobediente… muy desobediente.» Después oyó cómo se abría la puerta de la despensa. *Bob* dormía bajo la mesa.

Y en ese momento, Emily recordó lo que inconscientemente había olvidado en el momento en que sufrió el accidente. ¡Era *Bob*! A toda aquella conmoción, su caída y las carreras de los demás, hubiera contestado normalmente con un gran escándalo de ladridos desde la despensa.

Así, pues, era aquello lo que le había estado preocupando en su subconsciente. Pero ahora estaba todo explicado. Cuando dejaron salir a *Bob*, éste, vergonzosa y deliberadamente, se había dado una vueltecita por el pueblo. De vez en cuando cometía esos delitos, pero después sus excusas eran siempre tan cumplidas como pudiera desearse.

Entonces, aquello no tenía nada de particular. Pero ¿en efecto, era así? ¿Qué más era lo que le preocupaba en el fondo de su

mente? El accidente… era algo relacionado con el accidente.

¡Ah, sí! Alguien había dicho… Charles… que había resbalado con la pelota que *Bob* se dejó en la escalera. La pelota estaba allí… él la había tenido en sus manos…

Le dolía la cabeza. La espalda le escocía y todo su magullado cuerpo era un continuo sufrimiento.

Pero en medio de todo ello su cerebro seguía claro y lúcido. El aturdimiento que siguió al golpe no duró mucho. Su memoria era ahora perfectamente clara.

Hizo desfilar por su imaginación todo lo sucedido desde las seis de la tarde del día anterior… reconstruyó cada paso que dio hasta el momento en que llegó a la escalera y empezó a bajar…

Un estremecimiento de horror la sacudió…

No; seguramente debía estar equivocada… A menudo se tienen extrañas fantasías después de suceder cosas como las que habían ocurrido aquella noche. Trató de recordar la redondez resbaladiza de la pelota de *Bob* bajo su pie…

Pero no pudo acordarse de esta sensación.

En lugar de…

«Tengo los nervios excitados —se dijo Emily—. ¡Qué suposiciones tan ridículas…!»

A pesar de ello, su sensible y agudo cerebro no quería admitir tal afirmación ni por un momento. Entre los supervivientes de su época no solía usarse el optimismo sin base. Podían creer lo peor con la mayor tranquilidad.

Y Emily Arundell creía lo peor.

Capítulo IV

LA SEÑORITA ARUNDELL ESCRIBE UNA CARTA

Era viernes. Los parientes se habían marchado. Se fueron el miércoles, tal como habían acordado. Todos se habían ofrecido para quedarse; pero la oferta fue rechazada. La señorita Arundell se excusó diciendo que prefería gozar de «completo sosiego».

Durante los días que habían transcurrido desde la partida de sus familiares había estado alarmantemente pensativa. Muchas veces ni se daba cuenta de lo que decía Minnie Lawson. Se veía obligada a ordenarle que empezara otra vez.

—Pobrecita; debe ser el «shock» —decía la señorita Lawson.

Y añadía con el acento fúnebre que caracteriza a tantas vidas grises:

—Me atrevería a decir que nunca volverá a estar como antes.

El doctor Grainger, por su parte, procuraba reanimarla.

Le prometía que a últimos de semana podría levantarse y bajar al salón. Y luego decía, humorísticamente, que era una positiva desgracia que no se hubiera roto algún hueso. Hacía comentarios sobre la difícil clase de paciente que era Emily para un médico luchador como él. Si todos sus clientes fueran como ella, decía, lo mejor que podría hacer sería quitar el rótulo que anunciaba su profesión sobre la puerta de la casa.

Emily Arundell le contestaba con animación. Ella y el doctor eran viejos aliados. Siempre discutían, pero siempre lo pasaban bien cuando se reunían.

Ahora, después que el médico se marchó, la anciana tenía el ceño fruncido; pensando… pensando. Contestaba automáticamente a la charla de Minnie Lawson y luego, volviendo de repente a la

realidad, la maltrataba con duras palabras.

—¡Pobrecillo *Bob*! —gorjeaba la señorita Lawson, inclinándose hacia el perro, que estaba sentado sobre una alfombra, al pie de la cama—. ¿Verdad que el pobrecito *Bob* sería muy desgraciado si supiera lo que le ha pasado a su amita por culpa suya?

—¡No sea idiota, Minnie! —la interrumpió la señora—. ¿Dónde está su sentido inglés de la justicia? ¿No sabe que en este país todos son considerados inocentes hasta que se demuestra su culpabilidad?

—Oh, pero sabemos que…

—No sabemos nada. Deje ya de manosear por ahí. Deje de mover las cosas. ¿Tiene usted idea de cómo hay que comportarse en la habitación de un enfermo? Dígale a Ellen que venga.

Emily la siguió con la mirada cuando salió de la habitación, reprochándose interiormente por la forma cómo la trataba. Aunque Minnie estaba algo chiflada, procuraba hacerlo todo como mejor sabía.

Después, su cara tomó el aspecto preocupado de antes.

Se sentía desesperadamente desgraciada. La desagradaba la inactividad en cualquier situación, con todo el vigor y las firmes creencias de su edad. Pero en las circunstancias actuales no podía decidir su forma de actuar.

Había momentos en que desconfiaba de sus propias facultades y recuerdos sobre lo ocurrido. Y no había nadie, absolutamente nadie, en quien poder confiar.

Media hora después, cuando la señorita Lawson entró de puntillas en el dormitorio, llevando una taza de extracto de carne, quedó un tanto indecisa viendo que su señora tenía los ojos cerrados. Pero de pronto Emily pronunció dos palabras con tanta fuerza y decisión, que Minnie casi dejó caer la taza.

—Mary Fox —dijo la señora Arundell.

—¿Una caja? —preguntó Minnie—. ¿Ha dicho que necesita una caja?[1]

—Se está volviendo sorda. No he dicho nada sobre ninguna caja. Dije Mary Fox. La señora que conocí en Cheltenham el año pasado. Es la hermana de uno de los canónigos de la catedral de Exeter. Deme esa taza. Va a derramar su contenido en el platillo. Y no camine de puntillas. No sabe usted lo irritante que resulta. Ahora vaya abajo y tráigame la guía telefónica de Londres.

—¿Quiere que le busque el número? ¿O la dirección?

—Si quisiera que lo buscara ya se lo hubiera dicho. Haga lo que le dije. Tráigala y prepáreme el recado de escribir.

La señorita Lawson obedeció.

Cuando salía del dormitorio, una vez acabó de hacer lo ordenado, Emily Arundell le dijo de improviso:

—Es usted una buena persona, Minnie. No haga caso de mis gritos. Ladro, pero no muerdo. Es usted muy buena y muy paciente conmigo.

La mujer salió de la habitación con la cara sonrojada, mientras de sus labios brotaban palabras incoherentes.

Sentada en la cama, Emily escribió una carta. La redactó despacio y cuidadosamente, haciendo largas pausas y subrayando gran número de palabras. Llenó el papel por las dos caras, porque se había educado en una escuela donde aprendió a no malgastarlo. Al fin, con un gesto de satisfacción, firmó y metió el pliego en un sobre en el que escribió un nombre. Luego cogió una nueva hoja. Esta vez escribió la carta de un tirón y después de haberla repasado y borrado alguna palabra, la copió en una hoja limpia. Volvió a leer con detenimiento lo que había escrito y satisfecha de haber expresado sus pensamientos, metió esta nueva carta en un sobre y lo dirigió a William Purvis. Esq. Señores Purvis, Charlesworth y Purvis. Procuradores. Harchester.

Tomó otra vez el sobre que escribiera anteriormente, el cual estaba dirigido a «Mr. Hércules Poirot». Abrió la guía telefónica y después de encontrar la dirección la añadió bajo su nombre.

Se oyó un golpecito en la puerta.

La señorita Arundell escondió apresuradamente el sobre que tenía en la mano, es decir, el que acababa de dirigir a Hércules Poirot, bajo la tapa de la carpeta en que había estado escribiendo las dos mencionadas epístolas.

No tenía intención de despertar la curiosidad de Minnie. Era demasiado fisgona.

—Pase —dijo al mismo tiempo que se recostaba en los almohadones con gesto de alivio.

Había tomado medidas para enfrentarse a la situación.

Capítulo V

HÉRCULES POIROT RECIBE UNA CARTA

Los hechos que acabo de relatar no llegaron a mi conocimiento hasta mucho tiempo después de haber sucedido. Pero interrogando a varios miembros de la familia, por separado, creo que conseguí un resultado bastante fiel de lo ocurrido.

Tanto Poirot como yo no nos vimos envueltos en el asunto hasta que mi amigo recibió la carta de la señorita Arundell.

Recuerdo muy bien aquel día. Era una mañana calurosa y sin viento, hacia finales de junio.

Poirot seguía una rutina peculiar para abrir el correo que recibía por la mañana. Tomaba cada uno de los sobres, lo escudriñaba cuidadosamente y luego lo abría con limpieza usando la plegadera. Repasaba el contenido y después colocaba la carta en uno de los cuatro montoncitos que iba formando al lado de la chocolatera. (Poirot bebía siempre chocolate en el desayuno. Una costumbre bastante original.) Y todo esto lo hacía con la regularidad de una máquina.

Así es que la menor interrupción de su ritmo llamaba inmediatamente la atención de quien estuviera a su lado.

Yo estaba situado cerca la ventana, mirando el tránsito callejero. Hacía poco que había vuelto de Argentina y era algo particularmente agradable para mí el encontrarme una vez más rodeado por el ajetreo cotidiano del inmenso Londres.

Volví la cabeza y dije, mientras sonreía:

—Oiga, Poirot. Yo, el modesto Watson, voy a aventurar una deducción.

—Encantado, mi querido amigo. ¿Qué es ello?

Adopté una actitud adecuada y dije pomposamente:

—Usted ha recibido esta mañana una carta de particular interés.

—¡En realidad es usted Sherlock Holmes! Sí; está usted en lo cierto.

Reí de buena gana.

—Ya ve que conozco sus métodos, Poirot. Si se determina a leer detenidamente una carta por dos veces, es seguro, que reúne un interés especial para usted.

—Juzgue por sí mismo, Hastings.

Sonriendo, mi amigo me tendió la carta en cuestión.

La tomé con no poco interés, pero inmediatamente hice un ligero gesto de sorpresa. Estaba escrita con un estilo de caligrafía pasado de moda y, además, ocupaba las dos caras de una misma hoja de papel.

—¿Debo leer todo esto, Poirot? —pregunté.

—¡Ah, no! No hay necesidad. Claro que no.

—¿Puede explicarme lo que dice?

—Preferiría que formara usted su propio juicio. Pero no lo haga si le molesta.

—No, no. Deseo saber de qué se trata —protesté.

Mi amigo comentó:

—Difícilmente podrá sacar nada en claro. En realidad, la carta no dice nada en concreto.

Considerando que esto era una exageración, me enfrasqué sin más contemplaciones en la lectura de la misiva.

> Mister Hércules Poirot.
>
> Apreciado señor:
>
> Después de muchas dudas e indecisiones, le escribo (la última palabra estaba tachada y la carta proseguía), me he decidido a escribirle con la esperanza de que le será posible ayudarme en un asunto de naturaleza estrictamente privada. (Las palabras «estrictamente privada» estaban subrayadas por tres veces.) Puedo decir que su nombre no me es completamente desconocido. Me lo dio a conocer una tal señorita Fox, de Exeter, y aunque ella no tenía el gusto de conocerle a usted personalmente, dijo que la hermana de su cuñado, cuyo nombre, sintiéndolo mucho, no puedo recordar, se había

> referido a la amabilidad y discreción de usted en los más encomiásticos términos. (Estas dos últimas palabras subrayadas.) No traté de averiguar, desde luego, la naturaleza (subrayado) de la investigación que llevó usted a cabo por cuenta de dicha señora, pero por lo que pude deducir de las manifestaciones de la señorita Fox, se trataba de un asunto difícil y confidencial. (Las cuatro últimas palabras subrayadas con trazo grueso.)

Interrumpí la laboriosa tarea de descifrar la enrevesada caligrafía.

—¿Debo seguir, Poirot? —pregunté—. ¿Es que alguna vez trata esa señora de la cuestión fundamental?

—Continúe, amigo. Paciencia.

—¡Paciencia! —refunfuñé—. Es exactamente igual que si una araña hubiera caído en un tintero y se hubiera paseado luego sobre una hoja de papel. Recuerdo que mi tía abuela Mary tenía una escritura parecida a ésta.

Proseguí la lectura.

> En mi presente dilema se me ha ocurrido que usted podría hacerse cargo de las investigaciones necesarias que preciso se lleven a cabo. El asunto es de tal especie, como comprenderá usted en seguida, que requiere la máxima de las discreciones, aunque, desde luego, puedo estar completamente equivocada lo cual deseo sinceramente y ruego (subrayado por dos veces) que suceda así. Una se encuentra a veces dispuesta a atribuir demasiada significación a hechos que pueden explicarse naturalmente.

—¿Todavía no ha terminado una hoja? —murmuré, perplejo. Poirot cloqueó:

—No, no.

—Esto parece no tener sentido. ¿Qué es lo que quiere decir esa mujer?

—*Continuez toujours*.

> El asunto es de tal especie, que comprenderá usted en seguida…

—No; esto ya lo he leído. Oh, aquí estaba.

> Dadas las circunstancias, estoy segura de que usted también lo apreciará así, me es completamente imposible consultar a nadie en Market Basing.

Miré el encabezamiento de la carta, en el que constataba la dirección: Littlegreen House, Market Basing, Berks.

> Pero al mismo tiempo comprenderá usted, como es natural, que me siento intranquila. (Esta última palabra, subrayada.) Durante los últimos días he estado reprochándome el ser imaginativa con exceso (subrayado tres veces) pero sólo he conseguido que mis preocupaciones aumenten. Puede ser que esté atribuyendo demasiada importancia a lo que, después de todo, es una bagatela (subrayado dos veces), pero persiste mi intranquilidad. Creo que, en definitiva, debo hacer lo necesario para que mi pensamiento deje de preocuparse por este asunto. Porque esto en realidad pesa sobre mi conciencia y afecta a mi salud; aparte como es lógico de la difícil posición en que me coloca el no poder decir nada a nadie. («Nada a nadie» subrayado con trazo grueso.) Con su conocimiento de estas cosas puede usted decir que todo esto no es sino agua de borrajas. Lo sucedido puede tener perfectamente la más inocente de las explicaciones «inocentes» (subrayado). Sin embargo, a pesar de lo trivial que parece, desde el incidente de la pelota del perro, estoy cada vez más alarmada y dudosa. Por lo tanto, agradeceré sus opiniones y consejos sobre el particular. Estoy segura de que eso me quitará un gran peso de mi conciencia. Quizá tendrá usted la amabilidad de decirme a cuánto ascienden sus honorarios, y qué es lo que debo hacer en este asunto.
> Vuelvo a insistir en que nadie conoce nada sobre el particular. Reconozco que los hechos son muy triviales y sin importancia, pero mi salud no es perfecta y mis nervios (subrayado por tres veces) no se comportan como de costumbre. Estoy convencida de que las preocupaciones de esta clase no me sientan bien y cuanto más recapacito sobre lo ocurrido, más me persuado de que estoy completamente en lo cierto y que no puedo haberme equivocado. Desde luego, no pienso, ni por imaginación, decir nada a nadie. (Subrayado.)
> Esperando recibir sus opiniones sobre este asunto, a la mayor

brevedad, quedo de usted afectuosamente,

Emily Arundell.

Di la vuelta a la carta y escudriñé atentamente sus dos carillas.

—Mas, Poirot —exclamé—, ¿a qué se refiere todo esto?

Mi amigo se encogió de hombros.

—¿No lo ve? ¿De veras?

Golpeé la hoja con impaciencia.

—Pero, ¡qué mujer! ¿Por qué no puede esta señora… o señorita…?

—Señorita, según creo. Es la típica carta de una solterona.

—Sí —convine—. Una vieja muy minuciosa y exigente. ¿Por qué no ha expresado claramente lo que quería decir?

Poirot suspiró:

—Como dice usted, ha sido un lamentable descuido en el empleo del orden y el método en el proceso mental. Y sin orden ni método, Hastings…

—De acuerdo —interrumpí—. Las pequeñas células grises no existen prácticamente.

—No quería decir eso, amigo mío.

—¡Pues yo sí! ¿Cuál es la razón de escribir una carta como ésa?

—No veo muchas… ésa es la verdad —añadió Poirot.

—Tan gran galimatías para nada —proseguí—. Probablemente, algo asustó a su falderillo, bien sea un perrillo asmático o un escandaloso pekinés.

Miré con curiosidad a mi amigo.

—Y, sin embargo, leyó completamente la carta por dos veces. No logro comprenderlo, amigo Poirot.

El detective sonrió.

—De acuerdo que usted la hubiera enviado directamente a la papelera.

—Me temo que sí —dije, volviendo a mirar la carta con el ceño fruncido—. Supongo que estaré ofuscado, como de costumbre, pero no puedo ver nada interesante en ella.

—No obstante contiene un punto de gran importancia… un punto que me chocó en seguida.

—Espere —exclamé—. No me lo diga. Déjeme ver si lo descubro yo mismo.

Quizá fue una chiquillada por mi parte. Examiné otra vez minuciosamente la carta. Luego moví la cabeza negativamente.

—No; no lo encuentro. La anciana sospecha algo. Me doy cuenta de que… pero no; esta clase de damas lo hacen a menudo. Puede que no sea nada… o puede que sea sobre algo, pero no comprendo cómo asegura usted una cosa así. A no ser que su instinto…

Poirot levantó una mano con actitud ofendida.

—¡Instinto! Ya sabe usted lo que me desagrada esa palabra. «Algo parece que me dice…», eso es lo que supone usted. *Jamais de la vie*. Yo no; yo razono. Empleo las pequeñas células grises. Hay un punto muy interesante en esa carta que le ha pasado totalmente inadvertido, Hastings.

—Vaya —dije con expresión cansada—. Ya me la he ganado.

—¿Ganado? ¿Qué?

—Es una forma de expresar que he procedido de forma tal que he permitido encontrar una razón para decirme justamente lo tonto que soy.

—Tonto, no, Hastings. Solamente mal observador.

—Bueno: sáquese de la manga lo que sea. ¿Cuál es ese punto interesante? Supongo que, como no sea en el «incidente del perro», la cuestión es que no hay ningún punto de verdadero interés.

Poirot no hizo caso de mi comentario y dijo tranquilamente:

—El punto interesante es la fecha.

—¿La fecha?

Volví a coger la carta. En el ángulo superior izquierdo se leía: «17 de abril».

—Sí —dijo lentamente—. Es extraño. Diecisiete de abril.

—Y hoy estamos a veintiocho de junio. *S'est curieux, n'est-ce-pas?* Hace ya más de dos meses.

Moví la cabeza con aire de duda.

—Seguramente eso no significa nada. Un error. Quería escribir junio y puso abril.

—Aun admitiendo eso, la carta se hubiera retrasado diez u once días… una cosa muy rara. Pero, desde luego, está usted equivocado. Fíjese en el color de la tinta. Esta carta fue escrita hace más de diez días. No; la fecha es, sin duda, diecisiete de abril. ¿Por qué no se cursó esta carta?

Me encogí de hombros.

—Eso tiene fácil explicación. La señora cambió de parecer.

—Entonces, ¿por qué no la destruyó? ¿Por qué la guardó durante dos meses y la envía ahora?

Tuve que admitir que aquello era difícil de contestar. De hecho, no podía imaginar ninguna respuesta realmente satisfactoria. Así que me limité a mover negativamente la cabeza y callarme.

Poirot asintió con gravedad.

—Ya ve usted; es un detalle. Sí, decididamente, es un detalle muy curioso.

Se dirigió al escritorio y cogió una pluma.

—¿Va a contestar? —pregunté.

—*Oui, mon ami!*

El silencio reinó en la habitación, roto sólo por el roce de la pluma que Poirot deslizaba sobre el papel. Era una mañana calurosa, sin un soplo de aire. Un fuerte olor a polvo de asfalto entraba por la ventana.

Poirot se levantó al fin con la carta terminada en la mano. Abrió un cajón y sacó un estuche cuadrado. Extrajo un sello de correos que mojó en una esponja y se dispuso a pegarlo en el sobre.

Pero de pronto se detuvo, con el sello en la mano, moviendo la cabeza con decisión.

—*Non!* —exclamó—. En esto me he equivocado.

Rasgó en dos trozos el sobre y lo tiró a la papelera.

—No debemos tratar así este asunto. Tenemos que irnos, amigo mío.

—¿Quiere usted decir que nos vamos a Market Basing?

—Precisamente. ¿Por qué no? ¿No se ahoga uno hoy en Londres? ¿No sería agradable un poco de aire campestre?

—Bueno; si pone las cosas así… —dije—. ¿Vamos en el coche?

Había adquirido un «Austin» de segunda mano.

—Excelente. Hace un buen día para dar un paseo en automóvil. Poca falta le hará la bufanda. Un ligero sobretodo; un pañuelo de seda… será bastante.

—Querido amigo; no vamos al Polo Norte —protesté.

—Hay que tener mucho cuidado para no pescar un resfriado —sentenció Poirot.

—¿En día como éste?

Sin hacer caso de mis protestas, Poirot procedió a enfundarse un

sobretodo de color canela, envolviéndose luego la garganta con un pañuelo de seda blanca.

Después de colocar con cuidado el sello mojado, boca abajo, en el papel secante de la carpeta, para que se secara, salimos juntos de la habitación.

Capítulo VI

VISITAMOS LITTLEGREEN HOUSE

No sé cómo se encontraría Poirot con la gabardina y el pañuelo, pero yo estaba poco menos que asado antes de que saliéramos de Londres. Un coche abierto, en pleno tráfico, dista mucho de ser un sitio fresco en un caluroso día de verano.

Sin embargo, una vez que dejamos atrás la ciudad y hubimos corrido un poco por la gran autopista del oeste, me sentí mucho mejor.

La excursión duró cerca de hora y media y eran casi las doce cuando llegamos al pueblecito de Market Basing. Primitivamente estuvo situado al borde de la carretera principal; pero ahora, una desviación de la autopista lo había dejado a unas tres millas de la corriente principal del tráfico y, por lo tanto, parecía como si hubiera tomado un aspecto de dignidad y quietud. Su única calle amplia y la gran plaza del mercado parecían decir: «En tiempos fui un pueblo importante y para cualquier persona con sentido común y educación, sigo siendo el mismo. Dejad que ese mundo apresurado se deslice por su nueva autopista. Yo fui construido para durar muchos años, en aquellos tiempos en que la solidez y la belleza iban de la mano.»

Había un aparcamiento en mitad de la gran plaza, aunque sólo unos pocos coches lo ocupaban. Estacioné el «Austin» mientras Poirot se despojaba de sus superfluos ropajes y comprobaba que sus bigotes estaban en adecuadas condiciones de simétrica arrogancia. Con esto, estuvimos listos para actuar.

Por rara casualidad, nuestra primera tentativa para orientarnos no tuvo la respuesta acostumbrada: «Lo siento, soy forastero».

Según parecía, esto daba a entender que no había forasteros en Market Basing. Ésa fue la impresión que sacamos. Ya me había dado cuenta de que Poirot y yo mismo, pero especialmente Poirot, teníamos que llamar la atención. Resaltábamos, por fuerza, sobre el fondo apacible de aquel viejo pueblo inglés, firmemente agarrado a sus tradiciones.

—¿Littlegreen House? —el hombre corpulento y con ojos bovinos, nos examinó con aspecto pensativo—. Sigan derechos por la calle Alta y no pueden perderse. A la izquierda. No hay ningún letrero en la cancela; pero es el primer edificio grande después del Banco. No pueden equivocarse —repitió.

Nos siguió con la mirada mientras emprendíamos el camino.

—¡Válgame Dios! —me quejé—. Hay algo en este pueblo que me hace sentir extremadamente notable. Y usted, Poirot, tiene un aspecto exótico por completo.

—Cree usted que van a darse cuenta de que soy extranjero, ¿no es eso?

—Es cosa que clama al cielo —le aseguré.

—Y sin embargo, mis ropas están confeccionadas por un sastre inglés —refunfuñó Poirot.

—El hábito no hace al monje —continué—. No se puede negar que tiene usted una poderosa personalidad. A veces me he extrañado que ello no le produjera complicaciones en su carrera.

Mi amigo suspiró.

—Tiene usted metida en la cabeza la errónea idea de que un detective debe ser un hombre que se ponga barba postiza y se oculte tras un pilar. La barba postiza es un *vieux jeu* y el seguir a la gente es cosa que solamente la llevan a cabo los componentes de las clases más inferiores de nuestra profesión. Hércules Poirot, amigo mío, necesita tan sólo retreparse en un sillón y pensar.

—Lo cual explica el que ahora nos encontremos recorriendo esta calle en una calurosa mañana veraniega.

—Eso se puede refutar fácilmente, Hastings. Por una sola vez, lo reconozco, me he salido de mis casillas.

Encontramos fácilmente Littlegreen House, pero nos esperaba una sorpresa… un anuncio de venta firmado por un agente corredor de fincas.

Mientras lo leíamos, atrajo mi atención el ladrido de un perro.

Los arbustos no eran muy espesos y lo pude ver en seguida. Era un terrier de pelo duro, quizá demasiado peludo para la estación en que estábamos. Se apoyaba sobre las patas abiertas, inclinado ligeramente a un lado y ladraba con evidente placer por lo que estaba haciendo, lo cual demostraba que su actitud se basaba en motivos afectuosos.

—Soy un buen perro guardián, ¿no te parece? —ladraba—. ¡No te preocupes por mis ladridos! Así es como me divierto. Aunque, desde luego, también es mi deber. ¡Sólo es para que sepan que hay un perro en la casa! ¡Qué mañana más sosa! ¡No sabes lo que me gustaría tener algo que hacer! ¿Vais a entrar? Espero que sí. ¡Maldito aburrimiento! Necesito hablar con alguien.

—¡Hola, chico! —dije, adelantando la mano.

Estiró el cuello por entre los barrotes de la verja y me olfateó con aire de sospecha. Luego movió gentilmente la cola y lanzó alegremente una serie de cortos y agudos ladridos.

—No es una presentación en regla, desde luego —pareció decir —. Qué le vamos a hacer. Pero ya veo que sabes suplir la falta.

—Buen muchacho —dije.

—¡Uf! —contestó el terrier amablemente.

—¿Y bien, Poirot? —pregunté, abandonando esta conversación y dirigiéndome a mi amigo.

Tenía una expresión rara en la cara… una expresión que no pude descifrar. La mejor forma de describirla era comparándola con una excitación deliberadamente reprimida.

—El incidente de la pelota del perro —murmuró—. Bueno; por lo menos tenemos aquí el perro.

—¡Uf! —intercaló nuestro nuevo amigo.

El perro se sentó, bostezó y nos dirigió una mirada expectante.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

El terrier parecía que formulaba la misma interrogación.

—*Parbleau!* Vamos a ver a los señores…, ¿cómo se llaman? Ah, sí; señores Gabler y Strecher.

—Eso parece lo más convincente —repliqué.

Volvimos sobre nuestros pasos y mi reciente amistad canina se quedó lanzando unos cuantos ladridos de disgusto.

Las oficinas de los señores Gabler y Strecher estaban situadas en la plaza del mercado. Entramos en un sombrío antedespacho donde

nos recibió una señorita de aspecto linfático y ojos sin brillo.

—Buenos días —saludó Poirot cortésmente.

La joven estaba hablando por teléfono, pero con una seña nos indicó una silla y Poirot se sentó. Yo cogí otra y la acerqué a la de mi amigo.

—No puedo decírselo, de veras —decía entretanto la joven a su invisible interlocutor—. No sé a cuánto ascenderán los derechos… ¿Cómo ha dicho? Oh, sí; me parece que tiene agua corriente; pero desde luego, no se lo puedo asegurar… Lo siento mucho… No; ha salido… No: no puedo decírselo… Sí; descuide, se lo diré… Sí. ¿8.136? ¿Quiere repetirlo, por favor…? Ah… 8.935… 39… Ah, 5.135… Sí; le diré que telefonee… después de las seis… Ah, perdón, antes de las seis… Muchísimas gracias… No lo olvidaré…

Dejó el auricular en su sitio y escribió el número 5.319 en el secante de la carpeta. Luego se volvió y dirigió una suave aunque escrutadora mirada a Poirot.

El detective empezó a hablar con viveza.

—Me he enterado de que tienen una casa para vender en las afueras del pueblo. Me parece que se llama Littlegreen House.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—Una casa por alquilar o vender —repitió Poirot despacio y recalcando con fuerza las palabras—. Littlegreen House.

—Ah, Littlegreen House —contestó la joven vagamente—. ¿Littlegreen House ha dicho usted?

—Eso es.

—Littlegreen House —repitió ella haciendo un tremendo esfuerzo mental—. Oh, bien. Creo que el señor Gabler sabrá algo de eso.

—¿Podría ver al señor Gabler?

—Ha salido —respondió la señorita con una especie de tenue y anémica satisfacción, como si dijera: «Me he apuntado un tanto».

—¿Sabe usted cuándo volverá?

—Lo siento, pero no lo sé.

—Como usted habrá comprendido, estoy buscando una casa por estos alrededores.

—¿Ah, sí? —dijo la joven sin ningún interés.

—Y Littlegreen House, parece ser la que yo andaba buscando. ¿Podría darme algún detalle de la casa?

—¿Algún detalle? —se sobresaltó la muchacha.

—Sí; detalles de Littlegreen House.

De mala gana, la chica abrió un cajón y sacó un rimero de papeles arrugados. Luego llamó:

—¡John!

Un larguirucho mozalbete que estaba sentado en un rincón, levantó la cabeza.

—Diga, señorita.

—¿Tenemos detalles de…? ¿Cómo dijo usted que se llama?

—Littlegreen House —repitió Poirot pacientemente.

—Tienen ustedes aquí un anuncio sobre el particular —intervine yo señalando la pared.

La muchacha me miró fríamente. Dos contra uno no está bien, pareció pensar. Así es que recurrió a sus propios refuerzos para cumplimentar.

—Tú no sabes nada acerca de Littlegreen House, ¿verdad, John?

—No, señorita. En todo caso, estará entre esos papeles —y señaló el montón que sacó antes la muchacha.

—Lo siento —dijo ella sin mirar siquiera donde se le había sugerido—. Me parece que habremos enviado esos detalles a alguien.

—*C'est dommage*.

—¿Cómo dice?

—Que es una lástima.

—Tenemos un bonito *bungalow* en Hemel End, con sitio para dos camas.

La joven hablaba sin ningún interés, como quien quiere cumplir sus obligaciones con el dueño del negocio.

—Muchas gracias, no me interesa.

—Y una habitación semi independiente con un pequeño invernadero. Le puedo dar detalles de ella.

—No, gracias. Lo que me interesa saber es cuánto piden de renta por Littlegreen House.

—Pero si no se alquila —dijo la joven abandonando su posición de completa ignorancia por el mero placer de discutir—. Solamente se vende.

—El anuncio dice: «Por alquilar o vender».

—No quiero discutirlo, pues sólo se vende.

Cuando la batalla estaba en este punto, se abrió la puerta y entró un caballero de mediana edad, con los cabellos grises. Sus ojos nos miraron inquisitivamente y con las cejas pareció formular una pregunta a la empleada.

—Éste es el señor Gabler —dijo la joven.

El aludido abrió la puerta de su despacho privado con un gesto elegante.

—Pasen por aquí, señores.

Cuando entramos nos señaló con amplio ademán dos sillas, mientras se sentaba frente a nosotros detrás de una gran mesa.

—Bueno; ¿en qué puedo servirles?

Poirot empezó de nuevo con perseverancia admirable.

—Necesito conocer unos pocos detalles sobre Littlegreen House…

No llegó más lejos. El señor Gabler inmediatamente tomó la iniciativa.

—¡Ah, Littlegreen House…!, ¡ésa sí que es una buena finca! Una verdadera ganga. Y acaba de ponerse en venta. Les puedo asegurar, caballeros, que no encontramos a menudo casas de esta clase al precio con que se ofrece ésta. Es de un gusto exquisito. La gente está ya harta de edificios presuntuosos y cursis. Quieren cosas positivas. Buenas y honradas construcciones. Una finca hermosísima… con carácter… sentimiento… estilo georgiano en su totalidad. Eso es lo que la gente quiere ahora… Hay cierta predisposición por las casas de época. Supongo que comprenderán a qué me refiero. Sí; desde luego. Littlegreen House no estará mucho tiempo en venta. Me la quitarán de las manos, ¡estoy seguro! Un miembro del Parlamento vino a verla precisamente el sábado pasado. Le gustó tanto que volverá este fin de semana. Y también hay un señor agente de Bolsa, que se interesa por la finca. La gente quiere disfrutar de tranquilidad cuando va al campo y prefiere estar lejos de las grandes autopistas. Esto está muy bien para algunos; pero nosotros queremos atraer aquí «clase». Y eso es lo que tiene la clase, ¡clase! Reconocerán ustedes que antes sabían cómo construir para señores. Si, no figurará mucho tiempo en nuestros libros Littlegreen House.

El señor Gabler, a quien le estaba muy bien aplicado el nombre[2], hizo una pausa para tomar aliento.

—¿Ha cambiado de propietario a menudo en los últimos años? —preguntó Poirot.

—Al contrario. Ha pertenecido a una misma familia durante medio siglo. La familia Arundell. Muy respetada en el pueblo. Señores a la antigua usanza.

Calló de pronto; abrió la puerta del despacho y ordenó:

—Señorita Jenkins, deme los pormenores de Littlegreen House. De prisa.

Volvió a sentarse frente a nosotros.

—Necesito una casa, poco más o menos, a esta distancia de Londres —comentó Poirot—. En el campo; pero no en un descampado. Supongo que me comprenderá…

—Perfectamente, perfectamente. No conviene demasiada soledad. La servidumbre protesta. Aquí, sin embargo, existen todas las ventajas del campo; pero no sus inconvenientes.

—La señorita Jenkins entró apresuradamente llevando una hoja de papel escrita a máquina. La puso delante de su jefe y éste, con un gesto, la despidió.

—Aquí lo tenemos —dijo el señor Gabler, leyendo luego con una rapidez hija de larga práctica—. «Casa de estilo georgiano, con las siguientes notas características: Cuatro salones, ocho dormitorios con gabinete; servicios en proporción; espaciosa cocina; amplias dependencias accesorias, establos, etc. Agua corriente, jardines de estilo antiguo; gastos de conservación insignificantes, ocupando todo el conjunto unos trece acres; dos pabellones de verano, etcétera. Todo ello por el precio de 2.840 libras u oferta aproximada.»

—¿Puede facilitarme un permiso para ver la casa?

—No faltaba más.

El corredor de fincas empezó a escribir con un florido estilo caligráfico y con toda pausa.

—¿Su nombre y dirección? —preguntó.

Sin inmutarse lo más mínimo y con gran sorpresa por mi parte, Poirot dio su nombre algo cambiado: señor Parotti.

—Tenemos una o dos fincas más en venta que quizá puedan interesarle —prosiguió el señor Gabler.

Mi amigo le dejó que añadiera unos cuantos permisos más al que ya tenía extendido.

—¿Podemos ver Littlegreen House a cualquier hora? —preguntó.

—Claro que sí, caballero. En la casa viven unos cuantos sirvientes. Quizá convenga que llame por teléfono para asegurarme. ¿Quiere ir en seguida? ¿O después de comer?

—Tal vez sea preferible después de comer.

—Naturalmente… naturalmente. Llamaré y diré que irá usted a eso de las dos. ¿Le parece bien?

—Sí. Muchas gracias. Dijo usted que la propietaria de la casa es una tal señorita Arundell… Creo que dijo eso, ¿no es cierto?

—Lawson. La señorita Lawson. Es el nombre de la actual propietaria. Siento decir que la señorita Arundell murió hace poco tiempo. Por eso se vende la casa. Y le aseguro a usted que se venderá en un abrir y cerrar de ojos. No tengo ninguna duda de ello. Entre nosotros, confidencialmente, si piensa hacer alguna oferta, estoy dispuesto a estudiarla inmediatamente. Como ya le he dicho hay dos caballeros que se interesan por esta finca y no me sorprendería que uno de estos días recibiera una oferta de cualquiera de los dos. Cada uno de ellos sabe que el otro se interesa por la misma casa. Y no hay duda de que la competencia sirve de acicate. ¡Ja, ja! No me gustaría que quedara usted defraudado.

—Por lo que veo, la señorita Lawson, tiene prisa por vender cuanto antes.

El señor Gabler bajó la voz en tono confidencial.

—Eso es precisamente lo que pasa. La casa es demasiado grande para lo que ella necesita. Es una señora de mediana edad que vive de sus rentas sola. Desea desembarazarse de la finca y alquilar un piso en Londres. Algo por completo incomprensible. Por eso la casa se ofrece a un precio tan ridículo. Resulta de veras incomprensible.

—¿Estará dispuesta a estudiar una oferta?

—Desde luego. Haga usted su oferta y deje que ruede la bola. Pero puede creerme; no es ningún disparate ofrecer una cifra aproximada a la que antes le dije. ¡Pero si es una cantidad ridícula! En estos días, el construir una casa como ésa le costaría, por lo menos, seis mil libras. Sin contar el valor del terreno y los derechos municipales.

—La señorita Arundell murió de repente, ¿verdad?

Pues no podría asegurarlo. *Anno domini… anno domini*. Hacía tiempo que había cumplido los setenta. Además estaba delicada. Era

la única de la familia. ¿Conoce quizás algo sobre ellos?

—Tengo algunos conocidos con el mismo apellido, cuyos parientes residen en esta región. Me figuro que debe ser la misma familia.

—Es muy probable. Eran cuatro las hermanas. Una de ellas se casó demasiado tarde y las otras tres vivieron aquí. Damas al viejo estilo. La señorita Emily la última de ellas. En el pueblo tenían formada una alta opinión de todas.

Se inclinó para entregar los permisos a Poirot.

—Venga por aquí otra vez y dígame qué le parece. Desde luego, la casa necesita unas pocas reformas. Es natural. Pero yo siempre digo, ¿qué significan un baño o dos? Eso está rápidamente hecho.

Salimos del despacho y la última cosa que oímos fue la inexpresiva voz de la señorita Jenkins que decía:

—La señora Camuels ha llamado por teléfono. Dijo que la telefoneara usted. Halland, 5.391.

Por lo que pude recordar, no era ni el número que la joven había anotado en el secante, ni el que le dijeron por teléfono.

Aquello me convenció de que la señorita Jenkins se estaba tomando cumplida venganza por haberla obligado a desarchivar los pormenores sobre Littlegreen House.

Capítulo VII

COMEMOS EN «THE GEORGE»

Cuando salimos a la plaza del mercado, hice notar a mi amigo lo bien que le sentaba el apellido al señor Gabler. Poirot asintió sonriendo.

—Se sentirá muy contrariado cuando vea que no vuelve usted —comenté—. Creo que ya se imagina haberle vendido la casa.

—Eso me parece; pero temo que le proporcionaremos una decepción.

—Supongo que haríamos bien comiendo aquí antes de volver a Londres, ¿o quizá le parece mejor que lo hagamos en cualquiera de los restaurantes que encontremos en el camino de vuelta?

—Querido Hastings. No me propongo abandonar Market Basing tan pronto. Todavía no hemos llevado a cabo lo que hay que hacer.

Lo miré con asombro.

—¿Quiere usted decir…? Pero, mi apreciado amigo, aquí no tenemos nada que hacer. La anciana señora ya murió.

—Exactamente.

El tono de esta palabra hizo que me fijara en él con más atención que nunca. Era evidente que tenía formada su propia opinión sobre el significado de aquella tan incoherente carta.

—Pero si está muerta, Poirot, ¿qué es lo que vamos a conseguir? —repliqué yo suavemente—. No podrá decirle nada. Cualquiera que fuera la índole de sus preocupaciones, ya han desaparecido con ella.

—¡Con qué facilidad y ligereza se desentiende usted del asunto! Permítame decirle que ningún caso puede darse por completo hasta que Hércules Poirot deja de interesarse por él.

Había aprendido a mi costa que discutir con Poirot era inútil.

Pero imprudente proseguí:

—Sin embargo, desde que murió…

—Exactamente, Hastings. Exactamente… exactamente… exactamente. Está usted repitiendo una significativa circunstancia con el más significativo y obtuso de los descuidos respecto a su importancia. ¿No se ha dado cuenta de ello? La señorita Arundell «ha muerto».

—Pero, Poirot; su muerte fue perfectamente natural y ordinaria. No hay nada de extraño o inexplicable en el asunto. Tenemos también la palabra de Gabler respecto a ello.

—Tenemos su palabra que Littlegreen House es una ganga por 2.850 libras. ¿Cree usted que eso es también el Evangelio?

—No; desde luego. Me chocó que Gabler tuviera tanto interés por vender la finca. Probablemente sea necesario reformarla desde el tejado hasta los cimientos. Juraría que él, o más bien su cliente, estaría dispuesto a aceptar una cantidad mucho menor que la que nos dijo. Estas casonas de estilo georgiano, lindantes con la calle, deben ser muy difíciles de vender.

—*Eh bien*, entonces —comentó Poirot—. No considere a Gabler como un profeta inspirado que no pudiera equivocarse.

Iba a formular una protesta, pero precisamente pasábamos ante la puerta del restaurante «The George» y con un enfático ¡chist!, Poirot puso punto final a la conversación.

Nos condujeron al comedor, una habitación de grandes proporciones, ventanas herméticamente cerradas y olor a comida rancia. Nos atendió un camarero entrado en años, lento y de pesada respiración. Parecíamos ser los únicos clientes.

Tomamos un cordero excelente, grandes porciones de insípido repollo y unas pocas y desconsoladoras patatas. Después llegaron unas frutas sin sustancia, cocidas con natillas y tras el queso y los bizcochos, el camarero nos trajo dos tazas de un líquido que calificó de café.

En este momento, Poirot sacó a relucir los permisos que le diera el señor Gabler para visitar las casas e invitó al camarero a que le indicara aproximadamente dónde estaban situadas.

—Sí, señor; sé dónde están la mayoría de ellas. Hemel Down está a tres millas de aquí, en la carretera de Much Benham. Es una casa muy pequeña. La granja Naylor está a una milla. Hay una

especie de senda que conduce hasta allí, desde cerca de King's Heald. ¿La granja Biset? No; nunca oí hablar de ella. Littlegreen House está muy cerca; un paseo de diez minutos.

—¡Ah!, creo que ya la he visto desde fuera. Me figuro que será la que más me convenga. Está en buenas condiciones de conservación, ¿no es así?

—¡Oh, sí, señor! Está en muy buenas condiciones; el tejado, los desagües y todo lo demás. De estilo antiguo, desde luego. Nunca la modernizaron bajo ningún aspecto. Los jardines son muy bonitos. La señorita Arundell estaba muy orgullosa de ellos.

—Me parece haber oído que ahora pertenece a la señorita Lawson.

—Así es, señor. A la señorita Lawson, que fue la criada de la señorita Arundell. Al morir ésta, le dejó cuanto poseía, incluso la casa.

—¿De veras? Supongo que no tendría parientes a quienes legar su fortuna.

—Bueno; no fue eso precisamente. Tenía sobrinos y sobrinas. Pero la señorita Lawson era su única compañía. Por otra parte, era una señora de edad y… bueno… eso fue lo que pasó.

—De todas formas, supongo que no poseería más que la casa y un poco de dinero.

He tenido tiempo de darme cuenta, en bastantes ocasiones, de que, cuando una pregunta directa puede malograr la respuesta, una presunción falsa aporta información inmediata bajo la forma de contradicción.

—Al contrario, señor. Pero que muy al contrario. Todos quedamos estupefactos al saber lo que le dejó. En el testamento estaba todo; el dinero y lo demás. Parece ser que la anciana no llegaba a gastar todas sus rentas. Algo así como tres o cuatrocientas mil libras fue lo que legó.

—Me deja usted asombrado —exclamó Poirot—. Es como un cuento de hadas, ¿verdad? La señorita pobre que de repente se convierte en una acaudalada propietaria. ¿Es joven todavía la señorita Lawson? ¿Puede aún disfrutar de toda esa riqueza?

—No. señor. Es una persona de mediana edad.

La forma en que pronunció la palabra «persona», fue casi una declamación artística. Estaba claro que la señorita Lawson, la ex

criada, no había sabido conquistarse en absoluto el aprecio de Market Basing.

—Debe haber sido una gran desilusión para los sobrinos —murmuró Poirot.

—Sí, señor. Creo que les causó muy mala impresión. Fue algo inesperado. Se ha discutido mucho sobre eso en Market Basing. Algunos sostienen que no hay derecho a desheredar a los propios consanguíneos. Y, sin embargo, hay otros que opinan que cada uno puede perfectamente hacer lo que quiera con lo que le pertenece. Al fin y al cabo, habría que discutir los dos puntos de vista.

—La señorita Arundell vivió aquí mucho tiempo, ¿no es verdad?

—Sí, señor. Ella, sus hermanas y, antes, el viejo general Arundell. Como es natural, no lo recuerdo; pero creo que tenía un carácter enérgico. Estuvo en la insurrección de la India.

—¿Eran varias hijas?

—Tres, si no recuerdo mal; y creo que hubo otra que se casó. Sí, la señorita Matilda fue la primera que murió; luego la señorita Agnes y, finalmente, la señorita Emily.

—¿Hace mucho tiempo que murió esta última?

—A primeros de mayo… o tal vez a últimos de abril.

—¿Estuvo mucho tiempo enferma?

—Tuvo varias alternativas. Estaba algo achacosa. Recientemente, hará cuestión de un año, tuvo un ataque de ictericia. Estuvo amarilla como un limón durante una buena temporada. Sí; tuvo muy escasa salud durante los últimos cinco años de su vida.

—Supongo que tendrán buenos médicos en el pueblo.

—Pues sí; tenemos al doctor Grainger. Reside aquí desde hace más de veinte años y mucha gente utiliza sus servicios. Es un poco extravagante y con no pocas fantasías; pero es un buen médico; nadie mejor que él. Ha tomado ahora a un ayudante joven, al doctor Donaldson. Éste es de la nueva escuela y hay gente que lo prefiere. También está el doctor Harding; pero no trabaja mucho. Está ya casi retirado.

—Me figuro que el doctor Grainger sería el médico de la señorita Arundell, ¿verdad?

—Sí, señor. La sacó de apuros en más de una ocasión. Es de los que hacen que uno viva, tanto si quiere como si no.

Poirot hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es conveniente enterarse un poco de las características de un sitio antes de instalarse en él —observó—. Un buen médico resulta el mejor vecino.

—Ésa es la verdad, señor.

Después de esto, Poirot pidió la cuenta, a la que añadió una espléndida propina.

—Gracias, señor. Muchas gracias, señor. Estoy seguro de que se quedará aquí.

—Así lo espero —replicó mi amigo mintiendo descaradamente.

Salimos del restaurante.

—¿Satisfecho de todo, Poirot? —pregunté cuando nos encontramos en la calle.

—De ninguna manera, amigo mío.

Tomó una dirección que yo no esperaba ser la precisa.

—¿Dónde quiere ir ahora?

—A la iglesia. Puede ser interesante. Algunos bronces… un monumento antiguo…

Moví la cabeza con aire de duda.

La inspección que Poirot llevó a cabo en el interior de la iglesia fue breve. Vimos un notable ejemplar de lo que cualquier guía denominaría «Arte impresionista primitivo», pero había sido tan concienzudamente restaurado en los vandálicos días de la época victoriana, que en la actualidad no reunía interés artístico.

Después Poirot vagó, sin ningún objeto al parecer, por el cementerio de la parroquia; leyendo algunos epitafios, comentando el número de defunciones en ciertas familias y lanzando de vez en cuando alguna exclamación sobre la rareza de un nombre.

No me sorprendí, sin embargo, cuando al fin se detuvo ante lo que estaba seguro había sido su objetivo desde el principio.

Una imponente losa de mármol, en la que se veía una inscripción, borrosa en parte.

CONSAGRADO
A LA MEMORIA DE
JOHN LAVERTON ARUNDELL
GENERAL DEL 24 SICKHS
QUE SE DURMIÓ EN CRISTO EL 19 DE
MAYO DE 1888

A LA EDAD DE 69 AÑOS
«LUCHA POR LA BUENA CAUSA CON
TODAS SUS FUERZAS»

TAMBIÉN A LA DE
MATILDA ANN ARUNDELL
FALLECIDA EL 10 DE MARZO DE 1912
«ME LEVANTARÉ E IRÉ HACIA MI PADRE»

TAMBIÉN A LA DE
AGNES GEORGINA MARY ARUNDELL
FALLECIDA EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1921

«PEDID Y SE OS DARÁ»

Las letras esculpidas que seguían evidentemente estaban recién hechas.

TAMBIÉN A LA DE
EMILY HARRIET LAVERTON ARUNDELL
FALLECIDA EL 1 DE MAYO DE 1936

«TU LO ACABARAS»

Poirot se quedó mirando durante un rato las inscripciones. Al fin murmuró suavemente:

—El primero de mayo… el primero de mayo… Y hoy, el veintiocho de junio, he recibido su carta. ¿Ve usted, Hastings, como este hecho necesita ser aclarado?

Vi que debía ser así o, mejor dicho, vi que Poirot estaba dispuesto a encontrar la explicación de aquello.

Capítulo VIII

EL INTERIOR DE LITTLEGREEN HOUSE

Cuando salimos del cementerio, Poirot se dirigió apresuradamente hacia Littlegreen House. Deduje que desempeñaría todavía el papel de posible comprador. Llevaba en la mano diversos permisos que le diera el corredor de fincas y el correspondiente a Littlegreen House estaba encima de todos ellos. Empujó la cancela y recorrió el sendero hasta la puerta principal de la casa.

En esta ocasión nuestro amigo el terrier no estaba a la vista; pero sus ladridos se oían en el interior de la casa, aunque a distancia. Supuse que estaría en la cocina.

Al momento se oyeron unos pasos que cruzaban el vestíbulo y nos abrió la puerta una mujer de rostro agradable. Aparentaba tener de cincuenta a sesenta años y su aspecto era, a todas luces, el de una sirvienta chapada a la antigua; de las que tan raramente se ven en estos días.

Poirot presentó sus permisos.

—Sí, señor. El agente ha telefoneado. ¿Quiere pasar por aquí, señor?

Observé que las contraventanas, cerradas cuando efectuamos nuestra primera visita para explorar el terreno, estaban ahora abiertas de par en par, esperando seguramente a que llegáramos nosotros. Me di cuenta de que todo estaba cuidadosamente limpio y bien conservado. Ello evidenciaba que nuestra guía era una mujer concienzuda en sumo tirado.

—Éste es el cuarto de estar, señor.

Lancé alrededor una mirada de aprobación. Era una habitación agradable, con anchas ventanas que daban a la calle. Estaba

provista de buenos y sólidos muebles de estilo antiguo, la mayoría de ellos victorianos; pero vi también una librería Chipendale y un juego de bonitas sillas Hepplewhite.

Poirot y yo nos conducíamos como suele hacerlo la gente cuando le están enseñando una casa. Nos deteníamos ante los muebles, mirándolos con mucho sosiego y murmurando observaciones, tales como: «Muy bonito.» «¿Ha dicho usted que es el cuarto de estar?»

Atravesamos el vestíbulo y la criada nos condujo a la habitación opuesta. Era mucho más grande que la anterior.

—El comedor, señor.

Era en su totalidad de estilo victoriano. El mobiliario estaba compuesto por una pesada mesa de caoba, un aparador macizo de la misma madera, con racimos de fruta esculpidos y sólidas sillas tapizadas de cuero. De las paredes colgaban algunos retratos de familia.

El terrier continuaba ladrando desde cualquier lugar oculto. Pero de pronto, el escándalo aumentó de volumen. Con un *crescendo* de agudos ladridos, se oyó su galope por el vestíbulo.

—«¿Quién ha entrado en la casa? ¡Le voy a hacer pedazos!», parecía decir.

El perro llegó al umbral de la puerta husmeando violentamente.

—¡Oh, *Bob*!, qué perro tan travieso… —exclamó la mujer—. No se asusten. No les hará daño…

En efecto, una vez que *Bob* localizó a los intrusos cambió completamente de modales. Entró bulliciosamente en el comedor y efectuó su propia presentación de una forma muy agradable.

—Encantado de conoceros —observó mientras olfateaba alrededor de nuestros tobillos—. Perdonaréis tanto ruido, ¿no es cierto? Es un trabajo que debo hacer. Hay que tener cuidado con quien se deja entrar, ¿no os parece? Paso una vida muy aburrida y en realidad, no sabéis lo que me alegro cuando veo una cara nueva. Tienes perros, ¿verdad?

—Es bonito el bicho —dije a la mujer—. Aunque necesita que lo esquilen un poco.

—Sí, señor. Por lo general, lo esquilamos tres veces al año.

—¿Tiene mucha edad?

—No, señor. Todavía no tiene seis años. Pero a veces se porta

como si fuera un cachorro. Coge las zapatillas de la cocinera y hace cabriolas con ellas. Es muy dócil, aunque nadie lo diría al oír la bulla que mete. La única persona a quien no quiere es al cartero. Es el único que lo saca de quicio.

Bob estaba ahora investigando las perneras de los pantalones de Poirot. Después de haber husmeado a su gusto lanzó un prolongado resoplido.

—¡Hum!, no está mal; pero me parece que no le gustan los perros.

Se volvió hacia mí ladeando la cabeza y mirándome, como si esperara alguna cosa.

—No sé por qué los perros han de atacar siempre a los carteros —comentó nuestra guía.

—Es una forma de discutir —explicó Poirot—. El perro se basa en una razón. Es inteligente y hace sus deducciones de acuerdo con su punto de vista. Hay gente que puede entrar en casa y hay quien no lo puede hacer; esto lo aprenden pronto los perros. *Eh bien*, ¿cuál es la persona que con más insistencia trata de que la admitan en la casa, llamando dos o tres veces al día y que en ninguna ocasión consigue que le dejen entrar? El cartero. Está claro, pues, que es un huésped indeseable, desde el punto de vista del dueño de la casa. Se le despide siempre, una vez que ha cumplido su deber; pero vuelve después insistiendo sobre lo mismo. Por lo tanto, la obligación de un perro no es dudosa. Debe prestar su ayuda para ahuyentar a este hombre y, si es posible, morderle. Es un proceder altamente razonable.

Señaló a *Bob*.

—Da la impresión de ser un bicho muy inteligente.

—Lo es; sí, señor. A veces parece humano.

La mujer abrió otra puerta.

—El salón, señor.

La vista del salón hacía rememorar tiempos pasados. Una ligera fragancia lo envolvía. Los cortinajes y tapicerías estaban usados y las guirnaldas de rosa estampadas en ellos presentaban un color desvaído. De las paredes colgaban varios grabados y acuarelas. Había gran cantidad de porcelanas; frágiles pastores y pastorcillas. Almohadones bordados a realce. Fotografías descoloridas, en primorosos marcos de plata. Varios costureros y mesillas para té,

con delicadas incrustaciones. Pero lo que me pareció más interesante de todo aquello fueron dos damas, exquisitamente recortadas en papel de seda, que se veían bajo unas campanas de cristal. Una de ellas hilaba y la otra tenía un gato sobre las rodillas.

Me envolvía el ambiente de épocas pretéritas; de comodidad, de refinamiento, de «damas y caballeros»… Esto era un «gabinete». Aquí se acomodaban las señoras para hacer sus labores y si alguna vez se encendía un cigarrillo por un privilegiado miembro del sexo fuerte, ¡qué manera de sacudir los cortinajes y orear la habitación cuando aquél se marchaba!

De pronto me fijé en *Bob*. Estaba sentado mirando atentamente una elegante mesa, bajo cuyo tablero se veían dos cajones.

Al darse cuenta de mi observación, lanzó un corto y quejumbroso aullido, mientras su mirada pasaba de mí a la mesa.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

Sin duda alguna, el interés que nos tomábamos por *Bob* complacía a la criada que, por lo visto, estaba muy encariñada con él.

—Es su pelota, señor. La guardábamos siempre en ese cajón. Por eso se pone ahí y la pide.

Cambió de voz y se dirigió al perro con un falsete estridente:

—Ya no está ahí, perrito mono. La pelota de *Bob* está en la cocina. En la cocina, *Bob*…

El terrier lanzó una mirada impaciente a Poirot.

—Esta mujer es tonta —parecía decir—. Tú tienes aspecto de ser un individuo inteligente. Las pelotas se guardan en determinados sitios, y este cajón es un de ellos. Siempre se ha guardado aquí una pelota. Por lo tanto, ahí mismo debe estar ahora. Esto es lógica canina, ¿no es cierto?

—No está aquí, chico —dije.

Me miró con aire de duda. Cuando salimos de la habitación nos siguió lentamente, como si no estuviera convencido del todo.

La mujer nos enseñó después varios armarios; un guardarropa instalado bajo la escalera y una pequeña alacena, «donde la señora solía guardar las flores, señor».

—¿Estuvo usted mucho tiempo al servicio de su señora? —preguntó Poirot.

—Veintidós años, señor.

—¿Cuida usted sola de la casa?

—La cocinera y yo, señor.

—¿También ha servido durante tiempo a la señorita Arundell? —preguntó a la criada.

—Solamente cuatro años, señor. La antigua cocinera murió.

—Suponiendo que adquiriera la casa, ¿estaría usted dispuesta a quedarse a mi servicio?

La mujer se sonrió ligeramente.

—Es usted muy amable, señor; pero pienso dejar el servicio. La señora me legó una pequeña cantidad y tengo el propósito de ir a vivir con mi hermana. Si me he quedado aquí ha sido tan sólo para hacerle un favor a la señorita Lawson. Estaré al cuidado de la casa hasta que se venda.

Poirot asintió.

En el silencio que siguió pudo oírse un nuevo ruido: Bump, bump, bump. Un ruido que crecía en volumen y parecía descender del piso superior.

—Es *Bob*, señor —dijo la criada sonriendo—. Ha cogido la pelota y hace que salte de peldaño en peldaño. Le gusta mucho ese juego.

Llegamos al pie de la escalera al mismo tiempo que una pelota de goma negra rebotaba sobre el último escalón. La cogí y miré hacia arriba. *Bob* estaba tendido en el borde superior de la escalera, con las patas delanteras extendidas y moviendo alegremente la cola. Le lancé la pelota. La cogió limpiamente con la boca, la mordió durante unos momentos con verdadero deleite y luego la dejó caer entre sus patas. Después la empujó un poco con la nariz hasta que llegó al borde del primer peldaño y volvió a saltar escaleras abajo. A medida que la pelota avanzaba, *Bob* movía la cola con más energía.

—Así estaría durante horas enteras, señor. Es su juego predilecto. Todo el día, así lo pasa. Ya está bien, *Bob*. Los caballeros tienen algo más importante que hacer, que jugar contigo.

Un perro es un gran promotor de relaciones amistosas. Nuestro interés por *Bob* había roto por completo la reserva natural de la buena sirvienta. Cuando subimos al piso superior para ver los dormitorios, nuestra guía hablaba locuazmente, contándonos diversas anécdotas sobre la maravillosa sagacidad de *Bob*. La pelota quedó al pie de la escalera y cuando pasamos junto al perro éste nos

lanzó una mirada de profundo disgusto, mientras empezaba a descender los peldaños para recoger su juguete. Al volver le vi que subía lentamente con la pelota en la boca y el aspecto de un viejecito a quien personas sin conciencia hubieran obligado a realizar un esfuerzo con toda evidencia impropio de su edad.

A medida que recorríamos las habitaciones, Poirot iba sonsacando gradualmente a la mujer.

—Creo que fueron cuatro las señoritas Arundell que vivieron aquí, ¿verdad?

—Al principio, sí, señor; pero eso fue antes de que yo entrara en esta casa. Sólo quedaban la señorita Agnes y la señorita Emily cuando yo vine, y la primera murió pocos años después. Era la más joven de la familia. Parece extraño que muriera antes que su hermana.

—Seguramente no sería tan fuerte como ella.

—No, señor. Eso fue lo extraño. Mi señorita Emily siempre estaba delicada. Ha dado mucho quehacer a los médicos durante toda su vida. La señorita Agnes fue siempre fuerte y robusta; sin embargo, fue la primera en dejarnos. No obstante, la señorita Emily, que estuvo delicada desde niña, sobrevivió a toda la familia. A veces pasan cosas muy raras.

—Es asombroso cómo se produce a menudo ese caso.

Y Poirot se lanzó a relatar una fantástica historia sobre un hipotético tío suyo, inválido; cuento que no quiero molestarme en repetirlo aquí. Baste decir que produjo el efecto que deseaba. Las discusiones sobre la muerte y cosas por el estilo, desatan con más facilidad la lengua de los hombres que cualquier tema. Poirot se encontró entonces en disposición de formular preguntas que hubieran sido acogidas con sospechosa hostilidad veinte minutos antes.

—¿Fue muy larga y dolorosa la enfermedad de la señorita Emily?

—No; no puede decirse que lo fuera, señor. Había estado achacosa durante mucho tiempo; desde hacía dos inviernos. Era muy malo lo que tenía: ictericia. Se le puso amarilla la cara y hasta el blanco de los ojos.

—Oh, sí; realmente… (Aquí una anécdota sobre un irreal primo de Poirot que parecía el mismo Peligro Amarillo en persona.)

—Eso es… tal como usted lo dice, señor. Es horrible esa enfermedad: ¡pobre señorita! No pueden soportar nada. Le aseguro que el doctor Grainger dudaba que curara de ella. Pero la trataba de una forma admirable… amedrentándola. «¿Se ha hecho ya el ánimo de tenderse en la cama y encargar la lápida?», le decía. Y ella le replicaba: «Todavía me quedan dentro unas pocas ganas de luchar, doctor.» «Eso está bien», contestaba él. «Esto es lo que me gusta oír.» Tuvimos una enfermera del hospital que se figuró que aquello era un caso perdido; hasta le dijo al médico, en cierta ocasión, que le parecía mejor no preocupar a la señora forzándola a tomar alimento; pero el doctor le reconvino su manera de pensar. «Tonterías», dijo «¿Preocuparse de ella? Lo que debe hacer es intimidarla un poco en esa cuestión. Extracto de carne a tal y tal hora; cucharaditas de coñac…» Y al final le dijo algo que nunca olvidaré: «Es usted joven, muchacha. No se da cuenta de la cantidad de resistencia y ganas de luchar que proporciona la edad. Son los jóvenes quienes se dejan caer y mueren, porque no tienen suficiente interés por vivir. Muéstreme usted alguien que haya vivido más de setenta años y tendrá delante a un buen luchador… alguien que tiene ganas de vivir.» Y es verdad, señor… A menudo he pensado: «¡Qué dignos de admiración son los ancianos! ¡Qué vitalidad y qué interés tienen por conservar sus facultades!» Tal como dijo el doctor, precisamente por eso llegan a esas edades.

—Es muy profundo lo que está usted diciendo… muy profundo. ¿Era así la señorita Arundell? ¿Muy rica? ¿Muy interesada en vivir?

—¡Oh, sí; desde luego, señor! Tenía poca salud, pero su cerebro funcionaba muy bien. Y siguiendo con lo que decía, la señorita salió de su enfermedad con gran sorpresa de la enfermera. Era una joven muy engreída; siempre llevaba los cuellos y los puños almidonados. Había que servirla pronto y bien y pedía té a todas horas.

—¿Fue buena la convalecencia?

—Sí, señor. Aunque, como es natural, al principio la señora tuvo que seguir una rigurosa dieta. Todo lo que comía debía estar hervido; los alimentos no debían contener grasas ni se le permitía comer huevos. Fue muy monótono para ella.

—Pero lo importante era que se pusiera bien.

—Sí, señor. Tuvo pequeñas recaídas. Lo que yo llamo ataques de bilis. A veces era muy cuidadosa con lo que comía; pero así y todo,

esos ataques no fueron de cuidado hasta que sobrevino el último.

—¿Fue justamente igual al que tuvo dos años antes?

—Sí; lo mismo, señor. Esa pícara ictericia. Otra vez el terrible color amarillo; las horribles náuseas y todo lo demás. Me temo que la pobre tuvo la culpa de lo que le pasó. Comió una porción de cosas que no debía haber probado. Porque cada noche que teníamos invitados, ordenaba preparar un plato de *curry*[3] para la cena, y ya sabe usted, señor, que el *curry* contiene gran cantidad de especias y es oleaginoso.

—El ataque le sobrevino de repente, ¿no es eso?

—Bueno; así parecía, señor. Pero el doctor Grainger dijo que se había estado fraguando desde hacía tiempo. Cogió un resfriado, pues el tiempo había sido muy variable aquellos días, y comió demasiadas cosas sazonadas con *curry*.

—Seguramente su señora, de compañía… la señorita Lawson, creo… debió disuadirla de que comiera de esos platos.

—¡Oh!; no creo que la señorita Lawson tuviera ocasión de ello. La señora no era de las que aceptan órdenes.

—¿Estuvo con ella la señorita Lawson durante su primera enfermedad?

—No; entró después a su servicio. Estuvo con la señora cerca de un año.

—Entonces, ¿es de suponer que antes tuvo otras señoras de compañía?

—Gran número de ellas, señor.

—Ya veo que no permanecían a su lado tanto tiempo como el resto del servicio —dijo Poirot sonriendo.

La mujer se sonrojó.

—Ya comprenderá usted que es diferente, señor. La señorita Arundell no salía mucho de casa y con unas cosas y otras…

Hizo una pausa y Poirot la estuvo contemplando durante un minuto hasta que comentó:

—Conozco un poco la mentalidad de las señoras ancianas. Les gusta horrores la novedad. Y quizá, profundizan hasta el fondo de cada persona.

—Se nota que es usted un experto, señor. Acertó exactamente. Cuando llegaba una nueva señora de compañía, la señorita Arundell se interesaba siempre por ella, preguntándole acerca de su vida, su

infancia, dónde había estado y qué pensaba de las cosas. Luego, cuando ya estaba enterada de todo, se… bueno, supongo que se «aburría» es la palabra adecuada.

—Eso es. Pero hablando entre nosotros, las señoras que se dedican a tal oficio no son, por lo general, ni muy interesantes, ni muy divertidas, ¿no le parece?

—Desde luego que no, señor. La mayoría de ellas son unas pobres de espíritu. Tontas, sin ninguna clase de duda. La señorita Arundell pronto las calaba, por decirlo así. Y entonces hacía un cambio y tomaba otra a su servicio.

—Me figuro que debió estar muy contenta con la señorita Lawson.

—¡Oh!, no lo crea, señor.

—Pero al menos tenía un carácter destacado.

—No lo estimo yo así, señor. Es una persona completamente ordinaria.

—Le disgusta a usted, ¿verdad?

La mujer se encogió ligeramente de hombros.

—No tiene nada para gustar o disgustar. Muy minuciosa; de edad mediana y llena hasta los topes de esas tonterías acerca de los espíritus.

—¿Espíritus? —preguntó Poirot, alerta.

—Sí, señor; espíritus. Se sientan en la oscuridad, alrededor de una mesa y los difuntos acuden y hablan. Algo completamente irreligioso, según digo yo. Como si no supiéramos que las almas, al partir de este mundo, tienen su sitio adecuado y no lo abandonan.

—Así es que la señorita Lawson es espiritista. ¿Era también creyente la señorita Arundell?

—A la señorita Lawson le hubiera gustado —estalló la mujer.

Había en su tono una especie de malicia satisfecha.

—¿Pero no llegó a serlo? —persistió Poirot.

—La señora tenía demasiado sentido común —refunfuñó la sirvienta—. Le aseguro que no puedo decir si todo aquello la divertía. «Deseo que me convenza», decía. Pero a menudo se quedaba mirando a la señorita Lawson como si dijera: «Pobrecilla, ¡qué tonta eres al creer todo eso!»

—Comprendo. No creía en nada de aquello, pero le servía de distracción.

—Eso es, señor. A veces he pensado si la señora no… bueno, no se divirtió un poco, por decirlo así, empujando la mesa y haciendo cosas por el estilo, mientras los demás estaban más serios que unos jueces.

—¿Los demás?

—La señorita Lawson y las dos señoritas Tripp.

—Entonces, ¿la señorita Lawson es una espiritista absolutamente convencida?

—Cree en ello como en el Evangelio, señor.

—¿Y la señorita Arundell estaba muy ligada a ella pese a ello? ¿No es eso?

—Tal cosa sería algo discutible, señor.

—Pero si le dejó cuanto tenía… —dijo Poirot—. ¿No lo hizo así?

El cambio fue inmediato. El ser humano se desvaneció y la correcta sirvienta volvió a reaparecer. La mujer se irguió y dijo con voz carente de inflexión que llevaba implícita una repulsa a cualquier familiaridad:

—La forma en que la señora legó su dinero es cosa que difícilmente puede incumbirle, señor.

Presentí que a Poirot se le había estropeado el juego. Una vez que puso a la mujer en plan de que la conversación fuera amistosa, había procedido a explotar la ventaja. Fue lo bastante prudente para no realizar ningún intento inmediato con el fin de recobrar el tiempo perdido. Después de una vulgar observación acerca del tamaño y número de los dormitorios, se dirigió a la escalera.

Bob había desaparecido, pero cuando llegué al primer peldaño resbalé y casi caí al suelo. Me cogí al pasamano y mirando a mis pies, vi que, inadvertidamente, había puesto uno de ellos sobre la pelota que el perro dejó allí. La mujer se excusó rápidamente.

—Lo siento, señor. *Bob* tiene la culpa. Deja siempre la pelota ahí. Y no se puede distinguir por ser tan oscura la alfombra. Cualquier día alguien sufrirá un serio accidente. La pobre señora tuvo una desagradable caída a causa de ello. Pudo muy bien matarse.

Poirot se detuvo de pronto en la escalera.

—¿Dijo usted que sufrió un accidente?

—Sí, señor. *Bob* se dejó la pelota aquí, como de costumbre y la señora salió de su habitación, resbaló y cayó escaleras abajo. Pudo haberse matado.

—¿Se lastimó mucho?

—No tanto como era de temer. Tuvo mucha serte, según dijo el doctor Grainger. Se hizo un corte en la cabeza, una magulladura en la espalda, contusiones y sufrió un intenso shock. Estuvo en cama cerca de una semana; pero no fue nada serio.

—¿Hace mucho tiempo que ocurrió eso?

—Justamente una semana o dos antes de que muriera.

Poirot se inclinó para recoger algo que se le había caído.

—Perdón; mi pluma estilográfica… ah; sí, aquí está.

Se incorporó otra vez.

—Es muy descuidado el señorito *Bob* —observó.

—Al fin y al cabo, no sabe que hace mal, señor —dijo la mujer con voz indulgente—. Tiene mucha inteligencia, pero no puede discernirlo todo. La señora no acostumbraba a dormir bien por las noches y a menudo se levantaba, bajaba al piso interior y daba unas vueltas por él.

—¿Hacía eso muchas veces?

—Algunas noches. Pero no quería que la señorita Lawson ni nadie fuera detrás de ella.

Poirot volvió a entrar en el salón.

—Ésta es una habitación muy bonita —observó—. Me pregunto si habría suficiente espacio en este hueco para mi librería. ¿Qué le parece, Hastings?

Completamente perplejo, hice notar con precaución que sería difícil asegurar una cosa así.

—Sí; las medidas son muy engañosas. Tome mi cinta métrica de bolsillo, por favor, y mida el ancho de ese hueco.

Obediente, cogí la cinta que me daba Poirot y tomé varias medidas siguiendo sus indicaciones, mientras él escribía al dorso de un sobre.

Me extrañé que hubiera adoptado un método tan desaliñado y fuera de sus costumbres, en lugar de anotar los datos en su agenda.

Poirot me tendió el sobre y dijo:

—Es esto, ¿verdad? Quizá será mejor que lo compruebe.

No había ningún número escrito en el papel; pero leía la siguiente nota: «Cuando subamos otra vez al piso de arriba, pretenda recordar una cita y pregunte si puede telefonear. Deje que la mujer vaya con usted y entreténgala tanto como pueda.»

—Está bien —dije guardándome el sobre—. Seguramente cabrán las dos librerías.

—Es preferible asegurarse. Si no resulta mucha molestia, me gustaría dar otro vistazo al dormitorio principal. No estoy muy seguro del espacio que puede aprovecharse en las paredes.

—No faltaba más, señor. No es ninguna molestia.

Subimos otra vez. Poirot midió un lienzo de pared y estaba comentando en voz alta las posibles posiciones en que podría colocar la cama, el armario y la mesa, cuando mirando mi reloj lancé una exclamación algo exagerada y dije:

—¡Vaya por Dios! ¿Sabe que ya son las tres? ¿Qué pensará Anderson? Debo telefonearle.

Me volví hacia la mujer.

—¿Tendría inconveniente en que usara el teléfono?

—Ninguno, señor. Está en la habitación pequeña, al lado del vestíbulo. Yo le acompañaré.

Bajamos; me indicó dónde estaba el aparato y luego le rogué que me ayudara a buscar un número en la guía telefónica. Por fin hice una llamada a un tal Anderson, de la vecina localidad de Harchester. Afortunadamente no estaba en casa, por lo que tuve ocasión de dejarle un recado, diciendo que no tenía importancia la razón de mi llamada y que la repetiría más tarde.

Cuando terminé, Poirot ya había bajado y estaba esperándonos en el vestíbulo. Sus ojos tenían un ligero matiz verde. No supe a qué atribuirlo, pero me di cuenta de que estaba excitado.

—La caída de su señora por esa escalera debió ocasionarle un gran shock —comentó el detective—. ¿Parecía estar preocupada por *Bob* y su pelota, después que ocurrió el accidente?

—Es curioso que diga eso, señor. Estuvo muy preocupada. Porque cuando estaba agonizando, en su delirio, divagó constantemente sobre el perro, la pelota y algo acerca de una pintura que estaba entreabierta.

—¿Una pintura que estaba entreabierta? —dijo Poirot pensativamente.

—Desde luego, no tiene ningún sentido, señor. Pero como comprenderá, estaba delirando.

—Un momento. Necesito ver otra vez el salón.

Deambuló por la habitación examinando los diversos objetos que

contenía. Un gran jarrón con tapadera pareció que le atraía especialmente. No era según creo, ninguna pieza extraordinaria de porcelana. Un objeto en el que se reflejaba el humor de la época victoriana. Sobre él se veía una pintura más bien tosca, que representaba a un *bull-dog* sentado frente a la puerta de una casa, con cara de expresión lastimosa. Debajo aparecía la siguiente leyenda: «Trasnochar y sin llave.»

Poirot, cuyos gustos consideré como desesperadamente burgueses, parecía estar sumido en la más grande de las admiraciones.

—«Trasnochar y sin llave» —murmuró—. ¡Es divertido esto! ¿Es lo que hace el señorito *Bob*? ¿Se pasa algunas noches fuera de casa?

—Muy raras veces, señor. Oh, muy pocas veces. *Bob* es un buen perro; sí, señor.

—Estoy seguro de que lo es. Pero hasta los mejores perros…

—¡Oh!; está usted en lo cierto, señor. Una vez o dos al año se va y no vuelve a casa hasta las cuatro de la madrugada. Luego se sienta en el portal y ladra hasta que abren.

—¿Quién le abre la puerta? ¿La señorita Lawson?

—Quien lo oye, señor. La última vez fue la señorita Lawson. Precisamente la noche en que la señora sufrió el accidente, *Bob* volvió cerca de las cinco. La señorita Lawson corrió escaleras abajo para dejarle entrar antes de que hiciera más ruido. Temía que despertara a la señora. Para no preocuparla no le dije nada de que *Bob* se había ido.

—Comprendo. Creyó que lo mejor era que no se enterara la señorita Arundell.

—Eso es lo que dijo, señor. Nos advirtió: «Es seguro que el perro volverá, como hace siempre. Pero la señora puede preocuparse y eso no es conveniente en el estado en que se encuentra.» Así es que en consecuencia no le dijimos nada.

—¿Quería mucho *Bob* a la señorita Lawson?

—Pues más bien la desdeñaba, si sabe usted a qué me refiero, señor. Los perros son así. Ella era muy amable con él. Lo llamaba «perrito bueno», «perrito mono»; pero él acostumbraba a mirarla con desdén y no prestaba ninguna atención ni hacia lo que ella le ordenaba.

Poirot asintió con la cabeza.

—Ya me doy cuenta —dijo.

De pronto hizo algo que me sobresaltó.

Sacó una carta del bolsillo. La carta que había recibido aquella mañana.

—¿Sabe usted algo acerca de esto? —preguntó.

El cambio que se apreció en la cara de la mujer fue notable.

Dejó caer la barbilla y se quedó mirando a Poirot con una expresión de aturdimiento casi cómico.

—Bueno —exclamó al fin—. ¡Yo no lo hice!

La observación carecía de coherencia, quizá; pero no dio lugar a dudas sobre lo que la sirvienta quería decir.

Recobrando sus facultades mentales, habló lentamente:

—¿Es usted entonces el caballero a quien iba dirigida la presente carta?

—El mismo. Soy Hércules Poirot.

Como hace la mayoría de la gente, la mujer no había leído el nombre escrito en el permiso para visitar la propiedad que Poirot le enseñó cuando llegamos.

Nuestra interlocutora movió la cabeza afirmativamente.

—Ese nombre era —dijo Hércules Poirot—. ¡Palabra! —exclamó —. La cocinera va a quedarse sorprendida.

Poirot replicó rápidamente:

—Quizá no estaría mal que fuésemos a la cocina y allí, junto con su amiga, habláramos de esto.

—Bueno… si no tiene inconveniente, señor —dijo la mujer con tono de duda.

Este particular dilema de conveniencias sociales parecía nuevo para ella. Pero las maneras positivas de Poirot la tranquilizaron y nos dirigimos hacia la cocina.

Nuestro guía explicó la situación a una mujer alta, de cara larga y agradable, que, cuando entramos, estaba retirando un puchero de un fogón de gas.

—Pásmate, Annie. Este caballero es a quien iba dirigida la carta. Ya sabes: la carta que encontramos en la carpeta.

—Recuerde usted que yo estoy a oscuras respecto al asunto —dijo Poirot—. ¿Me puede decir por qué esta carta se franqueó con tanto retraso?

—Pues verá, señor. A decir verdad, yo no sabía qué hacer.

Ninguna de nosotras, ¿verdad?

—Desde luego, Ellen. No sabíamos qué hacer —-confirmó la cocinera.

—Pues sucedió así, señor. Cuando la señorita Lawson empezó a revolver las cosas, después que murió la señora se vendió gran cantidad de chismes y otros los tiramos. Entre ellos había una papelera o carpeta, según dicen. Era muy bonita, con un lirio de los valles bordado en ella. La señora la utilizaba siempre para escribir en la cama. La señorita Lawson no la quiso y me la dio, junto con otros cachivaches que habían pertenecido a la señora. Lo puse todo en un cajón y hasta ayer no lo saqué. Quería colocar en la carpeta un papel secante nuevo y habilitarla para mi uso. En el interior hay una especie de bolsillo y al deslizar la mano dentro de él me encontré una carta escrita por la señora. Como ya he dicho, no sabía concretamente qué era lo que debía hacer con ella. Era la escritura de la señora, desde luego, y me figuré que la había escrito y dejado en la carpeta pensando mandarla al correo al día siguiente; pero luego se le olvidó, cosa que a la pobre solía ocurrirle muy a menudo. En cierta ocasión se extravió un documento del Banco y nadie pudo suponer dónde estaba, hasta que al fin lo encontramos en el fondo del casillero de su mesa de escritorio.

—¿Tan desordenada era? —preguntó Poirot un tanto extrañado.

—¡Oh, no señor! Justamente todo lo contrario. Siempre estaba colocando las cosas en su sitio y ordenándolas. Pero esto era sólo un inconveniente. Si le hubiera dejado todo como estaba hubiera sido mejor. Pues tenía la costumbre de arreglarlo y luego olvidarse de lo que había hecho.

—¿Cosas como la pelota de *Bob*, por ejemplo? —dijo Poirot sonriendo.

El sagaz terrier llegaba en aquel momento de la calle y nos saludó de nuevo amistosamente.

—Sí; desde luego, señor. Tan pronto como *Bob* terminaba de jugar con la pelota, la señora la guardaba. Pero con ello no había ningún contratiempo, porque tenía su sitio determinado. El cajón que le mostré antes.

—Comprendo. Pero la he interrumpido. Siga, por favor. Quedamos en que descubrió usted la carta dentro de la carpeta.

—Sí, señor. Así ocurrió; y entonces le pregunté a Annie qué era

lo mejor que podíamos hacer. No me gustaba quemarla y, por otra parte; no quería abrirla. Además, ni Annie ni yo considerábamos que aquel asunto pudiera interesar a la señorita Lawson. Así es que, después de hablar un rato sobre ello, le puse un sello al sobre y corrí a depositarlo en el buzón de Correos.

Poirot se volvió ligeramente hacia mí.

—*Voilá!* —murmuró.

No pude evitar el decir maliciosamente:

—Hay que ver lo simple que puede ser una explicación.

Creo que me miró un poco cabizbajo y me arrepentí de haberle fastidiado tan pronto.

Se dirigió otra vez a Ellen.

—Como dice mi amigo… ¡Qué simple puede ser una explicación! Ya comprenderá que cuando recibí la carta, fechada hacía más de dos meses, me sorprendí.

—Sí; supongo que debió sorprenderse, señor. No pensamos en eso.

—Además —Poirot tosió—, estoy ante un pequeño dilema. Sepa usted que esta carta es un encargo del que deseaba me ocupara la señorita Arundell. Algo de carácter privado.

Se aclaró la garganta otra vez, dándose importancia.

—Pero ahora, la señorita Arundell ha muerto y estoy dudando acerca de cómo he de proceder. ¿Hubiera deseado la señorita Arundell que me encargara del asunto o no? Es muy difícil saberlo… muy difícil.

Las dos mujeres lo miraban respetuosamente.

—Creo que debo consultar con su abogado. Tenía un abogado, ¿verdad?

—Sí, señor. El señor Purvis, de Harchester.

—¿Estaba enterado de todos los asuntos de ella?

—Creo que sí, señor. Siempre, desde que yo recuerdo, se ha ocupado de sus cosas. Lo envió a buscar después que sufrió la caída.

—¿La caída por la escalera?

—Sí, señor.

—Vamos a ver, ¿cuándo ocurrió exactamente?

Fue la cocinera quien contestó.

—El martes, después de Pascua de Resurrección; lo recuerdo muy bien. Me quedé en casa por ser Pascua y haber invitados. Mi

día libre lo trasladé al miércoles siguiente.

Poirot sacó su almanaque de bolsillo.

—Veamos…, veamos. Pascua de Resurrección fue este año el día doce. Luego la señorita Arundell sufrió el accidente el día catorce. La carta la escribió tres días más tarde. Fue una lástima que no la mandara al correo. Sin embargo, puede que no sea demasiado tarde… —hizo una pausa—. Me figuro que la… hum… comisión que ella encargó estaba relacionada con uno de los… hum… huéspedes que acaba usted de mencionar.

Esta observación, hecha como un mero disparo al azar, tuvo inmediata respuesta. Una mirada de rápida comprensión pasó por los ojos de Ellen. Se volvió hacia la cocinera en cuya cara se reflejaba la misma expresión.

—Ése debe ser el señorito Charles —dijo Ellen.

—¿Quiere usted decirme quiénes estuvieron aquí? —sugirió Poirot.

—El doctor Tanios y su esposa. Él no es pariente directo. En realidad es extranjero; griego o algo así, según creo. Se casó con la señorita Bella, sobrina de la señora; hija de una hermana de ésta. El señorito Charles y la señorita Theresa son hermanos.

—Sí. Ya me doy cuenta. Fue una reunión familiar. ¿Y cuándo se marcharon?

—El miércoles por la mañana, señor. Pero el doctor Tanios y la señora Bella estuvieron otra vez al siguiente fin de semana, porque estaban preocupados por la salud de su tía.

—¿Y el señorito Charles y su hermana?

—Volvieron también, pero una semana después que el doctor y su esposa. Precisamente el fin de semana antes de que muriera la señora.

La curiosidad de Poirot, según pude apreciar, era completamente insaciable. Yo no comprendía qué interés podían tener aquellas preguntas. Había conseguido aclarar la explicación de su misterio y, en mi opinión, cuanto más pronto se retirara con dignidad, tanto mejor sería para él.

Este pensamiento pareció pasar de mi cerebro al suyo.

—*Eh bien* —dijo—. La información que me han facilitado me ha ayudado mucho. Consultaré con el señor Purvis, ¿se llama así, verdad? Muchas gracias por todo.

Se inclinó y acarició a *Bob*.

—*Brave chien, van!* Querías mucho a tu ama, ¿verdad?

Bob respondió amablemente a estas insinuaciones y esperando que ahora habría un poco de juego, cogió con la boca un gran trozo de carbón. Pero se ganó una reprimenda, y le quitaron el improvisado juguete. Me miró, como buscando simpatía.

—Estas mujeres —pareció decir— son generosas con la comida, pero en realidad no son deportistas.

Capítulo IX

RECONSTRUCCIÓN DEL INCIDENTE DE LA PELOTA DE GOMA

—Bueno, Poirot —dije cuando la cancela de Littlegreen House se hubo cerrado detrás de nosotros—. Supongo que ahora estará usted satisfecho.

—Sí, amigo mío. Estoy satisfecho.

—¡Gracias a Dios! ¡Todos los misterios explicados! ¡Los mitos de la Malvada Señora de Compañía y de la Acaudalada Anciana, hechos pedazos! La carta de fecha atrasada con sus verdaderos colores. Cada cosa satisfactoriamente explicada, de acuerdo con los hechos.

Poirot emitió una tos ligera y seca.

—Yo no emplearía la palabra «satisfactoriamente», Hastings…

—La empleó usted hace un minuto.

—No, no. No dije que la cuestión fuera satisfactoria. Dije, que, personalmente, mi curiosidad estaba satisfecha. Conozco todo lo que hay de cierto acerca del incidente de la pelota.

—Es una cosa simple.

—No tan simple como parece.

Movió la cabeza afirmativamente varias veces. Luego prosiguió:

—Estoy enterado de un pequeño detalle que usted desconoce.

—¿Y qué es ello? —pregunté, un tanto escépticamente.

—Sé que hay un clavo en el rodapié, justamente al comienzo superior de la escalera.

Lo miré con atención. Su cara tenía una expresión grave.

—Bueno —dije al cabo de un rato—. ¿Por qué no puede estar

allí?

—La cuestión, Hastings, es: ¿por qué está?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? ¿Alguna razón de tipo doméstico, quizá? ¿Importa eso mucho?

—Claro que importa. Y no puedo imaginarme ninguna razón de este tipo que justifique la presencia del clavo del rodapié, precisamente al comienzo de la escalera. Además, según he podido ver, está cuidadosamente barnizado.

—¿Qué es lo que se imagina, Poirot? ¿Conoce la razón de estar allí?

—Lo puedo suponer fácilmente. Si necesita usted tender un trozo de cordel fuerte, o de alambre, al principio de la escalera y a un pie del suelo, puede atar uno de los extremos a la barandilla; pero en la parte de la pared necesitará algo, por ejemplo, un clavo, para sostenerlo.

—¡Poirot! —grité—. Por todos los santos, ¿qué es lo que pretende decir con eso?

—*Mon cher ami*, estoy reconstruyendo el incidente de la pelota del perro. ¿Quiere oír mi teoría?

—Adelante.

—*Eh bien*, aquí la tiene. Alguien se dio cuenta de que *Bob* tenía la costumbre de dejar la pelota en la parte alta de la escalera. Una cosa peligrosa que podía derivar en accidente.

Poirot calló durante un minuto y luego prosiguió con un tono algo diferente:

—Si quisiera usted asesinar a alguien impunemente, Hastings, ¿cómo se las arreglaría?

—Yo…, bueno…; realmente… no lo sé. Supongo que inventaría cualquier coartada o algo parecido.

—Un procedimiento difícil y peligroso, se lo aseguro. Pero, desde luego, no es usted el tipo de asesino cauteloso y de sangre fría. ¿No se le ha ocurrido que la más fácil manera de quitar de en medio a alguien que le estorbe es aprovecharse de un «accidente»? Los accidentes ocurren todos los días. Y algunas veces, Hastings, uno puede ayudar a que sucedan.

Volvió a callar durante un instante y después dijo:

—Creo que la pelota del perro, olvidada fortuitamente en la escalera, dio una idea a nuestro asesino. La señorita Arundell tenía

la costumbre de salir de su dormitorio por las noches y recorrer la casa. Su vista no era muy buena; entraba, pues, en el cálculo de probabilidades el que resbalara en la pelota y cayera de cabeza por la escalera. Pero un asesino cuidadoso no deja nada al azar. Un cordel tendido convenientemente podía ser un método mucho mejor. De esta forma caería infaliblemente de cabeza. Luego, cuando la gente acudiera, estaría clara la causa del accidente… ¡la pelota de Bob!

—¡Qué horrible! —exclamé.

—Sí, es horrible… pero no tuvo éxito. La señora Arundell resultó sólo ligeramente herida, aunque pudo muy bien romperse la nuca. ¡Muy desconsolador para nuestro desconocido amigo! Pero la señorita Arundell era una anciana de aguzado ingenio. Todos le dijeron que tropezó con la pelota y allí estaba ésta para probarlo; pero ella, recapacitando sobre lo ocurrido, presintió que el accidente no se había producido así. No había tropezado con la pelota. Y además, recordaba otra cosa. Recordó haber oído a *Bob* ladrando para que le dejaran entrar a las cinco de la mañana. Todo esto, lo admito, son meras suposiciones; pero creo que estoy en lo cierto. La señorita Arundell guardó la pelota la noche anterior. Después, el perro se había ido a la calle y no había vuelto. Por lo tanto, no fue *Bob* quien puso la pelota en la escalera.

—Pero eso es pura conjetura, Poirot —objeté.

—No del todo, amigo mío —protestó—. Tenemos las significativas palabras proferidas por la señorita Arundell cuando deliraba. Algo acerca de la pelota de *Bob* y una «pintura entreabierta». Se da usted cuenta, ¿verdad?

—No, por lo que se refiere a lo último.

—Es curioso. Conozco su idioma lo bastante para saber que no se puede hablar de una pintura entreabierta. Una puerta puede estarlo. Una pintura, en todo caso, ladeada.

—O simplemente torcida.

O simplemente torcida, como dice usted. En seguida me di cuenta de que Ellen había confundido el significado de las palabras que oyó. No era «entreabierta», sino «un jarro» lo que quería decir[4]. En el salón hay un vistoso jarro de porcelana. También observé que en él aparece pintado un perro. Con el recuerdo de estas palabras, producto del delirio, volví otra vez a examinar más

detenidamente el jarrón. Vi que la pintura trataba de un perro trasnochador que espera a que le abran la puerta. ¿Percibe usted la dirección de los pensamientos en el cerebro febril de la anciana? A Bob le ocurrió lo que al perro del jarro. Estuvo fuera de casa toda la noche. Por lo tanto, no fue él quien dejó la pelota en la escalera.

A mi pesar lancé una exclamación de asombro.

—¡Es usted el mismo diablo, Poirot! Lo que me choca es cómo pudo pensar en esas cosas.

—Yo no he pensado en ellas. Estaban allí, claras, para que cualquiera las viera. *Eh bien*, ¿se da usted cuenta de la situación? La señorita Arundell, tendida en cama después de la caída, empezó a sospechar. Lo que presentía era, quizás, una fantasía suya; pero no, no obstante, sospechaba. «Desde el incidente con la pelota del perro, estoy cada vez más alarmada.» Así es que la buena señora me escribió, mas la carta no llegó a mi poder hasta después de dos meses de haber sido escrita, debido a determinadas circunstancias en que intervino la mala suerte. Y dígame, ¿no encaja la carta en los hechos que hemos comentado?

—Sí —admití—. Así es.

—Hay, además, otro punto digno de consideración —continuó Poirot—. La señorita Lawson estuvo excesivamente preocupada de que no llegara a oídos de la señorita Arundell el hecho de que *Bob* había pasado la noche fuera de casa.

—Cree usted que…

—Creo que el hecho debe ser anotado cuidadosamente.

Durante unos minutos estuve dando vueltas al asunto en mi imaginación.

—Bueno —dije al fin, lanzando un suspiro—. Todo esto es muy interesante como ejercicio mental. Por ello me descubro ante usted. Es una obra maestra de reconstrucción de hechos. Casi es una verdadera lástima que la anciana señora haya muerto.

—Una lástima…, sí. Me escribió diciéndome que alguien había intentado asesinarla (esto es, al fin y al cabo, lo que quería decirme) y poco después murió.

—Sí —dije—, ha sido una gran desilusión para usted el que muriera de muerte natural, ¿no es eso? Vamos, admítalo así.

Poirot se encogió de hombros.

—¿O quizá cree usted que la envenenaron? —pregunté

maliciosamente.

El detective movió negativamente la cabeza con desaliento.

—Ciertamente —dijo—, parece como si la señorita Arundell hubiera muerto por causas naturales.

—Y, por lo tanto —añadí—, nos volveremos a Londres con el rabo entre piernas.

—*Pardon*, amigo mío; pero no volveremos a Londres.

—¿Qué es lo que quiere decir, Poirot? —exclamé.

—Si enseña usted un conejo a un perro, amigo mío, ¿querrá el perro volver a Londres? No; irá hasta la madriguera.

—¿Qué significa esto?

—El perro caza conejos. Hércules Poirot caza asesinos. Aquí tenernos uno de ellos; un criminal a quien le falló el crimen. Sí; pero a pesar de todo, un asesino. Y yo, amigo mío, voy a llegar hasta la madriguera de él… o de ella, según sea el caso.

Dio la vuelta bruscamente y se alejó de la cancela.

—¿Adónde va usted ahora, Poirot?

—A localizar la madriguera. Por de pronto, a casa del doctor Grainger, el que atendió a la señorita Arundell en su última enfermedad.

* * *

El médico era un hombre de unos setenta años. Tenía la cara delgada y huesuda, destacando en ella una barbilla agresiva; unas cejas pobladas y un par de agudos ojos grises. Nos miró detenidamente.

—Bien, ¿en qué puedo servirles? —preguntó con sequedad.

Poirot empezó a hablar haciendo ampulosos ademanes.

—Le presento mis excusas, doctor Grainger, por esta intrusión. Debo confesar que no he venido a consultarle profesionalmente.

El interpelado contestó con tiesura:

—Me alegro mucho. Parece que disfruta usted de buena salud.

—Debo explicarme el motivo de mi visita —continuó Poirot—. La verdad del caso es que estoy escribiendo un libro de la vida del difunto general Arundell, quien tengo entendido residió en Market Basing durante algunos años, antes de su muerte.

El médico pareció sorprenderse.

—Sí; el general Arundell residió aquí hasta que murió. En Littlegreen House, justamente después del Banco, en la calle Alta. Quizá habrá estado usted allí.

Poirot asintió.

—Pero, como comprenderá —continuó el doctor Grainger—, lo que hizo el general Arundell en este pueblo me es desconocido, pues yo llegué aquí el año 1919.

—Sin embargo, creo que conoció usted a su hija, la señorita Emily Arundell.

—Sí; la conocí muy bien.

—Puede creer que fue un duro golpe para mí enterarme de que la señorita Arundell falleció recientemente.

—El día primero de mayo.

—Eso es lo que me han dicho. Contaba con que ella me proporcionaría algunos recuerdos y detalles de su padre.

—Me parece muy bien. Pero no sé qué es lo que podré hacer yo para ayudarle en este aspecto.

—¿No tiene el general Arundell ningún hijo o hija que viva actualmente? —preguntó Hércules Poirot.

—No, todos murieron. Todos los que tuvo.

—¿Cuántos eran?

—Cinco. Cuatro hijas y un hijo.

—¿Y la siguiente generación?

—Charles Arundell y su hermana Theresa. Puede usted dirigirse a ellos. Aunque dudo que le sean de mucha utilidad. Los jóvenes de ahora no se toman mucho interés por sus abuelos. También está la señora Tanios; pero desconfío, igualmente, de que pueda conseguir nada de ella.

—Deben tener algunos papeles de familia… documentos…

—Puede ser; aunque lo dudo. Gran cantidad de ellos fueron quemados después de morir la señorita Emily.

Poirot alzó un pesaroso gemido, mientras el médico lo contemplaba con curiosidad.

—¿A qué viene tanto interés por el viejo Arundell? Nunca oí que se distinguiera en nada.

—Mi apreciado señor —los ojos de Poirot centellearon con fanática excitación—. ¿No es cierto que, según un adagio, la Historia no sabe nada de sus hombres más célebres? Recientemente

se han descubierto ciertos papeles que arrojan nueva luz sobre los orígenes de la insurrección de la India. Se trata de algo secreto. Y en todo ello juega un gran papel John Arundell. El asunto es interesantísimo…

»¡Interesantísimo! Y permítame que le diga, caballero, que el caso es particularmente apasionante en la actualidad. La India, mejor dicho, la acción de Inglaterra en ella, es la cuestión más candente de estos tiempos.

—¡Hum! —refunfuñó el médico—. He oído que el general Arundell se jactaba de haber intervenido directamente en la insurrección. Hasta creo que se le concedió una recompensa a causa de ello.

—¿Quién le dijo a usted eso?

—Una tal señorita Peabody. Puede usted visitarla, si le parece. Es la vecina más vieja del pueblo y conoció íntimamente a los Arundell. La chismorrería es su principal distracción. Vale lo que pesa para mirar por su propia conveniencia. Es todo un carácter.

—Muchas gracias. Es una excelente idea. ¿Tendría algún inconveniente en facilitarme la dirección del joven señor Arundell, el nieto del difunto general?

—¿Charles? Sí; se la puedo proporcionar. Pero es un diablillo irreverente. La historia de su familia no significa nada para él.

—¿Tan joven es?

—Es lo que un vejestorio como yo llama joven —respondió el médico haciendo un leve gesto—. Unos treinta años. La clase de joven nacido para ser una preocupación y una responsabilidad para la familia. Personalidad encantadora; pero nada más. Ha recorrido todo el mundo y no ha hecho nada bueno en ninguna parte.

—Su tía estaría prendada de él —aventuró Poirot—. Eso suele ocurrir muy a menudo.

—¡Hum! No lo sé. Emily Arundell no era tonta. Por lo que tengo entendido, el chico no consiguió nunca sacarle ni un penique. La buena señora tenía un carácter parecido al de un coracero. Me gustaba y la respetaba. Tenía todas las cualidades de un soldado veterano.

—¿Murió repentinamente?

—Sí, en cierto aspecto. Tenga presente que había tenido muy poca salud durante varios años. Pero salió adelante de más de un

arrechucho.

—Corre por ahí cierta historia, y pido que me excuse por repetir habladurías —al decir esto, Poirot extendió las manos como pidiendo permiso—. Según dicen, había reñido con sus familiares.

—No riñó exactamente con ellos —dijo el médico lentamente—. No; no hubo lucha abierta. Al menos que yo sepa.

—Le ruego que me perdone. Tal vez he sido indiscreto.

—No, no. Después de todo, eso es del dominio público.

—Según he oído no legó su fortuna a la familia.

—Sí; lo dejó todo a una aturdida señora de compañía que tuvo. Una cosa muy rara. No he podido llegar a comprenderlo. Ella no era así.

—Bueno —dijo Poirot pensativamente—. Puede suponerse con facilidad en un caso como ése. Una dama anciana, frágil y enfermiza que depende absolutamente de la persona que la atiende y cuida. Una mujer lista, con cierta cantidad de personalidad, puede ganar gran ascendiente de este modo.

La palabra «ascendiente» pareció obrar el efecto de un capote rojo frente a un toro.

El doctor Grainger estalló:

—¿Ascendiente? ¿Ascendiente? ¡Nada de eso! Emily Arundell trataba a Minnie Lawson peor que a un perro. Era la característica de su generación. De todas formas, las mujeres que se ganan la vida como Minnie, son tontas, por lo general. Si tuvieran un poco de inteligencia, se procurarían una mejor clase de vida por cualquier otro medio. Emily Arundell no podía soportar a los tontos. Por término medio, cada señora de compañía le duraba un año. ¿Ascendiente? ¡Ni hablar de eso!

Poirot se apresuró a abandonar un tema tan resbaladizo.

—¿Es posible, quizá —sugirió—, que la señorita Lawson… se haya quedado con cartas familiares y documento?

—Puede ser —convino Grainger—. Naturalmente, suele haber gran cantidad de chismes y trastos antiguos en casa de una solterona. No creo, sin embargo, que la señorita Lawson haya guardado ni la mitad de ellos.

Poirot se levantó.

—Muchas gracias, doctor Grainger. Ha sido usted muy amable.

—No me dé las gracias —replicó el médico—. Siento que no le

haya podido ayudar más. Con la señorita Peabody tendrá más suerte. Vive en Morton Manor, a una milla de aquí.

Poirot olisqueó un gran ramo de rosas que el médico tenía encima de la mesa.

—Deliciosas —murmuró.

—Supongo que sí. Yo no puedo percibir su olor. Perdí el olfato hace cuatro años, a causa de un ataque gripal. Bonita cosa para un médico, ¿no le parece? «Los médicos se curan ellos solos». ¡Vaya fastidio! No poder, siquiera, disfrutar de un buen cigarro con lo que me gustaba fumar.

—Sí que es una desgracia. Y a propósito, ¿tendría la bondad de darme las señas del joven Arundell?

—No faltaba más.

—Nos condujo hasta el vestíbulo y llamó.

—¡Donaldson!

—Es mi socio —explicó—. Nos facilitará ese dato. Es el prometido, o cosa así, de Theresa, la hermana de Charles.

Volvió a llamar:

—¡Donaldson!

Un joven salía de una de las habitaciones traseras de la casa. Era de mediana estatura y de apariencia un tanto descolorida. Sus movimientos eran precisos. No se podía uno imaginar un contraste más acentuado con el doctor Grainger.

Este último explicó lo que deseaba.

Los ojos de Donaldson, azules y ligeramente prominentes, se volvieron hacia nosotros con expresión escrutadora. Cuando habló, lo hizo en tono seco y conciso.

—No sé exactamente dónde podrán encontrar a Charles —dijo —. Les puedo dar la dirección de la señorita Theresa Arundell. Sin duda ella les podría informar en dónde está su hermano.

Poirot le aseguró que con ello bastaba.

El joven escribió unas señas en una página de su libro de notas, que rasgó y entregó a mi amigo.

Éste le dio las gracias y se despidió de ambos médicos. Cuando salimos a la calle, tuve la sensación de que el doctor Donaldson nos miraba desde el vestíbulo con una ligera expresión de alarma en su cara.

Capítulo X

VISITAMOS A LA SEÑORITA PEABODY

—¿Es realmente necesario contar todas esas premeditadas mentiras, Poirot? —pregunté cuando nos alejábamos de la casa del médico.

Mi amigo se encogió de hombros.

—Si uno tiene que decir una mentira… Y, a propósito de ello, me he dado cuenta de que la naturaleza de usted es completamente adversa a tal cosa, mientras que a mí me trae sin cuidado…

—Ya lo veo —interrumpí.

—Como le iba diciendo, si uno tiene que decir una mentira, debe contarla lo más artística, romántica y convincente posible.

—¿Cree usted que ha sido una mentira convincente? ¿Cree usted que el doctor Donaldson quedó convencido?

—Ese joven es escéptico por naturaleza —admitió Poirot pensativamente.

—A mí me pareció que sospechaba.

—No sé por qué. Hay imbéciles escribiendo cada día la vida de otros imbéciles. Es un hecho, como dice usted.

—Es la primera vez que le oigo llamarse imbécil —comenté guiñando un ojo.

—Estoy convencido de que puedo desempeñar un papel tan bien como pueda hacerlo otro —replicó Poirot con frialdad—. Siento mucho que mi pequeña ficción no esté bien planeada, según usted. A mí, sin embargo, me gusta.

Cambié el tema de conversación.

—¿Qué hacemos ahora?

—Algo muy sencillo. Cogeremos su coche y haremos una visita a Morton Manor.

La casa era una fea y típica construcción de la época victoriana. Un decrépito mayordomo nos recibió con aire receloso y, al poco rato de habernos dejado, volvió para preguntarnos si habíamos sido citados.

—Haga el favor de decir a la señorita Peabody que venimos de parte del doctor Grainger —dijo Poirot.

Después de una espera de pocos minutos, se abrió una puerta y una mujer pequeña y regordeta entró en la habitación. Sus cabellos eran ralos y blancos. Llevaba un vestido de terciopelo negro, raído por varias partes, con un encaje verdaderamente primoroso rodeándole el cuello, al que se sujetaba con un camafeo.

Atravesó la habitación escudriñándonos con ojos de miope. Sus primeras palabras nos causaron cierta sorpresa.

—¿Tienen alguna cosa para vender?

—Nada, *madame* —dijo Poirot.

—¿De veras?

—Se lo aseguro.

—¿Nada de aspiradores de polvo?

—No.

—¿Ni medias?

—No.

—¿Ni felpudos?

—En absoluto.

—Está bien —dijo la señorita Peabody sentándose en una silla—. Supongo que con esto basta. Estarán mejor sentados.

Obedecimos en silencio.

—Perdonarán ustedes el interrogatorio —prosiguió la señora con cierto aspecto de excusa en sus ademanes—. Debo tener cuidado. No pueden imaginarse la de gente que viene todos los días. La servidumbre no sabe distinguir adecuadamente. Sin embargo, no se les puede culpar de ello. Los que vienen tienen buena voz, buenos trajes y dan nombres respetables. ¿Quién lo sospecharía? Comandante Rodgeway; el señor Scott Edgerton; capitán D'Arcy Fitzherbert. Algunos de ellos son individuos de buena presencia. Pero antes de que una se dé cuenta de lo que pasa, ya le han puesto bajo las narices una máquina de hacer mahonesa.

—Le aseguro, *madame*, que nosotros no tenemos nada que ver con esa gente.

—Bien; ustedes lo sabrán —dijo indiferente la señorita Peabody.

Poirot se lanzó entonces a contar su historia. Nuestra interlocutora le escuchó sin hacer ningún comentario, guiñando una o dos veces sus pequeños ojos. Cuando mi amigo terminó, como sorprendida, dijo:

—¿De modo que va a escribir un libro?

—Sí.

—¿En inglés?

—Claro…, en inglés.

—Pero usted es extranjero. Vamos, no niegue usted que es extranjero, ¿verdad?

—Desde luego.

Entonces la señorita Peabody se dirigió a mí.

—Supongo que usted será su secretario.

—Ejem… sí —dije, con tono incierto.

—¿Puede usted escribir decentemente el inglés?

—Espero que sí.

—Hum. ¿A qué colegio ha ido?

—A Eton.

—Entonces no puede escribir bien el inglés.

Me vi forzado a dejar pasar sin protestar esta vana acusación contra tan viejo y venerable centro de enseñanza y la señora Peabody volvió su atención de nuevo hacia Poirot.

—De manera que va a escribir la vida del general Arundell, ¿no es cierto?

—Sí. Usted le conoció, según creo.

—Sí. Conocí a John Arundell. Bebía.

Hubo una breve pausa. Luego la señorita Peabody dijo lentamente:

—La insurrección de la India, ¿eh? Eso es como machacar en hierro frío. Pero, en fin, es cosa suya.

—Ya sabe usted, *madame*, que estos asuntos están de moda. Precisamente en estos días la India es tema de actualidad.

—Algo de eso hay. Las cosas deben cambiar. No hay duda. Bueno, ¿qué es lo que quiere saber?

Mi amigo extendió las manos.

—¡Todo! Historia de la familia. Chismografía. Vida íntima…

—No le podré contar nada sobre la India —comentó la señorita

Peabody—. La verdad es que no me preocupé nunca de enterarme de ello. He tenido que soportar a varios hombres viejos y sin anécdotas. Verdaderamente, era un estúpido; pero, a pesar de ello, no me atrevería a decir que era un mal general. «Cuida de agradar a la esposa de tu coronel; escucha respetuosamente a tus superiores y llegarás lejos», esto es lo que mi padre solía decir.

Poirot dejó transcurrir unos segundos de silencio, y luego dijo:

—Usted conoció a la familia Arundell, ¿no es cierto?

—A todos ellos —contestó la señorita Peabody—. Matilda era la mayor. Una muchacha pecosa que solía acudir a la escuela dominical para enseñar a leer a los chicos. Estuvo enamorada de uno de los reverendos. Luego venía Emily. Ésta sí que tenía personalidad. Era la única que podía manejar a su padre cuando éste se ponía a medios pelos. Solía sacar las botellas vacías a carretadas de su casa y las enterraba por la noche. Después; vamos a ver, ¿quién venía primero, Arabella o Thomas? Thomas, creo. Siempre me dio lástima el pobre Thomas. Un hombre y cuatro mujeres. Esto hace parecer tonto a cualquier hombre. El pobre chico tenía algo del carácter de una vieja. Nadie creyó nunca que se casaría. Fue una sorpresa cuando lo hizo.

La mujer emitió un ligero cloqueo.

Era evidente que la señorita Peabody se estaba divirtiendo. A nosotros nos había olvidado. La anciana señora se encontraba sumergida en el pasado.

—Después venía Arabella. Una chica muy sencilla. Tenía la cara de tonta. Se casó, sin embargo, a pesar de que era la más simple de la familia. Con un profesor de Cambridge. Un viejo. Debía tener por lo menos sesenta años. Dio una serie de conferencias en el pueblo; creo que versaron sobre las maravillas de la química moderna. Llevaba barba. No se le entendía nada de lo que decía. Arabella se colocaba detrás de todos y hacía algunas preguntas. No era ninguna chiquilla, pues entonces debía haber pasado de los cuarenta. Ya murieron los dos. Fue un matrimonio muy feliz. Ya se sabe; cuando uno se casa con una mujer simple, sabe de antemano que ella no resultará una esposa caprichosa. Luego estaba Agnes. Era la más joven y la más bonita. Siempre la consideré como la más alegre. ¡Casi demasiado! Fue extraño. Si alguna de ellas debía casarse, tenía que ser Agnes. Pero no se casó. Murió poco después de la guerra.

Poirot murmuró:

—Dijo usted que el matrimonio de Thomas fue algo imprevisto.

La señorita Peabody volvió a cloquear con fruición.

—¿Imprevisto? Puede decirse que sí. El escándalo fue mayúsculo. Nunca podía haberse supuesto una cosa así de él. Tan quieto, tímido, retirado y apegado a sus hermanas…

Se detuvo unos instantes.

—¿Recuerda un caso que causó gran revuelo hacia finales del siglo pasado? ¿La señora Warley? La acusaron de haber envenenado a su esposo con arsénico. Era una mujer de muy buena presencia. Ese caso dio mucho que hablar. Fue puesta en libertad. Pues bien, Thomas Arundell perdió por completo la cabeza. Había leído en los periódicos todas las incidencias del proceso y recortó las fotografías de la señora Warley. Y, pásmese usted; cuando ella salió de la cárcel, se fue a Londres y le pidió que se casara con él. ¡Vaya con el pacífico casero Thomas! Nunca se sabe lo que hará un hombre, ¿no es cierto? Siempre están dispuestos a cometer una tontería.

—¿Y qué pasó?

—¡Oh! Se casó con ella, desde luego.

—¿Causó la boda mucha impresión a sus hermanas?

—¡Claro que sí! No quisieron conocer a su cuñada. No creo que se les pueda censurar, teniendo en cuenta las circunstancias. Thomas se consideró mortalmente ofendido. Se fue a vivir a una de las islas del Canal de la Mancha y nadie oyó hablar más de él. No se supo si su mujer envenenó a su primer marido. Pero desde luego que no envenenó a Thomas, pues murió tres años después que ella. Tuvieron dos hijos: un muchacho y una chica. Una bonita pareja, con un gran parecido a su madre…

—Supongo que los chicos harían algunas visitas a sus tías.

—No; hasta que murieron sus padres. Estaban en el colegio y allí se hicieron mayores. Luego solían venir los días de fiesta. Emily estaba entonces sola, así es que Bella Biggs y los chicos eran los únicos parientes que le quedaban en el mundo.

—¿Biggs?

—La hija de Arabella. Una muchacha insulsa, un poco mayor que Theresa. Algo tonta. Se casó con un extranjero que conoció en la Universidad. Un médico griego. Un hombre de aspecto terrible, pero con unos modales encantadores, debo reconocerlo. Bueno;

después de todo, no creo que la pobre Bella tuviera muchas proposiciones. Se pasaba el tiempo ayudando a su padre y sosteniendo la madeja de lana que su madre devanaba. Él era un tipo exótico y eso le atrajo la atención de ella.

—¿Es un matrimonio feliz?

—¡Eso no me atrevería a decirlo de ningún matrimonio! Parecen completamente felices. Tienen dos niños de aspecto enfermizo. Viven en Esmirna.

—Pero ahora están en Inglaterra, ¿verdad?

—Sí; llegaron hace cuatro meses. Me parece que se irán pronto.

—¿Quería mucho la señorita Arundell a su sobrina?

—¿Si quería a Bella? Claro que sí. Es una mujer insustancial, pendiente siempre de sus hijos y cosas por el estilo.

—¿Está contenta de su marido?

La señorita Peabody cloqueó una vez más.

—No lo está; pero creo que le gusta porque es algo pillo. Es inteligente y la sabe dirigir muy bien. Un hombre que tiene verdadero olfato para el dinero.

Poirot tosió.

—Tengo entendido que la señorita Arundell, al morir, poseía mucho dinero —murmuró.

La señorita Peabody se retrepó en su asiento.

—Sí; eso fue lo que armó todo el jaleo. Nadie pensaba que estuviera en tan buena posición. Lo que sucedió fue esto. El viejo general Arundell dejó una bonita renta dividida por partes iguales entre su hijo e hijas. Algunas de dichas rentas estaban invertidas y supongo que muy bien colocadas. Había algunas acciones preferentes de la Mortauldo. Desde luego, Thomas y Arabella se llevaron su parte cuando se casaron. Las otras tres hermanas vivieron aquí y no gastaron ni la décima parte de las rentas reunidas. Los sobrantes iban invirtiéndolos a su vez.

»Cuando murió Matilda legó su dinero, por partes iguales, a Emily y Agnes, y cuando esta última falleció, dejó todo el que tenía a Emily. Y como Emily siguió gastando tan poco como antes, resultó que cuando murió era realmente rica… ¡y la Lawson se quedó con todo!

La señorita Peabody profirió la última frase con cierto tono triunfal.

—¿Le causó eso mucha sorpresa, señorita Peabody?

—Si le he de decir la verdad, me la causó. Emily siempre me había dicho, sin recatarse, que a su muerte el dinero se repartiría entre sus sobrinos. Desde luego, en esta forma estaba redactado el primer testamento. Legados a los sirvientes y otras cosas por el estilo; pero el resto debía ser dividido entre Theresa, Bella y Charles. ¡Dios mío! Lo que se armó cuando, después de su muerte, se vio que había otorgado otro testamento en el que dejaba todo a la pobre señorita Lawson.

—¿Ese testamento fue hecho poco antes de morir?

La señorita Peabody dirigió una aguda mirada a mi buen amigo.

—¿Cree usted en influencias inconfesables? No; me temo que no hubo nada de eso. Y no puedo creer que la pobre Lawson tenga suficiente talento ni nervios para intentar una cosa así. A decir verdad, pareció sorprenderse mucho más que cualquiera…, o al menos, así lo dijo ella.

Poirot sonrió ante esta última expresión.

—El testamento fue redactado unos diez días antes de su muerte —prosiguió la mujer—. El abogado dijo que era correcto. Bueno…, puede ser.

—¿Cree usted que…? —preguntó Poirot, inclinándose hacia ella.

—Enredos, digo yo. Algo huele mal en algún sitio.

—¿Qué es exactamente lo que piensa usted?

—No pienso en nada. ¿Cómo quiere que sepa dónde está el enredo? No soy abogado. Pero hay algo sospechoso en todo esto. Estoy segura.

Poirot dijo lentamente:

—¿Ha sido impugnado el testamento?

—Theresa se procuró un asesor jurídico, según creo. ¡Vaya provecho que sacó de ello! ¿Qué es la opinión de un abogado, nueve veces de cada diez? ¡Nada entre dos platos! En cierta ocasión, cinco abogados me aconsejaron que no entablara una demanda. ¿Y qué es lo que hice? No hacerles caso. Y gané el pleito. Me pusieron en el estrado de los testigos y un elegante y joven mequetrefe de Londres trató de que me contradijera en la declaración. Pero no lo consiguió. «Usted no puede identificar de una manera positiva estas pieles, señorita Peabody —me dijo—. No tienen ninguna etiqueta del peletero.» «Puede ser —contesté—; pero hay un zurcido en el

forro y si alguien puede hacer en estos tiempos un zurcido como éste, estoy dispuesta a comerme mi paraguas.» Se derrumbó completamente.

La anciana soltó una risita ahogada.

—Supongo —dijo Poirot con precaución— que… ejem… las relaciones entre la señorita Lawson y los miembros de la familia Arundell se enfriarían considerablemente.

—¿Y qué otra cosa esperaba usted? Ya conoce la naturaleza humana. Siempre hay preocupaciones y líos después de una muerte. Apenas se acaba de enfriar en el ataúd el cuerpo de cualquier hombre o mujer, cuando ya se están sacando los ojos los que acuden al funeral.

Poirot suspiró.

—Eso es bien cierto.

—Es la naturaleza humana —repitió la señorita Peabody con tolerancia.

Poirot cambió de tema.

—¿Es verdad que la señorita Arundell estaba interesada en asuntos de espiritismo?

Los penetrantes ojos de la anciana dama lo observaron con fijeza.

—Si cree usted que el espíritu de John Arundell volvió del otro mundo para ordenar a Emily que dejara todo su dinero a Minnie Lawson, y que Emily obedeció, permítame que le diga que está en el más grande de los errores. Emily no era tan simple. En realidad ella se dio cuenta de que el espiritismo era más entretenido que jugar a las cartas. ¿Han visto a las Tripp?

—No.

—Si las ven apreciarán hasta dónde pueden llegar las tonterías. Son unas mujeres irritantes. Siempre están dándole a una mensajes de cualquiera de los parientes muertos; y ninguno de ellos es congruente. Pero creen en eso a pie juntillas. Y Minnie Lawson también. De todas formas, supongo que es una manera de pasar las veladas tan buena como otra cualquiera.

Poirot desvió otra vez la conversación.

—Presumo que conoce usted al joven Charles Arundell. ¿Qué clase de persona es?

—No me gusta. Es un tipo encantador. Pero siempre con líos;

siempre con deudas y siempre volviendo, como una moneda falsa que no quiere nadie. Sabe cómo enredar a las mujeres —suspiró—. ¡He visto demasiados como él para equivocarme! Bonito hijo le salió a Thomas. Con lo formal que él era. Modelo de rectitud. Pero bueno, hay mala sangre. No me haga caso si le digo que me gustan los pillos; pero Charles es de esos que matarían a su abuelo por un par de chelines sin alterarse lo más mínimo. No tiene sentido de la moral. ¡Hay que ver la gente que parece haber nacido sin ella!

—¿Y su hermana?

—¿Theresa? —la señorita Peabody movió negativamente la cabeza y dijo despacio—: No lo sé. Es una criatura exótica. Fuera de lo corriente. Tiene relaciones con ese mediquillo que tenemos ahora. ¿Han tenido ocasión de verlo quizá?

—¿El doctor Donaldson?

—Sí. Muy entendido en su profesión, según creo. Pero fuera de ella no aprovecha para nada. No es la clase de hombre con que yo soñaría si fuera ahora una muchacha. En fin; Theresa sabrá lo que hace. Ya ha tenido más de una experiencia; estoy segura.

—¿Atendía el doctor Donaldson a la señorita Arundell?

—Solía hacerlo cuando Grainger estaba de vacaciones.

—Pero no en su última enfermedad.

—No lo creo.

—Infiero, señorita Peabody, que no le ofrece mucha confianza ese joven médico.

—No diga eso. Está usted equivocado en cierto aspecto. Es bastante entendido e inteligente, a su manera…, pero no a la mía. Voy a ponerle un ejemplo. En mis buenos días, cuando un chiquillo se daba un atracón de manzanas verdes, tenía un ataque de bilis y el médico lo calificaba de ataque de bilis; venía a casa y mandaba a la farmacia por unas cuantas píldoras hechas según receta. Ahora le dicen a una que el niño sufre una acidosis pronunciada; que su alimentación debe ser vigilada y, al fin mandan a buscar la misma medicina, solamente que hoy día se trata de unas preciosas pastillas blancas, preparadas en serie por un laboratorio y que cuestan más de tres veces lo que valían las píldoras de antes. Donaldson pertenece a esa escuela y, aunque no lo crea, muchas madres jóvenes lo prefieren. Suena mucho mejor. Y no es que ese joven desee quedarse aquí, para estar siempre curando sarampiones y

ataques de bilis. Tiene puesto el ojo en Londres. Es ambicioso. Quiere especializarse.

—¿En qué?

—En sueros terapéuticos. Creo que se dice así. Se trata de introducirle a uno en el cuerpo esas pícaras agujas hipodérmicas, sin importar si duele o no, caso de que se atrape cualquier dolencia. No resisto esas repugnantes inyecciones.

—¿Está experimentando el doctor Donaldson alguna enfermedad determinada?

—No lo sé. Todo lo que sé es que la práctica de la medicina general no le atrae. Quiere establecerse en Londres. Pero para hacerlo necesita dinero y él es más pobre que las ratas.

Poirot murmuró:

—Es lamentable que esas vocaciones se vean frustradas tan a menudo por falta de dinero. Y, sin embargo, hay mucha gente que no gasta ni la cuarta parte de sus ingresos.

—Emily Arundell, por ejemplo —dijo la señorita Peabody—. Fue una gran sorpresa para todos el testamento que otorgó. Me refiero a la cantidad, no a la forma en que legó su dinero.

—¿Cree usted que fue una sorpresa para los miembros de su propia familia?

—Eso dicen —comentó la dama con expresión de regocijo—. No quiero decir ni que sí ni que no. Uno de ellos tenía una imaginación muy despierta.

—¿Cuál de ellos?

—El señorito Charles. Tenía hechos unos pocos cálculos por su propia cuenta. Charles no es tonto.

—Pero es un poco bribón, ¿verdad?

—De cualquier manera no es ningún melindroso —dijo la señorita Peabody con intención.

Se detuvo un momento y luego de pensar la cuestión preguntó:

—¿Van a entrevistarse con él?

—Eso me propongo —convino lentamente Poirot—. Me parece posible que pueda poseer ciertos papeles familiares relativos a su abuelo.

—Pues yo opino que, de tenerlos, habrá hecho con ellos una buena hoguera. Ese jovenzuelo no tiene ningún respeto por sus mayores.

—Deben intentarse todas las posibilidades.

—Así parece —contestó la mujer con sequedad.

Hubo un momentáneo destello en sus ojos azules que pareció afectar desagradablemente a Poirot.

Mi amigo se levantó.

—No debo hacerle perder su tiempo, *madame*. Estoy sumamente agradecido por todo lo que usted me ha contado.

—Lo he hecho de la mejor forma que he sabido. Pero me parece que no hemos tratado nada de la insurrección de la India, ¿no cree?

Nos estrechó la mano a ambos.

—Avíseme cuando publique el libro —observó por último—. Me gustaría mucho leerlo.

Y la última cosa que oí al salir de la habitación fue aquel cloqueo suyo tan particular.

Capítulo XI

VISITAMOS A LAS SEÑORITAS TRIPP

—Ahora —dijo Poirot al entrar en el coche—, ¿qué es lo que vamos a hacer?

Advertido por la experiencia, no sugerí esta vez la vuelta a Londres. Después de todo, si Poirot se estaba divirtiendo con aquello, ¿qué podía yo objetar?

Propuse que tomáramos un poco de té.

—¿Té, Hastings? ¡Vaya una idea! Mire qué hora es.

—Ya la he mirado; mejor dicho, la he visto. Son las cinco y media. El té está, pues, indicadísimo.

Poirot suspiró.

—¡Ustedes los ingleses, siempre con su té de la tarde! No, *mon ami*; no habrá té para nosotros. En un libro de etiqueta que leí el otro día vi que no puede decirse «tarde» después de las seis. Decirlo es cometer un solecismo. Tenemos, por lo tanto, casi media hora para conseguir lo que nos proponemos.

—¡Qué puntilloso está usted hoy, Poirot! ¿A qué puerta llamaremos ahora?

—A la de las *mademoiselles* Tripp.

—¿Va a escribir un libro sobre el espiritismo? ¿O todavía sigue con la vida del general Arundell?

—Será algo mejor que eso, amigo mío. Pero antes tenemos que saber dónde viven esas señoras.

Conseguimos unas cuantas direcciones en un momento; aunque de las más variadas naturalezas y relativas todas ellas a una serie de callejones. La residencia de las señoritas Tripp resultó ser una pintoresca casucha, tan extremadamente vieja que parecía iba a

derrumbarse de un momento a otro.

Un chico de unos catorce años nos abrió la puerta y se arrimó con dificultad a la pared, lo suficiente para dejarnos pasar.

El interior abundaba en viejos paneles y vigas de roble; una gran chimenea y unas pequeñas ventanas que a duras penas dejaban penetrar bastante luz para ver claro. Todos los muebles eran de estilo pseudosimple, construidos de viejo roble. Había también gran cantidad de frutas colocadas en fruteros de madera y muchas fotografías, la mayoría de las cuales, según aprecié, eran de dos personas solamente, aunque en diferentes poses. Por lo general, con ramos de flores abrazados contra el pecho o mostrando un gran sombrero de paja.

El chico que nos abrió la puerta murmuró algo y desapareció, pero se oía claramente la voz en el piso superior.

—Dos caballeros desean verla, señorita. Se levantó un gorjeo de voces femeninas y al poco rato, con gran cantidad de crujidos y susurros, una señora bajó por la escalera, se dirigió con paso ligero hacia nosotros. Su edad se acercaba más a los cincuenta que a los cuarenta años; llevaba el cabello peinado a estilo «Madonna» y los ojos eran castaños y ligeramente prominentes.

Su vestido de muselina rameada daba la impresión de ser un disfraz.

Poirot se adelantó e inició la conversación empleando los términos más floridos de que pudo echar mano.

—Le ruego que me excuse por esta molestia, *mademoiselle*; pero me encuentro en algo que puede llamarse apuro. He venido buscando a cierta señora, pero he averiguado que ya no se encuentra en Market Basing y me han dicho que seguramente usted sabe su dirección actual.

—¿De veras? ¿Quién es?

—La señorita Lawson.

—¡Oh! Minnie Lawson. ¡Desde luego! Somos grandes amigas. Pero siéntese, señor… ejem…

—Parrotti…; mi amigo el capitán Hastings.

La señorita Tripp se dio por enterada de la presentación y empezó a moverse de un lado para otro.

—Siéntese aquí, ¿me hace el favor? No, si tiene la bondad…, realmente siempre he preferido las de respaldo recto. Bueno, ¿está

seguro de que se encuentra cómodo en ésa? ¡Querida Minnie Lawson…! ¡Oh, aquí está mi hermana!

Hubo más crujidos y susurros y nos enfrentamos con otra señora, vestida de percal verde que hubiera parecido mejor en una muchacha de dieciséis años.

—Mi hermana Isabel… el señor… ejem… Parrot… y… ejem… el capitán Hawkins. Isabel, querida, estos caballeros son amigos de Minnie Lawson.

La señorita Isabel Tripp era menos rolliza que su hermana. Más bien era de configuración seca. Tenía el cabello rubio, peinado en una especie de rizos bastante deshechos. Sus ademanes eran algo achiquillados y se apreciaba fácilmente que era la modelo de la mayor parte de las fotografías en cuya composición entraban las flores. Juntó las manos con excitación infantil.

—¡Qué encantador! ¡Querida Minnie! ¿Hace mucho que la han visto?

—Hace ya varios años —explicó Poirot—. Hemos perdido casi el contacto entre nosotros. Yo he estado viajando. Por eso me sorprendió y me agradó tanto oír por ahí la buena suerte que ha tenido mi amiga.

—Sí, desde luego. ¡Y tan merecida! Minnie tiene un espíritu tan bueno…, tan sencillo…, tan formal…

—¡Julia! —exclamó Isabel.

—¿Qué deseas, Isabel?

—¡Qué cosa tan notable! ¿Recuerdas cómo el grafómetro insistía anoche en la letra P? Un visitante de allende los mares con la inicial P.

—Así es —convino Julia.

Las dos señoras miraron a Poirot agradablemente sorprendidas.

—Nunca falla —añadió Julia en voz baja—. ¿Le interesa mucho el ocultismo, señor Parrot?

—No estoy muy enterado, *mademoiselle*; pero, como cualquiera que haya viajado bastante por el Oriente, estoy dispuesto a admitir que en todo ello hay mucho que uno no puede comprender ni puede ser explicado por medios naturales.

—¡Qué gran verdad! —dijo Julia—. ¡Qué profunda verdad eso que dice!

—El Oriente —murmuró Isabel—. La patria del misticismo y de

las ciencias ocultas.

Todos los viajes de Poirot por el Oriente consistían, según yo sabía, en una excursión a Siria y al Irak que duró, todo lo más, unas pocas semanas. Pero a juzgar por sus manifestaciones, podía jurarse que mi amigo había pasado la mayor parte de su vida en la jungla y frecuentado bazares orientales, en íntimo contacto con faquires, derviches y mahatmas.

Por lo que pude sacar de la conversación, las señoritas Tripp eran vegetarianas, teosofistas, pertenecían a varias sectas religiosas, eran espiritistas y entusiastas aficionadas a la fotografía.

—A veces una se da cuenta —dijo Julia suspirando— de que Market Basing es un sitio inadecuado para vivir. No hay aquí nada hermoso…, no hay alma. Debe tenerse espiritualidad, ¿no le parece, capitán Hawkins?

—Seguro —dije, algo embarazado—. ¡Oh, claro que sí!

—«Donde no hay fantasía la gente sucumbe» —citó Isabel dando un suspiro—. A menudo he tratado de discutir algunos asuntos con el vicario; pero creo que tiene un criterio lastimosamente estrecho. ¿No cree usted, señor Parrot, que cualquier credo definido está predispuesto a tal estrechez de miras?

—Y, en realidad, es todo tan simple… —añadió su hermana—. Nosotras sabemos muy bien que todo es gozo y amor.

—Tiene usted mucha razón —dijo Poirot—. Es una verdadera lástima que incomprensiones y luchas se promuevan… especialmente en lo que respecta al codiciado dinero.

—¡Es tan sórdido el dinero…! —suspiró Isabel con voz apagada.

—Tengo entendido que la difunta señorita Arundell fue una de las convertidas a las creencias espiritistas —comentó Poirot.

Las dos hermanas se miraron.

—Me extrañaría —dijo Isabel.

—No estuvimos nunca seguras de ello —susurró Julia—. Tan pronto parecía convencida, como empezaba a decir unas cosas tan… tan irreverentes…

—Ah; pero recuerda la última manifestación —replicó Julia—. Fue algo verdaderamente extraño —se dirigió a Poirot—. Sucedió la misma noche en que se puso enferma la pobre señorita Arundell. Mi hermana y yo fuimos a su casa, después de cenar, y organizamos una sesión de velador…, éramos sólo cuatro. Y fíjese usted; vimos…

las tres… vimos distintamente una especie de halo alrededor de la cabeza de la señorita Arundell.

—*Comment?*

—Sí. Algo como un haz luminoso —se volvió a su hermana—. ¿No es así como lo describirías, Isabel?

—Sí; eso es. Un haz luminoso de luz finísima. Era una señal… ahora nos damos cuenta… Una señal de que la pobre estaba a punto de morir.

—Extraordinario —dijo Poirot con voz impresionada—. La habitación estaba a oscuras, ¿no es eso?

—Desde luego. Conseguimos siempre mejores resultados en la oscuridad. Además, como era una noche bastante templada no se había encendido el fuego.

—Nos llamó un espíritu muy interesante —dijo Isabel.

—Se llamaba Fátima. Nos dijo que murió en el tiempo de las Cruzadas. Qué mensaje tan hermosísimo nos dio.

—¿Habló directamente con ustedes?

—No; no de viva voz. Golpeó la mesa. Amor. Esperanza. Vida. Hermosas palabras.

—¿Y la señorita Arundell cayó enferma en la *séance*?

—No, eso fue después. Nos trajeron unos bocadillos y un poco de oporto; pero la pobre señorita Arundell no quiso tomar nada porque no se sentía muy bien. Eso fue el principio de su enfermedad. Afortunadamente, no tuvo que sufrir mucho.

—Murió cuatro días después —dijo Isabel.

—Ya hemos recibido varios mensajes de ella —comentó Julia con ansiedad—. Nos ha dicho que es muy feliz y que allí todo es hermoso. Que espera sea todo amor y paz entre sus queridos familiares.

Poirot tosió.

—Eso… ejem… me temo que sea un poco difícil.

—Los parientes se han portado ignominiosamente con la pobre Minnie —dijo Isabel, mientras su rostro se coloreaba de indignación.

—Minnie es una de las almas más bondadosas que existen —añadió Julia.

—La gente ha estado contando las cosas más desagradables que se puede imaginar. ¡Hasta dicen que planeó la cosa para que su

señora le dejara el dinero!

—Cuando en realidad se llevó la más grande de las sorpresas…

—A duras penas pudo dar crédito a sus oídos cuando el abogado leyó el testamento.

—Ella nos lo contó. «Julia —me dijo— querida, pellízcame para convencerme de que no sueño. Unos pocos legados para los sirvientes, y luego, Littlegreen House y el resto de su fortuna para mí.» Estaba tan emocionada que apenas podía hablar. Y cuando pudo hacerlo, preguntó a cuánto ascendía la herencia, creyendo quizá que se reduciría a unos cuantos miles de libras. Pero el señor Purvis, después de carraspear, tartamudear y hablar acerca de cosas confusas, como ingresos brutos y netos, dijo que el total rondaría las trescientas setenta y cinco mil libras. La pobre Minnie casi se desmayó.

—No tenía ni idea de que era tanto dinero —reiteró la otra hermana—. Nunca pensó que pudiera suceder una cosa así.

—¿Eso es lo que les dijo?

—¡Oh. sí! Nos lo repitió varias veces. Y por eso parece tan malvado el proceder de la familia Arundell, dándola de lado y tratándola como si fuera una sospechosa. Después de todo, estamos en un país libre…

—Los ingleses parece que actúan bajo ese error… —murmuró Poirot.

—Y yo creo que cada uno puede dejar su dinero de la forma que mejor le parezca. Opino que la señorita Arundell obró muy prudentemente. No hay duda de que desconfiaba de sus propios parientes y me atrevería a decir que tenía sus razones para ello.

—¡Ah! —Poirot se inclinó con interés—. ¿De veras?

Esta atención aduladora animó a Isabel.

—Sí —dijo—; eso es. El señor Charles Arundell, su sobrino, es una mala cabeza. ¡Eso lo saben todos! Hasta creo que está reclamado por la Policía de un país extranjero. Un carácter indeseable por completo. Y lo que es su hermana… bueno, yo en realidad no he hablado con ella, pero es una chica de aspecto muy excéntrico. Ultramoderna, desde luego, y siempre terriblemente maquillada. La vista de su boca me pone enferma. Parece sangre. Y hasta supongo que toma drogas, pues sus ademanes a veces son muy extraños. Está prometida con el joven y encantador doctor

Donaldson; pero me parece que, en ocasiones, da la impresión de no gustarle mucho. La muchacha es atractiva a su manera, mas espero que el chico recobrará sus sentidos y se casará con cualquier joven inglesa enamorada de la vida en el campo y al aire libre.

—¿Y los demás parientes?

—Pues, como le decía, indeseables también. No es que yo tenga nada que decir contra la señora Tanios. Es una mujer agradable, pero absolutamente estúpida y dominada por su marido en todos los aspectos. Él es turco, según creo… Es una cosa espantosa para una chica inglesa el casarse con un turco, ¿no le parece? Demuestra una cierta falta de escrúpulos. A pesar de todo, la señora Tanios es una buena madre, aunque los niños son singularmente repelentes, ¡pobres criaturas!

—¿Así es que ustedes dos creen que la señorita Lawson era la persona más indicada para heredar la gran fortuna de la señorita Arundell?

Julia replicó con tono sereno:

—Minnie Lawson es una buena mujer bajo todos los aspectos. Y completamente despegada de los devaneos mundanos. La pobre no pensó nunca en ese dinero. No era ambiciosa.

—¿Tampoco pensó jamás en rehusar el legado?

Isabel retrocedió un poco.

—Oh, bueno… es difícil que uno se decida a eso.

Poirot sonrió.

—No, quizá no.

—Ya comprenderá usted, señor Parrot —añadió Julia—. Ella lo consideró como un depósito; un depósito sagrado.

—Y, además, se propone hacer algo por la señora Tanios y por sus hijos —prosiguió Isabel—. Aunque quiere que su marido no pueda manejar el dinero. Hasta nos dijo que posiblemente le asignaría una pensión a Theresa.

—Creo que esto es muy generoso por parte de ella, considerando la forma despreciativa con que siempre la trató la muchacha.

—De verdad, señor Parrot; Minnie es la más generosa criatura. Pero para qué se lo cuento. ¿Usted ya la conoce?

—Sí —dijo Poirot—. La conozco. Pero todavía no sé… su dirección.

—¡Claro! ¡Qué estúpida soy! ¿Quiere que se la anote?

—Yo mismo lo haré.

Poirot sacó la consabida libreta.

—17, Clanroyden Mansions, W. 2. No está lejos de Whitelys. Dele muchos recuerdos. Hace tiempo que no sabemos nada de ella.

Poirot se levantó y yo le imité.

—Les doy mis más rendidas gracias —declaró—. Tanto por su encantadora conversación como por su amabilidad al proporcionarme la dirección de mi amiga.

—Me extraña que no le hayan facilitado las señas cuando estuvo en Littlegreen House —exclamó Isabel—. ¡Debe haber sido esa Ellen! Hay que ver lo envidiosos y cortos de alcances que son los criados. Solían ser descorteses con Minnie en muchísimas ocasiones.

Julia tendió su mano a estilo *grande dame*.

—Quizá quisieran ustedes… —Isabel se sonrojó un poco—. ¿Les agradaría quedarse y compartir nuestra cena? Algo ligero. Un poco de ensalada, hortalizas frescas, pan integral con mantequilla y fruta.

—Me gustaría mucho —se apresuró a contestar Poirot—; pero, por desgracia, mi amigo y yo debemos volver a Londres.

Con nuevos apretones de manos y reiterados encargos de que transmitiéramos sus recuerdos a la señorita Lawson, pudimos por fin salir de allí.

Capítulo XII

POIROT COMENTA EL CASO

—Gracias a Dios —dije con fervor—. Se ha manejado usted bien, Poirot, para alejarnos de esas zanahorias crudas. ¡Qué mujeres más espantosas!

—*Pour nous un bon bifteck* con patatas fritas y una buena botella de vino. ¿Qué es lo que nos hubieran dado de beber?

—Me figuro que agua clara —repliqué estremeciéndome—. O sidra sin alcohol. ¡Pero qué casa tan…! Apostaría a que no tienen ni baño ni cosa parecida, a excepción de un retrete de hoyo en el jardín.

—Es extraño cómo se divierten las mujeres pasando una vida tan poco confortable —dijo Poirot con aspecto pensativo—. No siempre es pobreza, aunque hacen lo posible para sacar el mejor partido de unas circunstancias adversas.

—¿Cuáles son ahora las órdenes para el chófer? —pregunté cuando dimos la vuelta al último recodo del ventoso callejón y salimos de la carretera de Market Basing—. ¿A qué puerta del pueblo vamos a llamar? ¿O tenemos que volver a «The George» para interrogar al asmático camarero una vez más?

—Le alegrará saber, Hastings, que hemos terminado con Market Basing.

—¡Espléndido!

—Pero sólo de momento. Volveremos.

—¿A seguir la pista del asesino fracasado?

—Exactamente.

—¿Ha sacado usted algo en limpio del fárrago de tonterías que acabamos de oír?

Poirot contestó con tono preciso:

—Hay ciertos puntos que merecen atención. Los diversos caracteres de nuestro drama van surgiendo con más claridad. En algunos aspectos, recuerda los folletines de hace años. La humilde señora de compañía despreciada por todos, que de pronto se ve levantada hasta la riqueza y obra ahora como una dama generosa.

—Me parece que tal precedente deberá ser un poco amargo para la gente que se considera con plenos derechos sobre una herencia.

—Usted lo ha dicho, Hastings. Si; eso es completamente cierto.

Callamos durante unos minutos. Habíamos dejado atrás a Market Basing y estábamos otra vez en la carretera general. Canturreé en voz baja la tonadilla de «Hombrecillo, has tenido un día muy ocupado».

—¿Se ha divertido, Poirot? —pregunté al cabo de un rato.

Mi amigo contestó con frialdad:

—No sé qué es lo que quiere decir con eso de si «me he divertido», Hastings.

—Bueno —dije—. Me pareció que trataba de pasar el rato como cualquier conductor de autobús en día de fiesta.

—¿Cree usted que no he tomado esto en serio?

—Oh, demasiado en serio. Pero este asunto parece una cuestión académica. Está usted luchando sólo para su satisfacción mental. Lo que quiero decir es que… que no parece una cosa real.

—*Au contraire*, es intensamente real.

—Me he expresado mal. Quería decir que si existiera un motivo para ayudar a la anciana y protegerla contra posteriores ataques, bueno… entonces la cosa valdría la pena. Pero tal como se presenta esto no podremos hacer nada, puesto que si sabemos que murió, ¿para qué preocuparse?

—En ese caso, *mon ami*, no se investigaría nunca un caso de asesinato.

—No, no, no… Esto es completamente diferente. Quiero decir, cuando se tiene una víctima… ¡Oh, dígalo ya todo de una vez!

—No se enfurezca. Lo comprendo perfectamente. Usted hace la distinción entre una víctima y un simple difunto. Suponiendo, por ejemplo, que la señorita Arundell hubiera muerto con repentina y alarmante violencia, a pesar de su larga enfermedad, no hubiera quedado usted indiferente a los esfuerzos que yo hiciera para

descubrir la verdad, ¿no es eso?

—Desde luego, no permanecería impasible.

—Pues ahora ocurre lo mismo, puesto que alguien intentó asesinarla.

—Sí; pero no tuvo éxito. Ésa es la diferencia.

—¿No le intriga a usted saber quién es el que intentó matarla?

—Pues, sí; en un sentido.

—Tenemos un círculo muy reducido —dijo Poirot, pensativo—. Ese cordel…

—¡El cordel cuya existencia dedujo usted tan sólo por el clavo que encontró en el rodapié! —le interrumpí—. ¡Vamos! Ese clavo debía hacer años que estaba allí.

—No. El barniz parecía fresco.

—Bueno. Sigo pensando que deben existir toda clase de explicaciones para tal circunstancia.

—Deme una.

De momento no pude pensar en nada que resultara lo suficientemente plausible. Poirot se aprovechó de mi silencio para proseguir su disertación.

—Sí; un círculo reducido. Ese cordel sólo pudo ser tendido, en la parte superior de la escalera, después que todos se hubieron acostado. Por lo tanto, sólo podemos tener en cuenta a los ocupantes de la casa. Es decir, el culpable está entre siete personas. El doctor Tanios, su mujer, Theresa Arundell. Charles Arundell, la señorita Lawson, Ellen y la cocinera.

—Puede usted eliminar tranquilamente de la lista a las dos sirvientas.

—Ellas también heredaron, *mon ami*. Y puede haber otras razones: rencor, desavenencias, fraude… No puede asegurarse.

—Me parece muy improbable.

—Improbable, convengo en ello. Pero se deben tener en cuenta todas las posibilidades.

—En ese caso, debe usted sospechar de ocho personas, no de siete.

—¿De quién más?

Presentí que iba a conseguir un tanto a mi favor.

—Debe usted incluir también a la señorita Arundell. ¿Cómo sabe que no fue ella quien tendió el cordel en la escalera, con el fin de

hacer rodar por ella a alguno de los que durmieron en la casa aquella noche?

Poirot se encogió de hombros.

—Es una incongruencia que diga usted eso, amigo mío. Si la señorita Arundell tendió la trampa, debía tener mucho cuidado para no caer en ella. Recuerde que fue ella quien sufrió el accidente.

Me retiré alicaído.

Poirot prosiguió con voz pensativa:

—El orden de los hechos está completamente claro. La caída; la carta que me dirigió; la visita del abogado. Pero hay un punto dudoso. ¿Retuvo deliberadamente la señorita Arundell la carta que me dirigió, dudando si la echaría al correo o no? O una vez que la escribió, ¿creyó que había sido depositada en el correo?

—Supongo que podremos contestar a eso.

—No; solamente podemos conjeturarlo. Personalmente creo que ella estaba segura de que la carta se había cursado. Debió extrañarse al no recibir contestación…

Mis pensamientos, entretanto, se habían dirigido a otro punto.

—¿Cree usted que todas esas tonterías espiritistas tienen algo que ver en el asunto? —pregunté—. Es decir, ¿opina que, a pesar de lo que ridiculizó la señorita Arundell todo eso de la sugestión, le fue dada la orden en una de esas *séances* para que dejara su dinero a la Lawson?

—Eso no parece encajar con la impresión general que he sacado del carácter de la señorita Arundell.

—Las Tripp dicen que la señorita Lawson quedó desconcertada por completo cuando leyeron el testamento —dije, absorto.

—Eso es lo que les dijo, sí —convino Poirot.

—Pero usted no lo cree.

—*Mon ami*, ya conoce usted mi naturaleza, propensa a sospechar de todo. Yo no creo nada de lo que me dicen, mientras no lo confirmo o corroboro.

—Eso está bien, compadre —dije afectuosamente—. ¡Vaya naturaleza tan confiada!

—«Él dice», «ella dice», «ellos dicen». ¡Bah! ¿Qué significa todo eso? Absolutamente nada. Puede ser cierto o puede ser falso por completo. Yo sólo tengo en cuenta los hechos.

—¿Y cuáles son los hechos?

—La señorita Arundell sufrió una caída. Esto no hay nadie que lo niegue. La caída no fue natural, estuvo preparada.

—La prueba de ello estriba en que Hércules Poirot lo dice.

—Nada de eso. La prueba está en el clavo. En la carta que me escribió la señorita Arundell. En que el perro estuvo fuera de casa toda la noche. En las palabras de la señorita Arundell acerca del jarro, del dibujo y de la pelota de *Bob*. Todas estas cosas son hechos.

—¿Y cuál es el siguiente, por favor?

—El otro hecho es la respuesta a nuestra pregunta habitual. ¿Quién se beneficia con la muerte de la señorita Arundell? Respuesta: La señorita Lawson.

—¡La aturdida señora de compañía! Pero por otra parte, los demás también creían que iban a heredar. Y cuando ocurrió el accidente de la escalera estaban seguros de beneficiarse de ello.

—Exactamente, Hastings. Por eso, todos ellos son sospechosos. Tenemos también el pequeño detalle de que la señorita Lawson se tomó muchas molestias para impedir que su señora se enterara de que *Bob* había estado fuera de casa toda la noche.

—¿Supone usted que eso es sospechoso?

—De ningún modo. Me limito a señalarlo. Pudo haber sido tan sólo la preocupación de que la señora no se sintiera intranquila. Y esto es, con mucho, la explicación más verosímil.

Miré a Poirot de reojo. Mi amigo es así; evasivo.

—La señorita Peabody expresó la opinión de que había enredo en el testamento —comenté—. Por cierto que todo parece indicar que Emily Arundell fue demasiado propensa a creer en idioteces como esa del espiritismo.

—¿Qué es lo que le hace decir que el espiritismo es una idiotez, Hastings?

Lo miré con asombro.

—Mi querido Poirot… esas horribles mujeres…

Sonrió.

—Convengo completamente en su estimación de las señoritas Tripp. Pero el mero hecho de que esas damas hayan adoptado con entusiasmo el vegetarianismo, la teosofía y el espiritismo, no constituye realmente una acusación reprobadora contra tales creencias. Porque una mujer tonta le cuente una sarta de tonterías acerca de un escarabajo falsificado que compró a un anticuario

desaprensivo, no hay que desacreditar, en términos generales, a la egiptología.

—¿Quiere usted decir que cree en el espiritismo, Poirot?

—Tengo una opinión muy amplia sobre la materia. Nunca estudié ninguna de sus manifestaciones, pero es cosa sabida que muchos hombres de ciencia están convencidos de que hay fenómenos que no pueden ser explicados.

—¿Entonces cree usted en ese galimatías de la aureola de luz alrededor de la cabeza de la señorita Arundell?

Poirot levantó una mano.

—Estoy hablando en términos generales, rebatiendo su actitud de completo escepticismo. Puedo decir que, habiendo formado una opinión de la señorita Tripp y su hermana, examinaré con todo cuidado cualquier hecho de que ellas hablen de espiritismo, de policía, de cuestiones sentimentales o de los dogmas de la fe budista.

—Sin embargo, estuvo escuchando con toda atención todo lo que dijeron.

—Ésa ha sido mi tarea durante todo el día: escuchar. Oír lo que todos tengan que decir acerca de esas siete personas y, principalmente, desde luego, de las cinco a quienes más de cerca interesa. Ahora ya conocemos ciertos detalles de esa gente. Tenemos, por ejemplo, a la señorita Lawson. Por las Tripp sabemos que era leal, desinteresada, nada apegada al lujo y, en fin, un hermoso carácter. Por la señorita Peabody nos enteramos de que era crédula, estúpida; sin el nervio o inteligencia suficientes para intentar nada criminal. Por medio del doctor Grainger conocemos que sufría vejaciones, que su posición era precaria y que era una pobre señora aturdida y asustada; creo que ésas fueron sus palabras. Por el camarero sabemos que la señorita Lawson era «una persona», y por Ellen, que el perro, *Bob*, la despreciaba. Cada uno, como se dará usted cuenta, la ve desde un punto de vista diferente. Lo mismo ocurre con los demás. Ninguna de las opiniones sobre la moral de Charles Arundell es muy favorable; pero a pesar de ello, cada cual habla de él en forma distinta. El doctor Grainger lo califica indulgentemente de «irreverente diablillo». La señora Peabody dice que el chico mataría a su abuela por dos peniques y añade que prefiere un bribón a un badulaque. La señorita Tripp

afirma que no solamente podría cometer un crimen, sino que ha cometido uno o más. Todos esos detalles son muy útiles e interesantes. Nos conducen al próximo acontecimiento.

—¿A cuál?

—A verlo todo por nuestros propios ojos, amigo mío.

Capítulo XIII

THERESA ARUNDELL

A la mañana siguiente nos dirigimos a las señas que nos facilitó el doctor Donaldson. Sugerí a Poirot que sería una buena idea hacer una visita al abogado señor Purvis, pero mi amigo rechazó vigorosamente la proposición.

—De ninguna manera, Hastings. ¿Qué le diríamos? ¿Qué razones alegaríamos para conseguir algún informe?

—Por lo general, usted inventa pronto y bien cualquier razón, Poirot. Cualquier embuste serviría, ¿no es eso?

—Al contrario, amigo mío, «cualquier embuste», como dice usted, no servirá para nada. Tenga presente que es un abogado. Nos encontraríamos…, ¿cómo dicen ustedes…?, enseñando la oreja.

—Está bien —dije—. No nos arriesgaremos tanto.

Así es, como he dicho, que nos dirigimos al piso de Theresa Arundell. Estaba situado en un bloque de viviendas de Chelsea, dando vista al río. El mobiliario era costoso y de estilo moderno, con centelleantes aplicaciones de cromo y espesas alfombras que ostentaban varios dibujos geométricos.

Esperamos durante unos pocos minutos y, al fin, una muchacha entró en la habitación y nos miró inquisitivamente.

Theresa Arundell aparentaba tener unos veintiocho o veintinueve años. Era alta y muy esbelta; daba la impresión de un exagerado dibujo en blanco y negro. Su cabello era negrísimo y su cara, excesivamente maquillada, parecía una máscara pálida. Las cejas, depiladas caprichosamente, le daban un aspecto de burlona ironía. Sus labios eran la única nota de color; un brillante trazo escarlata sobre la blancura de la cara. Daba también idea, aunque

de ello no estuve completamente seguro, debido a que sus ademanes eran más bien indiferentes y aburridos, de tener más vitalidad que mucha gente. Como la energía latente que se encierra en un látigo.

Nos examinó con aire frío e interrogante.

Cansado de supercherías, según creo, Poirot entregó en esta ocasión su propia tarjeta. La muchacha la tomó y estuvo balanceándola entre sus dedos.

—Supongo —dijo— que es usted el señor Hércules Poirot.

Mi amigo hizo una de sus mejores reverencias.

—Para servirla, *mademoiselle*. ¿Me permitirá que le haga perder unos pocos minutos de su valioso tiempo?

—Encantada, señor Poirot. Siéntese, por favor; siéntese.

Y yo tomé una silla con adornos de cromo. Theresa se sentó negligentemente en una pequeña banqueta frente a la chimenea. La muchacha nos ofreció cigarrillos. Los rehusamos y ella encendió uno.

—¿Conoce quizá mi nombre, *mademoiselle*?

La chica movió afirmativamente la cabeza.

—Tiene amistades en Scotland Yard, ¿no es cierto?

Me di cuenta de que a Poirot no le gustó mucho esta descripción. Dándose importancia replicó:

—Me intereso por los problemas del crimen, *mademoiselle*.

—¡Oh, qué espeluznante! —dijo Theresa con voz aburrida—. ¡Y pensar que he perdido mi libro de autógrafos!

—El asunto por el que me intereso es el siguiente —continuó Poirot—: Ayer recibí una carta de su tía.

Los ojos grandes y rasgados de Theresa se abrieron un poco. Lanzó una bocanada de humo de su cigarrillo.

—¿De mi tía, señor Poirot?

—Eso es lo que he dicho, *mademoiselle*.

La muchacha murmuró:

—Lo siento si le estropeo el juego; pero en realidad no tengo ninguna tía. Todas las que tenía murieron santamente. La última que me quedaba falleció hace dos meses.

—¿La señorita Emily Arundell?

—Sí; la señorita Emily Arundell. No recibirá usted cartas de un difunto, ¿verdad, señor Poirot?

—Algunas veces sí, *mademoiselle*.

—¡Qué macabro!

Pero ahora había un nuevo tono en su voz; una repentina nota, alerta y vigilante.

—¿Y qué le dice mi tía, señor Poirot?

—Eso, *mademoiselle*, no puedo decírselo por ahora. Es, como usted comprenderá, algo así como… —tosió— un asunto muy delicado.

Guardamos silencio durante unos momento. Theresa Arundell fumaba. Al fin dijo:

—Todo eso parece deliciosamente misterioso. ¿Pero dónde encajo yo?

—Espero, *mademoiselle*, que no tendrá inconveniente en contestar a unas pocas preguntas.

—¿Preguntas? ¿Sobre qué?

—Preguntas sobre asuntos de familia.

—Esto parece un poco solemne. ¿Tendría inconveniente en brindarme una muestra del interrogatorio?

—De ningún modo. ¿Puede decirme la dirección actual de su hermano Charles?

Los ojos de la muchacha se cerraron otra vez. Su energía latente parecía menos aparente. Era como, si se recogiera en una concha.

—Me temo que no. No nos tratamos mucho. Hasta me parece que se ha marchado al extranjero.

—Comprendo.

Poirot calló durante un momento.

—¿Eso es todo lo que quería saber?

—No; tengo que hacerle otras preguntas. Una de ellas es… ¿Está usted satisfecha de la forma en que su tía legó su fortuna? La otra es… ¿Hace mucho tiempo que está prometida al doctor Donaldson?

—¿No se deja nada por preguntar?

—*Eh bien?*

—*Eh bien*, puesto que estamos extranjerizados; mi contestación para ambas preguntas es que nada de ello le importa a usted en absoluto. *Ça no vous regarde pas*, señor Hércules Poirot.

Mi amigo la miró detenidamente. Luego, sin señal de disgusto se levantó.

—Está bien. Bueno, quizás esto no debiera sorprenderme.

Permítame, *mademoiselle*, que le felicite por su acento francés y que le desee muy buenos días. Vamos, Hastings.

Estábamos ya en la puerta cuando la muchacha habló. El símil del látigo volvió otra vez a mi pensamiento. No se movió de donde estaba. Su voz restalló.

—¡Vuelvan! —dijo.

Poirot obedeció lentamente. Se sentó de nuevo y miró con aspecto interrogante a Theresa.

—Dejemos de hacer el tonto —dijo la muchacha—. Es posible que me sea útil, señor Hércules Poirot.

—Encantado, *mademoiselle*, ¿y en qué?

Entre dos chupadas al cigarrillo, Theresa dijo sin inmutarse en absoluto:

—Dígame cómo puedo anular este testamento.

—Un abogado, con seguridad…

—Sí. Quizás un abogado, si conociera uno adecuado. Pero los únicos que conozco son personas respetables. Ya me han advertido que el testamento es completamente legal y que cualquier intento de impugnarlo será malgastar el dinero.

—Pero usted no cree lo que le han dicho.

—Yo creo que siempre hay algún medio de conseguir lo que se quiere… si no se preocupa uno de los escrúpulos y se está dispuesto a pagar. Bueno; yo estoy dispuesta a pagar.

—Y da usted por sentado que yo estoy dispuesto a no tener escrúpulos, si se me paga.

—¡Ya me he dado cuenta de que esto es lo que le ocurre a la mayoría de la gente! No veo por qué ha de ser usted una excepción. Al principio todos hacen alarde de su honradez y rectitud, ¡desde luego!

—Justamente. Eso es parte del juego, ¿no es así? Pero suponiendo que yo esté dispuesto a no tener escrúpulos, ¿cree usted que los tendré?

—No lo sé. Pero usted es un hombre hábil. Todos lo saben. Puede imaginar un buen plan.

—¿Cuál?

Theresa Arundell se encogió de hombros.

—Eso es cosa de usted. Robar el testamento y dejar una falsificación… Secuestrar a la Lawson y atemorizarla hasta que

confiese que obligó a tía Emily a que le dejara el dinero. Presentar un testamento otorgado por la vieja en el lecho de muerte.

—Su fértil imaginación me quita el aliento, *mademoiselle*.

—Bueno, ¿qué responde? He sido bastante franca. Si rehúsa ahí está la puerta.

—No rehúso… todavía… —dijo Poirot.

Theresa soltó una carcajada. Luego me miró.

—Su amigo —observó— parece extrañado. ¿Qué me dice si lo enviásemos a dar una vuelta a la manzana?

Poirot se dirigió a mí con tono ligeramente irritado:

—Le ruego que domine sus hermosos y honrados sentimientos, Hastings. Le pido excuse a mi amigo, *mademoiselle*. Como ya habrá visto, es muy íntegro. Su lealtad hacia mí es absoluta. De cualquier modo, déjeme que afirme este punto —la miró duramente—. Todo lo que hagamos será dentro de la ley.

La muchacha levantó ligeramente las cejas.

—La ley —dijo Poirot con aspecto pensativo— tiene mucha amplitud.

—Comprendo —dijo Theresa sonriendo—. Muy bien; quede, pues, entendido así. ¿Quiere usted que discutamos su parte en el botín… si es que conseguimos alguno?

—Eso también puede quedar sobreentendido. Solamente pido lo que sobre.

—Hecho —dijo Theresa.

Poirot se inclinó hacia delante.

—Ahora escuche, *mademoiselle*. Por lo general, en el noventa y nueve por ciento de los casos, puede decirse que estoy al lado de la ley. El uno por ciento restante… bueno, ese uno por ciento es diferente. En primer lugar, porque lo común es más lucrativo… Pero hay que hacerlo todo con calma, mucha calma, ¿me entiende? Mi reputación no puede ser echada a perder. Tengo que mostrarme cuidadoso.

Theresa asintió.

—Y además, debo conocer todos los hechos del caso. ¡Debo saber la verdad! Ya comprenderá que una vez sabida la verdad, es muy fácil determinar qué mentiras se han de decir.

—Eso parece eminentemente razonable.

—Bien, entonces. ¿Sabe usted en qué fecha se otorgó el

testamento?

—El 21 de abril.

—¿Y el anterior?

—Tía Emily hizo un testamento cinco años antes.

—¿Sabe usted lo que contenía?

—Salvo un legado para Ellen y otro para la cocinera que tenía entonces, todas sus propiedades debían ser divididas entre los hijos de su hermano Thomas y la hija de su hermana Arabella.

—¿Dejaba el dinero bajo la custodia de su tutor?

—No; nos lo legaba directamente.

—Ahora tenga cuidado. ¿Conocían todos ustedes las disposiciones del testamento?

—Pues, sí. Charles y yo lo sabíamos… y Bella también. Tía Emily no lo mantuvo en secreto. En realidad, cuando alguno de nosotros le pedíamos dinero, solía contestar: «Cuando me muera será vuestro todo lo que tengo. Contentaos con ello.»

—¿Hubiera rehusado hacerles un préstamo en el caso de una enfermedad o de una necesidad perentoria?

—No; no creo que se hubiera negado —dijo Theresa lentamente.

—¿Consideraba su tía que tenían ustedes suficiente dinero para poder vivir?

—Eso creía… sí.

—¿Pero ustedes no lo consideraban así?

Theresa hizo una ligera pausa antes de hablar. Luego dijo:

—Mi padre nos legó treinta mil libras a cada uno de nosotros. Los intereses de ese capital, invertido sólidamente, ascendían alrededor de mil doscientas libras anuales. Los impuestos se llevaban una buena parte; pero en resumen, era un bonito ingreso con el cual uno podía vivir sin preocupaciones. Pero yo… —su voz cambió; su cuerpo delgado se enderezó y echó la cabeza hacia atrás; toda aquella maravillosa vitalidad que yo había presentido en ella se puso de manifiesto—. Pero yo quiero conseguir de la vida algo mejor que eso. ¡Quiero lo mejor! La mejor comida; los mejores vestidos; algo con distinción y belleza; no tan sólo ropas a la última moda. Quiero vivir y divertirme, bañarme en el Mediterráneo y tenderme junto al mar caliente, sentarme ante una mesa y jugar con enloquecedores montones de dinero; dar fiestas, disparatadas, absurdas, extravagantes. Quiero todo lo que da de sí este mundo

corrompido. Y no lo quiero para otro día. ¡Lo quiero ahora!

Su voz tenía un tono excitante. Era cálida y subyugadora.

Poirot estudiaba atentamente a la muchacha.

—Y por lo que veo, ya consiguió todo lo que quería.

—Sí, Hércules… lo conseguí.

—¿Y qué queda de las treinta mil libras?

La chica rió de pronto.

—Doscientas veintiuna libras, catorce chelines y siete peniques. Ése es el saldo exacto. Por lo tanto, dese cuenta de que solamente cobrará si consigue un buen resultado. Si no es así, no hay honorarios.

—En este caso —dijo Poirot con gesto de seguridad— puede confiar en que conseguiré buenos resultados.

—Es usted un pequeño gran hombre, Hércules. Me alegro de que nos hayamos aliado.

Poirot prosiguió, como si discutiera un negocio.

—Hay unas pocas cosas que debo conocer necesariamente. ¿Toma usted drogas?

—No, nunca.

—¿Bebe?

—Más de la cuenta; pero no porque me guste. Los de mi pandilla beben y yo les acompaño; pero si quiero puedo dejarlo de raíz desde mañana.

—Eso es muy satisfactorio.

La muchacha rió.

—No daré ningún espectáculo cuando tenga dos copas de más, Hércules.

—¿Asuntos amorosos?

—Muchos, pero en tiempos pasados.

—¿Y ahora?

—Solamente Rex.

—¿El doctor Donaldson?

—Sí.

—Parece ser contrario a la clase de vida que ha mencionado usted antes.

—¡Oh, lo es! Desde luego.

—Y, sin embargo, a usted le gusta. ¿Por qué, me pregunto?

—¡Oh! ¿Qué son las razones de estos casos? ¿Por qué se

enamoró Julieta de Romeo?

—Pues por una simple razón. Con los debidos respetos a Shakespeare, resulta que Romeo fue el primer hombre que vio Julieta.

—Rex no es el primer hombre que yo he visto —dijo Theresa lentamente—. Nada de eso.

Luego añadió en voz baja:

—Pero creo… presiento… que será el último en que me fijaré.

—Piense usted que ese hombre no tiene ni un penique, *mademoiselle*.

Ella asintió.

—Y que además necesitaba dinero.

—Desesperadamente. No por las mismas causas que lo necesito yo. Él no quiere lujo, o distinción, o diversiones, o cualquier cosa de ésas. Es capaz de llevar el mismo traje hasta que se le caiga a pedazos; comerse un trozo de carne congelada todos los días y bañarse en cualquier bañera agrietada. Si tuviera dinero lo gastaría todo en probetas, en un laboratorio y en cosas por el estilo. Es ambicioso. Su profesión lo es todo para él. Representa en su vida más de lo que… represento yo.

—¿Sabía él que iba a tener dinero cuando muriera la señorita Arundell?

—Se lo dije. Después de que nos prometimos. En realidad, no se va a casar conmigo por dinero, si es eso lo que quiere usted decir.

—¿Siguen todavía prometidos?

—Desde luego.

—¿Está usted segura?

—Desde luego —repitió vivamente. Luego añadió—: ¿Usted… lo ha visto?

—Lo vi ayer, en Market Basing.

Poirot se calló. Su silencio pareció inquietar a la muchacha.

—No le dije nada. Le pedí la dirección de Charles.

—¿Charles? ¿Quién pregunta por Charles?

Era una nueva voz; una voz masculina, agradable.

Un joven de rostro bronceado y simpática sonrisa entró en la habitación.

—¿Quién está hablando de mí? —preguntó—. Oí mi nombre desde el vestíbulo, pero no he escuchado detrás de la puerta. Eran

muy especiales en Borstal con eso de escuchar detrás de las puertas. Bueno, Theresa, chiquilla, ¿qué pasa?

Capítulo XIV

CHARLES ARUNDELL

Debo confesar que, desde el momento en que puse los ojos en él, albergué una secreta inclinación hacia Charles Arundell. Resultaba afable y descuidado. Guiñaba los ojos con gesto agradable y humorístico y sus modales eran de los más cordiales que jamás había yo visto.

Atravesó la habitación y se sentó en el brazo de uno de los macizos y tapizados sillones.

—¿Qué es lo que ocurre, muchacha? —preguntó.

—Charles, te presento al señor Hércules Poirot. Está dispuesto a… ejem… poner en práctica cierto trabajo sucio por nuestra cuenta a cambio de una pequeña retribución.

—Protesto —exclamó Poirot—. Nada de trabajos sucios; digamos una pequeña e inocente superchería, de tal clase, que se suprima la intención original del testador. Pongámoslo de esta forma.

—Póngalo como quiera —dijo Charles afablemente—. Lo que me extraña es cómo pudo Theresa pensar en usted.

—No fue ella —replicó rápidamente Poirot—. Vine yo, por mi propia iniciativa.

—¿A ofrecer sus servicios?

—No del todo. Preguntaba por usted. Su hermana dijo que se había ido al extranjero.

—Theresa es una hermanita muy cuidadosa —dijo Charles—, difícilmente se equivoca. A decir verdad, sospecha de todo.

—Seguramente —prosiguió Charles— hemos escogido el camino equivocado. ¿No es famoso el señor Poirot por los éxitos que ha

alcanzado siguiendo la pista de los criminales? Su renombre no lo ha conseguido ayudándolos ni encubriéndolos.

—Nosotros no somos criminales —dijo Theresa con sequedad.

—Pero desearíamos serlo —continuó Charles con gesto amable —. Ya he pensado en hacer algunas falsificaciones; esto, más bien, es mi modo de obrar. Me despidieron de Oxford a causa de una cosa infantilmente simple; tan sólo cuestión de añadir un cero. Después tuve otro pequeño fracaso con tía Emily y el Banco del pueblo. Desde luego, fue una tontería por mi parte. Debí darme cuenta de que la vieja era más aguda que un alfiler. Sin embargo, todos esos incidentes fueron naderías; billetes de cinco o diez libras, y así todo. Un testamento otorgado en el lecho de muerte sería admitido con reservas. Pero aferrándose a este hecho y aleccionando a Ellen, sobornándola incluso… ¿no se dice así?, podríamos inducirla a decir que había sido testigo de este último testamento. Aunque me temo que esto dará demasiado quehacer. Hasta me podría casar con ella y así no podría declarar contra mí según la ley.

Hizo una mueca amistosa a Poirot.

—Estoy seguro de que han instalado un dictáfono secreto y nos están escuchando desde Scotland Yard —dijo.

—Su problema me interesa —contestó Poirot con acento de reproche en su voz—. Desde luego, yo no puedo consentir que vaya contra la ley. Pero hay muchas formas de que uno… —Se interrumpió significativamente.

Charles Arundell se encogió de hombros.

—No tengo ninguna duda de que hay muchos caminos tortuosos para escoger dentro de la ley —dijo—. Usted los debe conocer.

—¿Quiénes fueron los testigos del testamento? Me refiero al que se otorgó el día 21 de abril.

—Purvis llevó consigo a su pasante y el jardinero fue el segundo testigo.

—Entonces, ¿el documento se firmó ante el señor Purvis?

—Eso es.

—Según creo, el señor Purvis es una persona de la más alta respetabilidad.

—Purvis, Purvis, Charlesworth y otra vez Purvis, es una firma tan respetable e impecable como el Banco de Inglaterra —dijo Charles.

—No le gustó nada intervenir en ese testamento —comentó Theresa—. En una forma ultracorrectísima creo que hasta trató de disuadir a tía Emily de que lo firmara.

—¿Te ha dicho él eso, Theresa? —preguntó Charles con tono seco.

—Sí. Ayer fui a verle otra vez.

—Eso no está bien, querida; debes darte cuenta de ello. Es malgastar el dinero.

Theresa se encogió de hombros.

—Les ruego que me faciliten toda la información que puedan sobre las últimas semanas de la vida de la señorita Arundell —dijo Poirot—. Para empezar, tengo entendido que tanto usted como su hermano y también el doctor Tanios y su esposa, estuvieron en casa de su tía la Pascua pasada.

—Sí; nos invitó.

—¿Ocurrió alguna cosa importante durante ese fin de semana?

—No lo creo.

—Qué persona tan egoísta eres, Theresa —interrumpió Charles —. No ocurrió nada de importancia que afectara a tu personita. ¡Claro; envuelta en aquellos sueños románticos…! Permítame que le diga, señor Poirot, que Theresa conoce a un chico de ojos azules en Market Basing. Uno de los matasanos del pueblo. Por lo tanto, comprenderá que mientras estuvo allí le faltó el sentido de la proporción. Sepa usted que mi reverendísima tía sufrió una aparatosa caída por la escalera y casi se mató. Ojalá se hubiera matado. Nos hubiera ahorrado todos estos líos.

—¿Cayó escaleras abajo?

—Sí; tropezó con la pelota del perro. El inteligente animalito la dejó olvidada en lo alto de la escalera y la tía se dio un gran testarazo por la noche.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Déjeme recordar… el martes… la noche antes de marcharnos.

—¿Se lesionó seriamente su tía?

—Por desgracia, no cayó sobre la cabeza. Si hubiera sido así podríamos haber alegado que sufrió un reblandecimiento de cerebro, o como se diga científicamente. No; sólo se produjo unas cuantas magulladuras.

—¡Cosa que desilusionaría mucho a ustedes! —comentó Poirot

secamente.

—¿Eh?… Ah; ya comprendo a qué se refiere. Sí; como dice, algo muy desilusionador. Esas viejas señoras son huesos duros de roer.

—¿Y todos ustedes se marcharon el miércoles por la mañana?

—Exactamente.

—Eso fue el miércoles día 15. ¿Cuándo volvieron a ver de nuevo a su tía?

—Pues me parece que no fue el siguiente fin de semana, sino el posterior…

—Entonces sería… déjeme ver… el veinticinco, ¿no es eso?

—Sí, creo que fue por esa fecha.

—¿Y cuándo murió su tía?

—El viernes siguiente.

—¿Se puso enferma el lunes anterior, por la tarde?

—Sí.

—¿Se marcharon el mismo lunes?

—Sí.

—¿Volvieron por allí durante su enfermedad?

—No; hasta el otro viernes. No suponíamos que realmente estuviera tan grave.

—¿Llegaron a tiempo de verla con vida?

—No; murió antes de que llegáramos.

Poirot dirigió la mirada a Theresa Arundell.

—¿Acompañó usted a su hermano en ambas ocasiones?

—Sí.

—¿Y durante el segundo fin de semana, no se dijo nada acerca del testamento recién hecho por su tía?

—Nada —dijo Theresa.

—¡Oh, sí! —contestó simultáneamente Charles—. Algo se comentó.

Habló ligeramente, como siempre, pero en su tono había ahora un ligero forzamiento, como si la ligereza fuera más artificial que de costumbre.

—¿Le dijo algo? —preguntó Poirot.

—¡Charles! —exclamó Theresa.

El muchacho parecía no querer encontrarse con la mirada de su hermana.

Se dirigió a ella sin mirarla.

—Seguramente te acordarás, nena. Te lo dije. Tía Emily quiso hacer con ello una especie de ultimátum. Estaba sentada como un juez en un estrado y me soltó un discursito. Dijo que no le gustaban en absoluto sus parientes, es decir, Theresa y yo. Concedió que contra Bella no tenía nada; pero por otra parte, no le gustaba su marido ni confiaba en él. «Compremos siempre géneros ingleses», fue siempre el lema de tía Emily. Si Bella heredaba una considerable suma de dinero, dijo que estaba convencida de que Tanios, de un modo u otro, se quedaría con él. ¡Buenos son los griegos, para fiarse de ellos! «Bella está mejor así», prosiguió diciendo la vieja. Después manifestó que ni yo ni Theresa éramos gente a la que se pudiera dar dinero. Nos lo jugaríamos y despilfarraríamos en seguida. Por tanto, terminó diciendo, había hecho un testamento nuevo en el que dejaba toda su fortuna a la señorita Lawson. «Es una tonta —dijo tía Emily—, pero me es fiel y completamente adicta. He creído conveniente decírtelo, Charles, para que no te hagas ninguna ilusión respecto a mi herencia.» Algo muy desagradable. Precisamente lo que quería era sacarle los cuartos.

—¿Por qué no me lo dijiste, Charles? —preguntó Theresa ásperamente.

—Creí que te lo había contado —contestó el muchacho, rehuyendo la mirada de su hermana.

—¿Y qué dijo usted a todo eso, señor Arundell? —preguntó Poirot.

—¿Yo? —contestó Charles con despreocupación—. ¡Oh!, me limité a reír. No convenía tomarlo por las malas. «Como guste, tía Emily —dije—. Quizás ha sido un golpe duro; pero después de todo el dinero es suyo y puede hacer de él lo que le dé la gana.»

—¿Cuál fue la reacción de su tía al oír eso?

—Pues todo acabó bien… demasiado bien. «Bueno —exclamó—, puedo asegurar ahora que sabes perder deportivamente. Charles.» Y yo le contesté: «Hay que estar a las buenas y a las malas. Y ya que hablamos de ello y puesto que no tengo ninguna esperanza, ¿qué le parece si me diera un papiro de diez libras?» Me contestó que era un sinvergüenza, pero me dio cinco.

—Disimuló usted bien sus sentimientos.

—No tomé aquello en serio.

—¿De veras?

—No. Creí que era lo que pudiéramos llamar un «gesto» por parte de la vieja. Quería asustarnos. Supuse que al cabo de pocas semanas o tal vez meses, rompería el testamento. Tía Emily tenía mucho apego a la familia. Estoy seguro de que eso hubiera hecho de no haber muerto tan repentinamente.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Es una idea interesante.

Guardó silencio durante unos momentos y prosiguió:

—¿Pudo alguien… la señorita Lawson, por ejemplo… oír la conversación que sostuvo con su tía?

—Puede ser. No hablábamos en voz baja. Por cierto que esa pájara de la Lawson andaba revoloteando alrededor de la puerta cuando salí. En mi opinión, estaba fisgoneando.

Poirot dirigió una pensativa mirada a Theresa.

—¿Y usted no sabía nada de esto?

Antes de que pudiera contestar, interrumpió Charles:

—Oye, Theresa: estoy seguro de que te lo dije… o al menos te lo insinué.

Se produjo una extraña pausa. Charles miraba fijamente a su hermana y había una ansiedad, un anhelo en su mirada, impropios para la importancia del asunto.

Por fin Theresa dijo con lentitud:

—Si me lo hubieras dicho, no creo que lo olvidara, ¿no le parece, señor Poirot?

Sus grandes y castaños ojos se volvieron hacia mi amigo.

Poirot comentó:

—No; no creo que lo hubiera usted olvidado, señorita Arundell.

Luego se volvió bruscamente hacia Charles.

—Permítame que aclare completamente un punto. ¿Le dijo su tía que iba a otorgar un testamento nuevo, o le manifestó que, en realidad, ya lo había hecho?

Charles contestó con rapidez.

—¡Oh!; no hubo lugar a dudas. Me enseñó el propio documento.

Poirot se inclinó hacia delante.

—Eso es muy importante. ¿Dice usted que su tía le exhibió efectivamente el testamento?

Charles hizo una repentina y juvenil mueca, como si quisiera suavizar el tono de la conversación. La gravedad de Poirot le hacía

sentirse incómodo.

—Sí —dijo—. Me lo mostró.

—¿Puede usted jurarlo?

—Desde luego —Charles miró nerviosamente a mi amigo—. No comprendo qué importancia puede tener eso.

Theresa hizo un brusco ademán. Se levantó y se acercó a la repisa de la chimenea. Encendió otro cigarrillo.

—¿Y usted *mademoiselle*? —Poirot se volvió de repente hacia ella —. ¿Le dijo algo importante su tía durante ese fin de semana?

—No lo recuerdo. Fue… muy amable. Es decir, tan amable como ella acostumbraba a serlo. Me sermoneó un poco acerca de mi modo de vivir y cosas por el estilo. Pero eso lo hacía siempre. Parecía, quizás, un poco más excitada que de costumbre.

—Supongo, *mademoiselle* —dijo Poirot sonriendo—, que tendría usted bastante ocupación con su novio.

—No estaba allí —contestó Theresa con seguridad—. Se fue, según creo, a un congreso de medicina.

—¿Entonces no lo había visto usted desde Pascua? ¿Fue la última vez que estuvo con él?

—Sí; la noche antes de marcharnos cenó con nosotros.

—¿Tuvo usted… perdone… alguna desavenencia con su novio?

—Claro que no.

—Sólo pensaba que… al no estar él en la segunda visita que hizo usted…

Charles le interrumpió.

—Bueno; sepa usted que esa visita fue algo impremeditada. Fuimos allí por el imperativo de las circunstancias.

—¿De veras?

—Deje que le diga la verdad —intervino Theresa con tono hastiado—. Bella y su esposo, estuvieron en casa de tía Emily el fin de semana anterior, enredando con la excusa del accidente. Pensamos que quizá trataran de ganarnos por la mano…

—Creímos —dijo Charles haciendo un gesto— que sería preferible demostrar también un poco de interés por la salud de tía Emily. Aunque en realidad, la vieja era demasiado suspicaz para dejarse engañar por unas atenciones tan dudosas. Ella sabía muy bien lo que valía todo aquello. Tía Emily no se chupaba el dedo.

Theresa rió repentinamente.

—Es un bonito cuento, ¿no le parece? Todos nosotros, con la lengua fuera, detrás del dinero.

—¿Les pasa lo mismo a su prima y a su marido?

—Sí. Bella está siempre a la última pregunta. Es algo patético el ver cómo quiere copiar mis vestidos a un coste ocho veces menor. Tanios especuló con el dinero de ella, según creo. Ahora están bastante apurados. Tienen dos chicos y quieren educarlos en Inglaterra.

—¿Podría darme su dirección? —dijo Poirot.

—Se alojan en el Durham Hotel, en Bloomsbury.

—¿Qué tal es su prima?

—¿Bella? Pues resulta una mujer fatigante. ¿Verdad, Charles?

—¡Oh!, por completo. Una mujer pesadísima. Algo así como una oca. Es una madre amantísima. Pero me parece que las ocas también lo son.

—¿Y su esposo?

—Tiene una facha bastante rara; pero realmente es un buen muchacho. Simpático, divertido y todo un caballero.

—¿Está usted de acuerdo, *mademoiselle*?

—Debo confesar que lo prefiero a Bella. Es un médico muy listo, según dicen. Pero tanto da; no me fiaría mucho de él.

—Theresa no confía en nadie —dijo Charles pasando un brazo alrededor de los hombros de ella—. No se fía ni de mí —añadió.

—El que se fíe de ti, cariño, estará mal de la cabeza —contestó Theresa amablemente.

Los dos hermanos se separaron y miraron a Poirot. Mi amigo hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a poner manos a la obra, como dicen ustedes. Es difícil, pero *mademoiselle* tiene razón. Siempre hay un medio. Y a propósito, ¿esa señorita Lawson es de las que posiblemente pueden perder la cabeza en un interrogatorio ante un jurado?

Charles y Theresa cambiaron una mirada.

—Le puedo asegurar —dijo el muchacho— que un buen abogado le haría decir que lo blanco es negro.

—Eso puede sernos muy útil —comentó Poirot.

Salió con presteza de la habitación y yo le seguí. En el vestíbulo cogió el sombrero, fue hacia la puerta, la abrió y volvió a cerrarla de golpe. Luego se dirigió de puntillas hacia la del saloncito que

acabábamos de abandonar y sin ruborizarse lo más mínimo aplicó el ojo a la rendija. Cualquiera que fuera el colegio en que se hubiese educado Poirot, era seguro que en él no enseñaban las reglas tradicionales del arte de escuchar detrás de las puertas. Hice varias señas a mi amigo, pero no se fijó en ellas.

Y entonces, con claridad, la voz profunda y brillante de Theresa Arundell llegó hasta nosotros.

—¡Imbécil! —exclamó.

Se oyeron pasos en el corredor y Poirot me cogió apresuradamente del brazo, volvió a abrir la puerta del piso, salimos y la cerró luego con precaución a nuestras espaldas.

Capítulo XV

LA SEÑORITA LAWSON

—Oiga, Poirot —dije—. ¿Es que vamos a dedicamos ahora a escuchar detrás de las puertas?

—Cálmese, amigo mío. He sido yo solo quien ha escuchado. No fue usted quien acercó la oreja a la rendija de la puerta. Al contrario; se quedó rígido como un soldado.

—Pero yo también lo oí todo.

—Es verdad. *Mademoiselle* no habló en voz baja.

—Porque creyó que nos habíamos ido.

—Sí; llevamos a cabo una pequeña superchería.

—No me gustan esas cosas.

—¡Su actitud moral es irreprochable! Pero no nos repitamos. Esta conversación ya la hemos sostenido en otras ocasiones. Está usted a punto de decir que no he jugado limpio. Pero debo contestarle que el asesinato no es ningún juego.

—Aquí no se trata de ningún asesinato.

—No esté tan seguro.

—La intención… sí; quizá. Pero después de todo, asesinato y tentativa de un asesinato no son la misma cosa.

—Moralmente viene a ser lo mismo. Lo que quiero decir, es, ¿está usted seguro de que solamente es una tentativa de asesinato lo que ocupa nuestra atención?

Lo miré fijamente.

—Pero la señorita Arundell murió por causas lógicas y naturales.

—Vuelvo a repetir… ¿está usted seguro?

—Todos lo dicen.

—¿Todos? *Oh, là, là.*

—El médico lo aseguró —dije—. El doctor Grainger debe saberlo.

—Sí; él debe saberlo —la voz de Poirot no demostraba convicción alguna—. Pero recuerda, Hastings, que con mucha frecuencia se exhuman cadáveres… y en cada caso existe de antemano un certificado de defunción firmado con toda buena fe por el médico que atendió al enfermo.

—Sí; pero en este caso, la señorita Arundell murió a causa de una enfermedad que había padecido durante largo tiempo.

—Así parece… sí.

La voz de Poirot tenía todavía un tono insatisfecho. Lo observé con atención.

—Poirot —dije—. Voy a empezar una frase con la pregunta: «¿Está usted seguro?» ¿Está seguro de que no se deja llevar de su celo profesional? Usted quiere que sea asesinato y, por lo tanto, cree que debe ser asesinato.

Su rostro se volvió sombrío. Movió afirmativamente la cabeza.

—Tiene usted mucha razón, Hastings. Ha puesto el dedo en la llaga. El asesinato es mi ocupación. Soy como un gran cirujano que se especializa, por ejemplo, en apendicitis o en una operación rara. Si un paciente acude a él, lo observará desde el punto de vista de su especialidad. ¿Existe alguna posible razón para creer que este hombre sufre de esto o de aquello…? A mí me ocurre lo mismo. Siempre me pregunto, ¿es posible que esto sea un asesinato? Y ya ve usted, amigo mío, casi siempre hay una posibilidad.

—No afirmaría yo que existan muchas posibilidades en este caso —observé.

—Pero la anciana murió. No puede usted olvidar este hecho. ¡Murió!

—Estaba enferma. Tenía más de setenta años. Todo ello me parece perfectamente natural.

—¿Y le parece también natural que Theresa Arundell califique a su hermano de imbécil con tal grado de intensidad?

—¿Qué es lo que tiene que ver con esto?

—Mucho. Dígame, ¿qué piensa usted de lo que ha dicho el señor Charles Arundell acerca de que su tía le había enseñado el testamento recién hecho?

Miré a Poirot cautelosamente.

—¿Qué quiere decir con ello? —pregunté.

¿Por qué debía ser siempre Poirot el que preguntara?

—Lo califico de muy interesante… de interesante en extremo —dijo mi amigo—. Tal fue la reacción de la señorita Theresa Arundell ante ello. Su enfado fue sugestivo… muy sugestivo.

—¡Hum! —refunfuñé.

—Esto nos ofrece dos líneas distintas para investigar.

—A mí me parecen un bonito par de bribones —observé—. Dispuestos a cualquier cosa. La chica es vistosa en extremo. Y por lo que toca al joven Charles es, desde luego, un truhán atrayente.

Mientras tanto, Poirot detuvo un taxi. El coche frenó junto a nosotros y mi amigo dio una dirección al conductor.

—Diecisiete, Clanroyden Mansions, en Bayswater.

—Así es que ahora le toca a la Lawson —comenté—. ¿Y después, los Tanios?

—Ha acertado usted, Hastings.

—¿Qué papel va a adoptar ahora? —pregunté cuando el taxi paró ante las Clanroyden Mansions—. ¿El biógrafo del general Arundell, el posible comprador de Littlegreen House o algo todavía más sutil?

—Me presentaré simplemente como Hércules Poirot.

—¡Qué desilusión! —me lamenté.

Poirot se limitó a dirigirme una mirada y pagó al taxista.

El apartamento estaba en el segundo piso. Una criada de aire desenvuelto nos condujo a una habitación que contrastaba ridículamente con la que acabábamos de dejar un poco antes.

El piso de Theresa Arundell nos pareció vacío ahora, pues el de la señorita Lawson estaba tan atestado de muebles y cachivaches que daba la impresión de que si uno se movía iba a romper algo.

Se abrió la puerta y apareció una mujer bastante corpulenta, de mediana edad. La señorita Lawson era como yo me la había imaginado. Tenía un rostro de expresión algo vacía y necia, el pelo grisáceo y desaliñado y unos lentes de pinza cabalgando, algo ladeados, sobre su nariz. Su estilo de conversación era espasmódico.

—Buenos días… ejem… no creo…

—¿La señorita Wilhelmina Lawson?

—Sí…, sí…, así me llamo…

—Mi nombre es Poirot… Hércules Poirot. Ayer estuve viendo

Littlegreen House.

—¿Ah, sí?

La señorita Lawson abrió la boca mientras que con la mano se daba unos infelices toques al revuelto cabello.

—¿Quieren sentarse? —prosiguió—. Siéntese aquí, ¿le parece bien? Oh, me temo que le estorbará esa mesa. La casa está un poquito atestada. ¡Es tan difícil! ¡Estos pisos…! Tan sólo un cachito en un rincón. ¡Pero es tan céntrico…! Me gusta vivir en el centro, ¿y a usted?

Se sentó en una incómoda silla de estilo victoriano y, con los lentes torcidos, se inclinó hacia delante, casi sin aliento, mirando esperanzada a Poirot.

—Llegué a Littlegreen House como un comprador —dijo mi amigo—. Pero me gustaría decirle ahora… esto en la más estricta reserva…

—¿Oh, sí? —exclamó la señorita Lawson con aparente excitación.

—… la más estricta reserva —continuó Poirot— que fui allí con otro objeto. Usted puede o no estar enterada de que poco antes de morir, la señorita Arundell me escribió.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Yo soy un detective privado bastante conocido.

Una variedad de expresiones se reflejaron en la cara ligeramente sonrojada de la señorita Lawson. Me pregunté cuál de ellas juzgaría Poirot interesante. Alarma, excitación, sorpresa, confusión…

—¡Ah! —dijo la mujer.

Y después de un momento:

—¡Ah! —otra vez.

Entonces, inesperadamente, preguntó:

—¿Es acerca del dinero?

Poirot pareció cogido de sorpresa. Se aventuró, diciendo con amabilidad:

—¿Se refiere usted al dinero que…?

—Sí, sí. Al dinero que desapareció del cajón.

Poirot continuó sin alterarse.

—¿Le dijo la señorita Arundell que me había escrito acerca del dinero?

—No; no me dijo nada. No tengo ni idea… bueno, en realidad,

debo confesar que estoy muy sorprendida…

—¿Creía usted que su señora no dijo nada a nadie sobre esa cuestión?

—Realmente, no pensé en eso. Verá usted… ella tenía una idea bastante acertada…

La mujer se detuvo. Poirot añadió, con rapidez:

—Tenía una idea bastante acertada de quién lo cogió. Eso es lo que quiere usted decir, ¿verdad?

La señorita Lawson asintió y dijo apresuradamente:

—No creo que ella hubiera querido… Bueno, quiero decir que ella dijo… es decir, que parecía opinar…

Poirot la interrumpió de nuevo en medio de todas aquellas incoherencias.

—¿Era un asunto de familia?

—Exactamente.

—Pues yo —dijo mi amigo— estoy especializado en esos asuntos. Sepa usted que soy discreto en extremo.

—Oh, desde luego… eso es diferente. No es igual que la policía.

—No, no. Yo no soy como la policía. Esto no sería conveniente.

—¡Oh, no! La pobre señora Arundell era una mujer de gran orgullo. Desde luego, ya había tenido antes algunos disgustos con Charles, pero siempre se mantuvieron secretos. Una vez, según creo, se fue a Australia.

—Eso es —dijo Poirot—. Entonces los hechos del caso ocurrieron así… La señorita Arundell tenía cierta cantidad de dinero en un cajón…

Hizo una pausa. La mujer se apresuró a confirmar el aserto.

—Sí… lo sacó del Banco. Para los sueldos y las cuentas pendientes, ¿sabe usted?

—¿Y cuánto fue, exactamente, lo que le faltó?

—Cuatro billetes de una libra. No, no, estoy equivocada; tres de una libra y dos de diez chelines. Una debe ser exacta, muy exacta, en estos casos.

La señorita Lawson miró con seriedad a mi amigo y luego, maquinalmente, se ajustó los lentes, dejándolos todavía más ladeados. Los prominentes ojos de la mujer parecían querer saltar hacia Poirot.

—Muchas gracias, señorita Lawson. Ya veo que tiene usted un

excelente sentido de los negocios.

La mujer se irguió un poco y lanzó una risa lastimera.

—La señorita Arundell sospechaba, y no sin razón, que su sobrino Charles era el autor de dicho robo —prosiguió Poirot.

—Sí.

—Aunque, en realidad, no había ninguna prueba que demostrara quién cogió el dinero.

—Oh, ¡tuvo que ser Charles! La señora Tanios no hubiera hecho semejante cosa y su esposo es extranjero y no podía saber dónde se guardaba el dinero… ninguno que los dos pudo ser. Y no creo que Theresa Arundell pudiera pensar en algo así. Tiene mucho dinero y va siempre tan bien vestida…

—Pudo ser alguno de los criados —sugirió mi amigo.

La señorita Lawson pareció horrorizarse ante dicha idea.

—¡Oh, no, de ningún modo! Ni Ellen ni Annie hubieran soñado con hacerlo. Ambas son mujeres de una gran superioridad y absolutamente honradas. Estoy segura.

Poirot esperó unos momentos y luego dijo:

—Me estaba preguntando si podría usted facilitarme algunos detalles… pero estoy seguro de que puede, pues si alguien estaba enterado de las confidencias de la señorita Arundell, sin duda es usted…

La señorita Lawson pareció confundida.

—¡Oh!, no estoy segura de ello.

Pero sin duda se sentía halagada.

—Presiento que me ayudará usted.

—Desde luego, si puedo… cualquier cosa que yo pueda hacer…

—Esto es confidencial… —prosiguió Poirot. Una expresión, parecida a la de la lechuza, apareció en la cara de la mujer. La mágica palabra «confidencial», pareció ser un «sésamo, ábrete».

—¿Tiene usted idea de cuál fue la razón por la que alteró su testamento la señorita Arundell?

La señorita Lawson pareció sorprenderse. Poirot añadió, mientras la miraba fijamente:

—¿No es verdad que, poco antes de morir hizo otro testamento en el que le dejaba a usted toda su fortuna?

—Sí; pero no sé nada acerca de ello. Absolutamente nada —chilló la mujer con tono de protesta—. ¡Fue para mí la más grande

de las sorpresas! ¡Una sorpresa maravillosa, desde luego! Fue un rasgo muy hermoso por parte de la señorita Arundell. Pero nunca me lo insinuó ella. ¡Ni la más mínima alusión! Quedé tan sorprendida cuando el señor Purvis leyó el testamento que no sabía dónde mirar, ni supe si reír o llorar. Le aseguro, señor Poirot, que fue un golpe… un gran golpe, como comprenderá usted. La bondad… la maravillosa bondad de la señorita Arundell. Yo solamente esperaba que, quizá, me dejara alguna cosilla… un pequeño legado; aunque, en realidad, no existía ninguna razón para que me dejara nada. No hacía mucho tiempo que estaba a su servicio. Pero esto… fue como… fue como un cuento de hadas. Aun ahora no puedo creerlo por completo. Usted ya sabe a qué me refiero. Y algunas veces… bueno, de vez en cuando no me siento a gusto con todo ello. Quiero decir… bueno, quiero decir…

Se quitó los lentes de un manotazo, jugueteó con ellos y prosiguió, todavía más incoherentemente:

—Algunas veces creo que… que la carne y la sangre no se pueden negar, desde luego, y no me parece bien que la señorita Arundell no dejara el dinero a su familia. Quiero decir, que no me parece justo, ¿no es verdad? De ninguna manera. ¡Y además una fortuna tan grande! ¡Nadie tenía ni idea de ello! Pero…, bueno… todo esto hace que no me sienta tranquila… y, como usted sabe, luego empiezan todos a decir cosas… y puede estar seguro de que nunca fui una mujer de malas inclinaciones. Me refiero a que nunca hubiera pensado en influenciar de ninguna manera a la señorita Arundell. Antes al contrario. A decir verdad, siempre tuve un poco de miedo de ella. Era tan dura; tan inclinada a la censura… ¡Y siempre con un carácter tan brusco…! «¡No sea tan rematadamente tonta!», solía exclamar. Pero al fin y al cabo, yo tenía también mis propios sentimientos y en algunas ocasiones me disgustaba… Para luego darme cuenta de que durante todo ese tiempo ella me apreciaba…, en fin, fue maravilloso, ¿no cree? Aunque, según digo yo, ha habido demasiados chismorreos malignos y, claro, una siente que en cierto modo… quiero decir… bueno, me parece un poco duro por parte de algunos, ¿verdad?

—¿Quiere dar a entender que hubiera preferido renunciar al dinero? —preguntó Poirot.

Por un fugaz momento imaginé que una especie de vacilación,

una expresión completamente diferente pasaba por los insípidos ojos azules de la señorita Lawson. Por un instante, me figuré que tenía delante a una mujer astuta e inteligente, en lugar de la atontada y amable de antes.

—Pues… desde luego, ése es el otro aspecto de la cuestión —dijo, con una risita—. Me refiero a que hay dos caras en cada cuestión. Está claro que la señorita Arundell quería dejarme el dinero. Entendí que si no lo aceptaba era ir contra sus deseos. Y esto no hubiera estado bien, ¿no es cierto?

—Es un dilema muy difícil —dijo Poirot, moviendo dubitativamente la cabeza.

—Sí. eso es. He estado muy preocupada con ello. La señora Tanios… Bella… es una mujer excelente… y esos preciosos chiquillos… Estoy segura de que la señorita Arundell no hubiera querido que ella… me parece que la pobre señorita Arundell deseaba que yo lo usara a mi discreción. No quiso dejar sin dinero abiertamente a Bella, porque temía que ese hombre le echara mano.

—¿Qué hombre?

—Su marido. Sepa usted, señor Poirot, que la pobre muchacha está completamente dominada por él. Hace todo lo que le ordena. ¡Hasta me atrevería a decir que Bella sería capaz de matar a alguien si él se lo mandara! Le tiene miedo. Estoy absolutamente convencida de que le teme. En varias ocasiones he visto en sus ojos una mirada de terror. Y a esto no hay derecho, ¿no es cierto?

Mi amigo no contestó.

—¿Qué clase de hombre es el señor Tanios? —preguntó luego.

—Pues… —dijo la señorita Lawson titubeando—. Es un hombre muy agradable.

Se detuvo con aspecto de duda.

—¿A usted no le inspira confianza? —indagó Poirot.

—Pues, no…, no me la inspira. No sé por qué… —prosiguió la mujer—. ¡No me fío de ningún hombre! ¡Se oyen unas cosas tan terribles…! ¡Cuántas cosas tienen que pasar las pobres mujeres casadas! ¡Es realmente terrible! Desde luego, el doctor Tanios quiere hacer ver que está muy enamorado de su esposa y se porta muy bien con ella a la vista de todos. Tiene unos modales verdaderamente deliciosos. Pero no me fío de los extranjeros. ¡Son tan falsos…! Por eso estoy segura de que la señorita Arundell no

quería que el dinero cayera en sus manos.

—También es muy duro para la señorita Theresa y su hermano, el verse privados de su herencia —comentó indiferente Hércules Poirot.

Una mancha de color se extendió por la cara de la mujer.

—Creo que Theresa tiene mucho más dinero del que le conviene —dijo con aspereza—. Solamente en ropa gasta cientos de libras. Y la ropa interior… ¡es indecente! Cuando una se acuerda de tantas chicas bonitas y hacendosas que tienen que ganarse la vida…

Poirot, gentilmente, completó la frase:

—Cree usted que no le vendría mal a Theresa el que se viera obligada a ganársela también durante una temporada.

La señorita Lawson lo miró solemnemente.

—Le haría mucho bien —dijo—. Le haría volver en sí. La adversidad nos enseña muchas cosas.

Poirot asintió. Estaba observando atentamente a la mujer.

—¿Y Charles?

—Charles no se merece ni un penique —dijo ella secamente—. Si la señorita Arundell lo eliminó de su testamento, fue por muy buenas razones… después de sus desvergonzadas amenazas.

—¿Amenazas? —dijo Poirot, levantando las cejas.

—Sí.

—¿Qué clase de amenazas? ¿Cuándo la amenazó?

—Déjeme recordar; fue… sí, desde luego, fue por Pascua. El mismo domingo de Pascua…, ¡lo que todavía es peor!

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Le pidió dinero y ella se negó a dárselo. Y luego él le dijo que aquello no era prudente. Que si adoptaba aquella actitud… la… ¿qué palabra dijo…?, una palabrota muy vulgar…; ah, sí; que la eliminaría.

—¿La amenazó con eliminarla?

—Sí.

—¿Y qué dijo la señorita Arundell?

—Dijo: «Creo, Charles, que llegarás a darte cuenta de que sé cuidar de mí misma».

—¿Estaba usted en la misma habitación cuando ocurrió todo eso?

—Precisamente en la misma habitación, no —dijo la mujer,

después de una ligera pausa.

—¡Vaya, vaya! —añadió Poirot, apresuradamente—. ¿Y qué replicó Charles?

—Dijo: «No esté tan segura».

—¿Tomó en serio esa amenaza la señorita Arundell?

—Pues, no lo sé… No me dijo nada con respecto a ello. Pero no creo que se preocupara mucho por tal motivo.

Mi amigo continuó, sin alterarse:

—Usted sabía, desde luego, que su señora había hecho un testamento nuevo, ¿verdad?

—No, no. Ya le he dicho que todo ello fue para mí una gran sorpresa. Nunca supuse…

Poirot la interrumpió.

—Usted no conocía el contenido del testamento. Pero sabía que se había hecho uno nuevo, ¿no es verdad?

—Pues lo sospechaba… cuando vi que llamaba al abogado, estando ella en la cama.

—Exactamente. Eso fue después que se cayó por la escalera, ¿verdad?

—Sí, *Bob*… así se llama el perro… dejó la pelota en lo alto de la escalera y la señora resbaló y cayó.

—Un desagradable accidente.

—¡Oh, sí! Figúrese, pudo haberse roto un brazo o una pierna. Eso dijo el médico.

—Pudo muy bien matarse, ¿no es así?

—Sí, desde luego.

La respuesta parecía completamente natural y franca.

Poirot dijo sonriendo:

—Vi a *Bob* en Littlegreen House.

—¡Oh, sí! Claro que lo debió ver. Es un perrito muy mono.

Nada me fastidia más que oír cómo llaman «perrito mono» a un terrier de caza. No es extraño, pensé, que *Bob* desprecie a la señorita Lawson y no haga nada de lo que le mande.

—¿Es muy inteligente? —continuó Poirot.

—Sí, mucho.

—Qué disgusto se hubiera llevado si llega a saber que por culpa suya casi se mata su ama.

La señorita Lawson no contestó. Se limitó a mover la cabeza y

suspirar.

—¿Cree usted que aquella caída influyó para que su señora rehiciera el testamento? —preguntó Poirot.

Pensé que nos estábamos acercando peligrosamente al hueso; pero la mujer pareció encontrar aquella pregunta muy natural.

—Sepa usted —dijo— que no me extrañaría que hubiera algo de cierto en ello. La caída le produjo una gran impresión, estoy convencida de ello. A los viejos no les gusta pensar que pueden morir. Pero aquel accidente hizo que la señora empezase a cavilar. O quizá creyó que era un aviso de que su muerte no estaba lejos.

—Su señora disfrutaba de buena salud, ¿verdad? —dijo Poirot como al azar.

—¡Oh, si! Muy buena.

—Entonces la enfermedad le sobrevino de repente, ¿no es así?

—Sí, fue una sorpresa. Aquella tarde nos visitaron unas amigas… —la señorita Lawson se detuvo.

—Sus amigas, las señoritas Tripp. Tuve el gusto de conocerlas. Son encantadoras.

La cara de la mujer resplandeció de satisfacción.

—Sí, ¿verdad? ¡Qué mujeres tan educadas! ¿Le contaron, quizás, algo acerca de nuestras sesiones? Creo que usted será un escéptico… y, sin embargo, no puedo dejar de decirle la inefable alegría que se siente cuando uno se pone en comunicación con los que ya han muerto.

—Estoy seguro de ello. Estoy seguro.

—Sepa usted, señor Poirot, que mi madre ha hablado conmigo… más de una vez. Se siente tanta alegría al saber que los que se fueron piensan en nosotros y velan desde allá…

—Sí, sí. Lo comprendo perfectamente —dijo Poirot con notoria galantería—. ¿Era también creyente la señora Arundell?

La cara de la mujer se ensombreció un poco.

—Quería convencerse —dijo—. Pero no creo que en ninguna ocasión pensara en ello con el ánimo dispuesto. Era escéptica o incrédula… y en una o dos ocasiones su actitud atrajo un tipo de espíritu verdaderamente indeseable. Hubo algunos mensajes muy impúdicos…, debido, sin duda alguna, a dicha actitud de decidido escepticismo.

—Convengo con usted en que su señora tuvo la culpa de ello —

asintió Poirot.

—Pero aquella noche… —continuó la señora Lawson—. ¿Quizás Isabel y Julia se lo habrán dicho…? Se produjo un fenómeno curioso. Fue el principio de una materialización. El ectoplasma…, ¿sabe qué es el ectoplasma?

—Sí, sí. Sé perfectamente de qué se trata.

—Procede, como es sabido, de la boca del *médium*. Sale en forma de cinta y se convierte en una forma. Pues estoy convencida, señor Poirot, de que sin saberlo, la señorita Arundell era una *médium*. Esa noche vi distintamente cómo una cinta luminosa salía de la boca de mi señora. Luego su cabeza se vio envuelta por una niebla luminosa.

—¡Muy interesante!

—Pero, por desgracia, la señorita Arundell se puso enferma de repente y tuvimos que suspender la *séance*.

—¿Cuándo llamaron al médico?

—A primera hora de la mañana siguiente.

—¿Creyó que la cosa era grave?

—Pues mandó a una enfermera del hospital la noche siguiente; pero no creo que el médico confiaba en que la señora saldría de aquella crisis.

—Los… perdóneme…, ¿fueron avisados los parientes?

La señorita Lawson se sonrojó.

—Les avisamos lo más pronto que fue posible…, es decir, cuando el doctor dijo que la señora estaba grave.

—¿Cuál fue la causa de la enfermedad? ¿Algo que comió, tal vez?

—No, supongo que no fue nada de particular. El médico dijo que no había sido muy cuidadosa con el régimen que debía seguir. Y añadió que el ataque se produjo, seguramente, a causa de un enfriamiento. El tiempo fue muy variable aquellos días.

—Theresa y Charles Arundell estuvieron allí aquel fin de semana, ¿verdad?

La señorita Lawson apretó los labios.

—Sí, vinieron.

—La visita no tuvo mucho éxito —sugirió Poirot, sin dejar de vigilarla atentamente.

—No, no lo tuvo —dijo la mujer, con malicia—. ¡La señora sabía

a lo que habían ido!

—¿Qué era ello?

—¡Dinero! —exclamó—. No lo consiguieron.

—¿No? —dijo Poirot.

—Y creo que por la misma razón vino después el doctor Tanios —prosiguió ella.

—El doctor Tanios… ¿Estuvo allí durante el mismo fin de semana?

—Sí, vino el domingo. Su visita duró cerca de una hora.

—Todos parecen haber estado persiguiendo el dinero de la pobre señorita Arundell —aventuró Poirot.

—Ya lo sé. No es agradable pensar que así ha sido, ¿no es verdad?

—No, desde luego —dijo mi amigo—. Les tuvo que causar una fuerte impresión a Charles y a Theresa el enterarse de que su tía los había desheredado por completo.

La señorita Lawson se quedó mirando a Poirot. El detective continuó:

—¿No es eso? ¿No les informó de ello?

—Tanto como eso no lo podría asegurar. No oí nada sobre el caso. Que yo sepa, no se hizo ningún comentario respecto a ello. Ambos hermanos parecían muy animados cuando salieron de la casa.

—¡Ah! Posiblemente me han informado mal. Con toda seguridad, la señorita Arundell guardaría el testamento en su casa, ¿verdad?

La mujer dejó caer los lentes y se inclinó para recogerlos.

—No se lo puedo asegurar. No, creo que se lo llevó el señor Purvis.

—¿Quién fue el albacea?

—El propio señor Purvis.

—¿Fue por allí después del fallecimiento y revisó todos los papeles de la señorita Arundell?

—Sí, eso hizo.

Poirot la miró fijamente y formuló una pregunta inesperada.

—¿Le gusta a usted el señor Purvis?

—¿Que si me gusta el señor Purvis? Pues, en realidad, eso es difícil de contestar, ¿verdad? Quiero decir que estoy convencida de

que es un hombre muy listo… un abogado muy bueno. ¡Pero tiene unos modales demasiado bruscos! Me refiero a que no es muy agradable el que le hablen a una como si… bueno, verdaderamente no puedo explicarlo… es muy cortés, pero, al mismo tiempo, algo brusco. Eso es lo que quería decir.

—Una situación difícil para usted —dijo Poirot con simpatía.

—Sí, desde luego. Muy difícil.

La señorita Lawson suspiró hondamente y movió la cabeza.

Mi amigo se levantó.

—Muchísimas gracias, *mademoiselle*, por su amabilidad y la ayuda que me ha prestado.

La mujer se levantó también. Parecía hallarse algo confundida.

—Creo que no tiene por qué darme las gracias… ¡Nada de eso! Me alegraré si le he sido útil. Si hubiera alguna cosa más que yo pudiera hacer…

Poirot se dirigió a la puerta. Bajó el tono de su voz.

—Creo, señorita Lawson, que hay algo que debo decirle. Charles y Theresa esperan poder impugnar el testamento.

Las mejillas de ella se colorearon.

—No pueden hacer nada de eso —dijo secamente—. Mi abogado me lo aseguró.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Entonces ha consultado usted a un abogado?

—Claro que sí. ¿Por qué no había de hacerlo?

—No hay ninguna razón para que no lo hiciera. Ha sido un paso muy prudente. Buenos días, *mademoiselle*.

Cuando salimos de las Clanroyden Mansions y ya nos encontramos en la calle, Poirot exhaló un profundo suspiro.

—Hastings, *mon ami*, o esa mujer es exactamente lo que parece, o es muy buena actriz.

—Por lo visto no cree que la muerte de la señorita Arundell se deba a otra cosa más que a causas naturales. Ya se habrá dado cuenta de ello —dije.

Poirot no contestó. Hay momentos en que sabe hacerse muy bien el sordo. Detuvo el taxi.

—Al Durham Hotel, en Bloomsbury —ordenó al conductor.

Capítulo XVI

LA SEÑORA TANIOS

—Unos caballeros preguntan por usted, señora.

La mujer, que estaba escribiendo en una de las mesas del salón del Durham Hotel, volvió la cabeza y luego se levantó, encaminándose hacia nosotros con aire de incertidumbre.

La señora Tanios podía tener cualquier edad después de los treinta años. Era delgada y alta; el cabello oscuro; los ojos un poco insustanciales y saltones, en un rostro de expresión angustiada. Llevaba un bonito sombrero, puesto de mala manera, y un vestido de algodón que estaba pidiendo un buen planchado.

—No creo… —empezó en tono seco.

Poirot hizo una reverencia.

—Venimos de ver a su prima, la señorita Theresa Arundell. Deseamos entrevistarla.

—¡Oh! ¿A Theresa? ¿Sí?

—¿Podría hablar privadamente con usted durante unos minutos?

La señora Tanios miró a su alrededor con embarazo. Poirot sugirió un sofá forrado de cuero que había en uno de los extremos del salón.

Cuando nos dirigíamos hacia allí, una voz aguda chilló:

—¿Dónde vas, mamá?

—Estaré en aquel sofá. Sigue escribiendo la carta que has empezado, querida.

La chiquilla, delgada y de aspecto enfermizo, aparentaba tener unos siete años. Volvió a sentarse y reanudó lo que, evidentemente, era para ella una difícil tarea. La sonrosada lengua, que aparecía

entre sus labios entreabiertos, daba a entender los esfuerzos que hacía para redactar.

El rincón donde nos sentamos estaba desierto. La señora Tanios tomó asiento primero y nosotros la imitamos. La mujer miró interrogativamente a Poirot.

Mi amigo empezó.

—Es respecto a la muerte de su tía, la difunta señorita Arundell.

¿Estaba yo viendo visiones, o de repente sorprendí una mirada de alarma en aquellos pálidos y prominentes ojos?

—¿Sí?

—La señorita Arundell —dijo Poirot— modificó su testamento muy poco antes de su muerte. Como consecuencia del último que otorgó, la señorita Lawson heredó toda su fortuna. Lo que quiero saber, señora Tanios, es si usted desea unirse a sus primos, la señorita Theresa y el señor Charles Arundell, para intentar que ese testamento sea declarado nulo.

—¡Oh! —la mujer lanzó un profundo suspiro—. No creo que eso sea posible, ¿no le parece? Mi marido consultó a un abogado, quien le aconsejó que lo mejor sería no intentar nada.

—Los abogados, *madame*, son gente muy precavida. Su consejo, por regla general, es que se eviten los pleitos, sea como sea…, y no hay duda de que tienen razón. Pero a veces vale la pena correr el riesgo. Yo no soy abogado y, por lo tanto, veo el asunto de una manera diferente. La señorita Arundell…, la señorita Theresa Arundell, está dispuesta a intentar algo. ¿Y usted? ¿Lo haría?

—Yo… ¡oh!, en realidad, no lo sé.

Entrelazó nerviosamente los dedos de las dos manos.

—Tendré que decírselo a mi marido —añadió.

—Naturalmente, debe usted consultar con su marido antes de emprender algo. ¿Pero cuál es su opinión particular sobre el asunto?

—Pues, a decir verdad, no tengo ninguna.

La señora Tanios parecía más angustiada que de costumbre.

—Todo depende de lo que diga mi esposo —continuó.

—Pero usted, por su parte, ¿qué opina?

La mujer frunció el ceño y luego dijo, lentamente:

—Creo que no me gusta mucho la idea. Me parece… me parece algo indecorosa, ¿no es eso?

—¿Lo es, *madame*?

—Sí… Después de todo, si tía Emily prefirió no legar nada a su familia, supongo que debemos conformarnos con ello.

—Entonces, ¿no se considera usted defraudada?

—¡Oh, sí! —un ligero rubor se extendió por sus mejillas—. ¡Creo que ha sido una injusticia! Y además, tan inesperada… Parece mentira que tía Emily pudiera hacer eso. Por otra parte, es un perjuicio que se ha causado a los niños.

—¿Cree usted que todo ello ha sido impropio de su tía?

—Estimo que ha sido una cosa rara por parte de ella.

—¿Entonces opina que posiblemente no actuó por su libre voluntad? ¿Cree usted que, quizás, estuviera sometida a influencias inconfesables?

La señora Tanios frunció el ceño otra vez. Luego dijo, casi de mala gana:

—Lo difícil del caso es que no puedo imaginarme a nadie que pudiera ejercer su influencia sobre tía Emily. Era una mujer muy decidida.

Poirot asintió.

—Sí, es verdad lo que usted dice. Y a la señorita Lawson difícilmente se la puede describir como un carácter enérgico y dominante.

—No, la pobre es buena persona… quizás algo tonta… pero muy amable. Por eso principalmente es por lo que me figuro que…

—¿Qué, *madame*? —preguntó Poirot, viendo que ella se detenía.

La señora Tanios volvió a entrelazar sus dedos mientras contestaba.

—Pues que sería ruin el tratar de invalidar el testamento. Estoy segura de que bajo ningún concepto pudo hacer nada de eso la señorita Lawson…, estoy completamente segura de que ella es incapaz de planear una cosa así, ni de intrigar…

—Otra vez estoy de acuerdo con usted, *madame*.

—Y por eso creo que recurrir a la ley sería… sería indigno. Además, costaría mucho dinero, ¿no es eso?

—Sí, sería algo caro.

—Y probablemente inútil. Pero puede usted hablar con mi marido acerca de ello. Tiene mucha mejor cabeza que yo para los negocios.

Poirot calló durante un momento y luego dijo:

—¿Qué razón, a su juicio, se esconde detrás del hecho de que su tía otorgara otro testamento?

Un repentino rubor subió a la cara de la señora Tanios, al mismo tiempo que murmuraba:

—No tengo ni la menor idea.

—*Madame*, ya le he dicho que yo no soy abogado. Pero usted no me ha preguntado todavía cuál es mi profesión.

Ella lo miró interrogativamente.

—Soy detective. Y poco antes de morir, la señorita Emily Arundell me escribió una carta.

La señora Tanios se inclinó hacia delante, con las manos fuertemente entrelazadas.

—¿Una carta? —preguntó de pronto—. ¿Acerca de mi marido?

Poirot la observó durante unos instantes y dijo lentamente:

—Me temo que no podré contestar por ahora a esa pregunta.

—Entonces fue acerca de mi marido —replicó ella levantando un poco la voz—. ¿Qué le decía mi tía? Le aseguro, señor… no sé su nombre…

—Me llamo Poirot; Hércules Poirot.

—Le aseguro, señor Poirot, que cualquier cosa que le dijera en esa carta sobre mi marido, era completamente falsa. ¡Sé también quién inspiró esa carta! Y ésa es otra de las razones por las cuales no quiero tomar parte en ninguna clase de determinación que adopten Theresa y Charles. A Theresa nunca le gustó mi marido. ¡Ha dicho de él tantas cosas…! ¡Sé que ha hablado mucho de él! Tía Emily tenía ciertos prejuicios contra mi marido porque no era inglés y, por lo tanto, puede haber creído todo lo que le contara mi prima acerca de él. Pero nada de ello es verdad, señor Poirot, le doy mi palabra de honor.

—Mamá…, ya he terminado la carta.

La señora Tanios se volvió con ligereza. Sonriendo afectuosamente tomó la carta que le tendía la niña.

—Está muy bien, nena; es muy bonita. ¡Ah!, y esto es un precioso dibujo de Mickey Mouse.

—¿Qué hago ahora, mamá?

—¿Quieres comprar una postal con una vista de Londres? Toma dinero. Sal al vestíbulo y dile al señor que está allí que te escoja una. Luego la puedes dirigir a Selim.

La chiquilla se fue. Recordé lo que había dicho Charles Arundell. La señora Tanios era, evidentemente, una madre muy cariñosa. Era también, como dijo él, algo parecida a una oca.

—¿Es ésta su única hija, *madame*?

—No; tengo también un hijo. Ha salido con su padre.

—¿Los llevaba a Littlegreen House cuando visitaba usted a su tía?

—Sí; algunas veces. Pero como comprenderá, mi tía tenía ya mucha edad y los niños la molestaban. Aunque era muy amable y siempre les envió regalos muy bonitos por Navidad.

—Por favor, ¿cuándo vio usted por última vez a la señorita Emily Arundell?

—Creo que fue diez días antes de su fallecimiento.

—Usted, su marido y sus dos primos estuvieron allí entonces, ¿no es verdad?

—¡Oh, no! Eso fue el fin de semana anterior… Por la Pascua.

—¿Y usted y su marido volvieron otra vez a la semana siguiente?

—Sí.

—¿Y la señorita Arundell disfrutaba entonces de buena salud?

—Sí; parecía estar mejor que de costumbre.

—¿No estaba enferma en cama?

—Había guardado cama por una caída que sufrió; pero cuando estuvimos allí por última vez, hacía de nuevo vida normal.

—¿Les dijo algo acerca de que había otorgado otro testamento?

—No; no nos dijo nada.

—¿Los trató de la misma forma que siempre?

Hubo una larga pausa, hasta que la señora Tanios dijo:

—Sí.

Estuve seguro en aquel momento de que tanto Poirot como yo teníamos la misma convicción. La señora Tanios estaba mintiendo.

Poirot esperó unos instantes y luego prosiguió:

—Quizá me exprese mal al preguntarle si la señorita Arundell los trató igual que siempre. Quería decir si la trató a usted, particularmente, como de costumbre.

La mujer respondió en seguida:

—¡Ah!; ya comprendo. Tía Emily fue muy amable conmigo. Me regaló un pequeño broche de perlas y diamantes y, además, dio diez

chelines a cada uno de los chicos.

No había ya reserva en sus ademanes. Las palabras fluían como un torrente.

—Y respecto a su marido…, ¿no cambió la señorita Arundell su modo de ser con él?

La reserva se apoderó otra vez de nuestra interlocutora. Procuró rehuir la mirada de Poirot cuando contestó:

—No; desde luego que no… ¿Por qué había de hacerlo?

—Desde el momento en que usted ha sugerido que su prima Theresa debió tratar de envenenar los sentimientos de su tía…

—¡Lo hizo! ¡Estoy segura de que lo hizo! —la mujer se adelantó con anhelo—. Tiene usted razón. Algo cambió en mi tía. De pronto pareció no ser la misma. Se portó de una forma muy extraña. Mi marido le recomendó un compuesto digestivo especial y después de tomarse la molestia de recetarle, fue él mismo a la farmacia a recogerlo. Ella le dio las gracias por todo… de una manera algo seca y después vi yo misma cómo vaciaba en el lavabo el frasco de la medicina.

Su indignación era evidente.

Poirot parpadeó.

—Una conducta muy extraña —dijo mi amigo con voz deliberadamente calmosa.

—Creo que fue una gran ingratitud —añadió con calor la esposa del doctor Tanios.

—Dijo usted muy bien, que las señoras ancianas no se fían a menudo de los extranjeros —dijo Poirot—. Estoy seguro de que todas consideran a los médicos ingleses como los únicos del mundo. La insularidad cuenta mucho en esto.

—Sí, supongo que eso debe ser —replicó la mujer, ligeramente calmada.

—¿Cuándo regresa a Esmirna, *madame*?

—Dentro de pocas semanas. Mi marido… ¡Ah!, aquí vienen mi marido y Edward.

Capítulo XVII

EL DOCTOR TANIOS

Debo confesar que la primera vez que vi al doctor Tanios sufrí una especie de sobresalto. Lo había estado retratando en mi mente con toda clase de atributos siniestros. Me lo había figurado como un extranjero de aspecto atezado y cara de expresión malévola. En su lugar vi a un hombre fornido, alegre, de cabellos y ojos castaños. Y aunque en realidad llevaba barba, era un modesto aditamento que le daba cierto aspecto de artista.

Hablaba el inglés perfectamente. Su voz tenía un agradable timbre que se conjuntaba con el jovial buen humor reflejado en su cara.

—Ya estamos aquí —dijo sonriendo a su esposa—. Edward se ha emocionado mucho en su primer viaje en el metro. Hasta ahora sólo había viajado en autobús.

Edward no se parecía mucho a su padre; pero tanto él como su hermanita tenían un rotundo aspecto extranjero. Comprendí lo que la señorita Peabody había querido decir cuando los describió como unos niños de apariencia enfermiza.

La presencia de su esposo hizo que la señora Tanios se sintiera nerviosa. Tartamudeando un poco le presentó a Poirot. A mí me ignoró.

El doctor Tanios reconoció inmediatamente el nombre de mi amigo.

—¿Poirot? ¿*Monsieur* Hércules Poirot? Conozco muy bien su nombre. ¿Y qué es lo que desea de nosotros, señor Poirot?

—Se trata de un asunto relacionado con una señora que falleció recientemente. La señorita Emily Arundell —replicó mi amigo.

—¿La tía de mi esposa? Sí…, ¿y qué pasa con ella…?

Poirot habló con lentitud.

—Se han puesto de manifiesto ciertas circunstancias relacionadas con su muerte…

La señora Tanios interrumpió de pronto:

—Es acerca del testamento, Jacob. El señor Poirot ha estado hablando con Theresa y Charles.

Observó una especie de tirantez en la actitud del doctor Tanios, quien se dejó caer en una silla.

—¡Ah!, el testamento. ¡Un testamento inicuo! Pero al fin y al cabo, supongo que eso no me interesa.

Poirot describió en términos generales su entrevista con los dos Arundell (debo reconocer que contó toda la verdad esta vez) y, cautelosamente, apuntó la eventualidad de poder invalidar el testamento.

—No me interesa mucho eso, señor Poirot. Pero puedo decirle que comparto su opinión. Hay que hacer algo. Por mi parte he llegado hasta consultar a un abogado; pero sus consejos no fueron muy alentadores. Por lo tanto… —se encogió de hombros.

—Los abogados, como ya le he dicho a su señora, son gente muy precavida. No les gusta correr riesgos. ¡Pero yo soy diferente! ¿Y usted?

El doctor Tanios lanzó una risa llena y juguetona.

—¡Oh! Estoy dispuesto a correrlos. A menudo los he corrido, ¿no es eso, Bella?

Le dirigió una sonrisa que ella le devolvió, según pensé, de una manera mecánica.

Volvió su atención hacia Poirot.

—Yo no soy abogado —dijo mi amigo—. Pero en mi opinión, está perfectamente claro que el testamento fue otorgado cuando la anciana no era responsable de sus actos. La Lawson es lista y astuta.

La señora Tanios se agitó nerviosamente, Poirot la miró de pronto.

—¿No está usted conforme con eso, *madame*?

Ella contestó con voz apenas perceptible:

—Fue siempre muy amable. Pero no puedo decir que sea lista.

—Ha sido amable contigo —dijo el doctor Tanios— porque no tenía nada que temer de ti, querida Bella. ¡Eres muy crédula!

Habló con su buen humor, pero su esposa se sonrojó.

—Respecto a mí, la cosa es diferente —prosiguió—. Yo no le gustaba. ¡Y no cuidaba de ocultarlo! Le citaré un detalle. La tía de mi esposa se cayó por la escalera en cierta ocasión en que estuvimos allí. Yo insistí en volver al próximo fin de semana para ver cómo seguía. La señorita Lawson hizo lo que pudo para estorbar nuestro propósito. No tuvo éxito, pero se incomodó mucho y no lo disimuló. La razón era clara. Necesitaba que la señorita fuera para ella sola.

Poirot se volvió otra vez hacia la mujer.

—¿Conviene usted en ello, *madame*?

El marido no le dio tiempo a contestar.

—Bella tiene un corazón demasiado sensible —dijo—. No conseguirá usted que atribuya malos sentimientos a nadie. Pero estoy completamente seguro de que tengo razón. Le diré otra cosa, señor Poirot. El secreto del ascendiente de la señorita Lawson sobre la tía de mi esposa fue el espiritismo. Así es como lo hizo todo; estoy convencido de ello.

—¿Lo cree usted así?

—Completamente, mi querido amigo. He visto gran cantidad de casos como éste. La gente es fácil de embaucar. ¡Se quedaría usted atónito! Especialmente cualquiera con la edad de la señorita Arundell. Estoy dispuesto a apostar algo, a que de esta forma se la sugestionó. Algún espíritu… seguramente su difunto padre… le ordenó que alterara el testamento y le dejara el dinero a la Lawson. Tenía poca salud… era crédula…

La señora Tanios hizo un ligero movimiento. Poirot se dirigió a ella.

—¿Cree usted que eso fue posible?… ¿Sí?

—Habla, Bella —dijo su marido—. Dinos tu opinión.

La miró, como estimulándola. Pero el rápido vistazo que ella le dirigió fue algo extraño. Dudó un momento y luego dijo:

—No conozco casi nada de esas cosas, aunque me atrevería a decir que tienes razón, Jacob.

—Estoy convencido de ello, ¿y usted, señor Poirot?

Mi amigo afirmó con la cabeza.

—Puede ser… sí. ¿Estuvieron ustedes en Market Basing el fin de semana antes de que muriera la señorita Arundell?

—Estuvimos allí por Pascua y volvimos el fin de semana

siguiente… eso es.

—No, no. Me refiero al fin de semana después de ése… el día 26. Tengo entendido que estuvo usted allí el domingo.

—Oh. Jacob, ¿fuiste?

La señora Tardos miró a su marido con los ojos muy abiertos.

Él se volvió rápidamente.

—Sí, ¿no te acuerdas? Me marché por la tarde. Te lo dije.

Mi amigo y yo nos quedamos mirándola. Nerviosamente, la mujer empujó un poco más atrás el sombrero que llevaba.

—Seguro que te acordarás. Bella —continuó su esposo—. ¡Qué memoria tan terrible tienes!

—Desde luego —se excusó ella con ligera sonrisa—. Es verdad, tengo muy mala memoria. Y después de todo, no hace aún dos meses que ocurrió.

—La señorita Theresa Arundell y su hermano estaban allí también, ¿no es eso? —dijo Poirot.

—Puede ser —contestó Tanios sin inmutarse—. Yo no los vi.

—Entonces, ¿estuvo usted allí poco tiempo?

La inquisitiva mirada de Poirot parecía que lo hacía sentirse incómodo.

—Será mejor decirlo —declaró, parpadeando—. Esperaba conseguir un préstamo, pero no tuve éxito. Me temo que la tía de mi esposa no me apreciaba tanto como debía. Fue una lástima, porque a mí me resultaba simpática. Era una señorita muy agradable.

—¿Puedo formularle una pregunta cuya contestación ha de ser sincera, doctor Tanios?

¿Hubo o no una expresión de alarma en los ojos del médico?

—Claro que sí, señor Poirot.

—¿Cuál es sinceramente su opinión sobre Charles y Theresa Arundell?

El hombre pareció ligeramente aliviado.

—¿Charles y Theresa? —miró a su esposa con afecto—. Bella, querida; supongo que no te importará que me exprese francamente acerca de tu familia.

Ella movió negativamente la cabeza, mientras una vaga sonrisa aparecía en sus labios.

—Entonces mi opinión es de que tanto uno como otra están

completamente corrompidos. Es bastante divertido, pero me parece que Charles es el mejor. Es un bribón, pero un bribón agradable. No tiene idea de lo que es la moral, pero no puede hacer nada por remediarlo. La gente nace así muchas veces.

—¿Y Theresa?

El médico dudó un momento.

—No sé qué decirle. Es una joven pasmosamente atractiva. Pero yo estoy seguro de que es despiadada por completo. Mataría a cualquiera con la mayor sangre fría, si ello le reportara un incremento de su cuenta corriente. Ésa es mi impresión, por lo menos. Quizás habrá usted oído que su madre estaba acusada de asesinato.

—Y que fue absuelta —dijo Poirot.

—Eso es: absuelta —prosiguió Tanios con presteza—. Pero de todas formas eso hace que se piense a veces…

—¿Conoce usted al joven con quien está prometida?

—¿Donaldson? Sí; cenó con nosotros cierta noche.

—¿Qué opinión le merece?

—Es un muchacho muy listo. Creo que llegará lejos… si le dan ocasión. Hace falta dinero para especializarse.

—¿Quiere usted decir que conoce bien su profesión?

—Sí; eso es lo que quise dar a entender. Un cerebro de primera clase —sonrió—. Todavía no es un astro brillante en el horizonte médico. Resulta un poco preciso y relamido en sus maneras. Él y Theresa hacen una pareja muy cómica. La atracción de lo opuesto. Ella es una mariposa mundana y él un anacoreta.

Los dos niños empezaron a importunar a su madre.

—Mamá, ¿cuándo comemos? Tengo mucha hambre. Ya es tarde.

Poirot miró el reloj y lanzó una exclamación.

—¡Mil perdones! Les estoy haciendo retardar la hora de la comida.

Mirando a su marido, la señora Tanios dijo con incertidumbre:

—Quizá podríamos ofrecerles…

Poirot replicó con rapidez:

—Es usted muy amable, *madame*; pero tengo un compromiso y temo que llegaré tarde.

Estrechó la mano a ambos esposos. Yo hice lo mismo.

Nos detuvimos durante unos minutos en el vestíbulo. Poirot

quería telefonear. Lo esperé junto al mostrador del conserje. Mientras tanto vi salir a la señora Tanios y buscar a alguien con la mirada. Parecía como si la persiguieran o acosaran. Al fin me vio y se dirigió velozmente hacia donde yo estaba.

—Su amigo… el señor Poirot… ¿se ha ido?

—No; está en la cabina telefónica.

—¡Oh!

—¿Quiere usted hablar con él?

Asintió mientras su nerviosismo aumentaba.

Poirot salió en aquel momento de la cabina y nos vio. Vino hacia nosotros con paso rápido.

—Señor Poirot —dijo la mujer con voz premiosa y anhelante—, hay algo que me gustaría decirle… que debo decirle…

—¿Sí, *madame*?

—Es importante… Muy importante. Verá usted…

Se detuvo. El doctor Tanios y los dos niños salían entonces del salón. Se acercaron.

—¿Qué, despidiéndote del señor Poirot, Bella?

Al decir esto, su tono denotaba buen humor, mientras una sonrisa de satisfacción distendía su rostro.

—Sí… —la mujer dudó un momento y luego prosiguió—: Bueno, en realidad, eso es todo, señor Poirot. Sólo quería rogarle que dijera a Theresa que estaremos a su lado en cualquier acción que decida emprender. Opino que la familia debe estar unida.

Hizo una inclinación de cabeza, como despidiéndose, y cogiendo del brazo a su marido se dirigió hacia el comedor.

Puse una mano sobre el hombro de Poirot.

—¡Eso no es lo que ella empezó a decir!

Mi amigo movió negativamente la cabeza, mientras observaba a la pareja que se alejaba.

—Cambió de idea —continué.

—Sí, *mon ami*, cambió de idea.

—¿Por qué?

—Me gustaría saberlo —murmuró.

—Nos lo dirá en otra ocasión —dije yo confiadamente.

—Me extrañaría. Más bien temo que… no pueda decírnoslo…

Capítulo XVIII

«UNA MOSCA EN LA SOPA»

Comimos en un pequeño restaurante, no lejos del hotel. Yo estaba ansioso por saber qué deducciones había sacado mi amigo de su conversación con los distintos miembros de la familia Arundell.

—¿Y bien, Poirot? —pregunté con impaciencia.

Mi amigo me lanzó una mirada desaprobadora y volvió a dedicar toda su atención a la minuta. Cuando hubo escogido y ordenado el almuerzo, se recostó en la silla, rompió en dos trozos un panecillo y dijo con entonación ligeramente burlona:

—¿Y bien, Hastings?

—¿Qué piensa usted de ellos, ahora que ha hablado con todos?

Poirot replicó con lentitud:

—*Ma foi*, creo que es una colección muy interesante. ¡Verdaderamente, este caso resulta un estudio muy bonito! Es, como dicen ustedes, la caja de las sorpresas. Fíjese que cada vez que digo: «Recibí una carta que me escribió la señorita Arundell antes de morir», algo sale a relucir. Por la señorita Lawson me entero del dinero robado. La señora Tanios dijo en seguida: «¿Acerca de mi marido?» ¿Por qué acerca de su marido? ¿Qué pudo escribirme la señorita Arundell a mí, Hércules Poirot, acerca del doctor Tanios?

—Esa mujer sabe algo —dije.

—Sí, sabe algo. Pero ¿qué? La señorita Peabody nos dijo que Charles Arundell sería capaz de matar a su abuela por dos chelines. La señorita Lawson dice que la señora Tanios mataría a cualquiera si su marido se lo ordenara. El doctor Tanios asegura que Charles y Theresa están corrompidos hasta la médula e insinúa que su madre estuvo acusada de asesinato. Y añade, sin darle importancia al

parecer, que Theresa es capaz de asesinar a sangre fría.

—Cada uno tiene formada una bonita opinión de los demás. ¡Todos sin excepción! El doctor Tanios cree, o dice creer, que hubo influencias inconfesables Su mujer, antes de que él llegara, no parecía suponer tal cosa. Al principio, ella no quería que se hiciera nada para impugnar el testamento. Luego viró en redondo. Dese cuenta, Hastings…, es como una caracola, cuyo contenido sale a la superficie y podemos verlo. Hay algo en el fondo de esto… sí, ¡hay algo! ¡Lo juro, no hay duda a fe de Hércules Poirot, lo juro!

A mi pesar, quedé impresionado por su gran fervor.

Después de pensar en los oscuros indicios durante un momento dije:

—Quizá tenga usted razón. Pero parece todo tan vago… tan nebuloso…

—No obstante, ¿conviene usted conmigo en que hay algo?

—¡Si! —dije desorientado e indeciso—. Creo que sí.

Poirot se inclinó sobre la mesa. Sus penetrantes ojos se fijaron en mí.

—Sí…, ha cambiado usted. Ya no se siente divertido ni bromista… ni se muestra indulgente con mis divagaciones académicas. Pero, ¿qué es lo que le ha convencido a usted? No ha sido mi excelente modo de razonar…, *non, ce n'est pas ça!* Es algo independiente de ello por completo lo que le ha producido ese efecto. Dígame, amigo mío, ¿qué es lo que, tan de repente, le ha inducido a tomar en serio este asunto?

—Creo —dije con lentitud— que ha sido la señora Tanios. Parece… parecía… asustada…

—¿Asustada de mí?

—No; de usted, no. Era algo más. Hablaba tan sosegadamente al empezar… un resentimiento natural contra los términos del testamento; pero, por otra parte, parecía resignada y dispuesta a dejar las cosas como están. Era la actitud natural de una mujer bien educada, aunque apática. Y luego ese cambio brusco… la rapidez con que se puso de acuerdo con el punto de vista del doctor Tanios. La forma en que salió del vestíbulo buscándonos… casi furtiva…

Poirot asintió, como si gradualmente fuera animándome a proseguir.

—Y otro pequeño detalle del cual, posiblemente, no se habrá

percatado usted.

—¡Me he dado cuenta de todo! —replicó.

—Me refiero al detalle de la visita que hizo su marido a Littlegreen House el último domingo antes de que falleciera la señorita Arundell. Juraría que ella no sabía nada acerca de esa visita… que fue una sorpresa… y convino en que él se lo dijo, pero que ella lo olvidó… Yo… no me gusta, Poirot.

—Tiene usted mucha razón, Hastings… eso es muy significativo.

—Dejó en mí una penosa sensación de… de miedo.

Poirot volvió a mover afirmativamente la cabeza.

—¿Sintió usted lo mismo? —pregunté.

—Sí. Esa impresión podía palparse en el aire.

Prosiguió después de un momento de silencio:

—Y, no obstante, a usted le gusta Tanios, ¿verdad? Se ha encontrado con que es un hombre agradable, sincero, afable, cordial. Atractivo, a pesar del prejuicio insular de ustedes contra los turcos y los griegos… En fin, persona verdaderamente simpática.

—Sí —admití—. Lo es.

En el silencio que siguió observé a Poirot. De pronto pregunté:

—¿En qué está usted pensando, Poirot?

—Me estoy acordando de varias personas. El joven y elegante Norman de Gale; el fanfarrón y francote Evelyn Howard; el encantador doctor Seppar; el apacible Knigthon, tan digno de confianza…

Por un momento no comprendí estas referencias a gente que había figurado en algunos célebres casos.

—¿Qué pasa con ellos? —indagué.

—Todos tuvieron una personalidad muy atractiva…

—¡Dios mío, Poirot! ¿Cree usted realmente que Tanios…?

—No, no. No se precipite en sus conclusiones, Hastings. Sólo quiero dar a entender que las reacciones personales de cada uno acerca de la gente, son guías singularmente inseguras. No debe dejarse llevar uno por sus sentimientos, sino por los hechos.

—¡Hum! —refunfuñé—. Los hechos no son nuestro fuerte. No, no; por favor, ¡no volvamos otra vez sobre lo mismo, Poirot!

—Seré breve, amigo mío; no tema. Para empezar, tenemos un caso absolutamente cierto de tentativa de asesinato. Admite esto, ¿verdad?

—Sí —dije—. Lo admito.

Hasta entonces había sido yo un poco escéptico respecto a lo que creía una reconstrucción, más bien caprichosa, de lo ocurrido en la noche del martes de Pascua. Me vi obligado a convenir, sin embargo, en que sus deducciones eran ahora perfectamente lógicas.

—*Tres bien*. Está claro que no puede haber tentativa de asesinato sin asesino. Uno de los presentes en Littlegreen House, aquella noche, era un asesino… de intención, si no de hecho.

—Concedido.

—Entonces, éste es nuestro punto de partida… un asesino. Hemos hecho unas pocas investigaciones… hemos revuelto el fango, como diría usted… ¿y qué hemos conseguido…? Varias interesantísimas acusaciones formuladas, al parecer casualmente, en el curso de las conversaciones.

—¿Cree usted que no fueron casuales?

—Eso no es posible afirmarlo, por el momento. La manera tan sencilla con que la señorita Lawson sacó a relucir el hecho de que Charles amenazó a su tía, puede haber sido inocente o puede no haberlo sido. Las observaciones del doctor Tanios acerca de Theresa Arundell, puede que no tengan, en absoluto, ninguna malicia escondida, sino que sean tan sólo expresión natural de un médico. La señorita Peabody, por otra parte, es probablemente franca en su opinión sobre las tendencias de Charles Arundell… pero esto, después de todo, no deja de ser una opinión. Y así, sucesivamente. Hay un dicho que se refiere a «una mosca en la sopa», ¿verdad? *Eh bien*, esto es precisamente lo que hemos encontrado. Hay… no una mosca, sino un asesino en nuestra sopa.

—Me gustaría saber qué es lo que en realidad piensa usted, Poirot.

—Hastings…, Hastings…, yo no me permito «pensar…», es decir, en el sentido en que ha empleado usted la palabra. Por el momento, sólo hago algunas reflexiones.

—¿Tales cómo…?

—Considero la cuestión del motivo. ¿Cuáles son las razones más probables para la muerte de la señorita Arundell? La más evidente de ellas es: «Ganancia». ¿Quién hubiera ganado con la muerte de ella… si hubiera muerto el martes de Pascua?

—Todos… a excepción de la señorita Lawson.

—Precisamente.

—Bueno; sea como fuere, una persona se elimina automáticamente.

—Sí —dijo Poirot, con aspecto pensativo—. Eso parece. Pero lo interesante es que la persona que no hubiera ganado nada si la muerte hubiera ocurrido el martes de Pascua, lo gana todo al ocurrir el fallecimiento dos semanas después.

—¿Qué es lo que pretende deducir, Poirot? —dije, algo confundido.

—Causa y efecto, amigo mío; causa y efecto.

Lo miré con aire de duda. Prosiguió:

—¡Piense con lógica! ¿Qué ocurrió exactamente… después de la caída?

Detesto a Poirot cuando se pone así. Cualquier cosa que uno diga puede estar equivocada. Así es que procedí con gran precaución.

—La señorita Arundell estaba en cama.

—Eso es. Y con mucho tiempo para pensar. ¿Y luego qué?

—Le escribió una carta a usted.

—Sí; me escribió. Y la carta no fue echada al correo. Esto fue una grandísima lástima.

—¿Sospecha usted que hay algo raro en el hecho de que esa carta no se cursara?

Mi amigo frunció el entrecejo.

—Eso, Hastings, he de confesar que no lo sé. Creo, y en vista de lo ocurrido estoy casi seguro de ello, que la carta se extravió en realidad. Creo, además, pero no estoy seguro, que el hecho de que fuese escrita tal carta no lo supo nadie. Continúe… ¿qué ocurrió después?

Reflexioné.

—La visita del abogado —sugerí.

—Sí… le dijo que fuera por allí y él acudió.

—Y la anciana hizo otro testamento —continué.

—Precisamente. Hizo un nuevo y completamente inesperado testamento. Ahora, teniendo en cuenta el hecho, debemos considerar con mucho cuidado una declaración que nos hizo Ellen. Nos dijo, como usted recordará, que la señorita Lawson estuvo muy preocupada procurando que la noticia relativa a la ausencia de Bob

durante la noche no llegara a oídos de su señora.

—Pero… Oh, ya me doy cuenta…, no; no lo veo. ¿Debo empezar a percatarme primero de lo que usted insinúa…?

—¡Lo dudo! —dijo Poirot—. Pero si lo hace, espero que se dará cuenta de la suprema importancia de esta declaración.

—Desde luego, desde luego.

—Y después —continuó— sucedieron otras varias cosas, Charles y Theresa estuvieron allí el siguiente fin de semana y la señorita Arundell enseñó el testamento al muchacho… ejem… al menos, así lo dice él.

—¿No lo cree usted, acaso?

—Yo sólo creo en declaraciones que hayan sido comprobadas. La señorita Arundell no lo enseñó a Theresa.

—Porque creyó que Charles se lo diría.

—Si hacemos caso de las manifestaciones de Charles, fue así.

—Pero no se lo dijo. ¿Por qué?

—Theresa declaró positivamente que él no lo hizo… Una interesantísima y sugestiva discrepancia. Y luego, cuando nos marchábamos, le llamó imbécil.

—Me estoy quedando a oscuras, Poirot —dije con tono de queja.

—Volvamos al curso de los hechos. El doctor Tanios volvió por allí el domingo siguiente… posiblemente sin que se enterara del viaje su esposa.

—Yo diría que con seguridad.

—Pongamos probablemente. ¡Prosigamos…! Charles y Theresa se fueron el lunes. La señorita Arundell gozaba entonces de buena salud, tanto espiritual como física. Cenó espléndidamente y luego tuvo una sesión de espiritismo con las Tripp y la señorita Lawson. Hacia el final de la *séance* se sintió enferma. Se acostó y murió cuatro días después. La señorita Lawson heredó todo el dinero. ¡Y el capitán Hastings dice que murió de muerte natural!

—¡Considerando que Hércules Poirot dice que se le suministró un veneno en la cena, sin que de ello exista ninguna prueba!

—Tenemos alguna prueba, Hastings. Recapacite sobre la conversación que sostuvimos con las hermanas Tripp. Y también una declaración que pudo entresacarse de la deshilvanada charla de la señorita Lawson.

—¿Se refiere usted a que su señora comió *curry* en la cena? Esa

salsa puede ocultar con facilidad el gusto de una droga. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

Poirot contestó con lentitud.

—Sí; quizás el *curry* tiene cierta significación.

—Pero si lo que usted supone, desafiando toda prueba médica, es verdad, sólo la señorita Lawson o una de las criadas pudo envenenarla.

—Me extrañaría.

—¿O las Tripp? Tonterías. No puedo creer eso. Toda esa gente es inocente, sin duda alguna.

Poirot se encogió de hombros.

—Recuerde esto, Hastings. En tales casos, la estupidez y hasta la tontería pueden ir de la mano con la más grande de las marrullerías. Y no olvide el modo tan original con que intentaron el asesinato. No es la obra de un cerebro sumamente hábil o complejo. Fue un asesinato muy sencillo, sugerido por *Bob* y su costumbre de dejar la pelota en lo alto de la escalera. El pensamiento de tender un hilo de lado a lado en el primer peldaño fue simple y fácil… ¡un niño pudo haber pensado en ello!

Fruncí el entrecejo…

—Quiere usted decir…

—Quiero decir que lo que pretendemos encontrar es, justamente, una cosa… el deseo de matar. Nada más que eso.

—Pero el veneno pudo ser de tal clase que no dejara ningún rastro. Algo de lo que cualquiera pudiera difícilmente sospechar. ¡Oh, maldito sea este caso, Poirot! No puedo creer absolutamente nada de eso. Todo ello es pura fantasía.

—Está usted equivocado, amigo mío. A resultas de las diversas entrevistas que hemos sostenido esta mañana, tengo ahora algo definido entre manos para resolver este asunto. Ciertas indicaciones, ligeras pero inequívocas. Sólo ocurre que… estoy asustado.

—¿Asustado? ¿De qué?

—De estorbar al perro que duerme —dijo con gravedad—. Éste es uno de sus proverbios, ¿no es cierto? ¡Dejar que repose el perro dormido! Eso es lo que nuestro asesino hace ahora… duerme felizmente al sol. Tanto usted como yo sabemos cuan a menudo un asesino que pierde la confianza vuelve a matar por segunda… ¡y

hasta por tercera vez!

—¿Teme usted que ocurra eso?

—Sí, en el caso de que haya un asesino en la sopa… y yo creo que lo hay, Hastings. Sí; lo creo.

Capítulo XIX

VISITAMOS AL SEÑOR PURVIS

Poirot pidió la cuenta y abonó su importe.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Lo que usted sugirió esta mañana. Iremos a Harchester y nos entrevistaremos con el señor Purvis. Por eso telefoneé desde el Durham Hotel.

—¿Habló con el señor Purvis?

—¡No!, con Theresa Arundell. Le rogué que me facilitara una carta de presentación para el abogado. Si queremos tener éxito debemos estar avalados por la familia. La chica me prometió que la enviaría a mi piso por un recadero. Debe estar allí, esperándonos.

Cuando llegamos encontramos no sólo la carta, sino a Charles Arundell que la había traído en persona.

—Tiene usted un piso muy bonito, señor Poirot —observó, mientras su vista recorría el saloncito.

En este momento me di cuenta de que uno de los cajones del escritorio no estaba bien cerrado. Una pequeña tira de papel impedía que se cerrara por completo.

Si había alguna cosa absolutamente increíble, era que Poirot cerrase un cajón de tal forma. Miré a Charles con detenimiento. Había permanecido solo en la habitación mientras nos esperaba. Estaba claro que había pasado el rato husmeando entre los papeles de Poirot. ¡Vaya sinvergüenza que estaba hecho el pollo! Me sentí enrojecer de indignación.

Charles, entretanto, mostraba el más jovial de los ánimos y resuelta decisión.

—Aquí la tiene —dijo, sacando una carta del bolsillo—. Todo

conforme y correcto… Espero que tendrá más suerte que nosotros con el viejo Purvis.

—Según supongo, les dio muy pocas esperanzas.

—Fue algo descorazonador por completo… En su opinión, esa pájara de la Lawson tenía todos los triunfos.

—Usted y su hermana, ¿no han considerado la conveniencia de recurrir a los buenos sentimientos de esa señorita?

Charles hizo una mueca.

—Sí… ya la consideré. Pero parece que no hay nada que hacer. Mi elocuencia no sirvió de nada. El patético cuadro de la oveja negra descarriada, que desde luego, me esforcé en sugerir que no es tan negra como la pintan, no tuvo ningún éxito con esa mujer. Ya sabe usted que yo no le gusto en absoluto. No sé por qué —el joven rió—. Mujeres mucho más viejas se prendan de mí fácilmente. Creen que nunca se me ha comprendido y que jamás se me ha dado una ocasión para demostrar lo que valgo.

—Un punto, de vista muy provechoso.

—Fue provechoso en otras ocasiones. Pero, como le he dicho, con la Lawson es perder el tiempo. Me figuro que odia al género masculino. Probablemente, acostumbraba a subir a las farolas ondeando una bandera feminista en los buenos tiempos de la anteguerra.

—Bueno —dijo Poirot moviendo negativamente la cabeza—. Cuando fallan los métodos más simples…

—Debemos pensar en el crimen —terminó Charles con jovialidad.

—Eso es —comentó Poirot—. Y ahora que hablamos de crimen dígame, joven, ¿es cierto que amenazó a su tía diciéndole que la eliminaría o algo por el estilo?

Charles tomó asiento en una silla, estiró las piernas y miró fijamente a mi amigo.

—Oiga, ¿quién ha dicho eso?

—No importa quién, ¿es verdad?

—Pues algo hay de verdad en ello.

—Vamos, vamos; cuénteme lo que ocurrió en realidad; toda la verdad, quiero decir.

—¡No faltaba más, señor! No hubo nada melodramático en lo que pasó. Estuve intentando darle un sablazo… supongo que sabe a

lo que me refiero.

—Lo entiendo perfectamente.

—Bueno; la cosa no salió con arreglo al plan previsto. Tía Emily insinuó que cualquier esfuerzo que se hiciera para separarla de su dinero sería completamente inútil. No crea que perdí el humor por ello; pero se lo advertí con claridad. «Oiga, tía Emily —le dije—. Sepa usted que con ese modo de hacer las cosas sólo conseguirá que la eliminen.» Ella me preguntó con desdén qué es lo que quería decir. «Sólo esto —le contesté—: Aquí tiene a sus amigos y parientes rodeándola con la boca abierta: todos están esperando. ¿Y qué hace usted? Se desentiende de ello y rehúsa repartir algo. Ése es el mejor motivo para que asesinen a cualquiera. Créame, si la eliminan, sólo usted tendrá la culpa.» Entonces me miró por encima de las gafas, como de costumbre. Su mirada fue casi despreciativa. «¡Oh! —dijo con voz bastante seca—. ¿Ésa es tu opinión del asunto?» «Ni más ni menos —contesté—. Afloje un poco los cordones de su bolsa; ése es mi consejo.» «Gracias, Charles —contestó ella—, por tu prudente consejo. Pero creo que llegarás a convencerte de que soy muy capaz de cuidar de mí misma.» «Como guste, tía Emily», repliqué. Entretanto, yo sonreía de la mejor forma que sabía y creo que ella no estaba tan enfadada como parecía. «No se diga luego que no la avisé», añadí. «Lo recordaré», respondió ella.

El muchacho hizo una pausa.

—Y eso es todo lo que hubo.

—Y por lo tanto —dijo Poirot—, se contentó usted con unos pocos billetes que encontró en un cajón.

Charles se quedó mirando a mi amigo y luego lanzó una risotada.

—Me descubro ante usted —dijo—. ¡Es usted un buen sabueso! ¿Cómo se ha enterado de eso?

—Entonces, ¿es verdad?

—¡Oh, desde luego! Estaba sin un penique. Necesitaba conseguir dinero de alguna forma. Encontré un lindo montoncito dé billetes en un cajón y me quedé con unos pocos. Fui muy modesto… y no creí que mi pequeña sustracción fuera advertida por nadie. Probablemente entonces creerían que fueron los criados.

Poirot comentó con terquedad:

—Hubiera sido muy desagradable para la servidumbre si tal

sospecha hubiera sido tomada en consideración.

Charles se encogió de hombros.

—Que cada cual se las arregle.

—Y que *le diable* cargue con el más tonto —dijo Poirot—. Ése es su lema, ¿verdad?

Charles le miró con curiosidad.

—No sé que la vieja hablara nunca de ello. ¿Cómo llegó usted a saberlo… y cómo se enteró de la conversación en que le hablé a mi tía de su posible eliminación?

—Me lo dijo la señorita Lawson.

—¡La vieja bruja!

Según pensé, el muchacho parecía estar aturdido.

—Nunca le gusté, ni tampoco aprecia a Theresa —dijo de pronto —. ¿No cree usted que… va a sacarse algo más de la manga?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Pues no lo sé. Sólo sé que ella me consideraba como un diablo malísimo —hizo una pausa—. Aborrece a Theresa… —añadió.

—¿Sabe usted, señor Arundell, que el doctor Tanios visitó a su tía el domingo antes de que ésta muriera?

—¿Qué…? ¿El domingo en que nosotros estuvimos allí?

—Sí. ¿No lo vieron?

—No. Por la tarde salimos a dar un paseo. Supongo que entonces llegaría él. Es divertido que tía Emily no nos dijera nada acerca de esta visita. ¿Quién se lo contó a usted?

—La señorita Lawson.

—¿La Lawson otra vez? Parece ser una mina de noticias.

Calló durante un momento y luego prosiguió:

—Ya sabe usted que Tanios es un buen muchacho. Me gusta. Es un tipo siempre alegre y sonriente.

—Sí; tiene una personalidad muy atractiva —comentó Poirot.

Charles se levantó.

—Yo, en su lugar, hace años que hubiera asesinado a esa pesada de Bella. ¿No le ha causado la impresión de ser una de esas mujeres que el Destino ha señalado como víctimas? Le aseguro que no me sorprendería si se la encuentran descuartizada y en un baúl en Margate o en cualquier otro sitio.

—No es muy bonita la acción que quiere usted atribuir al esposo de esa señora —dijo Poirot severamente.

—No —contestó Charles meditabundo—. Y no creo, en realidad, que Tanios sea capaz de matar una mosca. Es demasiado bonachón.

—¿Y respecto a usted? ¿Sería usted capaz de cometer un asesinato si valiera la pena?

Charles soltó una risa franca y abierta.

—De modo que piensa en cosas feas, ¿eh, señor Poirot? Nada de eso. Le puedo asegurar que no fui yo quien puso… —se detuvo de repente y luego continuó— estricnina en la sopa de tía Emily.

Hizo un negligente ademán con la mano y se marchó.

—¿Está usted tratando de asustarlo, Poirot? —pregunté—. Si es así, me temo que no ha tenido éxito. No demostró ninguna reacción culpable.

—¿No?

—No. Parecía estar completamente tranquilo.

—Ha sido curiosa la pausa que ha hecho —dijo Hércules Poirot.

—¿Una pausa?

—Sí; antes de la palabra «estricnina». Como si hubiera querido decir otra cosa y se hubiera arrepentido.

Me encogí de hombros.

—Con seguridad estaba pensando en un veneno cuyo nombre sonara lo más ponzoñoso posible.

—Puede ser. Pero dejemos esto. Me figuro que tendremos que pasar la noche en «The George», de Market Basing.

Diez minutos después estábamos corriendo a través de Londres y nos dirigíamos otra vez hacia el campo.

Llegamos a Harchester alrededor de las cuatro de la tarde y nos encaminamos directamente a las oficinas de Purvis, Purvis, Charlesworth y Purvis.

El señor Purvis era un hombre alto y robusto, de cabello blanco y cutis sonrosado. Tenía cierto aspecto de caballero rústico. Sus maneras eran corteses, pero reservadas. Leyó la carta que le entregó Poirot y luego nos miró desde el otro lado de la mesa escritorio. Fue una mirada astuta y penetrante.

—Le conozco a usted de nombre, desde luego, señor Poirot —dijo con cortesía—. La señorita Arundell y su hermano, por lo que veo, han contratado sus servicios en este asunto. Pero no comprendo en qué medida se propone servirlos.

—Digamos, señor Purvis, que es una investigación completa de

todas las circunstancias que ocurrieron en el caso.

El abogado replicó en tono seco:

—La señorita Arundell y su hermano ya conocen mi opinión, desde el punto de vista legal Las circunstancias fueron perfectamente claras y no se prestaban a tergiversación.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Poirot con rapidez—. Pero estoy seguro de que usted no tendrá ningún inconveniente en dármelas a conocer a mí, con el fin de que yo pueda hacerme cargo claramente de la situación.

El abogado inclinó la cabeza.

—Estoy a su disposición.

Poirot empezó:

—La señorita Emily Arundell le escribió, con fecha diecisiete de abril, dándole instrucciones, ¿no es eso?

El señor Purvis consultó algunos papeles que tenía sobre la mesa.

—Sí; eso es.

—¿Puede explicarme qué le decía en su carta?

—Me rogaba que extendiera un testamento. En resumen, debía contener legados para las dos sirvientas y tres o cuatro para obras de caridad. El resto de su fortuna lo dejaba a Wilhelmina Lawson por completo.

—Le ruego que me perdone, señor Purvis; ¿se sorprendió usted?

—Sí; lo admito… me sorprendí.

—¿Tenía hecho la señorita Arundell un testamento anterior?

—Sí; otorgó uno hace cinco años.

—En ese testamento, aparte de ciertos legados, dejaba su fortuna a su sobrino y sobrinas, ¿verdad?

—La masa de sus propiedades debía ser repartida por partes iguales entre los hijos de su hermano Thomas y la hija de Arabella Biggs, su hermana.

—¿Qué hizo de ese testamento?

—A ruegos de la señorita Arundell lo llevé conmigo cuando fui a visitar Littlegreen House el día veintiuno de abril.

—Le quedaría muy reconocido, señor Purvis, si me facilitara una completa descripción de todo lo que ocurrió ese día.

El abogado reflexionó durante unos instantes. Después dijo, en tono preciso:

—Llegué a Littlegreen House a las tres de la tarde. Me acompañaba uno de mis pasantes. La señorita Arundell me recibió en el salón.

—¿Qué aspecto tenía la señorita Arundell?

—Parecía disfrutar de buena salud, a pesar de que para andar se apoyaba en un bastón. Ello era debido, según tengo entendido, a una caída que había sufrido hacía poco. Su salud, como ya le he dicho, parecía buena. Me chocó algo que estuviera como excitada y que sus ademanes fueran un tanto bruscos.

—¿Estaba la señorita Lawson con ella?

—Cuando llegamos, sí. Pero nos dejó solos en seguida.

—Y luego, ¿qué pasó?

—La señorita Arundell me preguntó si había hecho lo que me había pedido y si había traído conmigo el testamento listo ya para que ella lo firmara. Le dije que sí. Yo… ejem… —titubeó un momento y, después continuó con rigidez—. Debo aclarar que, en la medida que podía hacerlo, expuse mis objeciones a la señorita Arundell. Le indiqué que dicho testamento sería considerado como una gran ingratitud e injusticia para su familia, la cual, al fin y al cabo, llevaba su propia sangre.

—¿Y qué contestó ella?

—Me preguntó si el dinero era o no suyo para poder hacer con él lo que quisiera. Le repliqué que, en realidad, así era. «Entonces, está bien», dijo. Le recordé que hacía muy poco tiempo que conocía a la señorita Lawson y le pregunté si estaba segura, por completo, de que la injusticia que estaba haciendo a su familia tenía justificación. Su respuesta fue: «Estimado amigo, sé perfectamente lo que estoy haciendo.»

—¿Dijo usted que parecía algo excitada?

—Concretamente, puedo decirle que sí lo estaba; pero compréndame, señor Poirot, gozaba de todas sus facultades. Disfrutaba, en toda la extensión de la palabra, de la suficiente competencia para ocuparse de sus asuntos. Aunque mis simpatías están por completo de parte de la familia de la señorita Arundell, estoy obligado a mantener lo que he dicho ante cualquier tribunal.

—En eso estamos completamente de acuerdo. Prosiga, se lo ruego.

—La señorita Arundell leyó de arriba abajo el testamento

primitivo. Luego extendió la mano y cogió el que me había ordenado redactar. Confieso que hubiera preferido presentar primero un borrador; pero ella insistió en que llevara el documento dispuesto ya para la firma. Eso no ofrecía ninguna dificultad, pues las disposiciones eran muy sencillas. Lo leyó enteramente; asintió con la cabeza y dijo que deseaba firmarlo en seguida. Creí que mi deber era formular una última protesta. Me escuchó con mucha paciencia, pero me dijo que ya tenía hecho el ánimo. Llamé a mi pasante y entre él y el jardinero testimoniaron la firma del documento. Las sirvientas, como es natural, no podían servir para ello a causa de que eran beneficiarias del testamento.

—¿Y después le confió a usted el documento para que lo guardara?

—No; lo puso en un cajón de su escritorio y lo cerró con llave.

—¿Qué hizo con el testamento anterior? ¿Lo destruyó?

—No; lo encerró junto con el otro.

—¿Dónde encontraron dicho testamento después de fallecer la señorita Arundell?

—En el mismo cajón. Como albacea, yo tenía las llaves e hice una investigación entre los papeles y documentos.

—¿Estaban ambos testamentos en el cajón?

—Sí, exactamente como ella los dejó.

—¿Le formuló usted a la señorita Arundell alguna pregunta sobre determinación tan sorprendente?

—Sí, pero no obtuve respuesta satisfactoria. Se limitó a asegurarme que «sabía lo que estaba haciendo».

—No obstante, ¿se sorprendió usted de tal proceder?

—Mucho. La señorita Arundell había demostrado siempre tener un gran respeto a los vínculos familiares.

Poirot calló durante un minuto y luego preguntó:

—Supongo que no sostendría usted ninguna conversación acerca de este asunto con la señorita Lawson.

—Claro que no. Tal manera de obrar hubiera sido improcedente en alto grado.

El señor Purvis parecía escandalizado ante tal suposición.

—¿Dio a entender la señorita Arundell que su señora de compañía sabía algo acerca del testamento que otorgó a su favor?

—Al contrario. Le pregunté si la señorita Lawson sospechaba

algo de ello y se apresuró a contestar que no podía sospechar nada. Era aconsejable, según opiné, que la señorita Lawson no supiera nada de lo que había ocurrido. Me esforcé en indicárselo y la señorita Arundell parecía ser de mi opinión.

—¿Por qué insistió usted sobre este punto, señor Purvis?

El abogado lo miró con dignidad.

—Tales cosas, según mi modo de ver, no deben divulgarse. Pueden, muy bien, conducir a futuros disgustos.

—¡Ah! —Poirot lanzó un profundo suspiro—. Por lo que ha dicho antes deduzco que, probablemente, la señorita Arundell hubiera cambiado de pensamiento más adelante.

El abogado afirmó.

—Eso es. Supuse que había tenido un violento altercado con su familia. Con seguridad, cuando recapacitase se arrepentiría de una acción tan irreflexiva.

—En cuyo caso… ¿qué habría hecho?

—Me hubiera dado orden de preparar otro testamento.

—¿Podría adoptar el simple procedimiento de destruir el último que había hecho y, en tal caso, el anterior hubiera sido válido?

—Ése es un punto discutible. Todos los testamentos anteriores, como comprenderá, habían sido expresamente revocados por el testador.

—Pero la señorita Arundell no tenía los suficientes conocimientos legales para apreciar ese punto. Pudo figurarse que rompiendo el último testamento seguía teniendo validez el primero.

—Es muy posible.

—De hecho, si hubiera muerto *ab intestato*, el dinero habría sido heredado por los componentes de la familia, ¿no es cierto?

—Sí. La mitad para la señora Tanios y la otra dividida entre Charles y Theresa Arundell. Sin embargo, subsiste el hecho de que no cambió el pensamiento. Murió sin modificar su decisión.

—Pues ahí es donde voy a parar —dijo Hércules Poirot.

El abogado lo miró inquisitivamente.

Mi amigo se inclinó hacia delante.

—Supongamos —dijo— que la señorita Arundell, en su lecho de muerte, deseara destruir el último testamento. Supongamos que creyó haberlo roto… pero que, en realidad, había destruido el primitivo.

El señor Purvis hizo un ademán negativo.

—No; ambos testamentos estaban intactos.

—Entonces, supongamos que rompió un documento falso, con la certeza de que destruía el verdadero. Estaba muy enferma, recuérdelo. Pudo ser muy fácil engañarla.

—Tendrá usted que demostrar eso con pruebas.

—Oh, sin duda… sin duda.

—¿Puedo preguntar… si hay alguna razón para creer que sucedió una cosa así?

Poirot se recostó un poco en la silla.

—-No me gustaría decir por ahora…

—Claro, claro —asintió el señor Purvis, poniéndose de acuerdo con mi amigo mediante el uso de esta palabra que parecía serle familiar.

—Pero debo confesar, en estricta confianza, que hay algunas circunstancias muy curiosas en este caso.

—¿De veras? ¿Puede usted decírmelas?

El señor Purvis juntó las manos con una especie de anticipada satisfacción.

—Lo que necesitaba de usted y lo que he conseguido —continuó Poirot— es su opinión sobre si la señorita Arundell, tarde o temprano, hubiera cambiado de parecer, compadeciéndose de su familia.

—Eso es sólo mi punto de vista personal, desde luego —indicó el abogado.

—Mi apreciado señor, lo comprendo perfectamente. Supongo que no representará usted a la señorita Lawson.

—Le aconsejé que consultara a otro abogado —dijo el señor Purvis.

Al decir esto, la voz del señor Purvis era ruda.

Poirot le estrechó la mano y le dio las gracias por su amabilidad y por la información que nos había proporcionado.

Capítulo XX

SEGUNDA VISITA A LITTLEGREEN HOUSE

En el trayecto de Harchester a Market Basing, unas diez millas, discutimos la situación.

—¿Tiene usted algún fundamento, Poirot, para la cuestión que formuló?

—¿Se refiere usted a que la señorita Arundell pudo haber creído que había roto el último testamento? No, *mon ami*… francamente no. Pero tengo la obligación, como se habrá dado cuenta, de hacer cierta clase de sugestiones. El señor Purvis es un hombre muy astuto. Tan pronto como saqué a relucir un indicio de lo que me ocupa, se preguntó qué es lo que tengo que ver en este asunto.

—¿Sabe qué me recuerda usted, Poirot?

—No, *mon ami*.

—A un malabarista jugando con varias pelotas de diferentes colores. Están todas en el aire al mismo tiempo.

—Las pelotas de diferentes colores son las distintas mentiras que digo… ¿no es cierto?

—Algo por el estilo.

—Y se imagina usted que algún día sobrevendrá el gran estropicio.

—No puede usted continuar así eternamente —advertí.

—Es verdad. Llegará el gran momento en que recogeré las pelotas, una a una; haré mi reverencia y saldré del escenario.

—Seguido por los atronadores aplausos del público.

Poirot me miró con suspicacia.

—Sí, pudiera muy bien ocurrir eso.

—No nos ha enterado de mucho el señor Purvis —observé,

eludiendo el punto peligroso de la conversación.

—No. Sólo nos ha confirmado la declaración de la señorita Lawson, sobre su ignorancia acerca del testamento antes de que su señora falleciera.

—No creo que ello confirme nada de eso.

—Purvis aconsejó a la señorita Arundell que no le dijera nada y ella le replicó que no tenía intención de hacer tal cosa.

—Sí; todo eso es muy bonito y claro. Pero hay ojos de cerraduras y llaves que abren cajones cerrados.

—¿Cree usted realmente que la señorita Lawson estuvo escuchando detrás de la puerta y que luego se dedicó a hurgar y registrar los cajones? —pregunté un poco sorprendido.

Poirot sonrió.

—La señorita Lawson… no es de las que han tenido muy buena escuela, *mon cher*. Sabemos que escuchó una conversación que se suponía no sería escuchada por ella… me refiero a la que sostuvo Charles con su tía, en la que trató de la posible eliminación de la anciana por los parientes pobres.

Admití la verdad de esto.

—Así, pues, como usted comprenderá, pudo oír fácilmente la conversación que tuvo lugar entre el señor Purvis y la señorita Arundell. Él tiene una voz muy sonora. Y respecto al fisgoneo y registro de cajones —prosiguió Poirot—, lo hace mucha más gente de la que usted supone. Los tímidos y fácilmente asustadizos, como la señorita Lawson, adquieren a menudo ciertos hábitos no muy honrosos, en los cuales encuentran una gran diversión y pasatiempo.

—¡En realidad, Poirot…! —protesté.

Asintió con la cabeza varias veces.

—Pues sí. Es así, es así.

Llegamos a «The George» y tomamos un par de habitaciones. Después nos dirigimos a Littlegreen House.

Cuando hicimos sonar el timbre, *Bob* contestó inmediatamente a la llamada. Atravesó el vestíbulo, ladrando con furia, y se abalanzó contra la puerta de entrada.

—¡Os voy a comer el hígado! —refunfuñó—. ¡Os voy a hacer pedazos! ¡Os desafío a que intentéis entrar en esta casa! ¡Esperad a que os pueda hincar el diente!

Un murmullo imperativo vino a unirse al alboroto.

—Aquí, *Bob*. Ven aquí y sé buen chico. ¡Ven aquí!

Bob, cogido por el collar, fue arrastrado hasta el saloncito, muy contra su voluntad.

—Siempre estropeándole el juego a uno —gruñó—. Era la primera ocasión que tenía de dar un buen susto desde hace tiempo. ¡Con las ganas que tengo de hincar el diente en una pernera de pantalón! Ten cuidado, pues no voy a estar yo presente para defenderte.

La puerta del saloncito se cerró tras él, a pesar de sus protestas, y Ellen, después de descorrer los cerrojos y quitar barras, abrió la puerta de la calle.

—¡Oh, es usted, señor! —exclamó.

Abrió del todo la puerta. Una expresión de agradable sorpresa, se extendió por su cara.

—Pase, señor, por favor.

Entramos en el vestíbulo. Por debajo de la puerta situada a nuestra izquierda salían fuertes resoplidos mezclados con sordos gruñidos. *Bob* se estaba esforzando en identificarnos.

—Puede dejarle salir —sugerí.

—Desde luego, señor. En realidad no hace nada; pero mete tanto ruido y se abalanza de tal forma sobre la gente, que asusta a todos. Es un magnífico perro guardián.

Abrió la puerta del saloncito y *Bob* salió disparado, de repente, como una bala de cañón.

—¿Quiénes son? ¿Dónde están ésos? Ah, aquí estáis. Vaya, dejadme que recuerde…

Un olfateo… otro y otro. Finalmente un resoplido.

—¡Desde luego! ¡Ya nos conocemos!

—¡Hola, chico! —dije—. ¿Cómo va eso?

Bob meneó la cabeza con negligencia.

—Muy bien. Gracias. Déjame ver… —reanudó sus investigaciones—. ¿De modo que has estado hablando últimamente con un perro de aguas? Creo que son unos perros muy tontos. ¿Qué es esto? ¿Un gato? Muy interesante. Desearía que estuviera aquí, íbamos a divertirnos. ¡Hum…! No está mal este bull-terrier.

Después de haber diagnosticado, sin equivocarse, varias visitas que recientemente había hecho yo a varios amigos que tenían

perros, *Bob* dedicó su atención a Poirot. Pero inhaló una vaharada de olor a bencina y se alejó con aspecto de reproche.

—*Bob* —llamé.

Me lanzó una mirada por encima del hombro.

—Está bien. Ya sé lo que hago. Vuelvo dentro de un minuto.

—Tenemos toda la casa cerrada. Espero que perdonará…

Ellen entró en el saloncito y empezó a quitar las fundas de los muebles.

—Excelente; aquí estaremos bien —dijo Poirot siguiéndola y sentándose.

Como me lo figuré, *Bob* volvió de alguna misteriosa región llevando la pelota en la boca. Trepó por la escalera y se tendió en el último peldaño, con la pelota entre las patas, entretanto movía la cola lentamente.

—Vamos —dijo—. Vamos. Juguemos un poco.

Mi interés por el asunto que nos llevaba allí se eclipsó de momento, y me entretuve con el perro durante algunos minutos. Pero al poco rato, con una impresión de culpabilidad, me precipité en el saloncito.

Poirot y Ellen parecían enfrascados en una conversación acerca de enfermedades y medicinas.

—Algunas píldoras blancas; eso era todo lo que solía tomar. Dos o tres después de cada comida. Así se lo ordenó el doctor Grainger. Sí, le probaban mucho. Eran unas pildoritas muy chiquitinas. También tomaba un producto en el que la señorita Lawson confiaba mucho. Eran cápsulas; «Cápsulas Hepáticas del doctor Loughbarrow» Puede usted ver los anuncios de ellas en cualquier farmacia.

—¿Así es que también tomaba cápsulas?

—Sí, la señorita Lawson se las proporcionó para que las probara, y creyó que la aliviaban.

—¿Lo sabía el doctor Grainger?

—Sí; pero no le dio ninguna importancia. «Tómelas si cree que le sientan bien», dijo a la señora. Y ella contestó: «Bueno, usted puede reírse, pero me alivian mucho. Mucho más que cualquiera de los potingues que receta usted». El doctor Grainger rió y dijo que la fe es la mejor de las drogas que se han inventado.

—¿Tomaba algo más su señora?

—No. El marido de la señorita Bella, el médico extranjero, le trajo un día un frasco de algo, pero aunque la señora se lo agradeció muy cortésmente, tiró el contenido. ¡Y yo sé bien por qué! Creo que estuvo muy acertada. No sabe una qué es lo que puede pasar tomando cosas extranjeras.

—La señora Tanios vio cómo su tía tiraba la medicina al lavabo, ¿verdad?

—Sí, y me temo que se sintió ofendida por ello; pobre señora. Lo siento, también, porque no hay duda de que había buena intención por parte del doctor Tanios.

—Sin duda, sin duda. Supongo que las medicinas sobrantes se tiraron después de la muerte de la señorita Arundell, ¿verdad?

Ellen pareció sorprendida por la pregunta.

—Pues, sí, señor. La enfermera tiró algunas y la señorita Lawson puso las demás en el botiquín del cuarto de baño.

—¿Guardaba ahí las… ejem… las «Cápsulas Hepáticas del doctor Loughbarrow»?

—No; se guardaban en el armario que hay en uno de los rincones del comedor, para tenerlas a mano después de las comidas.

—¿Qué enfermera cuidó de la señorita Arundell? ¿Puede darme su nombre y señas?

Ellen se los proporcionó inmediatamente.

Poirot continuó formulando preguntas sobre la última enfermedad de la señorita Arundell.

Ellen le dio los detalles con minuciosidad, describiendo las náuseas, el dolor, el ataque de ictericia y el delirio final. No sé si Poirot extrajo algún indicio de todo aquel catálogo. Escuchó con bastante paciencia y de vez en cuando intercaló alguna pregunta, por lo general acerca de la señorita Lawson y del tiempo que solía estar en la habitación de la enferma. Se interesó también, a mi juicio con exceso, por el régimen a que estuvo sometida la señorita Arundell, comparándolo con el que siguió un difunto e inexistente pariente suyo.

Viendo que ambos se estaban divirtiendo mucho con aquella charla, salí otra vez al vestíbulo. *Bob* estaba durmiendo en el descansillo de la escalera, con la pelota bajo su quijada.

Silbé y se levantó rápidamente. Sin embargo, esta vez no dejó aparte su dignidad ofendida y se entretuvo un rato en hacer como si

fuera a lanzarme la pelota, aunque reteniéndola en el último instante.

—Chasqueado, ¿verdad? —parecía decir—. Bueno, dejaré que la cojas otra vez.

Cuando volví al saloncito, Poirot estaba hablando del doctor Tanios y de su inesperada visita el domingo antes de que muriera la señorita Arundell.

—Sí, señor. El señorito Charles y la señorita Theresa salieron a dar un paseo. Estoy segura de que no esperaban al doctor Tanios. La señorita estaba reposando un poco y se quedó sorprendida cuando le dije quién había venido.

«¿El doctor Tanios? —dijo—. ¿Ha venido su señora con él?» Le contesté que el caballero había venido solo. Después me ordenó que le dijera que bajaría al momento.

—¿Estuvo aquí mucho tiempo?

—No llegó a una hora, señor. No parecía muy contento cuando se marchó.

—¿Tiene usted idea del… ejem… motivo de su visita?

—No, señor.

—¿No oyó usted nada?

—No; no oí nada, señor. No me gusta escuchar detrás de las puertas… y no me importa lo que la gente pueda hacer… ¡cosa que muchos debieran saber mejor!

—¡Oh, no me ha comprendido usted! —Poirot se disculpó vehementemente—. Sólo quería decir que quizá sirvió usted el té mientras el caballero estuvo aquí, pues de ser así, difícilmente hubiera podido evitar el oír lo que él y su señora estaban hablando.

Ellen se suavizó.

—Lo siento, señor. No lo comprendí. No, el doctor Tanios no se quedó a tomar el té.

—Y si deseara saber por qué vino ese día… bueno, ¿sería posible que la señorita Lawson lo supiera? ¿Qué le parece?

—Pues si no lo sabe ella, no lo sabe nadie —rezongó Ellen dando un resoplido.

—Déjeme ver —Poirot frunció el entrecejo como si tratara de recordar—. La habitación de la señorita Lawson… ¿está al lado de la que ocupaba la señorita Arundell?

—No, señor. El cuarto de la señorita Lawson está justamente al

comienzo de la escalera. Se lo puedo enseñar si gusta, señor.

Poirot aceptó el ofrecimiento. Al subir se arrimó a la pared y cuando llegamos arriba lanzó una exclamación y se inclinó, palpando la pernera del pantalón.

—Vaya; me he hecho un desgarrón… Ah, sí; aquí hay un clavo en el rodapié.

—Sí, hay uno, señor. Creo que no lo debieron clavar bien. El vestido se me ha quedado enganchado en él una o dos veces.

—¿Hace mucho tiempo que está así?

—Me parece que ya hace tiempo, señor. Me di cuenta cuando la señora estuvo en la cama después del accidente. Probé de quitarlo, pero no pude.

—Me parece que tuvo atado un hilo.

—Eso es, señor. Tenía un lacito de cordel, lo recuerdo. Nunca comprendí su objeto.

No había huella de sospecha en la voz de Ellen. Para ella era uno de esos incidentes que pasan en las casas y respecto a los cuales no vale la pena perder el tiempo buscándoles explicación.

Poirot entró en la habitación que le interesaba. Era da regulares dimensiones. Tenía dos ventanas frente a la puerta de entrada. Había una vestidura en un rincón y entre las ventanas un armario con un gran espejo. La cama estaba a la derecha, detrás de la puerta. Adosada a la pared de la izquierda se veía una magnífica cómoda de caoba y un lavabo con piedra de mármol.

Poirot dio una ojeada a la habitación, con aspecto pensativo, y luego salió otra vez al descansillo de la escalera. Se dirigió por el pasillo adelante, pasando entre dos dormitorios y entró en la espaciosa habitación que perteneció a Emily Arundell.

—La enfermera ocupó el cuartito contiguo —explicó Ellen.

Poirot asintió.

Cuando bajamos por la escalera, preguntó si podíamos dar una vuelta por el jardín.

—Sí, señor. ¡No faltaba más! Está muy bonito ahora.

—¿Trabaja aquí todavía el jardinero?

—¿Angus? Sí, señor. Angus está aquí todavía. La señorita Lawson quiere que todo se conserve en buenas condiciones, pues así podrá venderse con más facilidad.

—Me parece muy acertado. No es muy prudente dejar que se

estropee un sitio así.

El jardín era un lugar apacible y hermoso. Los anchos arriates estaban atestados de lupinos, adelfas y grandes amapolas encarnadas. Las peonías estaban floreciendo. Deambulamos por los senderos y llegamos a un cobertizo lleno de macetas, donde estaba trabajando un hombre bastante viejo, robusto y tosco. Nos saludó respetuosamente y Poirot empezó a charlar con él.

La mención de que habíamos visto a Charles aquel mismo día rompió el hielo y el viejo se volvió más locuaz.

—¡Siempre ha sido una buena pieza, sí, señor! Una vez vino corriendo a refugiarse aquí con medio pastel de grosella, mientras la cocinera lo perseguía dando unos gritos terribles. Cuando volvió a casa el chico puso tal cara de inocencia que hizo pensar que aquello lo había hecho el gato, aunque nunca oí que a los gatos les gusten las tartas de grosella. ¡Es una buena pieza el señorito Charles!

—Estuvo aquí el pasado mes de abril, ¿no es cierto?

—Sí, vino en dos ocasiones. Pero antes de que muriera la señora.

—¿Lo vio muchas veces entonces?

—Algunas. Desde luego. Aquí no hay muchas diversiones para un joven. Solía visitar «The George», donde tomaba unas copas, y luego venía aquí y me hacía varias preguntas sobre muchas cosas.

—¿Acerca de las flores?

—Sí… flores… y sobre gusanos también —cloqueó el viejo.

—¿Gusanos?

La voz de Poirot tenía una repentina nota de atención. Volvió la cabeza y miró inquisitivamente a los estantes. Su mirada se detuvo sobre un bote de hojalata.

—¿Quizá quería saber cómo los exterminaba usted?

—Eso es.

—Supongo que usará este producto para ello.

Poirot dio la vuelta al bote y leyó la etiqueta.

—Eso mismo —dijo Angus—. Es muy útil.

—¿Es peligroso?

—No lo es si se emplea con cuidado. Es arsénico, desde luego. El señorito Charles y yo nos reímos un día con una broma acerca de esto. Dijo que cuando se casara, si no le gustaba su mujer, vendría aquí a que le diera un poco de este polvo para deshacerse de ella.

«Puede ser —le dije— que sea ella la que quiera deshacerse de usted.»

Reímos todos la ocurrencia. Poirot levantó la tapadera del bote.

—Está casi vacío —murmuró.

El viejo miró a su vez.

—Pues queda menos del que yo creía. No tenía idea de que hubiera gastado tanto. Tendré que comprar algunos gramos más.

—Sí —dijo sonriendo Poirot—. Me temo que no habrá suficiente para que me preste un poco para mi mujer.

Reímos el nuevo chiste.

—Usted no está casado, ¿verdad, señor?

—No.

—¡Ah! Los solteros son los únicos que se permiten gastar bromas acerca de este asunto. ¡No saben lo que es bueno!

—Me figuro que su esposa… —Poirot se detuvo con delicadeza.

—Vive todavía… sí, señor. Está muy viva.

Angus parecía un poco deprimido por ello.

Le felicitamos por el bien cuidado jardín y nos despedimos.

Capítulo XXI

EL FARMACÉUTICO, LA ENFERMERA Y EL MÉDICO

El bote de insecticida había abierto un nuevo rumbo a mis pensamientos. Era la primera de las circunstancias definitivamente sospechosas con que me encontraba. El interés de Charles por ello; la evidente sorpresa del viejo jardinero cuando se dio cuenta de que el bote estaba medio vacío… todo parecía apuntar en la dirección debida.

Poirot estaba muy callado y reservón, como solía hacer cuando yo me excitaba.

—Aunque hayan sustraído un poco de insecticida, no tenemos todavía pruebas de que fue Charles quien lo cogió, Hastings.

—¡Pero habló de ello demasiado con el jardinero!

—No fue una conducta muy prudente si pensaba quitarle un poco de arsénico. ¡Imprudente!

Luego prosiguió:

—¿Cuál es el primero y más sencillo de los venenos que le vendría al pensamiento si le rogaran que nombrase uno, de repente?

—Arsénico, supongo.

—Sí. Ahora comprenderá el motivo de la marcada pausa que hizo Charles antes de la palabra estricnina, cuando habló con nosotros esta tarde.

—¿Quiere usted decir qué…?

—Que iba a decir «arsénico en la sopa» y se detuvo.

—¡Ah! —exclamé—. ¿Y qué es lo que le hizo detenerse?

—Exactamente. ¿Por qué? Puedo decir, Hastings, que para encontrar respuesta a ese «por qué» salí al jardín buscando una probable pista acerca del insecticida.

—¿Y la encontró?

—Sí; la encontré.

Moví negativamente la cabeza.

—Empieza a ponerse feo el asunto para el joven Charles. Ha tenido usted una larga conversación con Ellen acerca de la enfermedad de su anciana señora. ¿Recordaban sus síntomas los del envenenamiento por arsénico?

Poirot se restregó la nariz.

—Eso es difícil de asegurar. Tuvo dolores intestinales… náuseas.

—Desde luego… eso es.

—¡Hum…! No estoy tan seguro.

—¿Qué veneno podría ser, pues?

—*Eh bien*, amigo mío. Pues todo parece indicar que no se trató de un veneno, sino de una dolencia del hígado que le causó la muerte.

—¡Oh, Poirot! —exclamé—. ¡No puede haber sido una muerte natural! ¡Tiene que haber sido un asesinato!

—Vaya, vaya; parece que hemos cambiado de postura.

Entró de improviso en una farmacia. Después de una larga discusión acerca de los disturbios internos que sufría, compró una cajita de píldoras para la digestión. Luego, cuando tuvo envuelta la compra y estaba a punto de salir a la calle, llamó su atención un atractivo paquete de «Cápsulas Hepáticas del doctor Loughbarrow».

—Sí, señor. Un preparado muy bueno —dijo el farmacéutico, un hombre de mediana edad con gran predisposición al chismorreo—. Si lo prueba, se dará cuenta de su bondad.

—Según creo recordar, las tomaba la señorita Arundell. La señorita Emily Arundell.

—Sí, señor. La señorita Arundell, de Littlegreen House. Una señora muy fina, chapada a la antigua. Solía venderle algo.

—¿Tomaba muchas medicinas?

—En realidad, no, señor. No tantas como otras señoras ancianas que podría nombrarle. La señorita Lawson, por ejemplo; su señora de compañía, la que se ha quedado con todo el dinero.

Poirot asintió.

—Le gustaba todo. Pastillas, píldoras, tabletas para la dispepsia, jarabes digestivos, preparados para la sangre… Lo pasaba bien entre tantos frascos y cajitas —sonrió con aire comprensivo—. Ojalá hubiera muchos como ella. La gente no toma ahora tantas medicinas como antes. Pero en cambio vendo más cantidad de cosméticos.

—¿Tomaba la señorita Arundell esas píldoras con regularidad?

—Sí, las tomó durante tres meses antes de morir, según creo recordar.

—Un pariente de ella, un tal doctor Tanios, vino a que le prepararan una receta, ¿verdad?

—Sí, desde luego. El caballero griego que se casó con la sobrina de la señorita Arundell. Sí, era una receta muy interesante. Nunca había visto ninguna semejante.

El hombre habló de ella como de un raro trofeo.

—Causa impresión, señor, el encontrarse con algo nuevo. Recuerdo que era una combinación muy interesante de drogas. Desde luego, el caballero es médico. Muy agradable y de carácter muy simpático.

—¿Compró aquí algo su esposa?

—¿Ella? No recuerdo. ¡Ah, sí! Vino a comprar un somnífero; creo que fue cloral. La receta era de doble dosis. Siempre tenemos dificultades con las drogas hipnóticas. Como usted sabe, muchos médicos no recetan grandes cantidades de una sola vez.

—¿De quién era la receta?

—De su esposo, creo. Como es natural, todo estaba en regla; pero ya sabe usted que debemos tener mucho cuidado. Quizás usted no esté enterado; pero si su médico comete un error al extender una receta que nosotros confeccionamos con toda buena fe y luego algo sale mal, somos nosotros quienes cargamos con la culpa… no el doctor.

—¡Eso me parece muy injusto!

—Es para preocupar a cualquiera, lo admito. Pero yo no me puedo quejar. No he tropezado con ninguna dificultad… toco madera.

Golpeó secamente el mostrador con los nudillos.

Poirot decidió comprar un paquete de «Cápsulas Hepáticas del doctor Loughbarrow».

—Muchas gracias, señor. ¿De qué tamaño… de 25, 50 o 100?

—Supongo que las más grandes resultarán más económicas… pero… no obstante…

—Quédese con la de 50, señor. Es el tamaño que usaba la señorita Arundell. Son ocho chelines y seis peniques.

Poirot asintió pagó lo que le pedían y cogió el paquete.

Después salimos de la farmacia.

—Resulta, pues, que la señora Tanios compró un somnífero —exclamé cuando estuvimos en la calle—. Una dosis excesiva podría matar a cualquiera, ¿verdad?

—Con la más grande de las facilidades.

—¿Cree usted que la señorita Arundell…?

Estaba recordando las palabras de la señorita Lawson: «Me atrevería a decir que ella mataría a cualquiera si él se lo ordena.»

Poirot movió la cabeza con aire de duda.

—El cloral es narcótico e hipnótico. Se usa para aliviar el dolor y como somnífero. Puede convertirse también en un hábito para quien lo tome.

—¿Supone usted entonces que la señora Tanios adquirió esa costumbre?

Mi amigo hizo un gesto negativo. Parecía un tanto perplejo.

—No; no puedo creer eso. Pero es curioso. Tiene una explicación. Pero ello representaría…

Se detuvo y miró el reloj.

—Vamos a ver si podemos encontrar a esa enfermera Carruthers que atendió a la señorita Arundell en su última enfermedad.

La enfermera resultó ser una mujer de mediana edad y aspecto juicioso.

Poirot se presentó desempeñando ahora un nuevo papel y sacó a relucir otro pariente ficticio. Esta vez tenía una madre muy anciana para quien estaba deseoso de encontrar una buena enfermera.

—Usted comprenderá… voy a hablarle con entera franqueza. Mi madre es muy difícil de manejar. Hemos tenido varias enfermeras excelentes; mujeres jóvenes y competentes; pero el mero hecho de su juventud les perjudicaba. A mi madre no le gustan las jóvenes; las insulta; es brusca, reacia a toda orden y combate las ventanas abiertas y la higiene moderna. Es muy difícil de manejar.

Suspiró fúnebremente.

—Ya conozco ese caso —dijo la enfermera Carruthers con simpatía—. Es muy molesto a veces. Debe emplearse mucho tacto. Es contraproducente contrariar al paciente. Resulta mejor darles la razón hasta cierto punto. Y una vez se dan cuenta de que no se les quiere forzar, a menudo se ablandan y se entregan dócilmente como corderos.

—Ya veo que sería usted ideal para lo que deseo. Entiende a las señoras ancianas.

—He tenido que cuidar a unas cuantas en otros tiempos —dijo la enfermera riendo—. Se puede hacer mucho con paciencia y buen humor.

—Eso me parece muy acertado. Según creo, cuidó usted a la señorita Arundell. Tengo entendido que fue una señora de no muy fácil manejo.

—Pues yo no lo diría. Era inflexible, pero no vi que fuera difícil de manejar. No estuve con ella mucho tiempo. Murió a los cuatro días.

—Ayer precisamente, estuve hablando con su sobrina, la señorita Theresa Arundell.

—¿De veras? ¡Qué casualidad! Lo que yo digo siempre… el mundo es un pañuelo.

—Por lo que veo, la conoce usted.

—Vino al pueblo después que murió su tía y estuvo en el funeral. Además, la solía ver cuando venía a pasar aquí unos días. Una muchacha muy distinguida.

—Sí; es cierto… pero demasiado delgada… Muy delgada en realidad.

La enfermera Carruthers, consciente de su propia corpulencia, se esponjó ligeramente.

—Desde luego —dijo—. No se debe ser tan delgada.

—¡Pobre chica! —continuó Poirot—. Lo siento por ella. Entre *nous* —se inclinó confidencialmente—. Este testamento de su tía debió causarle un profundo disgusto.

—Supongo que sí —contestó la enfermera—. Se habló mucho de ello.

—No puedo imaginarme qué es lo que indujo a la señorita Arundell a desheredar a su familia. Parece que fue una cosa muy extraña.

—De lo más extraña. Tiene usted razón. Y, desde luego, la gente dice que debe haber algo detrás de todo ello.

—¿No formó usted nunca una opinión sobre el motivo de tal proceder? ¿Dijo algo la señorita Arundell?

—No. Al menos a mí, no.

—¿Y a nadie más?

—Pues creo que le mencionó algo a la señorita Lawson, porque oí que ésta decía lo siguiente: «Sí, señora; pero ya sabe usted que lo tiene el abogado». Y la señorita Arundell contestó: «Estoy segura de que está en el cajón del escritorio». A lo que replicó la señorita Lawson: «No. Lo envió usted al señor Purvis, ¿no lo recuerda?» Luego mi paciente tuvo otro acceso de náuseas y la señorita Lawson se marchó, mientras yo atendía a la enferma. A menudo me he preguntado si estarían hablando del testamento.

—Parece probable.

La enfermera Carruthers prosiguió:

—Si es así, supongo que la señorita Arundell estaría preocupada y quizá quería alterar el testamento. Pero la pobrecilla estaba tan muerta que no podía concentrar sus pensamientos.

—¿Le ayudó a usted la señorita Lawson a cuidarla? —preguntó Poirot.

—¡Oh, Dios mío; no! ¡No aprovechaba para ello! Demasiado inquieta. Solamente conseguía irritar a la paciente.

—Entonces, ¿la cuidó usted sola? *C'est formidable ça*.

—La criada…, ¿cómo se llamaba…? Ellen, me ayudó. Ellen era muy buena. Sabía cuidar a un enfermo y no se preocupaba tanto por su señora como para llegar a molestarla. Nos lo arreglamos muy bien entre las dos. En realidad, el doctor Grainger quería llamar a otra enfermera, desde el viernes, para que velara a la enferma por la noche; pero la señorita Arundell murió la noche antes de que aquélla llegara.

—¿Quizá la señorita Lawson ayudó a preparar el alimento de la enferma?

—No. No hizo nada de eso. Además, no había nada que preparar. Yo tenía el «Valentine», el coñac, el «Brand's», la glucosa y todo lo demás. Lo que hizo la señorita Lawson fue ir de aquí para allá por la casa, llorando y tropezando con todos.

La enfermera dijo esto con cierta acritud.

—Comprendo —dijo Poirot sonriendo—. No tiene usted formada una opinión muy favorable acerca de la utilidad de la señorita Lawson.

—Las señoras de compañía, por lo general, son unas inútiles. No están entrenadas para nada. Tan sólo *amateurs*. Son mujeres que no aprovechan absolutamente para nada más.

—¿Cree usted que la señorita Lawson estaba muy unida a su señora?

—Parecía estarlo. Se trastornó mucho y tuvo un disgusto terrible cuando murió la señora. En mi opinión, lo sintió más que la propia familia.

La enfermera Carruthers, al decir eso, parecía expresar su censura.

—Quizás, entonces —dijo Poirot inclinando ligeramente la cabeza—, la señorita Arundell sabía lo que hacía cuando legó su dinero de tal forma.

—Era una anciana muy lista —dijo la enfermera—. Había muy pocas cosas relacionadas con ella que le pasaran por alto.

—¿Mencionó alguna vez el perro *Bob*?

—¡Es chocante que diga usted eso! Habló mucho de él cuando deliraba. Algo acerca de una pelota y de una caída que ella sufrió. *Bob* es un perro muy simpático. Me gustan mucho los perros. Pobre bicho; estaba muy triste cuando murió su ama. Es asombroso, ¿verdad? Algo humano.

Después de este comentario sobre la inteligencia de los perros, nos despedimos de la enfermera.

—Ésta es una de las que no sospechan de nadie —observó Poirot cuando estuvimos en la calle.

Parecía ligeramente descorazonado.

Cenamos muy mal en «The George». Poirot refunfuñó cuanto le vino en gana, sobre todo después de servida la sopa.

—¡Y es tan fácil, Hastings, hacer una buena sopa! *Le pot-au-feu*…

Eludí con alguna dificultad una discusión sobre temas culinarios.

Estábamos sentados en el salón y nos encontrábamos solos. Habíamos tenido un compañero durante la cena; un viajante de comercio, según las apariencias; pero se había ido. Estaba yo repasando las hojas de un número atrasado de la «Gaceta de los Ganaderos», cuando de pronto oí que pronunciaban el nombre de

Poirot.

La voz sonaba en algún lugar de la habitación contigua.

—¿Dónde está? ¿Ahí? Perfectamente… lo encontraré.

La puerta se abrió con violencia y el doctor Grainger entró precipitadamente en el salón con la cara algo sofocada y las cejas fruncidas por la irritación. Se detuvo para cerrar la puerta y luego vino hacia nosotros con aire decidido.

—¡Oh, está usted aquí! Vamos a ver, señor Hércules Poirot, ¿qué diablos pretende usted viniendo a buscarme contando un montón de mentiras?

—Una de las pelotas del malabarista —murmuré con malicia.

Poirot contestó untuosamente:

—Mi apreciado doctor; debe usted dejar que me explique.

—¿Dejarle?, ¿dejarle? Maldita sea, ¡le obligaré a que se explique! Usted es un detective, ¡eso es lo que es usted! ¡Un fisgón y entrometido detective! Viene a buscarme y me hace tragar una serie de mentiras y embustes acerca de la biografía del general Arundell. El tonto he sido yo por haberme creído un cuento chino como ése.

—¿Quién le descubrió mi identidad? —preguntó Poirot.

—¿Quién fue? La señorita Peabody. Se dio cuenta enseguida de quién era usted.

—La señorita Peabody… si —reflexionó Poirot—. Más bien creía que…

El doctor Grainger le interrumpió con irritación:

—¡Vamos, señor; estoy esperando sus explicaciones!

—¡Claro que sí! Mi explicación es muy simple: tentativa de asesinato.

—¿Qué?, ¿qué dice?

Poirot contestó sosegadamente:

—La señorita Arundell sufrió una caída, ¿verdad? Una caída por la escalera, poco antes de su muerte.

—Sí. ¿Qué tiene que ver eso? Tropezó con la maldita pelota del perro.

Poirot hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, doctor. No tropezó. Había un cordel tendido en lo alto de la escalera con el fin de que ella tropezara.

El doctor Grainger miró con fijeza a mi amigo.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijo ella? —preguntó—. No habló

una palabra acerca de eso.

—Es comprensible… si fue un miembro de su familia el que tendió el cordel.

—¡Hum…, ya comprendo!

Grainger lanzó una penetrante mirada a Poirot y luego tomó asiento en una silla.

—Bueno —dijo—. ¿Cómo se vio usted mezclado en este asunto?

—La señorita. Arundell me escribió, rogándome el mayor de los secretos. Por desgracia, la carta se retrasó.

Poirot procedió a proporcionarle determinados detalles, cuidadosamente escogidos y explicó el hallazgo del clavo en el rodapié.

El médico escuchó con expresión grave. Su enfado había desaparecido.

—Comprenderá que mi posición era muy difícil —terminó Poirot —. Mis servicios habían sido contratados por una mujer que había muerto. Pero no por eso consideraba menos imperativa mi obligación.

El doctor Grainger tenía las cejas fruncidas.

—¿Y no tiene usted idea de quién tendió ese cordel en lo alto de la escalera? —preguntó.

—No tengo ninguna prueba de quién lo hizo. Pero eso no quiere decir que no tenga idea sobre quién pudo ser.

—Es una historia nauseabunda —dijo el médico con cara ceñuda.

—Sí. Como comprenderá, al principio no estaba seguro de si había habido o no una continuación del asunto.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir?

—Según todas las apariencias, la señorita Arundell murió por causas naturales; pero, ¿puede uno estar seguro de eso? Se había atentado ya contra su vida. ¿Cómo podía estar yo convencido de que no se había reproducido el intento? ¡Y esta vez con pleno éxito!

Grainger asintió con aspecto pensativo.

—Supongo que estará usted seguro, doctor Grainger… por favor, no se enfade… de que la muerte de la señorita Arundell fue natural. Hoy he encontrado cierta prueba…

Detalló la conversación sostenida con el viejo Angus; el interés de Charles Arundell por el insecticida y, finalmente la sorpresa del

jardinero al encontrar casi vacío el bote de arsénico.

El médico escuchó con gran atención. Cuando Poirot terminó, dijo con lentitud:

—Me doy cuenta de su punto de vista. Más de un caso de envenenamiento por arsénico ha sido diagnosticado como gastroenteritis aguda y se ha certificado la defunción por tal causa… especialmente cuando no hay circunstancias sospechosas. De todos modos, el envenenamiento con arsénico presenta ciertas dificultades… tiene muchas formas diferentes. Puede ser agudo, subagudo, nervioso o crónico. Puede haber vómitos y dolores abdominales… o pueden no presentarse estos síntomas… El envenenado puede desplomarse de repente y expirar poco después… puede haber narcotismo y parálisis.

—*Eh bien* —preguntó Poirot—. Tomando esos hechos en cuenta, ¿cuál es su opinión?

El doctor Grainger calló un momento y luego dijo:

—Tomándolo todo en consideración y sin ninguna predisposición, opino que ninguna de las formas de envenenamiento por arsénico se presentó en los síntomas del caso de la señorita Arundell. Estoy completamente convencido de que murió a causa de una atrofia amarilla del hígado. Como usted ya sabe, la atendí por espacio de muchos años y durante ellos sufrió otros ataques similares al que le causó la muerte. Éste es mi parecer, señor Poirot.

Y allí, por fuerza, acabó la cuestión.

Pareció un contrasentido el que, con aire de disculpa, Poirot se sacase del bolsillo la caja de cápsulas hepáticas que compró en la farmacia.

—Según creo, la señorita Arundell tomaba esto —dijo—. Supongo que no serán perjudiciales.

—¿Este producto? No contiene nada nocivo. Acíbar… podofilina… todo suave e inofensivo —replicó Grainger—. Le gustaban y yo no puse ningún reparo en que las tomase.

El médico se levantó.

—¿Le recetó algunas medicinas? —preguntó Poirot.

—Sí. Unas píldoras para tomar después de las comidas —parpadeó un poco—. Podía haber tomado una caja entera de una vez, sin que le hiciera daño. No intento envenenar a mis pacientes,

señor Poirot.

Luego, sonriendo, nos estrechó la mano y se fue.

Poirot abrió la caja del medicamento que había comprado. La medicina consistía en unas cápsulas transparentes, llenas en sus tres cuartas partes de un polvo color castaño oscuro.

—Parece un remedio contra el mareo que tomé una vez —observé.

Poirot abrió una cápsula, examinó su contenido y, con la lengua, lo probó cautelosamente. Hizo una mueca.

—Bueno —dije retrepándome en la silla y bostezando—. Todo parece bastante inofensivo. Las especialidades del doctor Loughbarrow y las píldoras del doctor Grainger. Y éste parece que deniega totalmente la teoría del arsénico. ¿Está usted convencido por fin, mi tozudo Poirot?

—Es verdad que soy un cabezota…, ¿es así como lo dice usted? Sí, definitivamente, tengo la cabeza muy grande —dijo mi amigo con aspecto meditabundo.

—Entonces, a pesar de tener en contra al farmacéutico, a la enfermera y al médico, ¿todavía cree que la señorita Arundell fue asesinada?

Poirot contestó con mucha calma:

—Eso es lo que creo. No… más que creer. Estoy seguro de ello, Hastings.

—Supongo que hay una forma de probarlo. La exhumación.

Poirot asintió.

—¿Es ése el próximo paso?

—Amigo mío, debo ir con mucho cuidado.

—¿Por qué?

—Porque —su voz descendió de tono— temo una segunda tragedia.

—¿Quiere usted decir que…?

—Tengo miedo, Hastings, tengo miedo. Dejémoslo así.

Capítulo XXII

LA MUJER DE LA ESCALERA

A la mañana siguiente nos entregaron una nota. Estaba escrita con letra insegura y renglones irregulares.

> Querido señor Poirot:
>
> Me ha dicho Ellen que estuvo usted ayer en Littlegreen House. Le quedaré muy reconocida si pudiera venir a verme hoy, a cualquier hora.
> Atentamente,
>
> Wilhelmina Lawson

—De modo que está en el pueblo —observé.

—Sí.

—¿A qué habrá venido?

—Es de suponer que no será por ninguna razón siniestra. Al fin y al cabo, la casa es suya.

—Sí, es verdad; desde luego. Ya sabe, Poirot, que lo peor de nuestro juego es precisamente esto. Cualquier cosa sin importancia que uno haga, nos lleva a las más aviesas deducciones.

—En realidad, he sido yo quien le ha imbuido el lema de «Todos son sospechosos».

—¿Sigue usted todavía pensando eso?

—No… la cosa se ha reducido. Sospecho de una persona en particular.

—¿Quién es?

—Puesto que, por el momento, es sólo una sospecha y no

tenemos una prueba cierta, creo que debo dejarle a usted hacer sus propias deducciones, Hastings. Y no menosprecie la psicología… es importante. Las características del asesinato, que implican un cierto temperamento en el asesino, son una clave esencial para el descubrimiento de todo crimen.

—No puedo considerar el carácter de un asesino si no sé quién es.

—No, no. No ha prestado usted atención a lo que he dicho. Si reflexiona lo suficiente sobre las características del asesinato, se dará cuenta de quién es el asesino.

—¿Lo sabe usted realmente, Poirot? —pregunté con curiosidad.

—No puedo decir que lo sé, porque no tengo pruebas. Por eso no quiero decir nada más, por ahora. Pero estoy completamente seguro… sí, amigo mío; estoy completamente seguro dentro de mí.

—Bueno —dije riendo—. ¡Tenga cuidado de que no se entere el asesino! ¡Sería una tragedia!

Poirot se estremeció un poco. El asunto no era para tomarlo a broma. No obstante murmuró:

—Tiene usted razón. Debo ser cuidadoso… extremadamente cuidadoso.

—Debía usar chaleco de cota de malla —comenté irónicamente —. Y emplear un catador para prevenirse de los venenos. Y hasta sería conveniente que tuviera una banda de pistoleros para protegerle.

—*Merci*, Hastings. Confío en mis sentidos.

A continuación escribió una nota para la señorita Lawson, en la que le decía que estaría en Littlegreen House a las once en punto.

Después tomamos el desayuno y salimos a la plaza. Eran aproximadamente las diez y cuarto de una mañana calurosa y soñolienta.

Me detuve a mirar en el escaparate de una tienda de antigüedades un juego muy bonito de sillas estilo Hepplewhite y de pronto recibí una dolorosa estocada en las costillas, mientras una voz aguda y penetrante exclamaba:

—¡Ji!

Di la vuelta indignado, para encontrarme frente a la señorita Peabody. En la mano llevaba el instrumento con que me había atacado: un magnífico paraguas de contera agudísima.

Sin darse cuenta, al parecer, del dolor que me había producido, observó con voz satisfecha:

—¡Ah! Sabía que era usted. No suelo equivocarme.

Contesté con algo de frialdad.

—Ejem… buenos días. ¿Puedo servirla en algo?

—Puede enterarme de cómo va el libro que está escribiendo su amigo… La vida del general Arundell, ¿verdad?

—Todavía no lo ha empezado —dije.

La señorita Peabody lanzó una risita apagada, estremeciéndose como un flan. Luego, recobrándose, dijo:

—No, ya supuse que no lo había empezado.

Contesté riendo:

—¿De modo que descubrió nuestra pequeña superchería?

—¿Por quién me tomaron… por una tonta? —preguntó la señorita Peabody—. ¡Me di cuenta en seguida de lo que buscaba su relamido amigo! ¡Quería que yo hablara! Al fin y al cabo, no tenía ningún inconveniente. Me gusta hablar. Es difícil encontrar a alguien que quiera escuchar. Me divertí mucho aquella tarde.

Me dirigió su astuta mirada.

—Dígame, ¿de qué se trata?

Estaba dudando sobre lo que le diría, cuando Poirot vino hacia nosotros. Hizo una afectada reverencia a la señorita Peabody.

—Buenos días, *mademoiselle*. Encantado de volverla a ver.

—Buenos días —contestó la mujer—. ¿Quién es usted esta mañana, Paroti o Poirot?

—Fue usted muy lista desenmascarándome tan pronto —dijo Poirot sonriendo.

—No era nada difícil. Como usted no hay muchos, ¿verdad? Dudo si eso le convendrá o no. Es algo que no se puede asegurar.

—Yo prefiero ser único, *mademoiselle*.

—Creo que ha conseguido usted lo que quería —opinó la señorita Peabody con sequedad—. Pues bien, señor Poirot; el otro día le proporcioné todo el chismorreo que usted quiso. Ahora me toca a mí hacer preguntas. ¿De qué se trata, eh? ¿De qué se trata?

—¿No estará usted haciendo una pregunta cuya contestación ya conoce?

—Puede ser —lanzó una aguda mirada a mi amigo—. ¿Huele algo mal en ese testamento? ¿O se trata de algo más? ¿Va a

desenterrar a Emily? ¿Es eso?

Poirot no contestó.

La mujer movió afirmativamente la cabeza, despacio y con aspecto pensativo, como si hubiera recibido una contestación.

—A veces me he preguntado —dijo al fin consecuentemente— cómo sentará el que… Leyendo los periódicos, sabe usted, me preguntaba si alguna vez desenterrarían a alguien en Market Basing… No creí que fuera a la buena de Emily Arundell…

Volvió a dirigir una repentina y escrutadora mirada a Poirot.

—A ella no le hubiera gustado eso, ¿sabe? Supongo que habrá pensado en ello, ¿verdad?

—Sí, lo he pensado.

—Me figuré que lo haría… ¡usted no es tonto! Ni tampoco creo que sea entrometido.

Poirot hizo otra reverencia.

—Muchas gracias, *mademoiselle*.

—Y esto es más de lo que mucha gente diría… mirando su extraño bigote. ¿Por qué lleva un bigote como ése?, ¿le gusta?

Me volví para que mi amigo no me viera reír.

—En Inglaterra el culto al bigote está lamentablemente descuidado —dijo Poirot.

Su mano acarició furtivamente el hirsuto adorno.

—¡Oh, ya me doy cuenta! ¡Es divertido! —comentó la señorita Peabody—. Conocí a una mujer que tenía una papera y estaba orgullosa de ella. ¡No lo creerá, pero es cierto! En fin, cada cual debe contentarse con lo que Dios le da. Aunque por lo general nunca ocurre así.

Movió la cabeza y suspiró.

—No puedo creer que en este rincón del mundo se haya cometido un asesinato —continuó.

De nuevo miró inquisitivamente a Poirot.

—¿Quién de ellos lo hizo?

—¿Debo decírselo aquí, en mitad de la calle?

—Eso significa seguramente que no lo sabe. ¿O lo sabe? Bueno… mala sangre. Me gustaría saber si la Warley envenenó o no a su marido. Eso querría decir mucho.

—¿Cree usted en la ley de la herencia?

—Yo creo que fue Tanios. ¡Un extranjero! Pero, por desgracia,

eso no conduce a nada. En fin, he ido demasiado lejos. Ya veo que no va a decirme nada… A propósito, ¿para quién trabaja usted?

—Actúo por cuenta de la difunta, *mademoiselle* —contestó Poirot con gravedad.

Siento decir que la señorita Peabody recibió esta afirmación con un repentino ataque de risa. Se repuso rápidamente de su regocijo.

—Perdóneme. Al decir eso me acordé de Isabel Tripp. ¡Qué mujer tan horrible! Creo que Julia es peor. ¡Con ese lamentable aspecto infantil…! Es como si un carnero quisiera vestirse de cordero. Buenos días. ¿Ha visto al doctor Grainger?

—Tengo que regañarla, *mademoiselle*. Traicionó usted mi secreto.

La señorita Peabody lanzó su peculiar cloqueo gutural.

—¡Los hombres son tontos! Se tragó todo el absurdo montón de mentiras que le contó usted. ¡Casi se vuelve loco cuando se lo dije! ¡Se marchó resoplando de rabia! Le está buscando.

—Me encontró ayer por la noche.

—¡Oh! Me hubiera gustado estar presente.

—A mí también —dijo Poirot con galantería.

La mujer rió y se dispuso a marcharse. Pero antes me habló por encima del hombro.

—Adiós, joven. No compre esas sillas. Son falsificadas.

Se alejó cloqueando.

—Ésta sí que es una mujer lista —comentó Poirot.

—¿Aunque no admire su bigote?

—El gusto es una cosa y el talento otra —contestó con frialdad.

Entramos en la tienda y malgastamos veinte agradables minutos fisgoneando. Al cabo salimos sin merma de nuestros bolsillos y nos dirigimos a Littlegreen House a la cita dada.

Ellen, más sonrojada que de costumbre, nos recibió y llevó hasta el salón. Al momento se oyeron unos pasos en la escalera y entró la señorita Lawson. Parecía tan sobreexcitada y aturdida como de costumbre. El cabello lo llevaba recogido con un pañuelo de seda.

—Espero me perdonará el que me presente así, señor Poirot. He estado revolviendo varios armarios que estuvieron cerrados hasta hoy… tantas cosas… Los viejos tienen afición a guardarlo todo. Me temo que… la pobre señorita Arundell no era una excepción… y se recoge tanto polvo en el pelo… es asombroso, ¿sabe?, las cosas que la gente colecciona… Créame, dos docenas de alfileteros… nada

menos que dos docenas de alfileteros… ¿Qué le parece?

—¿Quiere usted decir que la señorita Arundell compró dos docenas de alfileteros?

—Sí, los guardó y se olvidó de ellos… Ahora, desde luego, los alfileres están todos herrumbrosos… una lástima. Acostumbraba a darlos a las criadas como regalos de Pascuas.

—Tenía muy mala memoria, ¿verdad?

—Sí. Especialmente cuando guardaba las cosas. Como un perro cuando esconde un hueso, ¿sabe? Así es como solíamos calificarlo entre nosotras. «Ahora no vaya a hacer como el perro con el hueso», le decía yo muchas veces.

La mujer rió, y luego, sacando un pañuelo del bolsillo, empezó a lloriquear.

—¡Ay, pobre de mí! —dijo con voz lacrimosa—. ¡Me parece tan terrible el reír aquí!

—Es usted muy sensible —dijo Poirot—. Se impresiona demasiado por las cosas.

—Eso es lo que mi madre me decía siempre, señor Poirot. «Tomas demasiado en serio las cosas, Mina», me advertía. Es un gran inconveniente el ser sensitiva, señor Poirot. Especialmente cuando una tiene que ganarse la vida.

—¡Ah, sí!, desde luego. Pero eso pertenece al pasado. Ahora es usted su propia señora. Puede divertirse, viajar, no tiene preocupaciones ni ansiedades.

—Supongo que así será —dijo la mujer, algo dudosa.

—Así es, de seguro. Y ahora, hablando de la mala memoria de la señorita Arundell, me doy cuenta de por qué tardó tanto en llegar a mi poder la carta que me escribió.

A continuación explicó las circunstancias que concurrieron en el hallazgo de la carta. Una mancha encarnada se extendió por las mejillas de la mujer.

—¡Ellen debía habérmelo dicho! —exclamó—. ¡Fue una gran impertinencia enviarle la carta sin decir una palabra a nadie! Debió haber consultado conmigo primero. ¡Una gran impertinencia! Eso es. No sabía nada sobre ello. ¡Vergonzoso!

—Estoy seguro de que lo hizo de buena fe.

—Bien, pero creo que era una cosa privativa mía. ¡Muy privativa! Los sirvientes hacen a veces cosas muy raras. Ellen debió

acordarse de que ahora soy la dueña de la casa.

Enderezó rígidamente el cuerpo como para darse importancia.

—Ellen quería mucho a su ama, ¿no es eso? —preguntó Poirot.

—Sí, así es. Pero eso no implica nada. ¡Me lo tenía que haber dicho!

—Lo importante es… que yo recibí la carta —observó mi amigo.

—Convengo en que no conduce a nada discutir las cosas que ya han sucedido, pero así y todo, creo que debo advertir a Ellen de que antes de hacer nada ha de decírmelo.

Se detuvo con las mejillas coloreadas todavía.

Poirot calló un instante y luego preguntó:

—¿Quería usted verme? ¿En qué puedo servirla?

El enfado de la señorita Lawson se esfumó con la misma rapidez con que le sobrevino. Estaba otra vez tan turbada e incoherente como antes.

—Bien, en realidad… ¿sabe?, me preguntaba… Bueno, si he de decirle la verdad, señor Poirot, llegué ayer y, como es natural, Ellen me dijo que había estado usted aquí… y me extrañé que… en fin, de que no me hubiera advertido de que iba a venir… Me pareció algo extraño… y no logré comprender…

—No pudo imaginar qué es lo que yo estaba haciendo aquí —Poirot terminó la frase por ella.

—Yo… bueno… no; eso es exactamente. No lo llegué a suponer.

Miró a mi amigo, sonrojada, pero con ojos inquisitivos.

—Debo hacerle una pequeña confesión —dijo Poirot—. He permitido que permaneciera usted en un error. Supuso que la carta que me escribió la señorita Arundell se refería a la cuestión de la insignificante cantidad sustraída por el señor Charles Arundell según todas las apariencias.

La señorita Lawson asintió.

—Pues, como verá, no era éste el caso… En realidad, me enteré de dicha sustracción cuando me lo dijo usted… La señorita Arundell me escribió acerca del accidente.

—¿Del accidente?

—Sí; sufrió una caída por la escalera, según tengo entendido.

—¡Oh!, desde luego… es verdad… —replicó la mujer, más aturdida cada vez.

Miró vagamente a Poirot y prosiguió:

—Pero… lo siento… sé que es estúpido por mi parte… pero, ¿por qué le escribió a usted? Creo que… en realidad usted lo ha dicho… que es un detective. ¿No es médico también? ¿O quizá un curandero?

—No; no soy médico… ni curandero. Pero al igual que los médicos, muchas veces me ocupo de las llamadas muertes por accidente.

—¿Muerte por accidente?

—Eso he dicho. Es verdad que la señorita Arundell no murió entonces… pero pudo haber muerto.

—¡Ay. pobre de mí! Sí, el médico lo dijo. Pero no entiendo…

La señorita Lawson seguía con su aturdimiento.

—La causa del accidente se supuso que fue la pelota del pequeño *Bob*, ¿no es cierto?

—Sí, sí; eso fue. Fue la pelota de *Bob*.

—Pues, no. No fue la pelota de *Bob*.

—Pero, perdone, señor Poirot. La vi yo misma, cuando acudimos todos.

—La vería usted. Pero no fue la causa del accidente. Porque dicha causa, señorita Lawson, fue un cordel pintado de negro, tendido a un pie de altura sobre el primer peldaño de la escalera.

—Pero… un perro no puede…

—Exactamente —replicó Poirot con rapidez—. Un perro no puede hacerlo… no tiene suficiente inteligencia… o, si quiere usted, no es lo suficientemente malvado… Fue un ser humano quien puso allí el cordel.

La cara de la señorita Lawson estaba mortalmente pálida. Levantó una trémula mano hacia su rostro.

—¡Oh, señor Poirot…! No lo puedo creer… no querrá usted decir… Pero eso es horrible… realmente horrible. ¿Quiere usted decir que todo lo referido estuvo hecho a propósito?

—Pero eso es espantoso. Es casi como… como matar a una persona.

—¡Una persona hubiera muerto de haber salido bien la cosa! En otras palabras, hubiera sido un crimen.

La señorita Lawson lanzó un pequeño grito. Poirot prosiguió con el mismo tono de gravedad.

—Pusieron un clavo en el rodapié para poder atar el cordel. El

clavo estaba barnizado para que no se distinguiera. Dígame, ¿recuerda usted haber percibido alguna vez el olor de barniz sin saber de dónde provenía?

La mujer volvió a lanzar un grito.

—¡Oh, qué extraordinario! ¿Quién iba a pensar eso? Porque nunca creí… nunca supuse… pero entonces, ¿cómo podía yo…? Y sin embargo, ya me pareció extraño.

Poirot se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿puede usted ayudarnos, *mademoiselle*? Una vez más puede usted ayudarnos. *C'est épatant!*

—¡Pensar que fue eso! Bueno, todo encaja bien.

—Dígame, se lo ruego. ¿Percibió usted olor a barniz?

—Sí, desde luego. No sabía qué era. Creía… pobre de mí… ¿es pintura? No, se parece más a lo que usamos para el piano. Entonces creía que debían ser fantasías mías.

—¿Cuándo fue eso?

—Déjeme recordar… ¿Cuándo fue?

—¿Fue durante el fin de semana de Pascua, cuando estaba la casa llena de huéspedes?

—Sí, fue por entonces… pero estoy tratando de recordar qué día ocurrió… Vamos a ver; no fue el domingo. Ni tampoco el martes… esa noche vino a cenar el doctor Donaldson. Y el miércoles se habían ido todos. No, desde luego, fue el lunes. Estaba en la cama sin poder dormir… algo preocupada. Siempre he creído que el lunes de Pascua es un día lleno de preocupaciones. Los filetes de ternera habían alcanzado justamente para la cena y temía que la señorita Arundell se molestara al saberlo. Fui yo quien compró la carne el sábado anterior y, en realidad, debí haberme quedado con siete libras; pero pensé que con cinco bastaría. La señorita Arundell se enfadaba siempre si llegaba a faltar algo… era tan hospitalaria…

La señorita Lawson se detuvo para tomar aliento y luego siguió:

—Así es que no podía dormir, preguntándome si me diría algo al día siguiente y, con unas cosas y otras, estuve largo rato dando vueltas a la cama. Y luego, cuando estaba a punto de dormirme, algo me desveló del todo… una especie de golpe seco… me senté en la cama y olfateé. Siempre he tenido mucho miedo al fuego… algunas veces me figuro que huelo a quemado en dos o tres ocasiones durante la noche… sería terrible quedar bloqueada por el

fuego… Percibía un olor especial y aspiré fuertemente el aire, pero no era olor a humo ni cosa parecida. Y me dije que era pintura; aunque es raro oler una cosa así en mitad de la noche. El olor era muy fuerte y permanecí sentada en la cama olfateando y… entonces la vi en el espejo…

—¿La vio? ¿A quién vio?

—El espejo, como usted habrá visto, es muy grande. Yo dejaba la puerta un poco entreabierta para oír a la señorita Arundell si me llamaba y para poderla ver si bajaba la escalera. En el pasillo se dejaba siempre encendida una pequeña bombilla. De esta forma vi cómo ella estaba arrodillada en la escalera… me refiero a Theresa. Estaba arrodillada en el tercer peldaño, con la cabeza inclinada sobre algo y yo pensé: «¡Qué raro! ¿Estará enferma?» Pero se levantó y se fue; así es que supuse que había resbalado o algo así. Después ya no me acordé más de ello.

—El golpe que la despertó pudo ser el que produjo el martillo sobre el clavo cuando lo pusieron —murmuró, abstraído.

—Sí, supongo que sería eso. Pero, ¡oh, señor Poirot! ¡Qué horroroso… qué terriblemente horroroso! Siempre creí que Theresa era, quizá, un poco insensata… pero hacer una cosa así…

—¿Está usted segura de que era Theresa?

—¡Ay, pobre de mí! ¡Pobre de mí!

—¿No pudo ser la señora Tanios o alguna de las sirvientas, por ejemplo?

—¡Oh, no! Era Theresa.

La mujer movió apesadumbrada la cabeza, mientras murmuraba:

—¡Ah, pobre de mí! ¡Pobre de mí!

Poirot la estaba mirando de una forma que juzgué difícil de interpretar.

—Permítame hacer un experimento —dijo de pronto—. Subamos a su habitación y procuremos reconstruir la escena.

—¿Reconstruir? ¡Oh!, en realidad… no sé… quiero decir que no comprendo…

—Se lo demostraré —dijo Poirot, cortando estas dudas con ademán autoritario.

Algo sonrojada, la señorita Lawson nos precedió…

—Espero que la habitación esté en orden… hay tanto quehacer… con unas cosas y otras… —se detuvo en sus

incoherencias.

El dormitorio estaba, por cierto, abarrotado de diversas cosas, producto sin duda del revuelo que había organizado la señorita Lawson en los armarios. Con su habitual incongruencia, la mujer indicó la posición que ocupó aquella noche y Poirot pudo darse cuenta de que una porción de la escalera se reflejaba en el alargado espejo del armario.

—Y ahora, *mademoiselle* —sugirió—, si fuera usted tan amable de salir y reproducir las acciones que vio.

La señorita Lawson, murmurando todavía «pobre de mí», salió a hacer su papel. Poirot hizo el de observador.

La función terminó; mi amigo salió al descansillo de la escalera y preguntó qué bombilla era la que se dejaba encendida por las noches.

—Ésa… ésa de allí. La que está enfrente a la habitación de la señorita Arundell.

Poirot se puso sobre la punta de los pies, desenroscó la bombilla y la examinó.

—Una lámpara de cuarenta watios. No es de mucha potencia.

Volvió hacia la escalera.

—Usted me perdonará, *mademoiselle*, pero con la luz tan tenue y la forma en que se proyecta la sombra, difícilmente pudo identificar a la persona que estaba en la escalera. ¿Está usted segura de que era la señorita Theresa Arundell y no una figura indeterminada de mujer, envuelta en una bata?

La señorita Lawson se indignó.

—¡No, señor Poirot! ¡Estoy perfectamente segura! Según creo, conozco muy bien a Theresa. Era ella. Su bata oscura y el broche con sus iniciales… lo vi con claridad.

—Así no hay duda. ¿Vio usted las iniciales?

—Sí, «T. A.». Conozco el broche. Theresa lo lleva a menudo. Sí. Juraría que era Theresa… ¡y lo juraré si es necesario! Tal es mi seguridad.

Había tal firmeza y decisión en estas palabras, que se apreciaba la diferencia entre su tono y el de las que profería habitualmente.

Poirot la miró. Otra vez había algo en su mirada. Era lejana y pensativa… Tenía también una sospechosa apariencia de determinación.

—¿Juraría usted eso? —preguntó.

—Sí… si es necesario. Pero supongo que… ¿será necesario?

De nuevo mi amigo la miró con detenimiento.

—Eso dependerá del resultado de la exhumación.

—¿Ex… exhumación?

Poirot adelantó una mano protectora, pues la señorita Lawson en su excitación, estuvo a punto de caer por la escalera.

—Es muy posible que se haga.

—¡Oh!, pero con seguridad… ¡qué desagradable! Quiero decir que estoy segura de que la familia se opondrá totalmente… por completo.

—Es probable que se oponga.

—¡Estoy convencida de que no querrán oír hablar de una cosa así!

—¡Ah! Pero si hay una orden del Ministerio de Gobernación… precisamente…

—Pero, señor Poirot… ¿por qué? Me refiero a qué no es como si… como si…

—Como si… ¿qué?

—Como si hubiera sucedido algo… irregular.

—¿Cree usted que no?

—No, desde luego que no. ¡No pudo haberlo! Me refiero al médico, la enfermera y todo lo demás…

—No se excite —dijo Poirot tranquilamente y con acento conciliador.

—¡Oh!, pero yo no puedo hacer nada. ¡Pobre señorita Arundell! No es igual que si Theresa hubiera estado aquí cuando murió.

—No, se marchó el lunes, antes de que su señora se pusiese enferma, ¿verdad?

—Muy temprano. Por lo tanto, usted comprenderá que ella no tiene nada que ver con esto.

—Esperemos que no —contestó Poirot.

—¡Dios mío! —la señorita Lawson juntó las manos—. ¡Nunca oí cosa tan horrible como ésta! En verdad, que no sé dónde tengo la cabeza.

Poirot miró su reloj.

—Debemos irnos. Volveremos a Londres. Y usted, *mademoiselle*, ¿va a quedar aquí mucho tiempo?

—No… no… Lo cierto es que no tengo hecho ningún plan. Me marcharé hoy mismo… sólo vine para pasar la noche y… arreglar un poco las cosas.

—Comprendo. Adiós, *mademoiselle*, y perdone el trastorno que le he causado.

—¡Oh, señor Poirot! ¡Trastorno! ¡Me siento enferma! ¡Dios mío… Dios mío! ¡Qué mundo tan corrompido! Qué espantosamente corrompido.

Poirot cortó sus lamentaciones.

—Completamente de acuerdo. ¿Sigue usted dispuesta a jurar que vio a Theresa arrodillada en la escalera, la noche del lunes de Pascua?

—¡Oh. sí! Puedo jurarlo.

—¿Y puede jurar también que vio un halo luminoso alrededor de la cabeza de la señorita Arundell durante la *séance*?

La mujer abrió la boca.

—¡Oh, señor Poirot! No… no bromee con esas cosas.

—No estoy bromeando. Hablo en serio.

La señorita Lawson replicó con dignidad:

—No era exactamente un halo. Más bien parecía el principio de una manifestación. Una cinta de materia luminosa. Creo que empezaba a formarse una cara.

—Muy interesante. *Au revoir, mademoiselle*; y, por favor, no diga nada a nadie.

—¡Oh!, desde luego… ya. Nunca pensé en ello…

Lo último que vi de la señorita Lawson fue su cara ovejuna mirándonos desde el umbral de la puerta.

Capítulo XXIII

NOS VISITA EL DOCTOR TANIOS

Tan pronto como salimos de la casa cambiaron las maneras de Poirot. Tenía el rostro ceñudo y rígido.

—*Dépéchons nous*, Hastings —dijo—. Debemos volver a Londres en seguida.

—Lo estoy deseando —respondí.

Apresuré el paso para seguirle. Miré furtivamente la grave cara de mi amigo.

—¿De quién sospecha, Poirot? —pregunté—. Quiero que me lo diga. ¿Cree usted que era Theresa quien estaba en la escalera, o no?

Poirot no contestó a mi pregunta. En su lugar formuló otra.

—Debe usted haberse dado cuenta… reflexione antes de contestar… debe usted haberse dado cuenta de que hay algo equivocado en la declaración de la señorita Lawson.

—¿Qué quiere decir… equivocado en qué?

—Si lo supiera no se lo hubiera preguntado.

—Sí, pero, ¿equivocado en qué sentido?

—Ahí está la cosa. No puedo precisar. Pero cuando la mujer hablaba tuve un sentimiento de irrealidad… como si hubiera algo… algún pequeño detalle que estuviera equivocado… Eso fue, sí; eso fue el sentimiento… algo que era imposible.

—¡Pues parecía muy segura de que era Theresa…!

—Sí, sí.

—Pero, así y todo, la luz no podía ser buena. No comprendo cómo puede estar tan segura.

—No, no, Hastings, no me ayuda usted. Fue un pequeño detalle… algo relacionado con… sí, estoy seguro de ello… con el

dormitorio.

—¿Con el dormitorio? —repetí, tratando de recordar los pormenores de la habitación—. No —dije por fin—. No puedo ayudarle.

Poirot movió la cabeza con disgusto.

—¿Por qué sacó a relucir otra vez el asunto del espiritismo? —pregunté.

—Porque es importante.

—¿En qué aspecto? ¿La cinta luminosa que vio la señorita Lawson?

—¿Recuerda usted la descripción de la *séance* que nos hicieron las señoritas Tripp?

—Sí, vieron un halo alrededor de la cabeza de la anciana —reía a mi pesar—. No puedo imaginármela como una santa, ¡de ningún modo! La señorita Lawson parece que estaba completamente aterrorizada por ella. Tuve lástima de la pobre mujer cuando contó cómo no podía dormir, mortalmente preocupada, porque temía haber incurrido en el desagrado de su señora al comprar poca carne.

—Sí, fue un rasgo interesante.

—¿Qué haremos cuando lleguemos a Londres? —pregunté al entrar en «The George», mientras Poirot pedía la cuenta.

—Tenemos que procurar ver a Theresa Arundell inmediatamente.

—¿Y arrancarle la verdad? ¿No cree usted que lo negará todo?

—*Mon cher*, no es un acto criminal arrodillarse en una escalera. Pudo estar cogiendo un alfiler para que le diera buena suerte… o algo parecido.

—¿Y el olor a barniz?

No pudimos hablar porque el camarero llegó con la cuenta.

En el camino charlamos poco. No me gusta hablar cuando conduzco. Por su parte, Poirot estaba tan ocupado protegiéndose el bigote con la bufanda contra los desastrosos efectos del viento, que se olvidó por completo de decir palabra.

Hacia las dos menos veinte llegamos al piso de mi amigo.

Nos abrió la puerta George, el criado de Poirot, inmaculado e inglés cien por cien.

—Un tal doctor Tanios le está esperando, señor. Vino hace cosa

de media hora.

—¿El doctor Tanios? ¿Dónde está?

—En el salón, señor. También vino una señora preguntando por usted, señor. Pareció muy contrariada cuando supo que no estaba usted. Fue antes de que usted telefoneara, señor, y por lo tanto, no le pude decir cuándo regresaría a Londres.

—Descríbame a esa dama.

—Aproximadamente, cinco pies y siete pulgadas de estatura, señor; con cabello negro y ojos azules. Llevaba un traje sastre gris y un sombrero puesto hacia atrás, en lugar de llevarlo inclinado sobre el ojo derecho.

—La señora Tanios —exclamé en voz baja.

—Parecía presa de una gran excitación nerviosa, señor. Dijo que era de la mayor importancia el que encontrara a usted rápidamente.

—¿A qué hora vino?

—Sobre las diez y media, señor.

Poirot movió negativamente la cabeza mientras se dirigía hacia el salón.

—Ésta es la segunda vez que pierdo la ocasión de oír lo que tiene que decirme la señora Tanios. ¿Qué dice usted, Hastings? ¿No parece cosa del Destino?

—A la tercera va la vencida —dije, consolándole.

Poirot sacudió la cabeza con aire de duda.

—¿Existirá esa tercera ocasión? Me extrañaría. Vamos a ver qué es lo que quiere decirnos el esposo.

El doctor Tanios estaba sentado en un sillón, leyendo un libro de psicología de la biblioteca de Poirot. Se levantó y vino hacia nosotros.

—Perdone usted esta intrusión. Espero que no le importará el que me haya empeñado en esperarle aquí.

—*Du tout, du tout*. Siéntese, por favor. Permítame que le ofrezca un vaso de jerez.

—Muchas gracias. En realidad puedo justificarme. Señor Poirot, estoy preocupado; terriblemente preocupado por mi esposa.

—¿Por su esposa? Lo siento muchísimo. ¿Qué le ocurre?

—¿Quizás la ha visto usted últimamente? —preguntó Tanios.

Parecía una pregunta natural, pero la rápida mirada que la acompañó no lo fue tanto.

Poirot contestó en la forma más positiva.

—No, desde que la vi con usted en el hotel, ayer por la mañana.

—¡Ah…! Creí que, quizá, le hubiera hecho una visita.

Mi amigo estaba ocupado llenando tres vasos de jerez.

Con voz ligeramente abstraída, dijo:

—No. ¿Había alguna… razón para que me visitara?

—No, no.

El doctor Tanios aceptó el jerez.

—Gracias. Muchas gracias. No había ninguna razón, pero si he de serle franco, me inspira gran cuidado el estado de salud de mi esposa.

—¿Es que no se encuentra bien?

—Su estado físico es bueno —dijo Tanios con lentitud—. Quisiera poder decir lo mismo de su razón.

—¡Ah!

—Me temo, señor Poirot, que se encuentra al borde de un completo derrumbamiento nervioso.

—Mi apreciado doctor Tanios, no sabe cuánto siento oírle decir eso.

—La situación ha venido agravándose de un tiempo a esta parte. Durante los dos últimos meses su forma de tratarme ha cambiado completamente. Está nerviosa, se asusta fácilmente y tiene las más raras imaginaciones… en realidad, son más que imaginaciones… son alucinaciones.

—¿De veras?

—Sí. Sufre de lo que vulgarmente se conoce por manía persecutoria. Algo muy conocido.

Poirot chasqueó la lengua con simpatía.

—¡Ya comprenderá usted mi ansiedad!

—Claro, claro. Pero lo que no he llegado a comprender del todo, es por qué ha acudido usted a mí. ¿En qué puedo yo ayudarle?

Él doctor Tanios pareció un poco confundido.

—Se me ocurrió que mi esposa podía venir, o podía haber venido a contarle un cuento extraordinario. Con seguridad dirá que corre peligro conmigo… o algo parecido.

—Pero, ¿por qué tenía que decírmelo a mí?

El médico sonrió. Fue una sonrisa encantadora, aunque anhelante.

—Es usted un célebre detective, señor Poirot. Me di cuenta en seguida que mi esposa se impresionó mucho ayer cuando le conoció. El solo hecho de conocer a un detective puede causarle una poderosa impresión en el estado en que se encuentra. Me parece muy probable que lo busque a usted y… bueno, le haga alguna confidencia. ¡Ése es el resultado de estas afecciones nerviosas! Hay una tendencia a volverse contra las personas más allegadas y queridas…

—Muy penoso.

—Sí, desde luego. Quiero mucho a mi mujer —hubo un acento de ternura en su voz—. Siempre he creído que fue muy valiente al casarse conmigo… un hombre de otra raza… irse a vivir a un país lejano… dejar a sus amigos y familiares. Estos últimos días he estado realmente aturdido… Sólo veo una solución para esto…

—¿Sí?

—Completo reposo y tranquilidad… y tratamiento psicológico adecuado. Hay un espléndido establecimiento dirigido por un médico excelente. Quiero llevarla allí… Está en Norfolk… Descanso absoluto y aislamiento de toda influencia exterior… eso es lo que necesita… Estoy convencido de que una vez haya pasado allí un par de meses, bajo un tratamiento, se beneficiará con una gran mejoría.

—Comprendo —dijo Poirot.

Profirió esta palabra de tal manera que Tanios le dirigió otra rápida mirada.

—Por esto, si ella viene a verlo, le estaría muy agradecido que me avisara en seguida.

—Claro que sí. Le telefonearé. ¿Está todavía en Durham Hotel?

—Sí. Ahora vuelvo allí.

—¿No estará su esposa?

—Salió después del desayuno.

—¿Sin decirle adónde iba?

—Sin decir una palabra. Es algo raro en ella.

—¿Y los niños?

—Se los llevó con ella.

—Comprendo.

Tanios se levantó.

—Muchísimas gracias, señor Poirot. Creo inútil decirle que si ella le cuenta cualquier historia de intimidaciones y persecuciones,

no le preste atención. Desgraciadamente, es consecuencia de su enfermedad.

—Algo penoso, en efecto —dijo Poirot con simpatía.

—Desde luego. Aunque uno sepa, hablando en términos científicos, que todo ello es debido a una dolencia mental, no puede evitarse el sentirse lastimado cuando una persona muy allegada se vuelve contra quienes amaba y todo su cariño se convierte en un odio implacable.

—Cuente usted con mi más profunda simpatía —ofreció Poirot, estrechando la mano del médico—. A propósito… —la voz de mi amigo hizo que Tanios se detuviera cuando llegaba a la puerta.

—Diga.

—¿Recetó alguna vez cloral a su esposa?

Tanios se estremeció.

—Yo… no… Alguna vez puede que lo haya recetado. Pero últimamente, no. Parece haber tomado aversión a las drogas soporíferas, cualesquiera que sean.

—¡Ah! Supongo que ello será debido a que no se fía de usted.

—¡Señor Poirot!

Tanios dio varios pasos adelante con ademán colérico.

—Eso puede ser parte de su enfermedad —dijo mi amigo suavemente.

—Sí, sí, desde luego.

El médico se detuvo.

—Posiblemente sospechará de cualquier cosa que le dé usted para comer o beber. Temerá constantemente que la envenene.

—¡Dios mío! Señor Poirot, está usted en lo cierto. Entonces, ¿conoce usted algo de estos casos?

—En mi profesión tropieza uno de vez en cuando con ellos, naturalmente. Pero permítame que no le entretenga. Puede ser que encuentre a su esposa esperándole en el hotel.

—Espero que así sea. Estoy terriblemente intranquilo.

Salió con precipitación.

Poirot se dirigió rápidamente al teléfono. Repasó las páginas de la guía y pidió un número.

—Oiga… ¿Es el Durham Hotel? ¿Puede decirme si está la señora Tanios? ¿Qué? TANIOS. Sí, eso es. ¿Sí? ¡Ah!, ya comprendo.

Dejó el auricular en la horquilla.

—La señora Tanios abandonó el hotel esta mañana temprano —me dijo—. Volvió a las once y esperó en un taxi a que le bajaran el equipaje. Luego se marchó.

—¿Sabe el doctor Tanios que se llevó el equipaje?

—Creo que todavía no.

—¿Dónde ha ido?

—No se sabe.

—¿Cree usted que volverá aquí?

—Posiblemente. No se lo puedo asegurar.

—Quizás escriba.

—Quizá.

—¿Qué hacemos?

Poirot movió la cabeza. Parecía preocupado y angustiado.

—Nada, de momento. Tomaremos una comida ligera y luego visitaremos a Theresa Arundell.

—¿Cree usted que era ella la que estaba en la escalera?

—No se lo puedo decir. De una cosa estoy seguro… de que la señorita Lawson no pudo verle la cara. Vio una figura alta vestida con una bata oscura; pero nada más.

—¿Y el broche?

—Mi querido amigo; un broche no forma parte de la anatomía de una persona. Esa persona puede desprenderse de él. Puede perderlo… prestarlo… y hasta se lo pueden quitar.

—En otras palabras; no quiere usted creer que Theresa Arundell es culpable.

—Quiero oír lo que ella tiene que decir sobre el asunto.

—¿Y si vuelve la señora Tamos?

—Ya arreglaré eso.

George nos sirvió una tortilla.

—Oye, George —dijo Poirot—. Si vuelve esa señora, le rogarás que espere. Si el doctor Tanios viene mientras ella esté aquí, no le dejes entrar. Si pregunta por su mujer, le dirás que no la has visto. ¿Comprendes?

—Perfectamente, señor.

Poirot atacó la tortilla.

—El asunto se complica —dijo—. Debemos ir con cuidado. Pues de otra forma… el asesino volverá a actuar.

—Si lo hace lo cogerá usted.

—Es muy posible; pero prefiero la vida del inocente a la convicción del culpable. Debemos ser muy cuidadosos.

Capítulo XXIV

LA NEGATIVA DE THERESA

Encontramos a Theresa Arundell dispuesta para salir a la calle. Tenía un aspecto extraordinariamente atractivo. Un sombrerito de modelo novísimo descendía de forma picaresca sobre uno de sus ojos. Recordé, con momentánea diversión, que Bella llevaba una imitación barata de aquel sombrero, cuando la vimos el día anterior; y según dijo George, lo tenía puesto en el cogote, en vez de inclinarlo sobre el ojo derecho. Me acordé también de cómo lo había ido empujando cada vez más hacia atrás sobre el desaliñado cabello. Poirot dijo cortésmente:

—¿Puede concederme un minuto o dos, *mademoiselle*; o le retrasará demasiado?

Theresa rió.

—No hay cuidado. Siempre llego tarde a todas partes, con tres cuartos de hora de retraso. Puedo muy bien alargarlo hasta una hora.

Nos condujo hasta el salón. Con gran sorpresa por mi parte, el doctor Donaldson se levantó de un sillón situado al lado de la ventana.

—Ya conoces al señor Poirot, ¿verdad, Rex?

—Nos conocimos en Market Basing —dijo Donaldson con tirantez.

—Tengo entendido que pretendía escribir la vida del borracho de mi abuelo —dijo Theresa.

Después, en tono cariñoso, añadió:

—Rex, ángel mío, ¿quieres dejarnos un momento?

—Gracias; Theresa. Pero creo que, bajo todos los aspectos, es

preferible que esté yo presente en esta entrevista.

Hubo un breve desafío de miradas. Las de Theresa dominantes. Las de Donaldson impenetrables. Pareció pasar por ella un destello de rabia.

—¡Está bien! ¡Siéntate! ¡Maldito seas!

El doctor Donaldson seguía imperturbable.

Se sentó otra vez en el sillón que antes dejara y puso sobre el brazo del mismo el libro que había estado leyendo. Según pude darme cuenta, se trataba de una obra sobre la glándula pituitaria.

Theresa tomó asiento en su banqueta favorita y miró a Poirot con impaciencia.

—Bueno, ¿vio a Purvis? ¿Qué pasó?

Mi amigo contestó reservado:

—Existen posibilidades…, *mademoiselle*.

La muchacha lo miró con aire pensativo. Luego dirigió una lánguida mirada al médico. Fue, según creo, un aviso dirigido a Poirot.

—Pero estimo que será mejor —continuó éste— que presente mi informe más tarde, cuando mis planes estén más adelantados.

La cara de Theresa se distendió en una ligera sonrisa.

Poirot prosiguió:

—He llegado hoy de Market Basing y, mientras estuve allí hablé con la señorita Lawson. Dígame, *mademoiselle*, ¿en la noche del trece de abril, es decir, el lunes de Pascua, estuvo usted arrodillada en la escalera después que todos se fueron a dormir?

—¡Pero apreciado señor Poirot! ¡Qué pregunta tan extraordinaria! ¿Por qué motivo tenía que estar arrodillada allí?

—Lo que me interesa saber, *mademoiselle*, no es si tenía que estar allí, sino si estuvo.

—Pues no sé decírselo. Me parecería muy inverosímil.

—La razón de esta pregunta, *mademoiselle*, se basa en que la señorita Lawson dice que estuvo usted arrodillada en tal lugar.

Theresa encogió sus bien formados hombros.

—¿Importa eso algo?

—Importa mucho.

Ella lo miró fijamente, sin perder su aspecto amable y Poirot hizo lo mismo.

—¡Majareta! —dijo Theresa.

—*Pardon!*

—¡Majareta perdido! —añadió la chica—. ¿No crees, Rex?

—Perdóneme, señor Poirot, ¿cuál es el motivo de esa pregunta?

Mi amigo extendió las manos.

—¡Es de lo más sencillo! Alguien colocó un clavo en una posición determinada, en lo alto de la escalera. Dicho clavo fue recubierto con barniz oscuro para que no resaltara sobre el rodapié.

—¿Es un nuevo método de brujería? —preguntó Theresa.

—No, *mademoiselle*, es mucho más casero y simple que eso. A la noche siguiente, el martes, alguien ató un cordel desde el clavo a la barandilla, con el resultado de que cuando la señorita Arundell salió de su habitación, se enganchó un pie y cayó de cabeza por la escalera.

Theresa aspiró profundamente el aire.

—¡Fue la pelota de *Bob*!

—*Pardon*, no lo fue.

Hubo una pausa, la rompió Donaldson, quien con su voz sosegada y precisa, dijo:

—Perdóneme, ¿qué pruebas tiene usted en que basar esa afirmación?

Poirot contestó con calma:

—La prueba del clavo; la prueba de las palabras escritas por la propia señorita Arundell y, finalmente, la prueba de los ojos de la señorita Lawson.

—Ella asegura que lo hice yo, ¿no es cierto? —preguntó la muchacha.

Mi amigo no contestó a la pregunta, pero inclinó un poco la cabeza.

—Pues bien, ¡eso es mentira! ¡No tengo nada que ver con ello!

—¿Estaba usted arrodillada en la escalera por otra razón diferente?

—Yo no estuve jamás arrodillada en la escalera.

—Tenga cuidado, *mademoiselle*.

—¡No estuve allí! Nunca salí de la habitación después de haberme ido a dormir; ninguna de las noches que pasé en Littlegreen House.

—La señorita Lawson la reconoció.

—Probablemente se trataría de Bella Tanios o de cualquiera de

las criadas.

—Asegura que fue usted.

—¡Es una condenada mentirosa!

—Reconoció su bata y un broche que llevaba.

—Un broche… ¿qué broche?

—Un broche con sus iniciales.

—¡Ah, ya sé cuál! ¡Qué minuciosa es mintiendo!

—¿Niega, pues, que fue usted a quien ella vio?

—Si mi palabra está contra la de ella…

—Es usted más mentirosa todavía que la señorita Lawson… ¿no es cierto?

Theresa contestó despacio:

—Lo que acaba usted de decir es cierto. Pero en este caso digo la verdad. No estaba preparando una ratonera, ni rezando mis oraciones, ni recogiendo dinero, ni haciendo nada en la escalera.

—¿Tiene usted ese broche que he mencionado?

—Claro. ¿Lo quiere ver?

—Por favor, *mademoiselle*.

Theresa se levantó y salió de la habitación.

Hubo un embarazoso silencio.

El doctor Donaldson miró a Poirot, según imaginé, como pudiera haber contemplado detenidamente, una pieza anatómica.

La muchacha volvió.

—Aquí lo tiene.

Casi arrojó el adorno a Poirot. Era un broche grande y ostentoso de cromo o acero inoxidable con una T y una A enmarcadas en un círculo. Tuve que admitir que era bastante grande y visible para que pudiera verse fácilmente en el espejo de la señorita Lawson.

—Ya no lo uso. Estoy cansada de él —dijo Theresa—. Londres está lleno. Cualquier criada algo presumida tiene uno.

—Pero cuando lo compró usted era un objeto caro, ¿no es verdad?

—Sí. Cuando empezó a usarse era una moda cara, exclusiva para algunos.

—¿Y cuándo fue eso?

—Por las últimas Navidades. Creo que fue entonces. Sí; poco más o menos por esa fecha.

—¿Lo prestó alguna vez a alguien?

—No.

—¿Lo llevaba consigo cuando estuvo en Littlegreen House?

—Supongo que sí. Sí, lo llevaba. Lo recuerdo perfectamente.

—¿Lo dejó usted en algún sitio? ¿Lo abandonó en alguna ocasión mientras estuvo allí?

—No. Lo llevaba en un salto de cama verde; lo recuerdo. Y usé el mismo salto de cama cada día.

—¿Y por la noche?

—Quedaba prendido también en dicha prenda…

—¿Y ésta?

—¡Diablos! El salto de cama lo dejé sobre una silla.

—¿Está usted segura de que nadie le quitó el broche y lo devolvió a la mañana siguiente?

—Diré eso ante el tribunal… si cree que es la mejor mentira que se puede decir. ¡En realidad, estoy completamente segura de que no sucedió nada de eso! Es una bonita idea para creer que alguien me jugó esa mala pasada; pero no puede ser verdad.

Poirot frunció el ceño. Luego se levantó, se prendió cuidadosamente el broche sobre la solapa de la americana y se acercó a un espejo que había en el otro extremo de la habitación. Se detuvo delante de él, y después retrocedió con lentitud para conseguir un efecto de distancia.

Entonces lanzó un gruñido.

—¡Qué imbécil soy! ¡Desde luego!

Volvió hacia nosotros y tendió el broche a Theresa haciendo una reverencia.

—Tiene usted razón, *mademoiselle*. ¡El broche no se apartó de usted! He sido lamentablemente obtuso.

—Me gusta la modestia —opinó la muchacha, jugando distraídamente con el broche—. ¿Algo más? Debo irme ahora mismo.

—Nada que no pueda discutirse más tarde.

Theresa se dirigió hacia la puerta. Poirot prosiguió con voz sosegada:

—Está la cuestión de la exhumación; es verdad que…

La chica se detuvo en seco y el broche cayó de su mano al suelo.

—¿Qué dice?

Poirot añadió con claridad:

—Es posible que el cadáver de la señorita Emily Arundell deba ser exhumado.

Theresa quedó quieta, con los puños apretados. Con voz baja e irritada dijo:

—¿Eso es lo que desea? No podrá hacerlo sin consentimiento de la familia.

—Está usted equivocada, *mademoiselle*. Podré hacerlo con una orden del Ministerio de Gobernación.

—¡Dios mío! —dijo Theresa.

Luego se volvió y empezó a pasear rápidamente.

—En realidad, no veo que haya ninguna necesidad de que te preocupes, Theresa. Se puede decir que la idea no es agradable ni para un extraño, pero…

Ella le interrumpió:

—¡No seas tonto, Rex!

Poirot preguntó:

—¿Le preocupa la idea, *mademoiselle*?

—Desde luego. No está bien. ¡Pobre Emily! ¿Por qué diablos debe ser exhumada?

—Supongo —dijo Donaldson— que hay algunas dudas acerca de las causas de su muerte.

Miró inquisitivamente a Poirot y prosiguió:

—Confieso que estoy sorprendido. Creo que está claro que la señorita Arundell murió por causas naturales, a resultas de una antigua enfermedad.

—Me dijiste algo acerca de un conejo y de las dolencias del hígado en cierta ocasión —comentó Theresa—. No lo recuerdo bien; pero creo que inyectando a un conejo sangre de una persona que padezca de atrofia del hígado y luego inyectando la sangre de ese conejo en otro y, por fin, la sangre de éste en otra persona, esta última contrae también la misma enfermedad. Fue algo parecido a eso.

—Era solamente una demostración de lo que son los sueros terapéuticos —dijo pacientemente Donaldson.

—Lástima que haya tantos conejos en el cuento —comentó Theresa riendo—. Ninguno de nosotros se dedica en absoluto a criarlos.

Se volvió hacia Poirot y con voz alterada, preguntó:

—¿Es verdad eso, señor Poirot?

—Desde luego, pero… hay medios de evitar una contingencia así *mademoiselle*.

—¡Entonces evítela!

Su voz descendió hasta convertirse casi en un murmullo. Con tono apremiante continuó:

—¡Evítela, al precio que sea!

—¿Ésas son sus instrucciones? —-preguntó con voz llena de formalidad.

—Ésas son mis instrucciones.

MI amigo se levantó.

—Pero, Theresa… —interrumpió Donaldson.

La muchacha se volvió hacia su novio.

—¡No te metas en esto! Era mi tía, ¿no es cierto? ¿Por qué tienen que desenterrarla? ¿No sabes que los periódicos hablarán de ello, que habrá murmuraciones y calumnias?

Se dirigió otra vez a Poirot.

—¡Debe usted evitar eso! Le doy *carte blanche*. Haga lo que quiera, pero evítelo.

Poirot hizo una reverencia afectada.

—Haré lo que pueda. *Au revoir, mademoiselle; au revoir*.

—¡Oh, váyase! —exclamó Theresa—. Y llévese a San Leonardo. Desearía no volver a verlos nunca más.

Salimos del salón. Esta vez Poirot no aplicó deliberadamente el oído a la rendija de la puerta, pero no se apresuró a alejarse de ella. Y no fue en vano. La voz de Theresa se levantó, clara y desafiante.

—No me mires así, Rex.

Y luego, de improviso, con un quiebro en su voz, añadió:

—Querido…

Se oyó la voz precisa de Donaldson que decía:

—Este hombre es peligroso.

Poirot hizo una repentina mueca. Me empujó hacia la puerta exterior.

—Vamos, san Leonardo —dijo—. *C'est dróle ça!*

Personalmente, creo que la broma fue estúpida en extremo.

Capítulo XXV

ME SIENTO Y REFLEXIONO

—No; no hay duda ahora —pensé mientras corría detrás de Poirot —. La señorita Arundell fue asesinada y Theresa lo sabe. ¿Pero fue ella quien cometió el crimen, o hay otra explicación?

Estaba asustada… sí. Pero, ¿por ella misma o por otro? ¿Podría ser ese otro el apacible y estirado mediquillo, con sus maneras tan sosegadas y distanciadoras?

¿Murió la anciana a causa de una enfermedad real, pero producida artificialmente?

En un sentido todo coincidía…, la ambición de Donaldson y su creencia de que Theresa heredaría una buena cantidad de dinero cuando muriese su tía. Hasta el hecho que hubiera cenado en Littlegreen House la misma noche del accidente. ¡Qué fácil era dejar abierta una ventana y volver, bien entrada la noche, a tender en la escalera el cordel asesino! Pero, entonces, ¿quién puso el clavo en el rodapié?

Sí; Theresa debió hacerlo. Theresa, su novia y cómplice. Con los dos trabajando en el mismo asunto, todo ello parecía bastante claro. En este supuesto, probablemente fue Theresa quien puso el cordel. El primer crimen, el que había fallado, había sido cosa suya. El segundo, el que había tenido éxito, era la obra maestra, mucho más científica, de Donaldson.

Sí… todo encajaba.

Sin embargo, existían todavía algunas lagunas. ¿Por qué se había referido Theresa a lo de inyectar en seres humanos el virus de una enfermedad del hígado? Era casi como si la muchacha no se hubiera dado cuenta de la verdad… Pero en ese caso… Sentí que mis ideas

se enredaban cada vez más, por lo que decidí interrumpirlas y pregunté:

—¿Dónde vamos, Poirot?

—A mi casa. Es posible que encontremos allí a la señora Tanios.

Mis pensamientos se dirigieron en otra dirección. ¡La señora Tanios! ¡Ése era otro misterio! Si Donaldson y Theresa eran culpables, ¿cómo encajaban la señora Tanios y su sonriente marido? ¿Qué era lo que la mujer quería decir a Poirot y por qué tanta ansiedad por parte de Tanios para que no llegara a hablar con mi amigo?

—Poirot —dije con modestia—, me estoy armando un lío. ¿No estarán todos complicados en este caso?

—¿Un sindicato de asesinos? ¿Un sindicato familiar? No; en esta ocasión, no. El asunto tiene la marca de un cerebro y él solo es el que lo ha planeado. La psicología está clara.

—¿Quiere usted decir que tanto Theresa como Donaldson pudieron hacerlo… pero que no lo realizaron juntos? ¿Fue él entonces quien hizo que ella colocara el clavo en tan inadecuado lugar como aquél con un pretexto inocente?

—Mi querido amigo; desde el momento en que oí la historia de la señorita Lawson, me di cuenta de que había tres posibilidades: Primera, que la señorita Lawson decía la verdad escueta. Segunda, que la señorita Lawson hubiera inventado la historia por razones que ella no supusiera, y, tercera, que la señorita Lawson creyera su propia historia, pero que la identificación hecha por ella descansara solamente en el broche que vio en el espejo… y, como ya le indiqué, un broche puede ser fácilmente separado de su dueño.

—Sí; pero Theresa insiste en que no ocurrió tal cosa.

—Y tiene mucha razón. No me di cuenta de un pequeño, pero significativo detalle.

—Muy propio de usted, Poirot —dije solemnemente.

—*N'est-ce-pas?* Cada cual tiene sus equivocaciones.

—¡Cosas de la edad!

—La edad no tiene nada que ver con esto —dijo Poirot.

—Bueno; ¿cuál es ese hecho tan significativo? —pregunté cuando llegamos ante la casa donde vivía mi amigo.

—Ya se lo diré —contestó.

Llegamos a su apartamento.

George nos abrió la puerta y contestó moviendo negativamente la cabeza, en respuesta a la pregunta de Poirot.

—No, señor. No ha venido la señora Tanios, ni ha telefoneado.

Poirot entró en el salón, paseó durante unos momentos y luego descolgó el teléfono y llamó al Durham Hotel.

—Sí…, sí, por favor. ¡Ah, doctor Tanios! Le habla Hércules Poirot. ¿Ha vuelto su esposa? ¡Oh, no ha vuelto…! ¡Válgame Dios…! ¿Dice usted que se ha llevado el equipaje…? Y los niños… ¿No tiene usted idea de adónde ha ido…? Sí, por completo… ¡Oh, perfectamente…! Si mis servicios profesionales pueden serle de utilidad… Tengo cierta experiencia en estas cosas… Eso puede hacerse muy discretamente… No, desde luego que no… Sí, en efecto, es verdad… Claro… claro… respetaré sus deseos.

Colgó el teléfono con gesto pensativo.

—No sabe dónde está —dijo—. Creo que me ha dicho la verdad. La ansiedad de su voz es inconfundible. No quiere que recurramos a la policía; eso es lo que no comprendo. Sí… lo comprendo. No quiere que intervenga yo. Quizás esto no sea tan incomprensible… Quiere encontrarla; pero no desea que la encuentre yo… No; definitivamente, no lo desea… Parece estar seguro de que puede arreglar el asunto por sus propios medios. No cree que su mujer pueda estar mucho tiempo escondida, porque se llevó poco dinero. Además, están los niños con ella. Sí, me figuro que será capaz de encontrarla dentro de poco. Pero creo, Hastings, que nosotros seremos más rápidos que él. Es muy importante que ocurra de este modo.

—¿Piensa usted que está algo chalada? —pregunté.

—Creo que está bajo los efectos de una intensa depresión nerviosa.

—¿Pero no en tal estado que deba ser recluida en un manicomio?

—Eso, definitivamente, no.

—Sepa usted, Poirot, que no lo acabo de comprender.

—Perdóneme, Hastings, pero usted no comprende una palabra de todo esto.

—Parece que hay tantas… bueno… tantas conclusiones complementarias…

—Claro que las hay. Separar la principal de las secundarias es lo

que debe hacer un cerebro ordenado.

—Dígame, Poirot, ¿se ha dado usted cuenta de que hay ocho sospechosos en lugar de siete?

Mi amigo replicó con sequedad:

—Tomé el hecho en consideración desde el momento en que Theresa Arundell declaro que la última vez que vio al doctor Donaldson fue cuando cenó en Littlegreen House, el día 14 de abril.

—No comprendo… —interrumpí.

—¿Qué es lo que no comprende?

—Si Donaldson había planeado la desaparición de la señorita Arundell usando medios científicos… es decir, por inoculación, no comprendo por qué recurrió a una idea tan chapucera como la de tender un cordel en la escalera.

—En *verité*, Hastings, ¡hay momentos en que me hace usted perder la paciencia! Un médico es altamente científico y necesita un conocimiento especializado. Es eso, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y el otro es un procedimiento simple, casero… «como lo hace mamá», según dicen los anuncios. ¿Es así?

—Sí, exactamente.

—Entonces, piense, Hastings… piense. Siéntese en una silla, cierre los ojos y emplee las pequeñas células grises.

Obedecí. Es decir, me retrepé en mi silla, cerré los ojos y me esforcé en cumplir la tercera parte de las instrucciones de Poirot. El resultado, sin embargo, no parecía aclarar ni con mucho las cosas.

Abrí los ojos y me encontré con que mi amigo estaba observándome con la misma amorosa atención que una niñera pudiera hacerlo con un bebé.

—*Eh bien?*

Hice un esfuerzo para imitar las maneras de Poirot.

—Bueno —dije—, me parece que la persona que tendió la primera trampa, no es la misma que planeó el asesinato científico.

—Exactamente.

—Y dudo que un cerebro entrenado en las complejidades científicas pensara en algo tan infantil como el accidente simulado… Sería demasiada coincidencia.

—Muy bien razonado.

Envalentonado proseguí:

—Por lo tanto, la única solución lógica parece ser ésta: Los dos intentos fueron planeados por diferentes personas. Nos encontramos, pues, con un asesinato intentado a la vez por dos personas.

—¿No cree usted que eso es demasiada casualidad?

—Usted dijo una vez que un caso de asesinato contiene en ocasiones un doble aspecto: vulgar y científico.

—Sí; es verdad. Lo admito.

—Entonces, estamos de acuerdo.

—¿Y quiénes cree usted que son los malvados?

—Donaldson y Theresa Arundell. Un médico puede fácilmente realizar el último intento con pleno éxito. Por otra parte, sabemos que Theresa Arundell está complicada en el primero de ellos. Creo posible, además, que ambos novios actuarán independientemente uno de otro.

—Le gusta a usted mucho decir, «sabemos», Hastings. Le puedo asegurar que no me importa lo que usted sabe; porque yo no sé que Theresa está complicada en el asunto.

—Pero tenemos la declaración de la señorita Lawson.

—La declaración de la señorita Lawson no es más que eso… una declaración.

—Pero dijo…

—Dijo… dijo… Siempre está usted dispuesto a considerar lo que dice la gente como un hecho cierto y probado. Escuche, *mon cher*. Le dije en una ocasión que algo de la declaración de la señorita Lawson me chocó.

—Sí; recuerdo que lo dijo. Pero no pudo usted determinar lo que era.

—Pues ahora ya lo sé. Espere un momento y le demostraré lo que, imbécil de mí, debí ver en seguida.

Se dirigió hacia la mesa escritorio y tomó una hoja de cartulina. Empezó a recortarla con unas tijeras, de manera que yo no pudiera ver lo que estaba haciendo.

—Paciencia, Hastings. En un instante empezaremos el experimento.

Aparté los ojos cortésmente.

Al cabo de dos minutos Poirot lanzó una exclamación.

—Ahora no mire. Continúe con la mirada apartada mientras le

prendo algo en la solapa de la americana.

Seguí sus indicaciones. Poirot contempló su trabajo a plena satisfacción y luego, empujándome ligeramente, me llevó a través de la habitación hasta el dormitorio contiguo.

—Ahora, Hastings, mírese en el espejo. Lleva usted un bonito broche con sus iniciales… sólo que, *bien entendu*, el broche no es de cromo, acero inoxidable, oro o platino, sino de modesto cartón.

Me miré en el espejo y sonreí. Poirot es muy hábil en los trabajos manuales. Llevaba en mi solapa una reproducción muy aproximada del broche de Theresa Arundell; un círculo recortado en la cartulina, con mis iniciales enmarcadas en él; una A y una H.

—*Eh bien?* —dijo Poirot—. ¿Está usted satisfecho? Aquí tiene un broche muy bonito con sus iniciales, ¿no es eso?

—Un primoroso adorno —convine.

—En realidad no reluce ni refleja la luz; pero es igual, porque estará usted dispuesto a admitir que el broche puede verse distintamente desde alguna distancia.

—Nunca lo dudé.

—De acuerdo. La duda no es su punto fuerte. La fe sencilla es más característica en usted. Y ahora, Hastings, sea bueno y quítese la americana.

Con un poco de extrañeza me la quité. Poirot hizo lo mismo con la suya y se puso la mía. Volviéndose ligeramente de espaldas.

—Fíjese cómo el broche con sus iniciales se ha transformado —dijo, dando la vuelta con rapidez.

—¡Qué tonto he sido! Desde luego. Hay una H y una A en el broche; nada de A H.

Poirot resplandeció con satisfacción mientras se volvía a poner su americana y me devolvía la mía.

—Exactamente… y ahora se dará cuenta de qué fue lo que no veía claro en la declaración de la señorita Lawson. Afirmó que había visto las iniciales de Theresa Arundell en el broche que llevaba. Pero las vio en el espejo. Así es, que de ser cierto, las vio al revés.

—Bueno —argüí—. Quizá fue así y se dio cuenta de que estaban de esa forma.

—*Mon cher*, ¿se le ha ocurrido eso justamente ahora? ¿Ha exclamado usted: «Poirot se ha equivocado al hacer el broche; es A.

H. y no H. A.»? No; no ha dicho nada de eso. Y sin embargo, debo admitir que es usted mucho más inteligente que la señorita Lawson. No me diga que una mujer atontada como ésa puede despertarse de pronto y, todavía medio dormida, darse cuenta de que A. T. es en realidad T. A. No; eso no cuenta con la mentalidad de la señorita Lawson.

—Estaba muy segura de que era Theresa —dijo.

—Se está usted acercando, amigo mío. Recuerde usted que le insinué que, realmente, no pudo ver la cara de quien estuviera en la escalera… e inmediatamente…, ¿qué hizo ella?

—Recordó el broche de Theresa y se aferró a esa idea… olvidando que el mero hecho de haberlo visto reflejado en el espejo, hacía que toda la declaración fuera falsa.

El timbre del teléfono sonó con insistencia. Poirot se dirigió hacia él. Descolgó el auricular y se lo puso al oído.

Habló sólo unas palabras con un tono reservado.

—¿Sí? Sí… claro. Sí; es muy conveniente. Por la tarde, creo. Sí… a las dos me parece estupendamente.

Dejó el auricular y se volvió hacia mí sonriendo.

—El doctor Donaldson tiene mucho interés en hablar conmigo. Vendrá mañana por la tarde, a las dos. Progresamos, *mon ami*, progresamos.

Capítulo XXVI

LA SEÑORA TANIOS NO QUIERE HABLAR

Cuando a la mañana siguiente volví a casa de mi amigo, después del desayuno, encontré a Poirot muy atareado, trabajando en su mesa escritorio.

Levantó una mano a modo de saludo y siguió con su tarea. Al cabo de un rato reunió las hojas de papel, las introdujo en un sobre y después lo cerró con cuidado.

—¿Qué hay, Poirot? ¿Qué está usted haciendo? —pregunté alegremente—. ¿Escribiendo una relación del caso para depositarla en lugar seguro, por si alguien lo elimina durante el día?

—Sepa usted, Hastings, que no anda muy lejos de la verdad.

Estaba serio.

—¿Es que nuestro asesino se está volviendo peligroso?

—Un asesino es siempre peligroso —dijo Poirot gravemente—. Muchas veces no se tiene en cuenta ese hecho.

—¿Alguna noticia?

—El doctor Tanios telefoneó.

—¿Todavía no sabe nada de su esposa?

—No.

—Entonces todo va bien.

—Lo dudo.

—Caramba, Poirot, ¿no cree usted que la han matado?

Mi amigo, movió la cabeza negativamente, con aspecto realmente de duda.

—Confieso —murmuró— que me gustarla saber dónde está.

—Bueno. Ya volverá.

—Su jovial optimismo me divierte siempre, Hastings.

—¡Dios mío, Poirot! No estará usted pensando que aparecerá descuartizada y dentro de un baúl.

—Encuentro la actitud del doctor Tanios algo excesiva… pero nada más —contestó Poirot lentamente—. La primera cosa que debemos hacer es entrevistarnos con la señorita Lawson.

—¿Va usted a demostrarle el pequeño error en que incurrió respecto al broche?

—Desde luego que no. Guardaré el hecho en mi manga hasta que llegue el momento adecuado.

—Entonces, ¿qué le va a decir?

—Eso, *mon ami*, ya lo oirá usted a su debido tiempo.

—¿Más mentiras, supongo?

—A veces resulta un poco agresivo, Hastings. Todos van a creer que me divierto contando mentiras.

—Creo que hay algo de eso. Mejor dicho, estoy seguro de ello.

—Realmente, en ocasiones me felicito por mi ingeniosidad —confesó Poirot candorosamente.

No pude evitar una explosión de risa y mi amigo me miró con aire de reproche. Luego salimos y nos dirigimos a las Clanroyden Mansions.

Entramos en el mismo salón atestado de chismes y la señorita Lawson se presentó con gran bullicio y ademanes mucho más incoherentes que de costumbre.

—¡Ah, mi querido señor Poirot! Buenos días. Hay tanto que hacer… está esto algo desarreglado. Todo se halla manga por hombro esta mañana. Desde que llegó Bella…

—¿Qué dice? ¿Bella?

—Sí; Bella Tanios. Vino hace media hora… y los niños… completamente exhaustos, ¡pobres criaturas! En realidad, no sé qué hacer. Sepa usted que abandonó a su marido.

—¿Lo ha abandonado?

—Eso ha dicho. Desde luego, no tengo ninguna duda de que le sobra razón, ¡pobre chica!

—¿Le ha hecho alguna confidencia?

—Pues tanto como eso, no. No ha querido decir nada. Sólo repite que lo ha abandonado y que nada le inducirá a volver con él.

—Ése es un paso muy serio.

—¡En efecto! Si ese hombre hubiera sido inglés, la hubiera

aconsejado… pero no lo es. Y la pobre parece tan… buena, tan espantada… ¿Qué es lo que le habrá hecho ese individuo? Creo que los turcos son terriblemente crueles.

—El doctor Tanios es griego.

—Sí; desde luego, ése es el otro aspecto de la cuestión… quiero decir que los griegos fueron las víctimas de los turcos, ¿o serían los armenios? Pero es lo mismo; no me gusta pensar en eso. No creo que ella deba volver con su marido, ¿no le parece, señor Poirot? De todas formas, Bella dice que no quiere… no desea que él sepa dónde está.

—¿Tan grave es el asunto?

—Sí… ya comprenderá… los niños. La pobre tiene miedo de que se los lleve a Esmirna. ¡Pobrecita! Se encuentra realmente en un terrible apuro. Comprenda… no tiene dinero… ni un penique. No sabe dónde ir ni qué hacer. Quiere ganarse la vida, pero ya sabe usted, señor Poirot, que eso no es tan fácil como parece. Ya lo sé. Sería diferente si tuviera práctica de algún oficio.

—¿Cuándo dejó a su marido?

—Ayer. Pasó la noche en un hotel modesto, cerca de Paddington. Vino a buscarme porque no sabía a quién dirigirse, ¡pobre mujer!

—¿Y va usted a ayudarla? Eso dice mucho en su favor.

—Bueno… comprenda, señor Poirot; yo creo que ése es mi deber. Aunque todo ello va a resultar difícil. Éste es un piso muy pequeño y no hay sitio, y luego, con unas cosas y otras…

—¿Podía enviarla a Littlegreen House?

—Supongo que sí… pero su marido puede pensar en eso. Por el momento he tomado unas habitaciones para ella en el Wellington Hotel, de Queen's Road. Se inscribió con el nombre de señora Peters.

—Comprendo —asintió Poirot.

Hizo una pausa y luego continuó:

—Me gustaría ver a la señora Tanios. Ayer estuvo en mi casa, pero yo no me encontraba allí.

—¡Oh! ¿Eso hizo? No me lo dijo. La avisaré, ¿no le parece?

—Si fuera usted tan amable…

La señorita Lawson salió precipitadamente de la habitación. Al momento oímos su voz.

—Bella… Bella… querida, ¿quiere salir a hablar con el señor Poirot?

No pudimos oír la contestación de la señora Tanios, pero al cabo de un rato apareció en el salón.

Quedé verdaderamente sorprendido al ver su aspecto. Tenía unos círculos oscuros alrededor de los ojos y las mejillas carecían por completo de color. Pero lo que más me llamó la atención fue su indudable aspecto aterrorizado. Se sobresaltaba por el menor ruido y parecía estar escuchando constantemente.

Poirot la saludó empleando sus modales más corteses. Se adelantó, le estrechó la mano, le acercó una silla y le proporciono un almohadón. Trató a la descolorida mujer como si fuera una reina.

—Y ahora, *madame*, charlaremos un poco. Ayer fue usted a verme, ¿verdad?

Ella asintió.

—Siento mucho no haber estado entonces en casa.

—Sí, sí; me hubiera gustado encontrarle a usted.

—¿Quería decirme algo?

—Sí, yo… quiero decir, a…

—*Eh bien*; aquí estoy, a su servicio.

La señora Tanios no respondió. Estaba sentada, completamente inmóvil, dándole vueltas al anillo que llevaba en un dedo.

—¿Bien, *madame*?

Lentamente, casi con desgana, la mujer movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—. No me atrevo.

—¿No se atreve usted, *madame*?

—No. Si… si él lo supiera… él… oh, ¡podría ocurrirme algo!

—Vamos, vamos, *madame*… eso es absurdo.

_¡Oh, no es absurdo…! No lo es. Usted no le conoce.

—¿Se refiere usted a su marido, *madame*?

—Sí, desde luego.

Hubo un instante de silencio que rompió mi amigo.

—Su marido vino a verme ayer, *madame*.

Una rápida expresión de alarma se extendió por la cara de la mujer…

—¡Oh, no! No le diría usted… desde luego, no lo hizo. No podía

usted hacerlo. No sabía dónde estaba yo. ¿Le dijo… le dijo que yo estaba loca?

Poirot contestó con cautela.

—Dijo que estaba usted bajo una… profunda depresión nerviosa.

Ella negó con la cabeza, indecisa.

—No, le dijo que estaba loca… ¡o que me estaba volviendo loca! Quiere encerrarme para que no pueda hablar con nadie.

—¿Hablar con nadie… para qué?

Volvió a mover la cabeza con aire de duda. Estrujándose los dedos, murmuró:

—Tengo miedo…

—Pero, *madame*; una vez que me lo diga… ¡estará usted segura! ¡El secreto ya no será tal! Este hecho la protegerá automáticamente.

La mujer no replicó. Prosiguió dándole vueltas al anillo.

—Debe usted convencerse de ello —dijo Poirot con toda amabilidad.

La señora Tanios dio un respingo.

—¿Cómo quiere que lo sepa…? ¡Oh, Dios mío, es terrible! ¡Tiene unos modales tan convincentes…! ¡Y además, es médico! Todos le creerán a él y no a mí. Sé que lo harán. Nadie me creerá.

—¿No quiere usted facilitarme esa oportunidad?

Ella le dirigió una mirada preocupada.

—¡Y yo qué sé! Puede estar usted al lado de él.

—Yo no estoy al lado de nadie, *madame*. Estoy… siempre… al lado de la verdad.

—No lo sé —dijo la mujer desesperadamente—. ¡Oh, no lo sé!

Prosiguió, con palabras que crecían de volumen, que tropezaban con otras:

—Ha sido tan horrible… desde hace años. He visto cosas que han sucedido una y otra vez. Y no puedo decir ni hacer nada. Están los niños. Ha sido como una larga pesadilla. Y ahora esto… Pero no quiero volver con él. ¡No quiero que se lleve a los niños! Iré a cualquier sitio donde no pueda encontrarme. Minnie Lawson me ayudará. Ha sido tan buena… tan extremadamente buena. Nadie hubiera hecho lo que ella.

Se detuvo, lanzó una rápida mirada a Poirot y preguntó:

—¿Qué le dijo de mí? ¿Dijo que tenía alucinaciones?

—Dijo, *madame*, que usted había… cambiado respecto a él.

Ella asintió.

—Y dijo que yo tenía alucinaciones. Dijo eso, ¿verdad?

—Sí, *madame*; francamente, lo dijo.

—Eso es, ¿ve usted? Eso es lo que quiere. Y yo no tengo pruebas… pruebas reales.

Poirot se retrepó en la silla. Cuando volvió a hablar fue con un completo cambio de modales.

Habló con voz inexpresiva, falta de inflexiones; con tan poca emoción en ella como si estuviera discutiendo cualquier árido negocio.

—¿Sospecha usted que su marido asesinó a la señorita Emily Arundell?

La respuesta llegó rápida; fue un destello espontáneo.

—No lo sospecho… lo sé.

—Entonces, *madame*, su deber es hablar.

—Ah; pero eso no es tan fácil… no, no es tan fácil.

—¿Cómo la mató?

—No lo sé exactamente… pero él la mató.

—¿No conoce usted el método que empleó?

—No… fue algo que hizo el último domingo que estuvo allí.

—¿El domingo que fue a verla?

—Sí.

—Entonces, perdóneme, ¿cómo está usted tan segura?

—Porque él… —se detuvo y luego dijo lentamente—: ¡Estoy segura!

—*Pardon, madame*. ¿Hay algo que se reserva usted? ¿Algo que no me haya dicho todavía?

—Sí.

—Veamos, pues.

Bella Tanios se levantó de repente.

—No. no. No puedo hacerlo. Los niños… su padre… No puedo… simplemente, no puedo…

—Pero, *madame*.

—Le digo que no puedo.

Su voz se volvió estridente, hasta casi chillar. Se abrió la puerta y entró la señorita Lawson con la cabeza ligeramente ladeada y la excitación reflejándose en su cara.

—¿Puedo entrar? ¿Ya han acabado de hablar? Bella, querida,

¿no cree que debería tomar una taza de té o algo de sopa… o quizás un poco de coñac?

La señora Tanios se negó con la cabeza.

—Me encuentro completamente bien —dijo sonriendo débilmente—. Debo volver con los niños. Los he dejado deshaciendo las maletas.

—¡Pobres criaturas! —comenzó la señorita Lawson—. ¡Me gustan tanto los niños…!

Bella se volvió de pronto hacia la mujer.

—No sé lo que hubiera hecho a no ser por usted —dijo—. Ha sido… ha sido demasiado buena conmigo.

—Vamos, vamos, querida; no llore. Todo saldrá bien. Puede usted consultar con mi abogado… es muy listo y competente… él le aconsejará la mejor manera de conseguir el divorcio. Divorciarse es muy fácil ahora, ¿no es así? Todos lo dicen. ¡Ay, Dios mío; el timbre de la puerta! ¿Quién será?

Abandonó apresuradamente la habitación. Hubo un rumor de voces en el vestíbulo. La señorita Lawson volvió. Entró de puntillas y cerró la puerta con cuidado. Luego habló, susurrando excitada, pronunciando exageradamente las palabras.

—¡Oh, Bella; es su marido!

La señora Tanios dio un salto hacia una de las puertas del salón. La señorita Lawson asintió violentamente.

—Eso es, querida; entre ahí y luego salga por la otra puerta cuando yo lo haga pasar a esta habitación.

Bella susurro:

—No le diga que he estado aquí. No le diga que me ha visto.

Después se deslizó por la puerta entreabierta. Poirot y yo la seguimos precipitadamente y nos encontramos en un comedor de pequeñas dimensiones.

Mi amigo se dirigió hacia la puerta que daba al vestíbulo, la abrió un poco y escuchó. Luego nos hizo una seña.

—Tenemos el campo libre. La señorita Lawson lo ha hecho pasar al salón.

Cruzamos el vestíbulo y salimos al pasillo. Poirot cerró la puerta de entrada haciendo el menor ruido posible.

La señora Tanios empezó a correr escaleras abajo, tropezando y cogiéndose a la barandilla. Poirot la ayudó, sosteniéndola por un

brazo.

—*Du calme… du calme*. Todo va bien.

Llegamos al vestíbulo.

—Vengan conmigo —dijo Bella acongojadamente.

Parecía que fuera a desmayarse.

—¡Claro que iremos con usted! —aseguró mi amigo.

Cruzamos la calle, dimos la vuelta a una esquina y nos encontramos en la Queen's Road. El Wellington era un hotel pequeño y sin pretensiones; del tipo de las casas de huéspedes.

Cuando hubimos entrado, la señora Tanios se dejó caer en un sofá forrado de felpa. Se puso la mano sobre el sobresaltado corazón.

Poirot la golpeó en la espalda, como para darle ánimo.

—Ha sido el apuro que hemos pasado… Sí. Ahora, *madame*, escuche con atención lo que voy a decirle.

—No puedo decirle nada más, señor Poirot. No estaría ya bien. Usted sabe lo que pienso…

—Le he rogado que me escuche, *madame*. Suponiendo… esto solamente es una suposición… que yo conozca ya los hechos de este caso. Suponiendo que lo que usted pueda decirme ya lo supiera yo… la cosa sería diferente, ¿no es cierto?

La mujer lo miró dubitativamente. Sus ojos tenían una expresión de sufrimiento en aquella mirada intensa.

—¡Oh, créame, *madame*; no trato de hacerle decir lo que usted no desea! Pero en ese supuesto que antes le he dicho, la cosa sería diferente, ¿verdad?

—Yo… supongo que sí.

—Bien. Entonces, permítame que le diga que yo, Hércules Poirot, conozco la verdad. No la voy a forzar a que acepte mi palabra por ello. Tome esto.

Poirot le entregó el abultado sobre que le vi cerrar aquella mañana.

—Los hechos están relatados ahí. Después que los haya leído, si está de acuerdo con ellos, telefonéeme. El número de mi teléfono está escrito en una nota.

Casi con repugnancia, la mujer aceptó el sobre.

Mi amigo siguió apresuradamente:

—Ahora otro asunto. Debe usted irse de este hotel.

—¿Por qué?

—Vaya al Coniston Hotel, cerca de Euston, y no lo comunique a nadie.

—Pero, seguramente… aquí… Minnie Lawson no dirá a mi marido dónde estoy.

—¿Cree usted que no?

—¡Oh, no! Ella está completamente de mi parte…

—Sí; pero su marido, *madame*, es un hombre muy listo. No tendrá ninguna dificultad en volver del revés a esta señora. Es esencial, entiéndalo… que su marido no sepa dónde está usted.

Ella asintió calladamente.

Poirot sacó una hoja de papel.

—Aquí está la dirección. Haga las maletas y márchese con los niños tan pronto como pueda. ¿Me entiende?

La mujer asintió de nuevo.

—Sí; le comprendo.

—Debe usted pensar en los niños; no en usted, *madame*. Usted quiere a sus hijos.

Había tocado el punto sensible.

Un poco de color subió a las mejillas de Bella. Levantó la cabeza con decisión. Parecía entonces, no asustada ni acobardada, sino arrogante y casi hermosa.

—Entonces, de acuerdo —dijo Poirot.

Le estrechó la mano y juntos se marcharon. Pero no muy lejos. Desde el interior de un bar, situado convenientemente, vigilamos la puerta de entrada del hotel, mientras tomábamos café. Transcurridos unos cinco minutos vimos que por la calle venía el doctor Tanios. No miró siquiera el Wellington. Pasó frente a él, con la cabeza baja, sumido en sus pensamientos y luego entró en la estación del «metro».

Diez minutos más tarde, vimos que la señora Tanios y los niños subían a un taxi, llevando su equipaje. Se alejaron.

—Bien —dijo Poirot, levantándose—. Hemos desempeñado nuestro papel. Ahora el asunto está en manos de los dioses.

Capítulo XXVII

NOS INVITA EL DOCTOR DONALDSON

Donaldson llegó puntualmente a las dos de la tarde. Estaba tan sosegado y sereno como de costumbre. La personalidad del joven había empezado a intrigarme. Comencé considerándolo como algo raro y de difícil descripción. Me había preguntado qué era lo que una criatura tan vivaracha e impulsiva como Theresa había visto en él. Pero ahora estaba dándome cuenta de que Donaldson no tenía nada de menospreciable. Detrás de sus modales pedantes había fuerza.

Después de los saludos de rigor, nuestro visitante inició la conversación.

—La razón de que haya venido a verle a usted, señor Poirot, es la siguiente: no comprendo con exactitud cuál es su posición en este asunto.

Mi amigo replicó con cautela:

—Creo que ya conoce usted mi profesión.

—Claro que sí. Debo confesarle que me he tomado la molestia de hacer unas pocas investigaciones acerca de usted.

—Es usted un hombre metódico, doctor.

Donaldson contestó con sequedad:

—Me gusta estar seguro de lo que hago.

—Tiene usted espíritu científico.

—Convengo en que todos los informes sobre usted son idénticos. Es usted, sin duda, un hombre muy listo dentro de su profesión. Y tiene también la reputación de ser escrupuloso y honrado.

—Muy amable por su parte —murmuró Poirot.

—Por eso no sé explicarme qué relación puede tener con este

negocio.

—¡Pues es muy sencillo!

—No lo creo —dijo Donaldson—. Al principio se presentó usted como un escritor.

—Una superchería perdonable, ¿no cree? Uno no puede ir por ahí diciendo que es un detective… aunque eso tiene también a veces utilidad.

—Así lo creo —dijo el joven con tono seco—. Después se presentó a la señorita Theresa Arundell pretendiendo que el testamento de su tía podía ser invalidado. Esto, desde luego, es ridículo —la voz de Donaldson era tajante—. Sabía usted perfectamente que el testamento era legal bajo todos los aspectos y que nada podía hacerse contra él.

—¿Cree usted que no?

—Yo no soy tonto, señor Poirot…

—No, doctor Donaldson… claro que no es usted tonto.

—Ese testamento no puede ser invalidado. ¿Por qué pretendía usted que sí? Está claro que por razones que usted se sabe… razones que la señorita Theresa Arundell no puede ni imaginar que son evidentes.

—Parece usted muy seguro de las reacciones de esa señorita.

Una ligera sonrisa apareció en el rostro del joven.

Inesperadamente dijo:

—Conozco mucho más a Theresa de lo que ella sospecha. No tengo ninguna clase de duda de que ella y Charles creen haber contratado los servicios de usted para un negocio dudoso. Charles carece casi por completo de moral. Theresa tiene una ascendencia que deja mucho que desear y su educación no fue afortunada.

—¿Así habla usted de su prometida… como si fuera un conejito de Indias?

Donaldson miró fijamente a Poirot a través de sus lentes de pinza.

—No tengo por qué ocultar la verdad. Amo a Theresa Arundell y la quiero por lo que ella es y no por ninguna cualidad imaginaria.

—¿Se da usted cuenta de que Theresa le es completamente adicta y de que su ansia de dinero se basa principalmente en su deseo de que vea usted cumplidas sus ambiciones?

—¡Claro que me he dado cuenta! Ya le he dicho que no soy

tonto. Pero no tengo intención de dejar que Theresa se vea envuelta en ninguna situación equivoca por culpa mía. En muchos aspectos, Theresa es todavía una niña. Yo soy muy capaz de labrarme mi porvenir con mi propio esfuerzo. No quiero decir con ello que un legado considerable hubiera sido rechazado. Hubiera venido muy bien. Pero ello sólo representaría una ayuda para acortar el camino.

—Por lo visto, tiene usted plena confianza en sus propias facultades.

—Parecerá una falta de modestia, pero la tengo —replicó Donaldson comedidamente.

—Veamos, pues. Admito que me gané la confianza de la señorita Theresa valiéndome de un truco. Dejé que creyera que yo podía…, digámoslo así…, olvidar razonablemente las reglas de la honradez, para conseguir dinero. Creyó en ello sin la menor dificultad.

—Theresa supone que todo se puede hacer por dinero —dijo el joven médico con el tono de quien anuncia una verdad del todo evidente.

—Cierto. Ésa parece ser su actitud y también la de su hermano.

—¡Charles haría cualquier cosa, probablemente, con tal de procurarse efectivo!

—Por lo que veo no se forja usted ilusiones respecto a su futuro cuñado.

—No. Lo considero digno de estudio. Tiene, según creo, algo de neurosis profundamente arraigada… pero esto no tiene nada que ver. Volvamos a lo que estábamos discutiendo. Me he preguntado por qué actuaba de la forma en que lo ha hecho y sólo he hallado una respuesta. Está claro que usted sospecha que Theresa o Charles tienen algo que ver con la muerte de la señorita Arundell. ¡No; por favor, no se moleste contradiciéndome! Su referencia a la exhumación fue, según pienso, un mero intento para ver qué reacción provocaba. ¿Ha intentado ya conseguir una orden de exhumación?

—Quiero ser franco con usted. Hasta ahora, no.

Donaldson asintió.

—Lo suponía. Me figuro habrá pensado en la posibilidad de que se compruebe que la muerte de la señorita Arundell se deba a causas naturales.

—He considerado el hecho de que así suceda… sí.

—¿Pero usted tiene ya formada su opinión?

—Por completo. Si tiene usted un caso de… digamos… tuberculosis, con aspecto de tuberculosis, que presenta los síntomas de la tuberculosis y en la cual la sangre dé una reacción positiva… *eh bien*, lo considerará usted como tuberculosis, ¿verdad?

—¿Lo enfoca usted de ese modo? Comprendo. Entonces, ¿qué es exactamente lo que espera usted?

—Espero una prueba final.

Sonó el timbre del teléfono. A una señal de Poirot me levanté y cogí el receptor. Reconocí la voz.

—¿Capitán Hastings? Soy la señora Tanios. ¿Quiere decirle al señor Poirot que está en lo cierto? Si quiere venir mañana a las diez, le facilitaré lo que desea.

—¿Mañana a las diez?

—Sí.

—Muy bien, se lo diré.

Los ojos de mi amigo me interrogaron. Yo asentí con la cabeza.

Poirot se volvió hacia Donaldson. Sus modales habían cambiado. Parecía animado y seguro.

—Voy a ser claro —dijo—. Diagnostiqué mi caso como de asesinato. Tiene el aspecto de un asesinato; todas las características peculiares de un asesinato… y, en realidad, es un asesinato. De esto no hay la menor duda.

—Entonces, ¿a qué obedece su indecisión? Porque me doy cuenta de que usted está indeciso.

—Estoy indeciso respecto a la identidad del asesino… pero no durará mucho.

—¿De veras? ¿Lo sabe usted?

—Puedo decir que la prueba definitiva obrará mañana en mi poder.

Las cejas de Donaldson se levantaron con aire irónico.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Mañana! Algunas veces, señor Poirot, el mañana está muy lejos.

—Al contrario —contestó Poirot—. Siempre comprobé que el mañana sigue al hoy con monótona regularidad.

—Me temo que le he hecho perder el tiempo, señor Poirot.

—No se preocupe. Conviene conocer bien a las personas.

Con una ligera reverencia el doctor Donaldson salió de la

habitación.

Capítulo XXVIII

OTRA VÍCTIMA

—Es un hombre listo —dijo Poirot pensativamente cuando se marchó el muchacho.

—Resulta algo difícil saber qué es lo que se propone con todo esto.

—Sí; es un poco despistado; pero observador en extremo.

—La llamada telefónica era de la señora Tanios.

—Lo supuse.

Le di el recado. Poirot asintió, aprobándolo.

—Bien. Todo marcha perfectamente. Veinticuatro horas, Hastings, y creo que sabremos exactamente nuestra posición.

—Estoy todavía un poco embarullado. ¿De quién sospechamos en definitiva?

—Verdaderamente, no puedo decir de quién sospecha usted, Hastings. Supongo que de todos, uno tras otro.

—A veces creo que le gusta que me arme estos líos.

—No, no. No me gusta divertirme de esa forma.

—Yo no lo aseguraría.

Mi amigo movió negativamente la cabeza con aire ausente. Estudié su fisonomía.

—¿Qué es lo que le pasa? —pregunté.

—Amigo mío, estoy siempre nervioso cuando termina un caso. Si algo sale mal…

—¿Es que va a salir mal?

—No lo creo.

Se detuvo y frunció el entrecejo.

—Supongo que tengo previstas todas las contingencias.

—Entonces, ¿por qué no nos olvidamos del crimen y nos vamos al teatro?

—*Ma foi*, Hastings, ¡es una buena idea!

Pasamos una velada muy agradable, aunque cometí una ligera equivocación llevando a Poirot a ver una obra policíaca. He aquí una idea que ofrezco a mis lectores. Nunca lleven a un soldado a una función de tema militar; a un marino a una de ambiente naval; a un escocés a una que se desarrolle en Escocia; a un detective a una policíaca… a un actor a ninguna de ellas. El chaparrón de quejarse de la deficiente psicología, y la falta de orden y método del detective héroe de la farsa casi le hizo volverse loco. Cuando nos separamos, todavía estaba explicando Poirot cómo podía haberse descubierto el misterio a la mitad del primer acto.

—Pero en ése caso, Poirot, la función hubiera acabado en seguida.

Mi amigo se vio obligado a admitir que quizá fuera así.

A la mañana siguiente, pocos minutos después de las nueve entré en el saloncito. Poirot estaba desayunando, mientras abría el correo como de costumbre.

Sonó el teléfono y contesté.

Oí una anhelante voz de mujer.

—¿Es el señor Poirot? ¡Oh, es usted, capitán Hastings!

Se oyó un sonido entrecortado y un resoplido.

—¿Es la señorita Lawson? —pregunté.

—Sí, sí. ¡Qué cosa tan terrible ha sucedido!

Cogí con fuerza el auricular.

—¿Qué ha pasado?

—Se fue del Wellington, ¿sabe usted…?, me refiero a Bella. Fui ayer por la tarde, a última hora y me dijeron que se había ido. ¡Sin decirme palabra! ¡Algo extraordinario! Ello me hizo pensar que quizás el doctor Tanios tuviera razón. Habló tan delicadamente de ella y parecía tan angustiado, que ahora parece como si estuviera en lo cierto.

—¿Pero qué ha sucedido, señorita Lawson? ¿Solamente que la señora Tanios se ha marchado del hotel sin decírselo a usted?

—¡Oh, no! No es eso. ¡Oh Dios mío, si sólo fuera eso, todo iría bien! Aunque creo que fue algo raro. El doctor Tanios dijo que tenía miedo de que ella estuviera completamente… completamente… ya

usted sabe lo que quiero decir. Lo llamó manía persecutoria.

—Sí (¡maldita mujer!). ¿Pero qué es lo que ahora ha ocurrido?

—¡Oh, Dios mío…! ¡Es terrible! Ha muerto mientras dormía. Una doble dosis de somnífero. ¡Y esos pobres pequeños! ¡Parece todo tan terriblemente triste! No he hecho más que llorar desde que me enteré.

—¿Y cómo se ha enterado? Cuéntemelo todo.

Por el rabillo del ojo vi que Poirot se había detenido en su tarea de abrir cartas. Estaba escuchando lo que yo decía. No me gustaba la idea de cederle el sitio. Si lo hacía, parecía altamente probable que la señorita Lawson empezara otra vez con sus lamentaciones.

—Me telefonearon del hotel. El Coniston se llama. Parece que encontraron mi nombre y mi dirección en su bolso. ¡Oh, Dios mío, señor Poirot…!, digo, capitán Hastings… ¿no es terrible? Esos pobres niños se han quedado sin madre.

—Oiga —dije—. ¿Está segura de que es un accidente? ¿No pensarán en que pudo ser un suicidio?

—¡Oh, qué idea tan espantosa, capitán Hastings! ¡Oh, Dios mío; no lo sé! ¿Cree usted que pudo ser eso? Sería horrible. Desde luego parecía muy deprimida. Pero no tenía por qué hacerlo. Quiero decir que no tenía que preocuparse por dinero. Yo estaba dispuesta a cederle la mitad de la herencia… ¡de veras! La pobre señorita Arundell lo habría aprobado. ¡Estoy segura de ello! Parece tan horroroso el pensar que pudo quitarse la vida… pero quizá no lo hizo… Los del hotel parecían creer que se trataba de un accidente.

—¿Qué es lo que tomó?

—Uno de esos somníferos. Creo que veronal. No. Cloral. Sí, eso es. Cloral. Oh, Dios mío, capitán Hastings, ¿cree usted?

Sin ninguna ceremonia colgué el receptor y me volví hacia Poirot.

—La señora Tanios…

Levantó la mano.

—Sí, sí; ya sé lo que ya a decir. Ha muerto, ¿verdad?

—Sí. Una dosis excesiva de somnífero cloral.

Poirot se levantó.

—Vamos, Hastings; debemos ir allí ahora.

—¿Eso es lo que temía anoche? ¿Cuándo dijo que siempre estaba nervioso al terminar un caso?

—Sí… temía otra muerte.

La cara de Poirot estaba rígida y firme. Hablamos muy poco mientras nos dirigíamos a Euston. Una Vez o dos, mi amigo movió la cabeza pensativamente.

Con timidez pregunté:

—¿No cree usted…? ¿Pudo ser un accidente?

—No, Hastings, no. No fue un accidente.

—¿Cómo diablos pudo enterarse él del paradero de su esposa?

Poirot se limitó a mover la cabeza.

El Coniston era un edificio de mal aspecto, cerca de la estación de Euston. Poirot, con su tarjeta y unas repentinas maneras autoritarias, pronto logró abrirse paso hasta el despacho del gerente.

Los hechos eran muy simples.

La señora Peters, nombre que registró al llegar, y sus hijos entraron en el hotel a las doce y media. Comieron a la una.

A las cuatro llegó un hombre con una tarjeta para la señora Peters, a quien se le entregó. Pocos minutos después, bajó con los niños y una maleta. Los chicos se fueron con quien trajo la nota. La señora Peters dijo luego en la oficina que no necesitaba ya más que una habitación.

No parecía muy angustiada ni alterada; al contrario, estaba completamente sosegada y segura de sí misma. Cenó a las siete y media y subió a su habitación poco después. Al llamarla a la mañana siguiente, la doncella la encontró muerta.

Avisaron a un médico y por él se enteraron de que había muerto hacía varias horas. Se encontró un vaso vacío cerca de la cama. Parecía claro que había tomado un somnífero y que, por equivocación, se administró una dosis excesiva. El hidrato de cloral, según dijo el médico, era una cosa muy insegura. No había indicios de suicidio ni se encontró ninguna carta. Buscando la forma de comunicar lo ocurrido a sus familiares, hallaron el nombre y dirección de la señorita Lawson a quien, por teléfono pusieron en antecedentes de lo que pasaba.

Poirot preguntó si habían encontrado cartas o papeles. La tarjeta, por ejemplo, que trajo el hombre que se llevó a los niños.

No se hallaron papeles de ninguna clase, según manifestó el gerente; pero había un montón de cenizas en la chimenea.

Poirot asintió con aire pensativo.

Por lo que se sabía, la señora Peters no había recibido ninguna visita y nadie había entrado en su habitación… con la sola excepción del hombre que se había llevado a los dos niños.

Pregunté al portero qué apariencia tenía el visitante, pero sus explicaciones fueron muy vagas. Un hombre de mediana estatura de cabello rubio, según creía recordar; con aspecto militar y un aire que no podía describir exactamente. Estaba seguro de que no llevaba barba.

—No fue Tanios —dije por lo bajo a Poirot.

—Mi apreciado Hastings. ¿Cree usted, realmente, que la señora Tanios, después de todas las molestias que se estaba tomando para que su marido no encontrara a los niños, iba a entregarlos sin la menor protesta? ¡Ah; eso no…!

—Entonces, ¿quién era el hombre?

—Parece claro que era alguien en quien confiaba la señora Tanios; o más bien, pudo ser enviado por alguien que disfrutaba de esa confianza.

—Un hombre de mediana estatura… —murmuré.

—No es menester que se preocupe por su aspecto, Hastings. Estoy completamente seguro de que el hombre que se llevó a los niños es un personaje sin importancia. El actor principal permanece detrás.

—Así, pues, la nota la escribió otra persona.

—Sí.

—¿Alguien en quien confiaba la señora Tanios?

—Desde luego.

—¿Y la nota fue quemada?

—Sí; le dijeron a Bella que lo hiciera.

—¿Y qué se ha hecho del resumen del caso que le dio usted? ¿No le entregó un sobre con algo escrito? ¿Dónde está?

La cara de Poirot parecía desusadamente grave.

—También ha sido quemado. Pero no importa.

—¿No?

—No. Porque, como usted sabe…, todo está en la cabeza de Hércules Poirot.

Me cogió del brazo.

—Vamos, Hastings. Vámonos de aquí. Nuestras ocupaciones no

tienen nada que ver con los muertos, sino con los vivos. Con éstos es con los que debo tratar.

Capítulo XXIX

ENCUESTA EN LITTLEGREEN HOUSE

Eran las once de la mañana siguiente. Siete personas estaban reunidas en Littlegreen House. Hércules Poirot, de pie junto a la chimenea. Charles y Theresa en el sofá; Charles, sentado en uno de los brazos del mueble, con la mano sobre la espalda de su hermana. El doctor Tanios ocupaba un gran sillón de orejas. Tenía los ojos enrojecidos y llevaba una banda negra en el brazo.

En una silla, cerca de una mesita redonda, estaba la dueña de la casa: la señorita Lawson. También tenía los ojos rojos y el cabello lo llevaba más revuelto que de costumbre. El doctor Donaldson estaba sentado frente a Poirot con la cara completamente inexpresiva.

Mi interés creció cuando hube mirado uno a uno los semblantes de los reunidos.

En el transcurso de mi asociación con Poirot había asistido a más de una escena como aquélla. Una pequeña reunión de gente, aparentemente tranquila, llevando todos una careta de buena educación sobre sus rostros.

Y yo había visto a Poirot quitar la careta a una de aquellas personas y mostrar la faz que se ocultaba debajo… ¡La cara de un asesino!

Sí; no había duda. ¡Uno de ellos era un asesino! ¿Pero quién?

Poirot carraspeó un poco pomposamente, según tenía por costumbre y empezó a hablar.

—Nos hemos reunido aquí, señoras y caballeros, para investigar la muerte de Emily Arundell, ocurrida el día primero de mayo pasado. Existen cuatro posibilidades. Que muriera de causas naturales; que fuera a consecuencia de un accidente; que dispusiera

de su vida… o, por último, que encontrara la muerte a manos de alguien, conocido o desconocido. No se llevó a efecto ninguna encuesta cuando ocurrió el fallecimiento, ya que se dio por sentado que murió por causas naturales y, a tal efecto, el doctor Grainger extendió un certificado de defunción. En los casos en que se suscita alguna sospecha después del entierro es costumbre exhumar el cadáver. Existen razones por las cuales no he creído oportuno utilizar ese medio. La principal de ellas es que a mi cliente no le hubiera gustado que lo hiciera.

—¿Su cliente? —preguntó.

Poirot se volvió hacia él.

—Mi cliente es la señorita Emily Arundell. Trabajo por su cuenta. Su más grande deseo era que no hubiera escándalo.

Pasaré por alto lo que Poirot dijo en los diez minutos siguientes, dado que repitió cosas que ya nos son conocidas. Habló de la carta que había recibido; la sacó del bolsillo y la leyó en voz alta. Siguió hablando de las gestiones que había hecho en Market Basing y del descubrimiento de los medios por los cuales se había preparado un accidente.

Luego hizo una pausa, se aclaró la garganta una vez más y dijo:

—Ahora voy a procurar situarles en la posición en que yo me coloqué para conseguir la verdad. Voy a mostrarles lo que yo creo que es una verdadera reconstrucción de los hechos en este caso.

»Para empezar, es necesario darse cuenta exactamente de lo que pasaba en la mente de la señorita Arundell. Esto, según creo, es muy fácil. Sufrió una caída que se supuso ocasionada por la pelota del perro; pero ella sabía mejor que nadie a qué era atribuible. Mientras estuvo en la cama, su activa y aguda inteligencia repasó la circunstancias que concurrieron en la caída y llegó a una conclusión definitiva respecto a ella. Alguien había intentado, deliberadamente, ocasionarle un daño…, tal vez matarla. De esta conclusión pasó a considerar quién pudiera ser esa persona. En la casa había entonces siete personas; cuatro huéspedes; su señora de compañía y las dos criadas. De estos siete personajes, sólo uno podía ser descartado por completo, ya que ninguna ventaja podía reportarle el atentar contra ella. No sospechaba seriamente de las criadas, pues ambas estaban a su servicio desde hacía muchos años y sabía que le eran fieles. Quedaban, pues, cuatro personas; tres de

ellas miembros de su familia y la restante relacionada por matrimonio. Cada una de esas cuatro personas se beneficiaban por su muerte; tres de ellas directamente.

»Estaba, pues, en una situación difícil, dado que la señorita Arundell tenía un fuerte concepto de los vínculos familiares. Esencialmente, era de las que no les gustaba tender la ropa sucia a la vista de la gente, según dice el adagio. Por otra parte, no era de las que se someten fácilmente a una tentativa de asesinato. Tomó, pues, una decisión y me escribió. Pero, al mismo tiempo, dio otro paso. Y éste fue, según imagino, consecuencia de dos motivos. Uno, supongo, era un claro sentimiento de rencor hacia toda su familia. Sospechaba de todos ellos, sin preferencias, y determinó que, costara lo que costase, no iban a conseguir nada de ella. El segundo y más razonable motivo era el deseo de protegerse y, por lo tanto, tenía que arbitrar un medio para ello. Como ya saben ustedes escribió a su abogado, el señor Purvis, y le dio instrucciones para que redactara un testamento a favor de la única persona de la casa que no tenía nada que ver con el accidente.

»Ahora puedo decir que, vistos los términos de la carta que me escribió y lo que hizo después, estoy completamente seguro de que la señorita Arundell pasó de sospechar indefinidamente de cuatro personas, a sospechar concretamente de una de las cuatro. Todo el tono de la carta que me escribió da a entender su insistencia de que este asunto debía ser estrictamente privado, ya que el honor de la familia se hallaba comprometido en ello. Creo que, desde un punto de vista como el de la señorita Arundell, esto significaba que una persona de su propio nombre era sospechosa… preferentemente un hombre. Si hubiera sospechado de la señora Tanios se hubiera preocupado mucho de conseguir su propia seguridad personal, pero no le hubiera importado tanto el honor de la familia. Debió opinar lo mismo respecto a Theresa Arundell, pero no ocurrió lo propio con lo que pudiera afectar a Charles.

»Charles era un Arundell. ¡Llevaba el nombre de la familia! Sus razones para sospechar de él parecen claras. Por una parte, no se hacía ilusiones respecto a su sobrino. En una ocasión estuvo a punto de llenar de oprobio el nombre de la familia. Es decir; ella sabía que el muchacho no era un criminal en potencia, sino en realidad. Ya había falsificado su firma en un cheque… Después de la

falsificación… un paso más y… el asesinato. Además, había sostenido con él una significativa conversación, dos días antes del accidente. Él le pidió dinero y ella se lo negó. Charles le hizo observar entonces muy claramente por cierto, que de aquella forma lo único que conseguiría era que la eliminaran. A esto le respondió que podía muy bien cuidarse de sí misma. Según nos han contado, su sobrino le replicó: "No esté tan segura." Y dos días después ocurría el accidente.

»No es extraño, pues, que mientras estuvo en la cama, recapacitara sobre lo ocurrido y llegara a la conclusión definitiva de que fue Charles quien atentó contra su vida. La secuencia de los hechos está perfectamente clara. La conversación con Charles. El accidente. La carta que me escribió bajo una gran angustia mental. La carta que escribió al abogado. El martes siguiente, el día veintiuno, el señor Purvis le trajo el testamento y ella lo firmó.

»Charles y Theresa llegaron al siguiente fin de semana y la señorita Arundell tornó en seguida las necesarias medidas para protegerse. Le dijo a Charles que había hecho un testamento nuevo. Y no sólo se lo dijo, sino que hasta le enseñó el documento. Esto, para mí, es absolutamente concluyente. Le estaba demostrando a un posible asesino que con el asesinato no saldría ganando nada. Posiblemente creyó que Charles le contaría esto a su hermana, pero éste no lo hizo. ¿Por qué? Me parece que tenía una razón muy buena… ¡se consideraba culpable! Creía que su tía había cambiado los términos del testamento a causa de lo que él le había hecho. ¿Pero por qué se sentía culpable? ¿Porque en realidad había intentado el asesinato? ¿O sólo porque se había apropiado de una pequeña cantidad de dinero? Tanto lo uno como lo otro debió influir en su repugnancia en decirle a su hermana lo del testamento. No dijo nada, esperando que su tía cediera y cambiara de idea.

»Por lo que se refiere al estado mental de la señorita Arundell, me parece que reconstruí lo sucedido con cierta aproximación. Después tuve que convencerme de que sus sospechas eran, en realidad, justificadas. Tal como la señorita Arundell había dicho, me di cuenta de que mis sospechas estaban limitadas a un pequeño círculo; siete personas para ser exacto. Charles y Theresa Arundell, el doctor Tanios y su esposa; las dos criadas y la señorita Lawson. Había un octavo sospechoso que debía ser tenido en cuenta…, es

decir, el doctor Donaldson, que cenó aquí aquella noche, pero de cuya presencia no me enteré hasta más tarde. Estas siete personas que tomé en consideración, pronto las clasifiqué en dos categorías. Seis de ellas se beneficiaban en mayor o menor proporción por la muerte de la señorita Arundell. Si cualquiera de ellas cometió el crimen, el motivo era, con seguridad, el lucro. La segunda categoría incluía a una sola persona… la señorita Lawson. No salía ganando nada con la muerte de su señora, pero a resultas del accidente, se beneficiaba después considerablemente. Esto significaba que si la señorita Lawson preparó dicho accidente…

—¡Yo nunca hice una cosa así! —interrumpió la aludida—. ¡Es vergonzoso! Decir esas cosas…

—Un poco de paciencia, *mademoiselle*. Y tenga usted la bondad de no interrumpirme —dijo Poirot.

La mujer sacudió la cabeza con indignación.

—¡Insisto en mi protesta! ¡Vergonzoso! Eso es.

Poirot prosiguió sin hacerle caso:

—Estaba diciendo que si la señorita Lawson preparó el accidente, lo hizo por una razón enteramente diferente… es decir, lo planeó para que la señorita Arundell sospechara de los miembros de su propia familia y les tomara rencor. ¡Era una posibilidad! Busqué entonces si existía alguna confirmación o cosa parecida y encontré un hecho definido. Si la señorita Lawson quería que su señora sospechara de sus familiares, debía haber puesto de manifiesto el hecho de que el perro, *Bob*, estuvo fuera de casa toda la noche. Pero, por el contrario, la señorita Lawson se tomó grandes molestias para impedir que su señora se enterara de ello. Colegí por lo tanto que la señorita Lawson debía ser inocente.

La mujer opinó con sequedad:

—No tenía usted por qué dudarlo.

—A continuación consideré el problema de la muerte de la señorita Arundell. Si se produce una tentativa de asesinato contra una persona, le sigue por lo general otra. Me pareció significativo que al cabo de quince días de la primera, muriera la interesada. Empecé a realizar averiguaciones.

»El doctor Grainger no parecía creer que hubiera algo extraño en la muerte de su paciente. Esto era algo desalentador para mi teoría. Pero investigando lo que ocurrió durante la noche en que cayó

enferma la señorita Arundell, me enteré de un hecho altamente significativo. La señorita Julia Tripp hizo mención de un halo de luz que había aparecido alrededor de la cabeza de aquélla. La hermana de la señorita Tripp confirmó esta declaración. Podía, desde luego, ser una invención de ellas, alguna fantasía; pero no creía que el incidente fuera de los que pudieran ocurrírseles sin premeditación. Cuando pregunté a la señorita Lawson, me facilitó también una interesante información. Se refirió a una cinta luminosa que surgía de la boca de la señora y formaba un nimbo luminoso alrededor de su cabeza. Sin duda, aunque descrito de forma diferente por dos observadores distintos, el hecho en sí era el mismo. Lo que ello quería decir, libre de todo significado espiritista, era esto: ¡la noche en cuestión el aliento de la señorita Arundell era fosforescente!

El doctor Donaldson se removió en la silla.

Poirot volvió la cabeza dirigiéndose a él.

—Sí, ya empieza usted a comprender. No hay muchas materias fosforescentes. La primera y más común de ellas me proporcionó exactamente lo que buscaba. Les voy a leer un pequeño extracto de un artículo sobre el envenenamiento por fósforo:

»“El aliento de la persona puede volverse fosforescente antes de que se sienta indispuesta.” Esto es lo que la señorita Lawson y las señoritas Tripp vieron en la oscuridad; el aliento luminoso de la señorita Arundell, un nimbo luminoso. Continúo leyendo: “Habiéndose declarado definitivamente la ictericia, puede considerarse que el cuerpo humano se encuentra, no sólo bajo la influencia de la acción tóxica del fósforo, sino sufriendo, además, las consecuencias incidentales de la retención de la sangre de la secreción biliar. Desde este punto de vista no hay mucha diferencia entre el envenenamiento con fósforo y ciertas afecciones del hígado, como, por ejemplo, la atrofia amarilla de dicho órgano.” ¿Se dan cuenta de la habilidad que encierra todo esto? La señorita Arundell había sufrido durante muchos años trastornos del hígado. Los síntomas del envenenamiento producido por el fósforo parecían los ocasionados por otro ataque de la misma dolencia. No sugerían nada nuevo; no había nada sorprendente en ello.

»¡Todo estuvo muy bien planeado! ¿Fósforos extranjeros… pasta insecticida? No es difícil de conseguir fósforo y una cantidad muy pequeña puede matar. La dosis medicinal va desde 1/100 a 1/30 de

gramo.

»*Voilá!* ¡Qué claro…, qué maravillosamente claro vino a ser todo el asunto! Naturalmente, el médico se engañó… me di cuenta de ello cuando supe que había perdido el sentido del olfato. El peculiar olor a ajo del aliento, es un síntoma característico del envenenamiento por fósforo. No sospechó nada… ¿por qué tenía que sospechar? No existían circunstancias determinadas y la única cosa que podía haberle dado un indicio fue la que nunca oyó… o si la hubiera oído, la hubiera clasificado como una tontería espiritista. Entonces estuve seguro, basándome en las pruebas que me facilitaron la señorita Lawson y las señoritas Tripp, de que había sido cometido un asesinato. Pero todavía me preguntaba, ¿por quién? Eliminé a las criadas… su mentalidad, sin duda, no se adaptaba a tal crimen. Eliminé asimismo a la señorita Lawson, dado que difícilmente hubiera hablado tanto del ectoplasma luminoso si hubiera estado complicada en el asunto. Eliminé también a Charles Arundell, puesto que, habiendo visto el testamento, sabía que no ganaría nada con la muerte de su tía. Así, pues, quedaba su hermana Theresa, el doctor Tanios, su esposa y el doctor Donaldson, quien, según me enteré, cenó aquí la noche en que se produjo el incidente de la pelota del perro.

»Llegado a este punto tenía muy poco que me facilitara la labor. Tuve que volver a considerar la psicología del crimen y la personalidad del asesino. Ambos crímenes tenían, poco más o menos, las mismas líneas fundamentales. Ambos eran simples. Fueron hábilmente planeados y llevados a cabo con eficiencia. Requirieron cierta cantidad de conocimientos, pero no muchos. Los detalles referentes al envenenamiento por fósforo se aprenden fácilmente y el propio veneno, como ya les he dicho, se obtiene sin dificultad.

»Recapacité primero sobre los dos hombres. Los dos eran médicos y ambos listos. Podían, tanto uno como otro, haber pensado en el fósforo y su conveniencia en este caso particular, pero el incidente de la pelota no parecía provenir de una mente masculina. Ese incidente me pareció, en esencia, una idea femenina. Por lo tanto, estudié primero a Theresa Arundell. Tenía ciertas probabilidades. Era despiadada, atrevida y no muy escrupulosa. Habla llevado una vida egoísta y voraz. Había conseguido siempre

lo que deseaba y entonces había llegado a un punto en que necesitaba dinero desesperadamente… tanto para ella como para el hombre que amaba. Su manera de comportarse, además, demostraba con claridad que sabía que su tía había sido asesinada. Hubo un pequeño e interesante episodio, entre ella y su hermano. Concebí la idea de que cada uno de ellos creía que el otro había cometido el crimen. Charles se esforzó en hacer decir a su hermana que conocía la existencia del testamento otorgado últimamente. ¿Por qué? Porque, sin duda alguna, si ella sabía eso, no podía ser sospechosa del asesinato. Ella, por otra parte, se veía claramente que no creía lo que dijo Charles. Lo consideraba como un intento chapucero para apartar de él las sospechas.

»Había otro hecho significativo. Charles demostró cierta repugnancia a emplear la palabra "arsénico". Después me enteré de que había estado preguntando al viejo jardinero sobre la potencia de cierto insecticida. Estaba claro, pues, lo que tenía en el pensamiento.

Charles Arundell cambió un poco de posición.

—Pensé en ello —dijo—. Pero… bueno; supongo que no tengo carácter para tales cosas.

Poirot asintió.

—Precisamente. No encaja en su psicología. Los crímenes que pueda cometer usted serán siempre los crímenes de la debilidad. Robar, falsificar… si, eso es lo más fácil… pero matar… ¡no! Para matar se necesita el tipo de mentalidad que pueda obsesionarse con una idea.

Dicho esto, Poirot volvió a reanudar su disertación.

—Decidí que Theresa Arundell tenía la suficiente potencia mental para llevar a cabo tal intento, pero había otros hechos que debía tener en cuenta. No había sido nunca contrariada, había vivido intensa y egoístamente. Pero esta clase de personas no es de las que matan… a no ser quizás, en un arrebato de cólera. Y, sin embargo…, estaba seguro… fue Theresa Arundell quien se apoderó del insecticida de la lata.

La muchacha habló inesperadamente.

—Le diré la verdad. Pensé en ello. Es cierto que cogí un poco de insecticida de un bote que encontré en el jardín. ¡Pero no pude hacerlo! Me gusta vivir… estar viva… No podía hacerle eso a

nadie… privarle de la vida… Puedo ser mala y egoísta, ¡pero hay cosas que no puedo hacer! ¡No podría hacer daño a una criatura viva!

Poirot hizo un gesto afirmativo.

—Sí, eso es verdad. Y usted no es tan mala como se pinta a sí misma, *mademoiselle*. Es usted solamente joven… y atolondrada.

Luego prosiguió:

—Quedaba solamente la señora Tanios. Tan pronto como la conocí me di cuenta de que estaba asustada. Ella lo advirtió y prontamente sacó provecho de tal circunstancia. Procuro dar la impresión de ser una mujer asustada por su marido. Poco después cambió de táctica. Estuvo muy bien hecho… pero el cambio no me engañó. Una mujer puede estar asustada por su marido, o puede estar asustada de él… pero difícilmente lo puede estar de las dos formas. La señora Tanios decidió adoptar el segundo papel y desempeñó su parte con gran perfección. Hasta vino a buscarme al vestíbulo del hotel, pretendiendo que deseaba decirme algo. Cuando su marido fue a su encuentro, tal como ella suponía, hizo como si no pudiera hablar delante de él.

»Me percaté en seguida de que no temía a su marido, sino que le aborrecía. Y de pronto, resumiendo, me convencí de que allí tenía el carácter exacto que estaba buscando. No una mujer mimada, sino contrariada. Una muchacha sencilla, arrastrando una vida aburrida; incapaz de atraer a los hombres que le gustaban y aceptando finalmente a un marido que no le satisfacía, con tal de no convertirse en una solterona. Pude imaginarme su creciente disgusto por la existencia; su vida en Esmirna, separada de todo lo que le gustaba. Luego el nacimiento de sus hijos y el apasionado afecto por ellos. Su marido la quería, pero ella empezó a odiarle en secreto, más y más. Él especuló con el dinero de ella y lo perdió… otro resentimiento en su contra. Sólo había una cosa que iluminaba su tétrica vida: la esperanza de que su tía Emily muriera. Entonces tendría dinero, independencia; los medios con que educar a sus hijos tal como deseaba… recuerden que la educación significaba mucho para ella, pues era hija de un profesor.

»Pudo haber planeado ya el crimen, o tener la idea en su pensamiento, antes de venir a Inglaterra. Tenía ciertos conocimientos de química por haber ayudado a su padre en el

laboratorio. Conocía la naturaleza de la dolencia de la señorita Arundell y estaba bien enterada de que el fósforo sería una sustancia ideal para sus propósitos. Luego cuando vino a Littlegreen House, se le ocurrió un método más simple. La pelota del perro… un cordel tendido en lo más alto de la escalera. Una sencilla e ingeniosa idea femenina.

»Puso en obra su intento… y fracasó. No creo que ella se diera cuenta de que la señorita Arundell estaba enterada de lo que en realidad sucedió. Las sospechas de su tía estaban dirigidas directamente contra Charles. Estimo que su forma de tratar a Bella no sufrió ninguna alteración. Y así, sin ruido y con determinación, aquella mujer reservada, infeliz y ambiciosa, puso en práctica su plan primitivo. Encontró un excelente vehículo para el veneno: unas cápsulas que acostumbraba a tomar la señorita Arundell después de las comidas. Abrir una de esas cápsulas, poner el fósforo dentro y volverla a cerrar, es juego de niños. La cápsula venenosa se intercaló entre las demás. Pronto o tarde, la señorita Arundell se la tragaría. No se sospecharía del veneno. Y aunque por cualquier circunstancia imprevista ocurriera esto, ella se encontraría lejos de Market Basing por entonces. Sin embargo, tomó una precaución. Adquirió una doble dosis de hidrato de cloral, falsificando la firma de su marido en la receta. No tuve ninguna duda sobre el destino que le daría… tomarlo en caso de que algo saliera mal.

»Como les he dicho, estaba convencido desde el primer momento de que si la señora Tanios se daba cuenta de que yo sospechaba de ella, temía que pudiera cometer un nuevo crimen. Además, supuse que la idea de este nuevo asesinato ya se le había ocurrido. El mayor deseo de su vida era verse libre de su marido. El dinero maravilloso y omnipotente había ido a parar a manos de la señorita Lawson. Fue un duro golpe, pero por ello empezó a obrar con más inteligencia. Comenzó a trabajar la conciencia de la señorita Lawson, quien, según sospecho, no la tiene todavía tranquila.

Hubo una repentina explosión de sollozos. La señorita Lawson sacó un pañuelo y lloró y gimió con desespero.

—Ha sido horroroso —gimoteó—. He sido mala. Muy mala. Me entró gran curiosidad por saber qué es lo que contenía el testamento… por qué causa, quiero decir, la señorita Arundell había

hecho uno nuevo. Y un día, cuando ella descansaba, me las arreglé para abrir el cajón del escritorio. Entonces me enteré de que me lo dejaba todo. Desde luego, nunca soñé que fuera tanto. Sólo unos pocos miles, eso creía que sería. Pero luego, cuando se puso tan enferma, me pidió que le llevara el testamento. Comprendí… estoy segura… que quería destruirlo… y entonces es cuando fui tan malvada. Le dije que lo había mandado al señor Purvis. Pobrecita, era tan olvidadiza… Nunca se acordaba de lo que hacía con las cosas. Me creyó. Me dijo que escribiera al abogado pidiéndoselo y yo le aseguré que lo haría. ¡Oh, Dios mío!… ¡Dios mío! Luego ella empeoró y no pudo pensar en nada. Y murió. Cuando se leyó el testamento y me enteré de la importancia de la herencia, me aterroricé. Trescientas setenta y cinco mil libras. Nunca creí, ni por un instante, que fuera tanto, pues de saberlo nunca hubiera hecho lo que hice. Me pareció como si hubiera estafado el dinero… y no supe qué hacer. El otro día, cuando Bella vino a buscarme, le dije que contara con la mitad de la herencia. Estaba segura de que cuando yo se la diera, me volvería a sentir feliz otra vez.

—¿Ven ustedes? —dijo Poirot—. La señora Tanios iba a conseguir su objetivo. Por eso era contraria a que se hiciera ningún intento para invalidar el testamento. Tenía sus propios planes y lo último que hubiese hecho sería ponerse frente a la señorita Lawson. Pretendió, desde luego, estar de acuerdo con los deseos de su esposo, pero demostró claramente cuáles eran sus sentimientos en realidad. Tenía entonces dos objetivos. Lograr la separación de su esposo tanto de ella como de los niños, y luego obtener su parte de dinero. Después hubiera conseguido lo que quería… una vida opulenta y feliz en Inglaterra, junto a sus hijos.

»A medida que pasaba el tiempo no pudo ocultar el aborrecimiento que le causaba su marido. Realmente no trató de ocultarlo. Su esposo, pobre hombre, estaba preocupado y angustiado. Las acciones de ella debieron parecerle por completo incomprensibles. Pero al fin y al cabo, eran bastante lógicas. Desempeñaba el papel de mujer aterrorizada. Si yo sospechaba… y ella estaba segura de que era así… deseaba que creyera que era su marido quien cometió el asesinato. Y el segundo crimen, el cual estaba convencido de que lo llevaba planeado en su pensamiento. Podía ocurrir de un momento a otro. Yo estaba enterado de que ella

tenía en su poder una dosis mortal de somnífero. Temí que quisiera disponer la cosas de manera que la muerte de su marido pareciera un suicidio, incluso con una confesión escrita de su culpabilidad.

»¡Y todavía no tenía ninguna prueba contra ella! Pero cuando ya desesperaba de ello conseguí algo, por fin. La señorita Lawson me dijo que había visto a Theresa Arundell arrodillada en la escalera la noche del lunes de Pascua. Pronto descubrí que la señorita Lawson no pudo ver claramente a Theresa ni siquiera para poder reconocer sus facciones. Sin embargo, se aferraba a su afirmación. Por fin, después de presionarla mencionó un broche con las iniciales de T. A. A mis requerimientos, la señorita Theresa Arundell me enseñó el broche en cuestión. Al mismo tiempo, negó absolutamente haber estado en la escalera la noche citada. Al principio supuse que alguien se había apropiado del broche, pero cuando lo miré en el espejo me di cuenta en seguida de la verdad. La señorita Lawson, al despertar, había visto una figura confusa y las iniciales T. A. reluciendo al reflejo de la débil luz. Por eso llegó a la conclusión de que era Theresa. Pero si en el espejo vio las iniciales T. A., en realidad debían ser A. T. puesto que, como es natural, el espejo invertía las imágenes. ¡Desde luego! La madre de la señora Tanios se llamó Arabella. Bella es sólo una contracción. Así, pues, A. T. significaba Arabella Tanios. No había nada de particular en que poseyera un broche de tales características. Había sido un modelo exclusivo en las últimas Navidades; pero cuando llegó la primavera lo podía adquirir cualquiera. Ya observé que la señora Tanios copiaba los sombreros y la ropa de su prima Theresa hasta donde le era posible con los medios limitados de que disponía.

»De cualquier modo, en mi mente la cosa estaba probada. Pero, ¿qué debía hacer? ¿Obtener una orden del Ministerio de Gobernación y exhumar el cadáver? Esto, sin duda, podía hacerse. Podía probar que la señorita Arundell había sido envenenada con fósforo, pero existía una pequeña duda respecto a esto. El cuerpo llevaba dos meses enterrado y tengo entendido que han habido casos de envenenamiento por fósforo en que no se han encontrado lesiones y las apariencias *post mortem* han sido muy indecisas. Y aun así, ¿podría relacionar a la señora Tanios con la compra o posesión del fósforo? Era muy improbable puesto que con seguridad, lo obtuvo en el extranjero. En esta situación la señora Tanios tomó

una decisión definitiva. Abandonó a su marido, acogiéndose a la protección de la señorita Lawson. Además, acusó al doctor Tanios del asesinato.

»A menos que yo actuara, estaba convencido de que él seria su próxima víctima. Tomé las medidas necesarias para aislarlos uno de otro, con el pretexto de que era para la seguridad de ella. La señora Tanios no podía oponerse. Realmente, la seguridad de su marido era lo que me preocupaba. Y luego…, luego…

Hizo una ligera pausa. Palideció.

—Pero esto era sólo una medida pasajera. Debía asegurarme de que el asesino no repetiría su crimen. Debía procurar que se salvara el inocente. Así es que hice una relación de los hechos y se la di bajo sobre a la señora Tanios.

Hubo un prolongado silencio.

El doctor Tanios exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Por eso se mató!

Poirot dijo dulcemente:

—¿No era la mejor solución? Ella creyó que sí. Comprenda usted que debía pensar en los niños.

El médico se cubrió la cara con las manos.

Poirot se adelantó y le palmeó en el hombro.

—Debía ser así. Créame, era necesario. Podían haber ocurrido más muertes. Primero la de usted… luego, según y cómo, la de la señorita Lawson. Y así hubiera proseguido.

Mi amigo se calló.

Tanios, con voz quebrada, dijo:

—Una noche, ella quiso… que yo tomara un somnífero… había algo raro en su cara… tiré la droga. Fue entonces cuando empecé a creer que su cerebro no funcionaba bien.

—Créalo así —replicó Poirot—. En ello había algo de verdad. Pero no en el significado legal de la palabra. Ella sabía lo que representaba su acción…

Tanios comentó lentamente:

—Fue siempre… demasiado buena y cariñosa conmigo.

¡Extraño epitafio para un asesino convicto!

Capítulo XXX

LA ÚLTIMA PALABRA

Queda muy poco que decir. Theresa se casó con su doctor poco después. Conozco muy bien ahora a los dos y he aprendido a comprender a Donaldson; su clara percepción de las cosas; su profunda y oculta fuerza y su humanidad. Debo decir que sus modales son tan secos y precisos como siempre. Theresa, a menudo, se burla de él ante sus mismas narices. Creo que la muchacha es completamente feliz y se apasiona con la carrera de su marido. Él se está labrando por sí mismo un brillante nombre y ya es una autoridad en lo referente a las funciones de las glándulas canaliformes.

La señorita Lawson tuvo un agudo ataque de conciencia y hubo que impedirle que renunciara hasta al último penique de la herencia, como ella quería. El señor Purvis redactó un convenio agradable para todas las partes. Mediante el mismo, la fortuna de la señorita Arundell fue dividida entre la señorita Lawson, los dos Arundell y los hijos de Tanios.

Charles liquidó su parte en poco más de un año y ahora creo que está en la Columbia Británica.

Y para terminar, contaré dos incidentes.

—Es usted un muchacho muy discreto, ¿verdad? —dijo la señora Peabody a mi amigo, deteniéndonos un día cuando salíamos de Littlegreen House—. ¡Ha procurado mantener todo en secreto! Nada de exhumación. Lo ha llevado a cabo decentemente.

—Parece que no hay duda de que la señorita Arundell falleció a causa de una atrofia amarilla del hígado —contestó Poirot con suavidad.

—Eso está muy bien —contestó la anciana—. He oído decir que Bella Tanios tomó una doble dosis de somnífero.

—Sí; fue algo muy triste.

—Pertenecía al género de mujeres desdichadas… siempre deseaba algo que no podía conseguir. A veces, la gente se vuelve algo rara cuando ocurre esto. Tuve una cocinera que era igual. Una muchacha sencilla. Pero no hay que fiarse. Empezó a escribir anónimos. ¡Vaya caprichos raros que coge la gente! Aunque me atrevería a decir que todo ello se hace con la mejor intención.

—Eso es lo que uno espera, *mademoiselle*.

—Bien —dijo a la señorita Peabody, disponiéndose a reanudar su paseo—. Tengo que decirle esto. Ha mantenido usted muy bien el secreto. Demasiado bien —y se alejó lentamente.

Oí un quejumbroso bufido detrás de mí. Me volví y abrí la cancela.

—Vamos, chico.

Bob saltó a la calle. Llevaba su pelota en la boca.

—No puedes salir a pasear con ella.

El perro suspiró; dio la vuelta y lentamente dejó la pelota al otro lado de la cancela. Miró su juguete con sentimiento y luego volvió a salir.

Me miró.

—Si tú lo crees así, supongo que estará bien, jefe —pareció decir.

Aspiré profundamente el aire.

—Le aseguro, Poirot, que es estupendo tener un perro otra vez.

—Los gajes de la guerra —dijo mi amigo—. Recuerde que la señorita Lawson no se lo regaló a usted sino a mí.

—Puede ser —dije—. Pero usted no sabe manejar a un perro, Poirot. ¡No conoce la psicología canina! *Bob* y yo nos entendemos perfectamente, ¿verdad?

—¡Uf! —resopló Bob con enérgico acento.

FIN

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *Miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio

que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. La señorita Lawson confunde «Fox», apellido en este caso, con «box», caja en inglés. *(N. del T.)*

< <

[2] «Gabler», en inglés, significa hablador. *(N. del T.)* <<

[3] Salsa usada en la India como condimento. (N. *del* T.) < <

[4] Juego de palabras intraducible. Ellen confunde «ajar», entreabierta, con «a jar», un jarro. *(N. del T.)*

< <